Argentina

Historia inmediata de un país a la deriva

2013 - 2020
Aceleración de la decadencia
De la cleptocracia a la pandemia

Luis Bilbao

Argentina

Historia inmediata
de un país a la deriva

2013 – 2020
Aceleración de la decadencia
De la cleptocracia a la pandemia

Luis Bilbao

©2020, Luis Bilbao
Derechos exclusivos de edición en castellano reservados
para todo el mundo.

ISBN: en trámite por cuarentena

Diseño de tapa: Ana María Pizarro Ruiz, sobre oleo de William Turner,
Tormenta de nieve sobre el mar (1842)

Sumario

Introducción 10

Significado del nuevo papado para América Latina
Vaticano, revolución y contrarrevolución (Marzo de 2013) 13

Pseudoprogresismo y elecciones en Argentina (Noviembre de 2015) 25

Ganó un presidente protofascista
con base socialdemócrata (Noviembre de 2015) 32

Macri y Venezuela (Noviembre de 2015) 35

Límites para el populismo imperial
Macri huye de una conferencia de prensa (Enero de 2016) 40

Macri vs Maduro (Febrero de 2016) 43

Derrumbe de viejos aparatos políticos sin reemplazo
Argentina en torbellino (Febrero de 2016) 47

2001 está allí; 2008 también (Marzo de 2016) 52

Intento de afirmar un eje de la contrarrevolución continental
Obama llega a Argentina para ungir a Macri (Marzo de 2016) 57

Obama en Cuba y Argentina: Batalla trascendental (Abril de 2016) 64

Nueva alianza para el progreso, extemporánea y enclenque
Argentina asociada a una utopía capitalista (Abril de 2016) 69

Inflación, recesión, nuevos empréstitos y más decadencia
Argentina con deuda eterna (Marzo de 2016) 74

Saneamiento económico y conflicto social
Otra vez en la cuerda floja (Junio de 2016) 79

Novelesca lucha interburguesa en Argentina (Junio de 2016) 84

De la emancipación a la semicolonia
A 200 años de la gesta independentista (Julio de 2016) 90

Entre el desbarajuste económico y la especulación electoral
Argentina tiene fuerzas para emprender un nuevo rumbo (Agosto de 2016) 95

Gravitan más la fuerza disgregadora y la crisis económica
Incierto realineamiento político (Septiembre de 2016) 100

Washington entrega archivos secretos en apoyo a Macri 103

Macri es denostado por los mentores del liberalismo económico
Argentina experimenta el liberalpopulismo (Octubre de 2016) 105

Coyuntura y perspectivas de la estrategia liberalpopulista
Argentina y su gobierno bifronte (Noviembre de 2016 110

Distante el plan desarrollista
Clima enrarecido (Diciembre 2016) 114

Mercosur en Buenos Aires: la historia los observa 119

Preso otro secuestrador, mientras avanza el plan de saneamiento
Sacudones políticos (Marzo de 2017) 122

Oleada de movilizaciones como antesala del año electoral
Macri en la picota (Abril de 2017) 125

Punta de lanza contra la Revolución Bolivariana
Macri ensaya una ofensiva externa e interna (Mayo de 2017) 129

La burguesía argentina sin partidos políticos (Junio de 2017) 134

Comprometido el futuro de un país que supo ser vanguardia
Comicios sin programas ni estrategias (Julio de 2017) 139

Macri vencedor en las primarias de agosto
Hegemonía política y de clase (Septiembre de 2017) 144

Ante las elecciones legislativas del 22 de octubre
Claroscuros de la coyuntura (Octubre de 2017) 149

Rotunda victoria de Mauricio Macri en todo el país
Argentina sin Partidos (Noviembre de 2017) 154

Hegemonía burguesa, pasividad social,
acechanza económica (Diciembre de 2017) 159

Significado del 18D (Diciembre de 2017) 163

De ahogados y manotazos (Marzo de 2018) 176

Movilizaciones y perspectivas (Junio de 2018) 180

Diputados aprueba legalizar el aborto
Victoria trascendental en el 40º aniversario
de la desaparición de Inés Castellano (Junio de 2018) 194

Se afianza el plan de saneamiento
y aumenta la tensión social (Junio de 2018) 199

Argentina en descomposición (Agosto de 2018) 202

Desconcierto general (Agosto de 2018) 215

Cómo evoluciona la coyuntura (Septiembre de 2018) 218

Gobernar sin partidos (Octubre de 2018) 224

Piedras, masas y votos (Octubre de 2018) 229

Crónica de un día convulsionado (Noviembre de 2018) 235

La farsa del G-20 y …la del anti G-20 (Noviembre de 2018) 236

En qué rumbo marcha Argentina (Diciembre de 2018) 239

Macri contra Venezuela (Diciembre de 2018) 248

Si Macri rectifica, se evita la guerra (Febrero de 2019) 251

Adónde va la burguesía en Argentina (Abril de 2019) 253

Qué significa el paso al costado de Cristina Fernández (Mayo de 2019) 263

Con deserciones, se rearticula el frente amplio burgués (Junio de 2019) 266

Rechazo social al espectáculo pre-electoral (Julio de 2019) 273

Consecuencias previsibles de una elección absurda (Agosto de 2019) 279

Qué anuncian las Paso (Agosto de 2019) 284

Militancia y campaña electoral (Septiembre de 2019) 291

Qué hay bajo la campaña electoral (Octubre de 2019) 297

Antes de las elecciones (Octubre de 2019) 303

A la luz del resultado electoral (Noviembre de 2019) 305

Ley de salvataje capitalista: “¡Arriba las manos!” (Diciembre de 2019) 315

Ominoso balance
tras dos meses de gobierno panperonista (Febrero de 2020) 325

Coronavirus, crisis global y coyuntura regional (Marzo de 2020) 334

Pandemia y Revolución:
pantallazo sobre Argentina y el mundo (Marzo de 2020) 338

Atención a la deriva de las autoridades (Abril de 2020) 348

Apéndice

Foro de São Paulo
Ideología y política
en la reconfiguración del poder continental (Agosto de 2019) 355

Epílogo

La Argentina que viene (Mayo de 2020) 364

Introducción

Este volumen recoge textos publicados al calor de los acontecimientos. El primero, redactado en marzo de 2013, refiere a las causas y consecuencias estratégicas de la elección de un Papa argentino. Los restantes retoman el curso de la situación nacional a partir de noviembre de 2015, días antes de la elección presidencial en la que el peronismo sería derrotado, tras 12 años en el poder. Reportes y análisis mes a mes cubren los cuatro años de gobierno de Mauricio Macri y el comienzo de la presidencia de Alberto Fernández, hasta el primer tercio de mayo de 2020, ya con la presencia dominante de la pandemia que paralizó al planeta. Con excepción de cuatro artículos, todos fueron publicados en América XXI. Los restantes, fueron escritos para Eslabón, el periódico de la Unión de Militantes por el Socialismo.

De la decadencia al descontrol

Redacto esta introducción cuando el país lleva 45 días paralizado en el confinamiento por el Covid 19. La salida de esta situación excepcional no es cercana. Ni ordenada. Ya la desesperación hace su labor. Cuando de una manera u otra se intente recuperar el funcionamiento de la economía y la sociedad, el panorama será extremadamente grave.

Detonada en 2001, reiniciada en otra escala 8 años después y sistemáticamente agravada en los años siguientes, la crisis en Argentina al momento de recuperar el poder la alianza panperonista tiene en el coronavirus un motor inesperado, que multiplica todos los factores y presenta un desafío sin precedentes.

Está claro que las clases dominantes, sin partidos ni programas para proponer un futuro a la nación, desde hace décadas ejercen el gobierno mediante personajes marginales, investidos como presidentes y con elencos impuestos en función de las relaciones de fuerza de una burguesía sometida y en constante disputa por la renta nacional.

Agotado el recurso de la cuarentena, esas carencias serán definitivas frente a un país devastado y convulsionado. Paralizado el aparto productivo, en medio de un desastre macroeconómico y con un presidente vicario, la ingobernabilidad es inevitable. El curso y eventual desenlace de semejante cuadro, enmarcado además en la debacle de la economía mundial, dependerá de la capacidad de una sociedad hoy obnubilada, cuyas vanguardias están desde hace mucho tiempo paralizadas. Queda por delante una ardua tarea de reflexión, debate, organización y acción a gran escala. O la omisión.

Los textos que siguen fueron elaborados y difundidos en el fragor del conflicto permanente, en medio de la disgregación de la sociedad y, muy particularmente, de todo el arco de izquierdas, al compás de una arrolladora decadencia que desencaminó, corrompió o quebró a decenas de miles de cuadros y llevó al pensamiento de transformación social a un lodazal.

Presentar ahora aquellas piezas con formato de libro implica poner a disposición una concepción teórica y una conducta política, encarnadas no en un individuo sino en mujeres y hombres comprometidos con la edificación de una Argentina socialista. Implica impulsar el debate que necesariamente debe acompañar un plan de acción. Y llamar la atención a quienes durante tantos años han permitido que sus esfuerzos y esperanzas fueran arrastrados por propuestas para maquillar el capitalismo.

Buenos Aires, 3 de mayo de 2020

LB

Significado del nuevo papado para América Latina

Vaticano, revolución y contrarrevolución

Tiene mucho de simbólico y poco de casualidad la coincidencia entre la muerte de Hugo Chávez y la renuncia de Joseph Ratzinger al trono vaticano, para ser reemplazado por un jesuita argentino, de reconocida militancia en la organización peronista de ultraderecha Guardia de Hierro, quien adoptó el nombre de Francisco.

Es extraño y por demás elocuente que un jesuita adopte su nombre papal en homenaje a Francisco de Asís, fundador de otra congregación. No hace falta ser experto religioso para medir la magnitud de esa decisión. La Orden Franciscana hace voto de pobreza, virtud hace tiempo olvidada por las cúpulas jesuitas. Francisco explicó la decisión en su alegada adhesión a "una iglesia pobre, para los pobres".

Pobreza y obligada austeridad son realidades olvidadas que, como rayo, caen otra vez sobre los pueblos de Europa. En América Latina predominan como siempre, pero tras una fugaz esperanza de superación, amenazan agravamiento para millones. Un papa elitista y amante de la pompa, encerrado en delirios místicos con ropajes teóricos, como Ratzinger, no podía seguir en el trono. Las calamidades propias de la internacional vaticana y sus secciones nacionales (despilfarro, desfalcos, déficits siderales, todo en el marco de una cascada imparable de revelaciones acerca de pedofilia y otras perversiones, mientras el celibato no resiste más como exigencia canónica), cuentan sin duda en la necesidad de cambiar rostros, hábitos y conductas públicas de la alta jerarquía. No obstante, priva en esa exigencia la fuerza que por debajo corroe y voltea día a día las columnas del sistema global, entre las cuales sobresale la iglesia católica romana: la crisis del sistema capitalista y su contracara: el avance de la revolución.

Razones más que suficientes para reemplazar al papa. Como al parecer Dios no tomó cuenta de la urgencia, los cardenales y alguien más fueron en su ayuda. No es la primera vez, pero los tiempos han cambiado. En octubre de 1978, un mes después de haber sido designado papa, Juan Pablo I apareció muerto en su cuarto. Fundadas investigaciones –jamás desmentidas con pruebas– denunciaron el hecho como asesinato. Beneficiario individual de aquella operación, Karol Wojtyla (Juan Pablo II), polaco y asociado con el Opus Dei. El cerebro: Ratzinger; teólogo alemán empeñado en retrogradar el andamiaje teórico del catolicismo romano a la etapa previa a la Revolución Francesa (1). Hubo además una mano ejecutora.

Ahora, después de 35 años y dos curvas vertiginosas en la historia universal, el recambio oportuno se produjo por renuncia de Benedicto XVI, hecho sin precedentes en más de 600 años.

En el conjunto de factores conjugados para el recambio de Juan Pablo I y la renuncia de Benedicto XVI la fuerza determinante fue el Departamento de Estado estadounidense. No es ésta una afirmación ligera, llevada por una coyuntura política local o un impulso circunstancial. En agosto de 1989 publiqué un pequeño libro titulado CIA-Vaticano: Asociación ilícita (2), en el que ofrezco información probatoria de esa sociedad contra natura.

Jamás he pretendido ser un experto en cuestiones eclesiales, mucho menos religiosas. Desde mi interés por la economía y la política internacionales observo los movimientos del Estado Vaticano, del papa y las altas jerarquías eclesiales, con la misma actitud –y con inalterable consideración y respeto por los católicos sinceros– que aplico al seguimiento de los pasos de cualquier otro Estado o gobierno del mundo.

Si 25 años atrás me aboqué a ese tema fue porque en aquel momento, en medio de la contraofensiva global estratégica lanzada por el imperialismo para afrontar la crisis estructural del capitalismo, el Vaticano constituía una herramienta decisiva en dos puntos fundamentales del planeta: Europa del Este y América Latina. Más específicamente, Polonia en Europa, Nicaragua y Brasil en América. Es sabido el desenvolvimiento de los hechos desde entonces: derrumbe de la Unión Soviética, ahogo a sangre y fuego de la Revolución Sandinista, posterior recuperación de aquella gesta centroamericana al calor del nuevo auge de los pueblos en América Latina, encabezado por la Revolución Bolivariana de Venezuela. Detrás de ese telón, victoria cultural del ultraliberalismo, auge económico ficticio, seguidas de desagregación moral sin límites y reaparición volcánica de la crisis estructural del capitalismo.

Si ahora retorno al tema es porque, tras la arrolladora victoria de aquella ofensiva global estratégica y el breve período de aparente estabilidad y re-afianzamiento del capitalismo mundial, la crisis del sistema reapareció, con fuerza jamás vista, en los propios centros metropolitanos. Esa reaparición inesperada tanto en los centros dirigentes del poder mundial como en el conjunto de las izquierdas, con las excepciones que ya se verán, dio lugar al desplazamiento del epicentro de la revolución mundial hacia América Latina, lo cual conjuntamente con otros factores de la economía y la política internacionales debilitó como nunca antes al imperialismo estadounidense como centro inapelable del poder mundial. Y en ese cuadro, acompañado por una coyuntura de espasmódica crisis y debilitamiento de la iglesia vaticana, se produjo la renuncia de Joseph Ratzinger y la entronización de un obispo argentino y jesuita.

Individuo e institución

Es preciso despejar un punto que hoy desvía la mirada: antecedentes y rasgos individuales de Jorge Bergoglio, papa desde el 13 de marzo.

Después de la fumata blanca, desde Argentina aparecieron denuncias sobre la participación activa de Bergoglio en la represión de la dictadura entre 1976 y 1982. Se lo acusó de ser responsable del secuestro de dos sacerdotes de su orden e

incluso de haber estado en los lugares secretos de detención. También sin demora estas denuncias fueron negadas por personas reconocidas por su compromiso en la defensa de los derechos civiles durante la dictadura, como Adolfo Pérez Esquivel, quien en aquel período recibió el premio Nobel de la Paz. Por cierto ese premio no garantiza nada (notorios criminales lo ostentan), pero sí la conducta de Pérez y otros que como él han negado los cargos contra Bergoglio.

Contrario sensu, no todas las voces acusadoras tienen la respetabilidad suficiente para hacer valer su palabra. De modo que, hasta que nuevos datos llevaren a un cambio de juicio, esos avales eximen al papa de crímenes aberrantes que, en la medida en que en Argentina el catolicismo es religión de Estado, constituirían crímenes de lesa humanidad.

Defensores y detractores de Bergoglio tienen en común algo más poderoso que sus ruidosas diferencias: unos cargan contra el individuo y escamotean el papel de la institución; otros lo protegen… para rescatar la institución.

Así las cosas y contra los fuegos de artificio, el tema no es Bergoglio sino el aparato eclesial. Es un hecho reconocido que la jerarquía católica, acompañada por el entonces nuncio (embajador) del Vaticano en Buenos Aires, Pio Laghi, respaldó a la dictadura y colaboró con ella, al punto de ceder una propiedad en el Delta del Paraná para que funcionara allí un campo secreto de detención. Bergoglio era por entonces la máxima autoridad jesuita en Argentina, donde miembros de esa congregación habían sido punta de lanza de la Teología de la Liberación, corriente católica cuyo desmantelamiento, también a sangre y fuego, fue uno de los objetivos por los cuales Juan Pablo II fue entronizado a costa de la vida de su antecesor.

Conviene refrescar el cuadro de época: el citado CIA-Vaticano registraba en 1989: "El 23 de agosto de 1982 Wojtyla otorgó a la Obra (Opus Dei) el rango de prelatura personal (diócesis sin territorio). De este modo Opus Dei se liberó de todo lazo de sujeción o control por parte de los obispados o, lo que es

lo mismo, obtuvo carta franca para llevar a cabo sus empresas con plena independencia de las jerarquías nacionales y con la obligación de responder sólo ante el sumo pontífice (…) Al mismo tiempo que elevaba el status –y cedía más poder– a Opus Dei, el papa suspendía a la Orden de los Jesuitas, comprometida con la Teología de la Liberación y reemplazaba a su superior general, Pedro Arrupe, por otro escogido por él mismo. Así Opus Dei logró su doble objetivo de sentar en el trono papal a un hombre con idénticas posiciones ideológicas a las suyas y situarse como institución en un puesto apropiado para lanzar en todos los planos la ofensiva final contra la Teología de la Liberación". Entre otros muchos terrenos, Opus Dei y jesuitas se disputaron con uñas y dientes la primacía en los medios de comunicación. El texto dedicaba un capítulo a explicar la condición de Opus Dei como aparato representativo del gran capital, industrial y financiero, controlado por la CIA, introducido como cuña irrefrenable en la estructura vaticana. Es en ese contexto que Bergoglio actuó en Buenos Aires, bajo la dictadura –cribada de miembros de Opus Dei, para comenzar el célebre ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz– y según su propia convicción frontalmente opuesta a los "sacerdotes del Tercer Mundo".

La mano amiga

No es casualidad que Opus Dei pierda ahora la primacía y lo haga en favor del sector al que se impuso en los años posteriores a 1978, la orden de los jesuitas, ya depurada de su ala radical de izquierda. Con origen en España y manejando los hilos financieros desde Italia, Opus Dei sufre la suerte de la economía y la política en esos dos países, que no es sino la expresión del vuelco operado en todo el mundo tras el colapso de 2008, que en Estados Unidos llevó a la derrota republicana y la asunción de Barack Obama quien, dicho sea de paso, se apresuró a enviar un caluroso y fraternal saludo a Bergoglio, a quien llamó "el primer papa americano". El reemplazo de la

"prelatura personal" de Escrivá Balaguer por la orden creada por Ignacio de Loyola equivale al reemplazo en la conducción vaticana de banqueros por curas que trabajan en villas; dibuja la curva de caída del capitalismo central y del predominio de una política anticrisis. Así, la agónica situación del capitalismo central explica la necesidad de apelar a un miembro de la Compañía de Jesús, concebida por su fundador como ejército combatiente, para conducir el "poder espiritual" en la cúpula del capitalismo mundial.

Eso no significa un repliegue político del imperialismo, aunque al menos en términos teóricos el debilitamiento relativo de Estados Unidos se hará sentir también en ese terreno, dándole a Francisco un margen de maniobra mayor para enfrentar a Washington en más de un terreno, siempre girando en torno a temas fundamentales para el ultraconservadurismo jesuítico de Bergoglio, empeñado en acabar con el legado liberal de la Revolución Francesa. Por lo que se puede prever a partir de textos suyos y gestos posteriores a su elección, tras ese objetivo Francisco no vacilará en buscar apoyo en la potente dinámica de convergencia latinoamericano-caribeña, para negociar desde allí en mejores términos con la Casa Blanca. La reivindicación del concepto de Patria Grande por parte de Bergoglio (3) ha llevado al estado de éxtasis a algunos exponentes del llamado "marxismo nacional", ha dado vuelta en cuestión de horas la oposición frontal de funcionarios argentinos que lo atacaron desmesuradamente cuando se conoció su designación y producirá riesgosos zigzagueos y violentos giros en más de una fuerza política en América Latina. Con certeza, se verá en acto al jesuitismo, forma pragmática, aviesa, pero implacable en sus objetivos, en torno a la necesidad estratégica de acabar con la revolución al Sur del Río Bravo, pero adosándose a la fuerza hoy predominante en los pueblos de la región. Puede esperarse un papa disfrazado de Chávez, tal como en la Venezuela de hoy lo hace Henrique Capriles Radonsky, quien contra toda lógica pretende copiar el discurso del líder bolivariano (de paso: Capriles integró las filas del Tradición familia y Propiedad, otra de las organizaciones que obran como tentáculos de la CIA al interior del Vaticano. Las restantes son la ya citada Opus Dei, Comunión y Liberación y la Orden Militar Soberana de Malta. Por caso, esta última ya puso a uno de los suyos como secretario privado de Francisco).

Aun en los previsibles momentos de tensión y aparente choque que vendrán a no muy largo plazo, el camuflaje demagógico de Bergoglio es un riesgo para las fuerzas revolucionarias pero no distanciará al Vaticano de Estados Unidos en la cuestión que interesa: la contrarrevolución en América Latina.

El Departamento de Estado, es decir, de la estrategia estadounidense, pesará sobremanera en el curso del próximo papado. No es éste el lugar para detallar los pasos que terminaron en la elección de Bergoglio con más de 90 votos sobre 115 cardenales. Baste decir que el articulador principal del bloque en favor del cardenal argentino fue su homólogo de Nueva York, Timothy Dolan. Tanto la prensa italiana como la estadounidense coinciden en señalar que, a partir de los 11 votos estadounidenses en el cónclave, Dolan tuvo un papel decisivo en la tarea de convicción sobre prelados de América Latina, África, Asia y Europa, para que finalmente una sólida mayoría votara a favor de Bergoglio. Con escasa sutileza, The New York Times subraya que lo único que le faltó a Dolan fue ungirse él mismo en el trono de Pedro, para inmediatamente señalar que su papel en la próxima administración vaticana será de sobresaliente gravitación.

Ahora bien: ¿cuáles son los puntos de acuerdos y cuáles los desacuerdos entre el Vaticano y Washington?

Aquí sí importa, y mucho, la biografía de Bergoglio. Desde el peronismo sui generis de Guardia de Hierro, en los años de alzamiento revolucionario en Argentina, cuando una poderosa corriente de sacerdotes identificados con las causas populares y la lucha contra el imperialismo y el capitalismo, resueltos al combate por el socialismo, crecía al interior de la iglesia y de

su congregación en toda América Latina, el entonces principal jesuita en su país optó por la decisión central del Vaticano –conducido entonces por Opus Dei a través de Wojtyla– y con una u otra conducta individual respecto de secuestros y asesinatos puntuales, no sólo avaló aquella ofensiva contrarrevolucionaria sino que su accionar redundó en una escalada sistemática en la jerarquía eclesial que lo llevó hasta la cima.

No sólo los jesuitas, sino el conjunto de la iglesia romana –con excepción de Opus Dei y sus áreas de influencia– condenan sin atenuantes el curso adoptado en el último siglo por las sociedades liberales. No sólo el conjunto de la iglesia romana, sino la Compañía de Jesús, hoy monolítica, defienden el capitalismo, al cual están integrados económica, política y culturalmente. La alianza cada vez más íntima en las últimas décadas entre el socialcristianismo y su eterna enemiga, la socialdemocracia, Lucifer liberal, confirman en la política y el sindicalismo mundiales cuál es el verdadero enemigo de quienquiera ocupe el trono de Pedro. La contradicción entre liberalismo y oscurantismo medieval se resuelve siempre y fatalmente por un frente único entre la Casa Blanca y la Basílica de San Pedro; entre CIA y Vaticano, para enfrentar las fuerzas revolucionarias en cualquier punto del planeta.

Por qué argentino

Todo indicaba en los días previos al cónclave de cardenales que el nuevo papa provendría del continente americano. Pero los candidatos principales eran el canadiense Marc Ouellet y el brasileño Odilo Scherer. Al menos en público, nadie daba un centavo por la elección de un argentino.

Hay una causa interna que hacía necesaria la elección de un americano, más específicamente latinoamericano. Desde que el Vaticano, en funesta alianza con la CIA, se embarcó en la operación contrarrevolucionaria que doblegó a Nicaragua y exterminó en la región a los sacerdotes del Tercer Mundo, la iglesia romana perdió más de un cuarto de sus feligreses. Y se

trata del bastión mundial del catolicismo. De modo que, así como en los años 1970 la cúpula vaticana debía empeñarse en la masacre contrarrevolucionaria por razones de sobrevivencia, ahora debe hacerlo en sentido inverso, aprovechando la emergencia de numerosas corrientes y líderes políticos que afirman la posibilidad de realizar una "revolución" que no conmueva las bases del sistema capitalista. La condición de jesuita de Francisco y sus alegadas dotes intelectuales lo habilitan para ese delicado juego estratégico. Su adopción franciscana le abre camino a la base social en disputa.

Ésa es, no obstante, una causa subordinada. La tónica de este movimiento estratégico en escala mayor la pone Estados Unidos, aliado en este punto con la Unión Europea y todos los regímenes empeñados en evitar que la crisis en curso desemboque en la revolución socialista.

Existen conflictos sociales, políticos y militares de magnitud en cada punto del planeta, constantemente agravados por la marcha ininterrumpida hacia el derrumbe en los países centrales. Pero la vanguardia de la respuesta socialista se desplazó a América Latina. Esta visión geopolítica, resistida a derecha e izquierda hasta no hace mucho, es ahora prácticamente común a todas las corrientes del pensamiento.

Washington necesita frenar primero y destruir después la vanguardia de esa vanguardia: la Revolución Bolivariana de Venezuela. No es una simplificación entonces afirmar que Francisco está en Roma para contribuir desde la trinchera eclesial en la batalla estratégica contra Venezuela. Los estrategas del Departamento de Estado parecieron en los últimos meses convencidos de que la muerte de Hugo Chávez permitía irrumpir en el entramado de las fuerzas revolucionarias para lograr su objetivo. Por eso, tampoco es desatinado pensar que la coincidencia entre la muerte de Chávez y la renuncia de Ratzinger no es casual. Quienes aludan a la condición milenaria de la iglesia, deberán considerar que su crisis interna es potencialmente letal. Y evaluar hasta qué punto, en el mar de dificultades que atra-

viesa, el Vaticano es realmente impermeable a las decisiones de la Casa Blanca. Ante el gesto escandalizado de presumibles vaticanólogos, sólo puedo decir que, sin el recurso de explicar el fenómeno atribuyéndolo a un designio divino, apelo al análisis de los hechos y su encadenamiento. El tiempo dirá si la hipótesis tiene o no asidero.

Es posible que a la luz de la formidable, inédita manifestación de masas que provocó en Venezuela la muerte de Chávez, aquellos estrategas de la contrarrevolución hayan corregido su apreciación y desechen ya su idea de una inminente caída de la Revolución. Pero insistirán en dos puntos: dividir las fuerzas revolucionarias en Venezuela; forzar el aislamiento de este país en la región. Si eventualmente la táctica en el plano interno tuviese algún grado de éxito, podría abrir la brecha por la cual el imperialismo entrase con su devastadora fuerza contrarrevolucionaria. Dado que ya está probado que los intentos divisionistas han fracasado una y otra vez, es presumible que Francisco será tomado por Washington como una herramienta salvadora. Al interior de Venezuela esto es difícil, porque el socialcristianismo (aquí también aunado con la socialdemocracia) está en el nadir del desprestigio. Y lo mismo vale para la jerarquía eclesial local, reconocida por las masas como golpista y por eso repudiada.

Otra consideración merece la táctica del debilitamiento en los apoyos de Venezuela en la región. Y allí es donde aparece Argentina. Sea por el abrazo asfixiante que, mientras se redactan estas líneas, Francisco ha comenzado a practicar sobre el gobierno argentino, sea por el hecho de que el actual elenco oficial afronta enormes dificultades y en el cuadro actual está descartada la posibilidad de reelección de la presidente Cristina Fernández, es pensable que a corto o mediano plazo Argentina pueda ser desplazada hacia un bloque enfrentado con la revolución en marcha en Bolivia, Ecuador, Venezuela y otros países del Caribe, a los que se suman naturalmente Nicaragua y Cuba. Baste recordar que días atrás el candidato socialdemócrata

Hermes Binner, preguntado acerca de si en Venezuela hubiera votado en octubre último por Chávez o Capriles, respondió sin vacilar que su opción era Capriles. Es presumible en Argentina una amplia coalición electoral para 2015 que tenga como eje de reagrupamiento la estrategia latinoamericana de Estados Unidos, ahora asumida explícitamente por el papa Bergoglio en su ataque a las revoluciones en curso, al regalarle a Fernández un libro con documentos del Celam donde se condena el "avance de diversas formas de regresión autoritaria por vía democrática que, en ciertas ocasiones, derivan en regímenes de neto corte neopopulista". Firma el Consejo Episcopal Latinoamericano; redacta la CIA.

En un libro publicado en 2007 sostuve que Argentina es una clave regional, aunque en el actual período histórico lo es por su debilidad, no por su fuerza (4). Su peso específico en América Latina, su nivel de desarrollo, los altos parámetros de experiencia y combatividad de obreros y estudiantes en términos históricos, no obstante sumidos en una coyuntura de confusión, desorganización y total parálisis, ubican al país como fiel de un delicado equilibrio continental, pasible de presiones y políticas extremas desde los dos extremos de la batalla estratégica.

Desde el año 2000, cuando comenzó el proceso de convergencia desigual pero generalizado en América Latina, Argentina ha navegado a dos aguas. La resultante de esa marcha ambigua estuvo determinada por el fenómeno general: concordancia latinoamericana en detrimento de los intereses imperialistas. Para ninguno de los países que han sostenido una conducta regional igualmente ambigua e igualmente en colisión con la hegemonía estadounidense, es posible mantener esa posición de manera indefinida. Pero en Argentina los plazos son más cortos. Es un rasgo de aguda inteligencia táctica y osadía estratégica el que han demostrado los gestores de la operación que dio como resultado la elección de Bergoglio.

Ahora cabe a las fuerzas revolucionarias genuinas en América Latina demostrar si están o no a la altura de tamaño desafío. Esto

vale también para millares de católicos, sacerdotes y seglares, que ante una reedición del giro contrarrevolucionario de los años 1970/80, aunque a la inversa en su forma, están ante la opción de seguir sometidos a las órdenes de Roma o acometer un cisma revolucionario, antimperialista y anticapitalista.

La unidad de revolucionarios cristianos, marxistas, o militantes de cualquier otra religión, sólo tiene futuro sobre esas bases. Ése es el ejemplo de la Revolución Bolivariana de Venezuela, a emular en todo el continente, desde Alaska a la Patagonia.

19 de marzo de 2013

Referencias

(1) Véase si no la encíclica Spe Salvi, redactada por Benedicto XVI:

«hay un texto de san Gregorio Nacianceno que puede ser muy iluminador. Dice que en el mismo momento en que los Magos, guiados por la estrella, adoraron al nuevo rey, Cristo, llegó el fin para la astrología, porque desde entonces las estrellas giran según la órbita establecida por Cristo. En efecto, en esta escena se invierte la concepción del mundo de entonces que, de modo diverso, también hoy está nuevamente en auge. No son los elementos del cosmos, la leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo; la última instancia no son las leyes de la materia y de la evolución, sino la razón, la voluntad, el amor: una Persona».

(2) Luis Bilbao; CIA-Vaticano: Asociación Ilícita. Editorial Búsqueda, Buenos Aires, agosto de 1989.

(3) "América Latina puede y tiene que confrontarse, desde sus propios intereses e ideales, con las exigencias y retos de la globalización y los nuevos escenarios de la dramática convivencia mundial. A la vez, América Latina necesita explorar, con buena dosis de realismo pragmático – impuesto también por su propia vulnerabilidad y escasos márgenes de maniobra – nuevos paradigmas de desarrollo que sean capaces de suscitar una gama programática de acciones, un crecimiento económico autosostenido, significativo y persistente; un combate contra la pobreza y por mayor equidad en una región que cuenta con el lamentable primado de las mayores desigualdades sociales en todo el planeta". Jorge Bergoglio, prólogo a Una apuesta por América Latina de Guzmán Carriquiry, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

(4) Luis Bilbao; Argentina como clave regional. Búsqueda Editorial; Buenos Aires, mayo de 2007.

Pseudoprogresismo y elecciones

Daniel Scioli y Mauricio Macri se exhibieron en lid electoral una semana antes de la segunda vuelta por la presidencia. Ocurrió el domingo 15 de noviembre y fue transmitido en cadena de hecho por radio y televisión. Al observar el espectáculo, imposible no remitir la memoria a Demóstenes y Cicerón: 2400 años de Historia para llegar a esto…

Estridente vacío de ideas; exasperante incapacidad para expresar el guión preparado por un ejército de asesores. Argentina arrastrada al socavón de las tinieblas, la hipocresía y la mediocridad de las clases dominantes.

No obstante, el verdadero índice de la degradación que asuela al país estuvo fuera del escenario montado en la facultad de Derecho de Buenos Aires. Antes y después, dominó el esfuerzo de la así llamada "intelectualidad progresista" para instar a votar por uno u otro, so pena de que una mala opción conduzca al infierno.

Según un ala progresista, hay que votar por Scioli para impedir que gane Macri, porque nos hará retroceder al neoliberalismo y en consecuencia a la miseria, la desocupación, la entrega del país al gran capital internacional. Los macriprogresistas, en cambio, sostienen que de ganar Scioli seguiría el desastre actual -miseria, desocupación, entrega del país al gran capital internacional- mientras que las ocultas propuestas de Macri harían de Argentina un sitio próspero, feliz y armónico.

Son dos ramas de un mismo pseudo progresismo. Ambas estuvieron juntas en 1999 para votar a la Alianza. Hoy repiten aquel mismo paso en falso, aunque por veredas diferentes de un mismo callejón sin salida. Aquella vez el objetivo era vencer a Carlos Menem, símbolo del socorrido neoliberalismo.

Ha sido y sigue siendo útil condenar al neoliberalismo a fin de no aludir, ni por error, al capitalismo. El artilugio permite a

unos y otros trasladar el combate de las raíces a la última rama de un árbol ostensiblemente podrido. No hay inocencia en las palabras: el sistema ha sido transfigurado y se lo llama "modelo". A su vez la confrontación de modelos ha sido reemplazada por la opción entre nombres. Y para completar la desgracia, esos nombres corresponden a quienes protagonizaron el penoso periplo de un año ininterrumpido de campaña electoral, culminada con la ominosa disputa en Derecho.

No pocos entre los ya resueltos a votar por el candidato ungido por la saliente Cristina Fernández sufrieron con el así llamado "debate". Sumarán esa pena a la admitida necesidad de "votar con caras largas" y "desgarrados", como explicaron algunos intelectuales que saben quién es Scioli y no lo ocultan, aunque por esos arcanos de la política argentina (y de la extraña lógica de ciertas mentes), votan y llaman a votar por él.

Al menos tienen la virtud de exponer sus zozobras morales. Otros intelectuales, supuestamente a la izquierda de los anteriores, ponen rostro duro a la adversidad y exigen el voto a Scioli sin remordimientos. Además, advierten a quienes introduciremos en la urna un voto programático o en blanco, que actuamos a favor del imperialismo.

¡Bravos funcionarios de todos los tiempos, dispuestos a condenar con tal liviandad a luchadores siempre por fuera de cualquier poder establecido! ¡Bravos defensores de la libertad de pensamiento, dispuestos a condenarnos porque no coincidimos en la defensa de Scioli! ¿Hasta dónde llegarán?

Ya volveré sobre este punto.

Semejantes manifestaciones de servidumbre no quedarán en los anales de la política argentina, porque sencillamente en el pasado las hubo con jerarquía política e intelectual incomparablemente mayor. Jamás en nuestra historia alguien con valía en cualquier terreno defendió como alternativa de progreso para el país a un personaje como Scioli, a quienes lo impusieron y al elenco que lo acompaña. Aparecen ahora porque estamos en el fin de una época no referida sólo a la familia Kirchner: es el fin

de los resquicios para el reformismo de cualquier origen. Es la hora del choque frontal entre dos proyectos irreconciliables. Es el naufragio definitivo de una corriente que en el último cuarto de siglo se denominó progresismo. Ocurrirá sea quién sea el vencedor en los comicios. Cada quién ocupa su lugar.

Quiénes son Macri y Scioli

Tal vez alguien lo haya hecho antes, aunque no me consta. Por mi parte definí hace años, por escrito y publicado, quién es Macri: agente del capital europeo, miembro de la Internacional Parda, discípulo de José Aznar y Álvaro Uribe, político prefabricado por una clase dominante carente de partidos y cuadros para gobernar establemente el país en beneficio de sus intereses. Agradeceré si una mejor información me indica quién, de los que ahora claman al cielo para que Macri no llegue al poder, dio ese combate cuando, desde el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, se prohijaba el desarrollo del internacionalismo fascista contra la revolución latinoamericana.

En cuanto a Scioli, resta poca labor de denuncia porque de ello se encargaron hace tiempo, con profusión de datos, condenas y burlas, los mismos que ahora llaman a votar por él. Baste agregar algo soslayado por esos mismos defensores: Scioli fue el candidato impuesto por Washington desde comienzos de 2015. La operación se realizó a través de una consultora cuyos tramposos sondeos difundía el diario La Nación.

Sí, señores que exigen un voto antimperialista: Fabián Perechodknic, presidente de la pantalla Poliarquía, tras una gira de meses por Estados Unidos volvió para poner su empresa al servicio de Scioli. La "Tribuna de doctrina" (La Nación), impuso la idea de que Scioli sería inexorable ganador en las Paso (Primarias abiertas, simultáneas y obligatorias), frente al candidato de Cristina Fernández.

De acuerdo con las nuevas maneras de hacer política, la esposa de Scioli y él mismo fueron recibidos por el poder estadounidense -a través, entre otros, de William Clinton y también

su esposa Hillary- para dar inequívocas señales al establishment argentino. La operación incluyó acuerdos semipúblicos con el Papa y la inclusión en su futuro equipo de nombres asociados a la iglesia. El gran capital local se alineó entonces sin chistar tras ese proyecto redondo.

Así las cosas, Scioli fue presentado como ganador mucho antes de las Paso que debían definir candidatos. Era una puñalada artera pero inteligente de los enemigos más frontales de Cristina Fernández y su elenco. Éste, incapaz para otra cosa que engañar a la población con un programa reformistoide al que la prensa llamó "relato", carente de todo fundamento real, mostró sin embargo suficiente astucia para devolver el golpe: se abolió la interna presidencial en el peronismo, Cristina Fernández designó a Scioli, su súbdito más odiado y le impuso como vice a Carlos Zanini. Por si faltase algo, para la gobernación de Buenos Aires escogieron a "Anibaúl" Fernández (según el nombre aplicado por sus enemigos en la Casa Rosada, que no son pocos), acompañado como vice por un ex intendente, ex comunista, ex furibundo antikirchnerista y kirchnerista rabioso desde la muerte de Kirchner, odiado hasta la violencia por los barones peronistas del conurbano bonaerense.

Con esta insólita decisión Cristina dinamitó la operación de sus enemigos internos y desbarató el plan de Washington. De paso, implosionó a su candidato y se condenó a sí misma a ser la principal enemiga de allí en más para lo que años atrás ella y su esposo llamaban "pejotismo".

Hasta ese momento la burguesía veía en Scioli una ruptura de continuidad que a la vez garantizaba gobernabilidad. Pero tras esta decisión viró en redondo y apuntó a Sergio Massa y Macri como alternativa. Incluso Francisco se sintió decepcionado, cambió bruscamente de línea, puso a la iglesia a militar contra Fernández y contribuyó a una estrepitosa y para muchos inesperada derrota del aparato peronista en la provincia de Buenos Aires. Así llegamos a este punto.

Cabe preguntarse si los súbitos antimperialistas que llaman

angustiados a votar por Scioli están en sintonía con la Presidente. Todo indica que no. Pero pertenecer tiene sus privilegios y estos valen ciertos sacrificios. Además consideran -con razón- que la Presidente ya no tiene y no volverá jamás a tener poder político. Su pseudo organización, montada exclusivamente sobre dinero y prebendas, sin ideas, sin programa ni estrategia, como no sea el lucro delincuencial, ya ha desaparecido en los hechos. A tales antimperialistaslos asusta su propia suerte después del 10 de diciembre si gana Macri. En cambio con Scioli, tal vez…

Lo que vendrá

Por debajo de esta tragicomedia de enredos, el país está en quiebra. Otra vez. Luego de diez años de bonanza sin precedentes en toda nuestra historia. Ciclo, dicho sea de paso, ya agotado y definitivamente irrecuperable (la soja pasó de 600 a 300 dólares la tonelada).

Kirchner asumió el poder en 2003 con el país endeudado por 200 mil millones de dólares. La Presidente se vanaglorió el año pasado de que ella y su esposo habían pagado 200 mil millones de dólares. Fue mucho más, pero no importa. El hecho es que ahora Argentina debe 250 mil millones de dólares. Menem empalidece, frustrado, cuando ve estas cifras.

Claro que hay una diferencia. Ahora el grueso de la deuda no es con el FMI y otras instituciones financieras, a todas las cuales se les ha devuelto el dinero fraudulentamente contabilizado como deuda externa. De aquí en adelante los acreedores son los jubilados actuales y, sobre todo, los futuros: esta vez el endeudamiento forzoso se realizó a través de la Anses y del Banco Nación.

En adelante no podremos luchar contra el pago del endeudamiento fraudulento por la sencilla razón de que los más pobres en la ciudadanía argentina son, involuntariamente, los acreedores. Esto tiene muchas derivaciones, que no trataremos ahora. Basta con un adelanto: obligadamente –casi podría decirse aritméticamente- el dinero para pagar esa deuda deberá

salir de las arcas de quienes acumularon riquezas mediante este redoblado accionar de saqueadores sin máscara. No habrá dos opciones.

Claro que con estas elecciones la burguesía gana un espacio estratégico. Durante un período imposible de medir, gravitará sobre la sociedad argentina el hecho obvio de que el grueso abrumador de la sociedad habrá votado candidatos burgueses amarrados al gran capital y compelidos a realizar el saneamiento capitalista que el sistema exige.

Esto se lo debemos a nuestra incapacidad para articular una propuesta revolucionaria -en lugar de buscar cargos con un 3% de los votos- y a progresistas siempre dispuestos a conformarse con el mal menor. Como sea, el hecho es que, gane Scioli o Macri, no hay democracia burguesa estable en el futuro nacional. La sociedad argentina está ante una encrucijada sin variantes posibles: fascismo o revolución.

Macri y Scioli -amigos íntimos durante 35 años, hijos de lo peor de la burguesía argentina (la comercial y la mafioindustrial), no pueden conducir al país sino a la aceleración de la desagregación y degradación que nos golpea desde hace décadas.

No por afán de devolver gentilezas, pero hay que decirlo: quienes desde un supuesto progresismo llaman a votar a Scioli, o frenan su ignominiosa deriva o terminan como aliados del fascismo. Por lo pronto, apoyan al candidato inicialmente elegido por el imperialismo y el gran capital local. Si acaso ganare, Scioli no respondería en ninguna hipótesis a sus mentores progresistas, gimientes de última hora, sino a aquellos que lo impusieron contra viento y marea desde el inicio. Para gobernar Scioli sólo podría apoyarse en el gran capital y en el PJ. Éste, devastado, sería el recurso de la burguesía para chocar contra los trabajadores azuzando la confrontación entre sus diferentes estratos y hacer, mediante la división y la violencia civil, la faena que en 1976 encargó a los militares.

Macri por su parte tendrá los contrapesos que implican haber domeñado a la UCR para alcanzar el poder. Esta socialdemocracia desteñida entorpecería y acaso demoraría el camino hacia el fascismo, pero no daría ninguna batalla crucial, como no lo hizo en 1976 (“soluciones hay, pero yo no las tengo”, dijo Balbín abriendo la puerta al golpe, para después respaldarlo en silencio, desde la dirección de 500 municipios durante la dictadura).

Acorralados al interior, algunos progresistas recurren al argumento latinoamericano. Según ellos la victoria de Macri sería la restauración de la hegemonía estadounidense en la región. Tarde para lágrimas.

Primero, desconocen la capacidad de lucha de los gobiernos y pueblos del Alba, pero también de las masas en Brasil y Argentina ante la escalada imperialista. Segundo, restaurar la dinámica proimperialista en América Latina no depende de que venza uno u otro candidato el 22 de noviembre. En Argentina esa fuerza negativa se instauró desde el mismo momento en que, en medio de la crisis de 2009, el gobierno de Cristina Fernández, conducido por Néstor Kirchner, optó por el G-20 contra el Alba, negándose sistemáticamente a sumarse a esta instancia antimperialista continental. Se trata entonces de vencer y cambiar esa dinámica que hunde a nuestro país y a quienes la impusieron.

Queda abierta una batalla decisiva, en un marco internacional de capitalismo en crisis. Una vía es la violencia contra las mayorías, en este caso en forma de fascismo clásico. Otra, la organización consciente y aguerrida de las masas en pos de un país plantado contra el imperialismo y el capitalismo.

Nuestra propuesta es un voto programático. Defendimos la misma posición para las Paso y la reafirmamos para el 22N al día siguiente de la primera vuelta presidencial. Ese voto será anulado y no contabilizado por el antidemocrático sistema vigente, así como ocurre con el voto en blanco. Puede ser en cambio una plataforma donde apoyarse para construir la herramienta necesaria, para eludir el abismo y encarar un camino de futuro. Depende de la militancia consciente.

No se trata de pedir coraje a académicos educados en la aquiescencia. Se trata de exigir ideas, planes, contribuciones para un programa de emancipación. Una figura grande de nuestra historia, Alberdi, no destacaba por su coraje físico. Eso no fue óbice para que pensara un país con inusual valentía intelectual y afrontara todas las consecuencias de exponer sus ideas. Hay una distancia insalvable entre esa conducta y el chantaje de quienes nos proponen votar a un hijo de Menem para luchar contra el imperialismo.

Junín, 16 de noviembre de 2015

P/D: Por si alguien pudiera sospechar que enfrento a este gobierno ahora, en su patética retirada, invito a leer mi libro Argentina como clave regional, Fuenap, Buenos Aires 2004; mis artículos al respecto enAmérica XXI y las ediciones de Trinchera de ideas (I y II), más todas las ediciones del periódicoEslabón -órgano de la Unión de Militantes por el Socialismo- desde 2003 hasta la fecha, cuyas posiciones avalo.

Ganó un presidente protofascista con base socialdemócrata

Ganó Mauricio Macri. Perdió la farsa pseudoprogresista que engañó al país durante 12 años con reformas parciales y un vuelco fabuloso de riquezas para el gran capital. Los efectos sociales de esa política se expresan en el resultado de hoy. Los efectos económicos se revelarán de ahora en más.

Hay algo peor que un oportunista: uno incapaz de acertar la oportunidad. Aunque desde una perspectiva ética sean lo mismo, en el terreno político el primero puede obtener un aparente éxito pasajero, pero el segundo es un fracaso para todos los tiempos.

Quienes llamaron a votar por Daniel Scioli desde el entorno oficial y un insostenible pseudoprogresismo hicieron algo peor que incurrir en una política sin principios ni estrategia: fueron incapaces de percibir la corriente subterránea que estrepitosamente se anunciaba en el país. Su conducta político-electoral ha sido un factor fundamental para que ganara una fórmula de ocasión, sin futuro posible tal como está hoy conformada.

La sociedad votó por la negativa, como viene haciéndolo hace años. Macri no lidera nada. Está en la cúspide de un fenómeno combinado de desesperación y búsqueda de las mayorías.

La burguesía supo ponerse a la cabeza de esa confusión de peligrosísimas derivaciones potenciales. Los revolucionarios no.

Varias razones explican esa incapacidad. En primer lugar cuenta el desvío de fuerzas de izquierdas en las que una combinación de sectarismo y reformismo impidió una estrategia de organización de masas antimperialista y anticapitalista. Como subproducto, el oportunismo pro oficialista tuvo un peso singular. En alto grado asociado con la corrupción y la búsqueda de cargos públicos,ese ínfimo sector, en el que destacaron quienes gustan clasificarse como intelectuales, esgrimió la bandera de Scioli y su rejunte alegando que era la salvación contra el "neoliberalismo".

De esta manera desarmaron y estafaron a decenas de miles de honestos partidarios del candidato oficial. Es una tarea llevarle a esos sectores, sobre todo a la juventud, respuestas positivas para sumarlo a la batalla.

Esa ya añeja maniobra de enmascarar al capitalismo con un marbete insustancial sigue dando sus frutos para la burguesía. Ésta tiene en la falta de consciencia y organización de las masas su principal columna de sustentación.

Otro factor del resultado electoral fue el giro de la Unión Cívica Radical, timoneada por una extrapartidaria teledirigida desde Washington, Elisa Carrió, hacia una coalición con el inexistente Pro de Macri.

Esto completa la liquidación de la única estructura partidaria que le quedaba a la burguesía. Y da lugar a un magma indefinido cuyo destino depende menos de quien tendrá la Presidencia, que de lo que sea capaz de hacer la hoy dispersa y confusa fuerza

antimperialista y anticapitalista.

Durante todo un primer período no habrá ofensiva frontal del capital. No porque no lo quieran, mucho menos porque no lo necesiten. Es que no tienen fuerza. Si lo intentaran, detonarían un movimiento masivo de rechazo que ya no dirigiría ninguna fracción del capital. Por eso buscarán acumular fuerza. No sería extraño que para ello hicieran maniobras demagógicas análogas a las utilizadas por Néstor Kirchner en 2003. Esta vez, asociadas al combate contra la corrupción. Y también a medidas consensuadas con la burocracia sindical para afrontar el tembladeral económico. Buscarán también ridiculizar a quienes presentaron a Macri como el lobo feroz y a Scioli como Caperucita naranja. Muy probablemente lo lograrán.

Si frente a ese seguro capital político no se levanta una organización de masas, democrática, plural, antimperialista y anticapitalista, la burguesía tendría espacio para emprender, entonces sí, una ofensiva en extremo agresiva, imprescindible para sanear el capital y poder gobernar.Los restos en desbandadas de esa ficción denominada "kirchnerismo" sólo contarán, si cuentan en algo, contra todo intento de resistencia y organización de las masas.

Las definiciones y orientaciones de Macri en consonancia con la Internacional Parda no le servirán para gobernar, al menos durante toda una primera fase, que no será breve. La socialdemocracia se define en lo general pero vacila, y vacilará aún más de aquí en adelante, para llevar a cabo la tarea encabezada ahora por un protofascista. Reafirmamos lo dicho en nuestro artículo Pseudoprogresismo y elecciones en Argentina: "gane Scioli o Macri, no hay democracia burguesa estable en el futuro nacional". Nuestro papel será un factor clave para dirimir este combate histórico por la inteligencia y el corazón de las masas.

En lo inmediato está el objetivo clave de defender la Revolución Bolivariana de Venezuela y los gobiernos del Alba, ante la ya iniciada ofensiva retórica de Cambiemos y su presidente.

Allí están entonces planteadas las tareas de las fuerzas revolucionarias. No deberíamos perder un instante en programar una sucesión de reuniones que culmine en 2016 en un gran encuentro nacional para la fundación de una alternativa verdadera, creíble y capaz.

Buenos Aires, 22 de noviembre de 2015, 21.30hs.

Macri y Venezuela

Mauricio Macri, electo presidente de Argentina, avanza hacia un segundo gran fiasco.

El primero lo sufrió antes de asumir, cuando el único cuadro con experiencia, solidez y base propia, Ernesto Sanz, presidente de la UCR (miembro de la Internacional Socialdemócrata), dio un portazo y salió inesperadamente del escenario político. Macri negó a Sanz la jefatura de gabinete del próximo gobierno y éste rechazó el ministerio de Justicia que se le ofrecía. Detrás del conflicto hay una dura pugna interburguesa, que no tardará en manifestarse por otros medios. En línea con la formulación de un texto anterior (http://bit.ly/1TfjCKZ), se puede decir que el presidente protofascista se quedó sin el socialdemócrata que lo llevó a la victoria.

El segundo revés ocurrirá el 21 de diciembre, cuando Macri pretenda excluir a Venezuela del Mercosur, mediante la aplicación de la cláusula democrática de este organismo. Como ha ordenado el Departamento de Estado, como insisten en la Internacional Parda, José Aznar y Álvaro Uribe, el discípulo alega supuestas violaciones a los derechos humanos por parte de la Revolución Bolivariana. Agentes desembozados de Washington se apresuran a aclarar su certeza de que Macri fracasará en tal objetivo. Pero se trata de ponerlo en el candelero, admiten. Los promociona la red de medios comerciales.

El intento de Macri carece de todo fundamento: no hay periodistas ni políticos presos en Venezuela; no hay persecución

a la prensa. Hay delincuentes presos por responsabilidad en decenas de asesinatos (Leopoldo López entre ellos) y periodistas alojados en Miami porque no se animaron a seguir en su país después de haber sido rostros públicos del golpe de Estado en 2002.

Con el criterio utilizado por Macri, habría que aplicar la cláusula democrática a Argentina, porque hay en nuestro país una cantidad de presos no comunes: secuestradores, torturadores, asesinos. El diario La Nación, punta de lanza de la lucha contra la Revolución Bolivariana, publicó el lunes 23 un editorial exigiendo la liberación de estos presos. No llegó sin embargo a pedir la suspensión de Argentina del Mercosur.

Con certeza los presidentes de Uruguay y Brasil -probablemente tampoco el de Paraguay- no se inclinarán ante el golpe de efecto de Macri, paradigma de la altanería de las clases dominantes en Argentina.

Esa prepotencia tiene otros límites. La respuesta de la sociedad -a comenzar por los propios trabajadores de La Nación- obligó a la dirección del diario a reconocer y dar gran despliegue a la rebelión de sus trabajadores y al rechazo de diferentes sectores de la vida nacional.

Esa fuerza invisible gravitará en todas las áreas sobre Macri. La condición ideológica de un individuo no determina la naturaleza de su gobierno. Perder al jefe de la formación socialdemócrata y hacer el ridículo en su primera participación en el Mercosur son indicios claros de lo que viene. Al destacar estos tropiezos no estamos mofándonos de un Presidente. Señalamos nuestra concepción del papel del individuo en la historia. Y trazamos las líneas de una caracterización del nuevo gobierno en Argentina: un híbrido sin base social organizada, ministros de cuatro vertientes bien diferenciadas, tácticas de emergencia ante el naufragio económico heredado y tendencia hacia formas de coalición o "gobierno de unidad nacional". Y esto en el marco de una sociedad decidida a no regresar a 2001, pero tampoco al período inaugurado por Néstor Kirchner. Ese conjunto dista de cualquier posibilidad a corto plazo de instaurar un régimen fascista.

Antes bien lo contrario: para avanzar en una etapa ulterior hacia una política consistentemente contrarrevolucionaria -y no sólo apuntada a Argentina, sino a los gobiernos del Alba con centro en Venezuela- Macri está empujado a hacer concesiones en todos los órdenes a una política populista-desarrollista. Con realizaciones notorias de forma y contenido modernizadoras y eficientes. Con dosaje milimetrado de medidas de saneamiento y con precisión de cirujano para arrebatar conquistas económicas a las masas. A partir de esa táctica, intentará ahondar las divisiones en la clase obrera a partir de su muy marcada estratificación, enfrentar trabajadores con desocupados, cooptar a los punteros que administran subsidios y manipulan a sectores marginalizados, aguardar y alentar el agravamiento de la ya muy visible descomposición interna del peronismo y ganar ideológica y políticamente a las clases medias. Para eso deberá entre otras muchas cosas manejar la suba de precios, ya con signos de descontrol. Pero, sobre todo, deberá neutraliza cualquier posibilidad de organización política de masas de los trabajadores y sus aliados del campo y la ciudad.

Sólo en ese punto Macri estaría en condiciones de aplicar en Argentina y América Latina la estrategia enarbolada por Aznar y Uribe, trazada en última instancia en lóbregos subsuelos del Departamento de Estado.

Nuestra caracterización del nuevo Presidente no responde a súbitos ataques de histeria por perder alguna canonjía. Mucho menos a la defensa del elenco en retirada. Una cosa es conocer y precisar las determinaciones ideológicas del titular de un gobierno y otra muy diferente confundir esas pulsiones con la naturaleza del régimen que encabeza. Incluso alguien de otro liderazgo, por ejemplo Juan Perón, adecuó de manera drástica sus posicionamiento ideológico a la realidad que lo catapultó al poder. La concepción metafísica llevó en aquel entonces al PC a sumarse a la Unión Democrática para "evitar el triunfo

del fascismo". Tres cuartos de siglos después, ni el más impenitente gorila calificaría a los gobiernos de Perón como fascistas. El gabinete designado por Macri indica que se propone ser el Perón de las clases medias. ¿Puede esto llevar al fascismo? En teoría sí. Pero aunque lo crean -en esto idénticos al gobierno saliente- no juegan solos en el ajedrez nacional. Ese resultado depende de que genuinos revolucionarios sean o no capaces de cumplir su tarea, organizar la unidad de las masas oprimidas y ganar a las clases medias. Un desafío sin respuesta todavía.

Alertamos en su momento sobre los planes de Macri. En diciembre de 2012, en un artículo titulado"Fascismo iberoamericano", informábamos acerca del plan del Partido Popular español y su líder, José Aznar, de extender el PP -ya instalado a escala europea- hasta conformar un Partido Popular Internacional. Lo denominamos Internacional Parda. El responsable de armar la estructura en América Latina era José Ramón García Hernández. El punto de referencia regional era Álvaro Uribe. En la empresa colaboraron individuos tales como Jesús Montaner y Mario Vargas Llosa entre otros habituales amigos de la CIA. Desde el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires actuó Mauricio Macri.

La operación falló, pese a ingentes esfuerzos y promocionadas reuniones que tuvieron, además, el apoyo de la Fundación Libertad de Rosario y hasta el visto bueno de las autoridades de esa ciudad santafesina. No hay PPI. Como tampoco hay V Internacional: la fuerza disgregadora provocada por los espasmos del capitalismo continúa impidiendo realineamientos estratégicos.

El eslabón nonato de la Internacional Parda en Argentina dio un giro inesperado por todos, excepto por los titiriteros de Washington. Inopinadamente Elisa Carrió rompió el frente socialdemócrata y arrastró a su parte mayor hacia una alianza con Macri.

Para pensar en la posibilidad de una victoria de semejante ensamblaje era necesario saber qué pasaba en el subsuelo de la política argentina. Pocos dieron prueba de conocerlo. Por eso

corresponde alertar ahora acerca de un dato que puede llevar a confusión: el derrotado Daniel Scioli ganó más de diez puntos en los últimos días de campaña gracias a dos factores: éxito en identificar en ciertas áreas medias a Macri con Menem y Cavallo; colaboración militante de la iglesia en la provincia de Buenos Aires (el 25 de octubre había hecho lo contrario, por indicación de Francisco, para que perdiera Aníbal Fernández, candidato de la Presidente).

Dicho de otro modo: el rechazo a la política oficial y el panorama actual es muy superior a los votos obtenidos por Macri. Éste ha anunciado ya que seguirá, al menos por seis meses, con los "precios cuidados", el "todo en 12 cuotas" y algunos subsidios. En pocos días anunciará un "plan de desarrollo" de neto corte keynesiano. Es improbable que desde el gran capital se pongan palos en esta rueda: así piensan ganar la adhesión de esa amplia franja que a última hora decidió por Scioli.

También Macri ganó un adicional en el último tramo: sus asesores y su principal aliado, la socialdemocracia, le indicaron que atacara a Venezuela y anunciara un giro proestadounidense de la política exterior. Un sector intoxicado de las clases medias tragó el anzuelo. No es un dato menor que el primer paso en esta dirección, la cláusula democrática contra Venezuela, termine frustrado.

Todo el arco antimperialista en Argentina debería aunarse en un frente único para defender la Revolución Bolivaria, comenzando por una intensa campaña de difusión y esclarecimiento sobre la verdad de Venezuela.

Otra cuestión, ya de carácter interno, será comprender que sólo un drástico cambio en las concepciones que llevaron a una estrategia de acumulación electoral o de convergencia in extremis con Scioli puede permitir un reagrupamiento capaz de frenar los planes imperiales. Ellos pretenden responder con el fascismo a la crisis del capitalismo en nuestro país. Sólo una estrategia de masas por el socialismo puede evitarlo.

Buenos Aires, 26 de noviembre de 2015

Límites para el populismo imperial

Macri huye de una conferencia de prensa

Macri perdió hoy el control de sí mismo. Huyó de una conferencia de prensa, en Davos. Nada menos. Un ministro de Economía del gobierno anterior hizo algo semejante, años atrás.

En este caso fue cuando un periodista le preguntó al Presidente lo obvio: por qué condenar a Nicolás Maduro por tener preso a un notorio personaje involucrado en acciones violentas contra la población venezolana, si se avala la prisión de una líder jujeña que, juicios de valor aparte, dista de la condición golpista del venezolano defendido por la prensa mundial.

Macri no tuvo respuesta. Farfulló excusas olvidables. Y huyó.

No es difícil de comprender el fallo –e incluso disculparlo– después de cinco semanas de intensa y muy exitosa actividad, desde su punto de vista. El más sólido sistema nervioso se vería afectado. Con todo, es un hecho significativo. Por demás elocuente.

Advertí con fecha 29 de noviembre de 2015 que el entonces electo presidente argentino Mauricio Macri había puesto el pie en el lazo cuando, exigido por camaradas de ruta tales como José Aznar y Álvaro Uribe (ambos teledirigidos desde un sótano del Departamento de Estado), comenzó el tramo final en la campaña presidencial atacando a Venezuela y embanderándose con la figura de un fascista ultraviolento cuyas múltiples acciones, a la luz pública apoyadas por la Casa Blanca para derrocar a Nicolás Maduro, están por demás documentadas.

Vana presunción sería que en su círculo íntimo lean, y además tomen en cuenta, mis opiniones. Es en cambio a considerar un hecho fuera de discusión: sus asesores, encorsetados por compromisos inconfesables y notorias limitaciones intelectuales, no pensaban en la victoria. No habían percibido el hondo, muy

hondo, deterioro del elenco adversario ante el balotaje, y sólo buscaban acumular puntaje para el próximo vuelo.

Erraron. Bajo la superficie de la sociedad argentina bullía una poderosísima fuerza cuya primera manifestación fue la demolición del proyecto de Cristina Fernández. No es el caso ahora explicar ese plan, propio de la Armada Brancaleone, apoyado pese a todo por personas que se consideran –y en algunos casos lo son– contraparte del sistema de explotación que desde hace décadas hunde a Argentina en un pantano maloliente.

Tras la sorpresa de la victoria, el eficiente accionar en varias áreas frente a la exigencia de gobernar con la carga de sus compromisos de campaña, la inteligente búsqueda de tansformarse en lo que he llamado "un Perón para las clases medias", acompañado por cuadros aptos y, en algunos casos, hasta talentosos, Macri encontró la horma de su zapato ante una simple demanda en Davos.

No defendí, ni lo haré ahora, a la señora Milagro Sala. Respaldo que no esté en prisión antes de ser juzgada por una justicia genuina que no es, con certeza, la jujeña. No me alíneo con quienes apelan a su condición de originarios (o indígenas, o como quiera denominarse la continuidad de la discriminación), para defender su derecho a vacacionar en Punta del Este. He luchado y seguiré luchando para que semejante vergüenza no se perpetúe; no para integrarme a ella. Tanto menos avalo la opresión de cualquier ser humano para armar un aparato que, con gestos manipuladores y desvergonzadamente engañosos, defiende al capitalismo y usufructúa la explotación. Eso es la pupila de la ex presidente Cristina Fernández.

¿Defender golpistas y asesinos?

Ahora bien: Leopoldo López, defendido por Macri, es responsable de sucesivos intentos golpistas, de 43 muertes e inenarrables costos para la sociedad venezolana. Siempre bajo lás órdenes del Departamento de Estado, con el respaldo de Aznar y Uribe.

Los mismos asesores que no le advirtieron a Macri que sería Presidente, tampoco informaron sobre la verdad de Venezuela.

Jamás optaría entre una u otro. Como no opté entre Macri o Scioli. Esas trampas de las clases dominantes son demasiado antiguas para caer en ellas y poner cara de inocente.

Como sea, lo cierto es que en el marco de una visita a Davos, propagada por toda la gran prensa capitalista para convertirse en éxito mayúsculo, Macri debió contradecir su loable conducta de prestarse a conferencias de prensa y dejó plantada a periodistas de todo el mundo que, con escasa excepción, esperaban para catapultarlo al estrellato internacional.

¿Admitirá Macri que Cristina Fernández tenía razones objetivas para escabullirse ante la prensa? ¿O revisará autocríticamente su conducta de hoy?

O Macri se identifica a pleno con Fernández o asume que, para decir lo menos, dejará de defender a los golpistas venezolanos y entenderá la necesidad de amainar en su heroico combate contra el gobierno de la Revolución Bolivariana. Eso significaría, además, enfrentar los bolsones más oscuros y corruptos que supuestamente está dispuesto a batir en Argentina.

Puede optar por continuar con la política de su antecesora y de ahora en más huir de toda y cualquier conferencia de prensa con un mínimo de participación democrática. O asumir su irresoluble contradicción al atacar el derecho de Venezuela a defender su sistema democrático.

Sólo hay que esperar y ver. Sin olvidar que aquella poderosa fuerza subterránea y para tantos invisible que en rechazo al statu quo llevó a Macri a la Casa Rosada, sigue bullendo bajo la planicie visible. El populismo, supuestamente popular o explícitamente imperial, no tiene espacio en este momento de la historia.

21 de enero de 2016

Macri vs Maduro

Tras la anécdota hay una razón de fondo: Mauricio Macri no escogió por azar a Nicolás Maduro como centro de sus ataques para reubicar a Argentina en el escenario internacional. Tampoco lo hizo por iniciativa propia.

Años atrás publiqué un libro titulado Argentina como clave regional, donde me apresuraba a advertir que lo era por su debilidad, no por su fuerza. En esa debilidad –agravada en la última década– hizo palanca el imperialismo para transformar al país en la contraparte de la Revolución Bolivariana y el Alba.

Ahora, con un elenco gobernante arraigado en las clases dominantes tradicionales, no en capitalistas advenedizos, la Casa Rosada ha sido lanzada como catapulta contra la avanzada de la revolución.

No hace falta decirlo: gobierno no es igual a ciudadanía. Macri no puede hoy arrojarse contra Venezuela con respaldo de las mayorías. Resultó electo por rechazo a su predecesora, no por virtudes reconocidas en él por el electorado. Adolece de verdadero poder. Carece de base social propia y de Partido; tiene como sostén organizativo a una despedazada socialdemocracia y los votos obtenidos debe convalidarlos en los próximos años. Además el país está en un cenagal económico, político y social.

Hay que decir sin embargo –y subrayarlo– que el tejido social está debilitado y desnortado como jamás en su historia y que el Gobierno cuenta con apoyo explícito de Washington y Bruselas. La endeblez de las clases oprimidas, con epicentro en la descomposición o franca inexistencia de alternativas antisistema, es hoy utilizada para ensayar la afirmación del discípulo de la Internacional Parda. Alcanzado este objetivo, piensan los estrategas de la contrarrevolución, incluso el cataclismo económico local y la crisis general del capitalismo podrían alimentar la consolidación de un liderazgo ultraderechista.

Apuntan a las clases medias, a restos putrefactos de los aparatos partidarios hoy en disolución e incluso a sectores contrapuestos del pueblo trabajador: franjas privilegiadas de la clase obrera y contingentes de desocupados y marginalizados, en acelerado crecimiento durante los últimos años.

Adaptación de una táctica

Quien sigue estas páginas recordará cómo en sucesivas elecciones la derecha venezolana trató de arrebatar consignas y símbolos de la Revolución Bolivariana. Algo análogo practica ahora el sosias porteño del bravo Henrique Capriles. El plan estaba preparado para ser aplicado por Daniel Scioli, el candidato peronista. Pero la sociedad dio su veredicto y, créase o no, Macri se lanzó a emular a Maduro: comenzó a aplicar una versión local del "gobierno de calle" venezolano; puso como consigna central "pobreza cero"; relanza ampliándolos programas de asistencia social y de edificación de viviendas. Hasta copió la decisión de Hugo Chávez de poner animales autóctonos en los billetes de papel dinero en lugar de controvertidos próceres. Él y los suyos se presentan como acérrimos defensores de un Estado fuerte (y en esto no mienten). Como detalle distintivo rechazan el socialismo… "porque no funciona". En correspondencia, anuncian un plan desarrollista más ambicioso que los esgrimidos por Arturo Frondizi en 1958 y el dictador Juan Onganía en 1966. Argentina debe ser el contramodelo venezolano ante América Latina.

En coyuntura de convulsiva crisis del capitalismo central la estrategia desarrollista será un fiasco aún mayor que el de los años 1960. Sólo que la comprobación por parte de los pueblos latinoamericanos de ese inexorable fracaso llevará tiempo. Y a eso apuesta la Casa Blanca, para completar la política de cerco y aniquilamiento sobre la Revolución Bolivariana primero y ahogar a los gobiernos del Alba después.

Semejante estrategia tiene una única base de apoyo: hasta en filas radicales de las izquierdas de la región se pospone sin

fecha la lucha contra el capitalismo. Todo se limita a reformas, aumento de salario, mayor capacidad de consumo, más legisladores en las catedrales del capital. Está descartada la inminencia de lo que sin embargo es obvio: los estertores del sistema en los centros imperiales y el avance hacia una situación prerevolucionaria regional.

Desechado ese debate, el mensaje es claro: "nosotros (los hijos de la oligarquía sometidos al capital transnacional), somos capaces de hacer bien lo que prometieron y no llevan a cabo gobiernos como los de Chávez y Maduro, Evo Morales, Rafael Correa, otros presidentes del Alba y hasta el mismísimo Lula". Cuentan con la fragmentación, confusión y en muchos casos corrupción extrema de expresiones de izquierda que deberían estar ya lanzadas en una contracampaña continental.

Argentina es así un ensayo para mostrar a América Latina que el capitalismo es capaz de resolver los graves y urgentes problemas sociales que la acosan. En manos de genuinos capitalistas –no de recienllegados ávidos e ignorantes– este país deberá ser la clave para barrer hasta la última brizna del proceso revolucionario que recorre la región.

Para hacer viable esta táctica en torno a Argentina los multibillonarios del planeta pondrán su óbolo. Exigen y con certeza obtendrán mayor margen aún para saquear riquezas naturales y plusvalía. Pero abrirán la mano e intentarán salvar la coyuntura que acorrala a Macri. En simultáneo, apretarán la soga sobre el cuello de la economía venezolana. Todo acompañado, sin pudor, por la gran prensa comercial.

Defender Venezuela, defensa propia

No se trata entonces de Macri vs Maduro, sino de contrarrevolución vs revolución en América Latina. Son Washington, sus aliados y socios menores, contra la emancipación regional. Y esto en momentos en que la Revolución Bolivariana atraviesa una coyuntura de extraordinaria gravedad. A falencias irresueltas –aunque claramente diagnosticadas– se suma la guerra

económica y la brutal caída del precio del petróleo, que resta al país más del 70% de su ingreso en divisas.

Sin exageración puede afirmarse que la economía argentina tiene desequilibrios más graves en su estructura socioproductiva. E infinitamente menores posibilidades de salida sin un giro de 180 grados. Pero coyunturalmente no sufre en magnitud comparable la caída de sus exportaciones ni, tanto menos, el ataque sistemático del imperialismo. Puede ser así la contraparte, con el sólo recurso de que siquiera temporalmente aparezca viable el anacrónico programa de desarrollo capitalista. Pocos se atreven a denunciar sin rodeos que semejante plan terminará en un naufragio de proporciones más onerosas que todos los anteriores.

Enfrente, Venezuela ha encarado un proceso de movilización de masas que desembocará los días 11, 12 y 13 de abril en un Congreso de la Patria. Esas instancias populares de esclarecimiento, debate y toma de posiciones, seguramente culminará avalando las drásticas medidas económicas y políticas que la situación requiere. El caso es que abril está lejos, medido desde la perspectiva de la táctica imperial, que al calor de la derrota electoral de la Revolución en diciembre último ha lanzado al ataque a sus esbirros locales, en consonancia con la ofensiva regional.

Macri tomó nota cuando Maduro adelantó el tenor de su participación en la cumbre de la Celac. De inmediato anunció que no viajaría. Consiguió un certificado médico y alegó problemas de salud. Soldado que huye, sirve para otra guerra, le explicaron sus asesores. Así que envió a su vicepresidente para insistir con el ataque a Venezuela. En continuidad con la táctica sibilina diseñada en otras latitudes, la Sra. Gabriela Michetti completó su diatriba insistiendo en que la Celac puede contar con Argentina. Por inadvertencia, en un intercambio terminó defendiendo a la OEA contra la organización de los países al sur del Río Bravo. Se sienten impunes porque cuentan con la manipulación informativa: la prensa tradicional en Argentina

ignoró la cumbre de la Celac, limitando la información al heroico papel de Michetti en defensa de los derechos humanos en Venezuela.

Fascismo embozado

¿Cuál es la estrategia, cuáles las tácticas a implementar de inmediato frente a esta ofensiva imperialista? ¿Cómo se prepara y desenvuelve el contraataque? Cientos de millones de seres humanos, no sólo en América Latina, buscan pasivamente respuesta a estas preguntas.

El Congreso de la Patria está concebido para darlas en Venezuela. Tácticas diferentes adoptan los gobiernos del Alba. Pero no se da el primer paso hacia la articulación internacional de un programa de acción ante la emergencia. Fronteras adentro Macri no tiene todavía un proyecto capaz de enfrentarlo.

En la misma medida en que todo y cualquier proyecto de reconstitución capitalista implica, más temprano que tarde, un fracaso inexorable precedido de violentos intentos de saneamiento estructural, la lógica del accionar imperial y sus agentes locales tiende al fascismo. Está a la vista en Venezuela, pero también en Argentina y, con características diferentes, en México. Deteniéndolo en Caracas y Buenos Aires estarían dadas las bases para enfrentarlo y derrotarlo en el hemisferio entero.

Tal vez nunca el pensamiento y la capacidad de acción transformadora han estado de tal manera exigidos como en este momento de la historia.

Derrumbe de viejos aparatos políticos sin reemplazo

Argentina en torbellino

Derrotado el peronismo en sus bastiones tradicionales, asumió el gobierno una frágil coalición. La preside un representante directo del gran capital, sin base de sustentación, lanzado a un desarrollismo ultraconservador y populista.

Con equipo heterogéneo y base social ajena, el presidente Mauricio Macri avanza en zigzag mientras acentúa un autoritarismo unipersonal, obligado por la hibridez política y la inconsistencia social de su gobierno.

Muy lejos del marbete con que lo atacan sus predecesores en el mando, el elenco reemplazante trata de implementar una táctica contraria a los ajustes clásicos que Argentina conoce muy bien. A la inversa, su máximo empeño, hasta fines de enero y con seis semanas de actuación, consiste en dar continuidad a las políticas sociales del gobierno anterior, corregidas en eficiencia y magnitud. Aunque conviven en el gabinete rancios liberales y desarrollistas de abolengo, estos últimos parecen haberse impuesto en la coyuntura. Tanto para evitar una erupción social en gestación durante los últimos cuatro años como para sortear el impacto interno de la crisis mundial se impuso la continuidad de planes de asistencia social y reactivación de la economía con base en subsidios y obras públicas. La sustentabilidad de tal estrategia es el quid de la cuestión.

Por paradojal que resulte, el ministro de Hacienda Alfonso Prat Gay, que timoneó con destreza técnica no exenta de osadía la salida del llamado "cepo cambiario" (restricciones a la compra de divisas y fijación oficial del precio del dólar), insiste en la voluntad oficial de universalizar de verdad el subsidio por hijo, anuncia una ampliación del plan de ayuda para la construcción de viviendas (denominado Procrear) y, acompañado por el ministro de Interior, Rogelio Frigerio, comunica la intención de multiplicar obras públicas a partir de autovías, usinas de generación eléctrica, escuelas y hospitales. La perla de esa corona desarrollista es el Plan Belgrano, propuesto como objetivo de conjunto para el norte argentino. Esta propuesta de desarrollo le valió a Macri buena parte de los votos obtenidos en el norte y le permite ahora gravitar sobre gobernadores sin jefatura política en el peronismo. A la par, el Gobierno inicia un camino destinado a corregir desequilibrios en los precios relativos y aminorar, siquiera marginalmente, el impacto del

gasto descontrolado en un déficit fiscal que supera el 7% del PIB. No obstante, todo indica que ese desequilibrio no se corregirá hasta nuevo aviso con recortes y ajustes, sino con endeudamiento externo, ya asegurado.

Sociedad atónita

Un sentimiento dominante, que atraviesa clases y sectores, es la perplejidad. Nadie –y menos que nadie los beneficiados directos– preveía que el Partido Justicialista (peronista) comandado por Cristina Kirchner perdería el gobierno nacional y, sobre todo, el control de su bastión decisivo, la provincia de Buenos Aires, donde vive el 40% de la población.

Los vencidos quedaron sin argumentos ni capacidad de respuesta. Hasta el momento no atinan sino a proferir calificativos vacíos y llamar a una "resistencia" a la que el conjunto social da la espalda con desinterés o, en el mejor de los casos, con una sonrisa irónica o de decepcionada tristeza: la palabra resistencia tiene historia en el pasado del peronismo, de la clase obrera y de la vanguardia política de todos los signos, que enfrentaron dictadura tras dictadura desde 1955. El resultado inmediato es una vertiginosa disgregación de la estructura creada por Néstor Kirchner bajo la sigla FpV (Frente para la Victoria) que, como su nombre lo indica, no es adecuada para la circunstancia que afronta.

Al otro lado, los vencedores –la apresurada alianza Cambiemos– no esperaban encontrarse con el poder. Los restos desconcertados de la Unión Cívica Radical, única estructura realmente existente, con 140 años de vida y despliegue territorial en todo el país, filial local de la socialdemocracia internacional, obró como receptáculo para la obtención de votos, pero su principal dirigente renunció antes de asumir un ministerio marginal ofrecido por Macri.

Por su lado las capas medias y franjas decisivas del proletariado industrial, volcadas en masa al voto contra Cristina Fernández –no a favor de Macri– observan expectantes y

confundidas señales que tienden a ganárselas en el discurso y en los hechos, por imperio del legado económico, las golpean de lleno mientras las autoridades se empeñan en sostener que mantendrán la ayuda social para las capas más desposeídas. Éstas, por su parte, vacilan entre creer a sus ex puntos de referencia política o a los nuevos, que tratan de reemplazarlos con los mismos métodos utilizados por los llamados "punteros": clientelismo y manipulación.

En la cima de esta Babel, el nuevo elenco gobernante, también pasmado por la inesperada voltereta política que lo puso en la Casa Rosada, hace equilibrio azotado por un torbellino económico: cuatro años de estancamiento y recesión, precio contenido del dólar –entre octubre 2011 y diciembre 2015 pasó de 4,73 a 9,60, no obstante el paralelo alcanzaba los 16 pesos y marcaba el ritmo de los precios. Roto el cepo, oscila entre 13 y 14 pesos. En la base del sistema, más de un cuarto de la población en la línea de pobreza, uno de cada dos trabajadores no registrados y un promedio salarial total de menos de 7 mil pesos (alrededor de 500 dólares). Hay más: descontrolado endeudamiento interno, caída de las exportaciones y de los precios en las materias primas exportables, recesión dura en Brasil y caída drástica de la economía en China, dos socios claves; inflación rondando el 30% anual (acelerada tras la devaluación ya bajo el gobierno de Macri); acoso de los fondos buitres y pesadas exigencias de los organismos internacionales de crédito. Cuantiosas cuentas impagas desde septiembre último han paralizado la obra pública y provocan despidos en forma creciente y amenazante.

Lo que vendrá

Macri se mostró en años pasados como discípulo de José Aznar y Álvaro Uribe, animoso promotor de la Internacional Parda. A esa vocación fascista se la ha denominado "neoliberal". Pero en su función, el nuevo presidente argentino no es lo uno ni lo otro (sea lo que sea que signifique ese adjetivo insustancial).

Es un hijo del gran capital que, parado en una ciénaga y rodeado de crisis, obligado a consolidar y ampliar la base social que lo votó, se ha lanzado a un experimento populista conservador con arrestos desarrollistas, respaldado de buen o mal grado por todas las fracciones de la burguesía local, acompañado por el grueso del peronismo y alentado, como se vio en el Foro de Davos, por el establishment internacional.

Si su equipo logra domeñar la inflación (6% en diciembre, 4% proyectado en enero), es presumible que la economía salga de su prolongado letargo y, con el cuadro político descripto, Macri obtenga un crédito social de corto plazo. Cuenta además con el visto bueno de las cúpulas sindicales con peso real. Un ejemplo basta para resumir la coyuntura política: en un gesto destinado a mostrarse austero y republicano, el Gobierno ordenó el despido de dos mil empleados sin función en el Senado, incorporados por el ex vicepresidente, una figura repudiada por la población. El peronismo domina la Cámara alta con 41 senadores. De ellos, sólo 12 acataron la orden de Cristina Fernández de "resistir" los despidos. El resto avaló la decisión de la vicepresidente Gabriela Michetti y el titular de la bancada peronista, Miguel Pichetto, quien durante 12 años acompañó sin pestañear las órdenes de la Casa Rosada, ahora advirtió sin eufemismos: "el jefe soy yo". Otro tanto ocurre con la prisión de Milagro Sala. Al margen de argumentos a favor y en contra de esa actitud del gobernador jujeño Gerardo Morales frente a una dirigente directamente asociada a la ex presidente, la totalidad de los gobernadores peronistas, todas sus autoridades con mando efectivo y las principales cabezas del sindicalismo, optaron por el silencio, cuando no por el abierto respaldo a Morales y Macri.

Con la sociedad pasiva y tales relaciones de fuerzas en la superestructura política, todo apunta ahora a la pugna por los aumentos salariales a discutir en paritarias a partir de febrero y marzo. Allí también pesará la conducta aquiescente de las cúpulas sindicales, empeñadas en que comience la reactiva-

ción económica y se avente el fantasma de un rebelión social que los arrastre a ellos y ponga a Macri al borde del abismo. El Gobierno planea domeñar la inflación a partir del segundo semestre, iniciar un ciclo de reactivación económica y consolidar un nuevo equilibrio político nacional. Hasta el momento, tiene la iniciativa en sus manos.

2001 está allí; 2008 también

En su intento por afirmar un eje Washington-Buenos Aires, Barack Obama y el Departamento de Estado caminan por la superficie del continente y rehúyen las corrientes profundas que lo atraviesan.

En 2001 estalló Argentina. En 2008 colapsó la economía estadounidense y arrastró al sistema financiero internacional. Esas dos heridas profundas no están suturadas. Por el contrario, serán las que malogren el plan estadounidense en América Latina.

Para entrever el panorama actual y su inexorable dinámica falta todavía otra fecha: 1991, cuando se desmoronó la Unión Soviética.

En su urgencia por acorralar al Alba y poner freno a la Revolución Bolivariana la Casa Blanca relega temporalmente a su socio estratégico, Brasil. Es un paso obligado por dos razones principales: la burguesía paulista buscó una tercera vía en el damero mundial con la ilusión de los Brics y tomó distancia de Estados Unidos en la disputa por el mercado mundial. Varado ahora a medio camino, por todo un período sufrirá estancamiento y recesión, en medio de la conmoción política que sacude al sistema político brasileño, sin recomposición previsible de la estabilidad en un futuro cercano.

Así, más que una elección racional la aproximación del gobierno estadounidense a Argentina es un salto oportuno dictado por el resultado electoral de noviembre último. Ocurre

que la victoria electoral de Macri es en realidad la derrota de la recomposición del poder burgués que tuvo a Néstor Kirchner y Cristina Fernández como efímeros representantes. Tras la apariencia, abonada por toneladas de comentarios anecdóticos, subyace la imposibilidad de recrear un sistema político estable en Argentina. El período posterior al salvataje llevado a cabo por Eduardo Duhalde se sostuvo sobre arbitrios económicos insustentables, cuyo costo reapareció con fuerza en 2012, se agravó desde entonces y explota ahora en las manos del nuevo elenco gobernante.

Rescatar al heterogéneo y hasta ahora inarticulado gobierno de Macri es la primera tarea de Obama para afirmar el soporte Sur del pretendido eje. Ocurre que Estados Unidos marcha hacia una repetición corregida y aumentada de lo ocurrido en 2008. Menos que nunca está Washington en situación de sostener una economía de la envergadura argentina para apoyar en ella sus líneas de largo plazo, lo cual no implica desconocer las posibilidades que se abren con el simple hecho de aflojar el nudo que ahorca al país.

Esto ocurre, además, en el marco de una suma de victorias tácticas presentadas como pujanza estratégica. No se trata de desconocer el terreno recuperado por Washington. Se trata en primer lugar de insistir en la diferenciación de esos éxitos (nada hay en común entre los resultados electorales en Venezuela, Argentina y Bolivia, hoy capitalizados por el imperialismo). Y a la vez distinguir entre una fuerza vital que gana espacio internacional por la potencia arrolladora de su aparato productivo –como fue el caso de Estados Unidos desde el último tercio del siglo XIX– y los destrozos producidos por la fuerza irracional de un gigante acorralado. El mundo asiste a la más grave crisis en la historia del capitalismo. Sólo los efectos sociales y políticos del derrumbe de la Unión Soviética, todavía letales, impiden que el ahogo simultáneo en el centro y la periferia del sistema tenga una respuesta de masas con sentido anticapitalista.

Para usufructuar esa debilidad subjetiva, desde los años 1990

tomó forma orgánica una alianza cimentada desde antes de la segunda Guerra Mundial: socialdemocracia y socialcristianismo convergieron en el terreno sindical a escala mundial. A la vez, en Europa y varios países periféricos dieron base conjunta a gobiernos destinados a sostener pseudodemocracias burguesas y bloquear el camino de la revolución. Un dato nuevo es que la violencia de la pugna intercapitalista comienza a fisurar esa unión.

Repliegue

Estados Unidos ha perdido la hegemonía mundial; su economía es igual o menor a la China; el sistema financiero se despega progresivamente del dólar y tiende a la conformación de una pluralidad de espacios económicos fuera de control central; la rivalidad económica con la Unión Europea es cada día mayor; ha perdido el control sobre el Oriente Medio; no pudo imponerse en el conflicto con Rusia en torno a Ucrania; se ve desafiado en la supremacía militar por la suma de Rusia y China. En América Latina perdió el control y topó con el descontento mayoritario al que se plegaron sucesivos gobiernos pero, sobre todo, vio la aparición, por primera vez, de un bloque anticapitalista.

Las victorias electorales en Venezuela y Bolivia no suponen la reversión de la dinámica trazada en la región desde comienzos del siglo XXI. Esa es una batalla en curso en la cual se verifica ahora una curva descendente y a la vez se anuncian, a término, cambios drásticos en el sentido inverso, con la irrupción en el escenario continental –sin excluir el territorio estadounidense– de masas acosadas por la crisis.

Esto último es, desde luego, una afirmación discutible. No lo es la suma enumerada anteriormente y, sobre todo, la causa que determina este conjunto de fenómenos: una irrefrenable caída económica con eje en el mundo desarrollado e impacto planetario.

Hacia la recesión global

En años pasados y ante la evidencia de la retracción en China y la imparable tendencia recesiva en la Unión Europea, las expectativas voluntaristas de técnicos en economía se volcaron al alegado crecimiento sostenido de Estados Unidos. Ya no más: "La economía estadounidense no es suficientemente fuerte para remolcar la economía mundial; incluso pude no ser suficientemente fuerte para mantenerse a flote a sí misma", admite el semanario inglés The Economist a fines de febrero. A partir de este reconocimiento tardío fluyen revelaciones un tanto obvias durante estos años para una mirada no apologética de la tambaleante economía central: "La deuda pública en Estados Unidos pasó del 64% del PIB en 2008 al 104% en 2015; en el área del euro subió del 66% al 93%; en Japón, del 176% al 273% (…) Aun así, la inflación ha estado persistentemente por debajo del 2%", nivel considerado mínimo para que el giro económico no se engrane.

Dicho de otro modo: en el mundo altamente desarrollado campea la deflación, caída de precios determinada por la retracción de la demanda.

Académicos y funcionarios realizan curiosos ejercicios para fundamentar medidas de emergencia, de cortísimo plazo, en las que se advierte más ansiedad que consistencia teórica. Uno de ellos, el economista de Harvard Larry Summers, alerta que las naciones altamente desarrolladas "están condenadas a un largo período de débil crecimiento por la persistente disminución de la demanda", por lo cual urge medidas duras para contrarrestar esa tendencia.

Todas las variantes de esa búsqueda van por caminos no ya heterodoxos, sino de nulo aval histórico. Semejante flexibilidad contrasta con el conservadurismo de sus pares "progresistas", quienes en lugar de observar los hechos, se aferran a consignas de otras circunstancias, en otras épocas. Reproducen ellos la supuesta conducta que atribuyen a otros, a quienes descalifican como "dogmáticos marxistas". Siguen hablando de "neolibera-

lismo", al que adjudican la voluntad de "destruir el Estado" y "dejar la economía en manos del mercado". Parecen incapaces de ver que los centros imperiales impulsan políticas exactamente inversas, simbolizadas por el uso y abuso del QE (Quantitative easing, que en buen romance significa luz verde a la emisión de dinero sin respaldo).

En los centros imperiales se teoriza y practica lo contrario de lo denunciado por quienes apuntan hacia el fantasma del "neoliberalismo". En Japón se ha llegado a proponer un abrupto aumento de salarios para recalentar el consumo y reiniciar el ciclo por esa vía (algunos neo-neoliberales lo han practicado en otras latitudes). Aunque por causas obvias semejante propuesta fue desechada, otras líneas de acción movidas por el mismo objetivo no sólo se ensayan en las metrópolis, sino que son proyectadas, con carácter de exigencia, a todo el mundo.

Tal vez el espectro "neoliberal" es sólo un recurso para evitar siquiera la mención al capitalismo. Como sea, conduce al desconocimiento de la realidad en curso e inhabilita para definir una línea de acción sustentable.

Mientras tanto, el gran capital actúa a los tumbos para contrarrestar la caída de la demanda agregada mundial. O dicho de otra manera: afrontar el mal intrínseco e inexorable del sistema: la sobreproducción.

De esto discutirán los mandatarios en la próxima reunión del G-20: cómo activar la demanda y a la vez impedir que la marea descontrolada de dinero excedente arrastre al sistema financiero internacional.

Como en un ejercicio de prestidigitación, mientras en el escenario se ven disputas triviales respecto de técnicas económicas para eludir la recesión mundial, tras bambalinas cerebros más pragmáticos están ya embarcados en el desarrollo del método de siempre ante la sobreproducción de mercancías: su destrucción.

29 de febrero de 2016

Intento de afirmar un eje
de la contrarrevolución continental

Obama llega a Argentina para ungir a Macri

Coyuntura inestable en América Latina. Washington busca cambiar las relaciones de fuerzas regionales a partir de Argentina y consolidar un cerco sobre la Revolución Bolivariana y el Alba.

Para ser lo que se propone, contrafigura continental de Nicolás Maduro, Mauricio Macri está obligado ante todo a resolver el problema interno. Si lo lograre, podría entonces sí presentarse como adalid de la solución para urgentes demandas de 550 millones de latinoamericanos.

¿En qué consiste ese problema interno? Se puede resumir en pocas palabras: cuatro años de estancamiento y recesión; un tercio de la población bajo la línea de pobreza; arcas exhaustas por el pago de 230 mil millones de dólares de deuda externa en una década; endeudamiento interno equivalente a otros 200 mil millones de dólares; inflación entre el 30 y 40%; la mitad de los trabajadores ocupados no registrados; 18% de desocupación real; aplastante crisis energética; déficit fiscal superior al 7%; déficit de la balanza comercial; corrupción y desbarajuste fenomenal de la administración pública (en primer lugar las policías); crecimiento en flecha del narcotráfico…

Para remontar la cuesta descripta Macri cuenta con la coalición Cambiemos: Pro, ficción de partido oficial; UCR, socialdemocracia con raíces históricas y alcance nacional; Coalición Cívica, instrumento ad hoc del Departamento de Estado; respaldo del conjunto del capital y de la mayoría hegemónica de la dirigencia sindical.

Esta síntesis debe inscribirse en otros datos que la condicionan: recesión superior al 4% en Brasil, principal socio

comercial del país; caída abrupta de la economía china, estancamiento y riesgo de otro colapso en los centros de la economía mundial capitalista.

Esos centros juegan su carta en Buenos Aires para poner en caja a América Latina. En cinco semanas, desde mediados de febrero al 24 de marzo, tres jefes de Estado habrán venido a ponerle el hombro a la desesperada estrategia imperial: el primer ministro italiano Mateo Renzi, el presidente francés François Hollande y, como colofón, en coincidencia con el 40° aniversario del golpe de Estado de 1976, Barack Obama. Ínterin, Macri visitará al Papa. Antes, en Davos, el capital financiero más concentrado del planeta arropó a Macri con promesas de préstamos e inversiones. Inmediatamente el Gobierno logró el visto bueno del juez estadounidense en cuya jurisdicción, y por decisión del anterior gobierno, está el litigio sobre la deuda externa que no aceptó el canje con quita ofrecido por Néstor Kirchner y su ministro de Economía Roberto Lavagna. Ahora esa barrera está a punto de caer y Argentina podrá regresar al endeudamiento desenfrenado para equilibrar sus cuentas internas. Con tales respaldos en la mano, el presidente de Argentina declaró sin rubor a The Washington Post: "Estoy listo para ser la voz para defender los derechos humanos en todo el mundo. Argentina quiere ser parte de las naciones que están luchando contra el terrorismo y el tráfico de drogas y la defensa de los derechos humanos y la democracia". Francisco recibirá del presidente argentino una propuesta para ayudar a emigrados sirios.

El 24 de marzo en Buenos Aires, junto al premio Nobel de la Paz y presidente de Estados Unidos, Macri intentará coronar y consolidar esta jugada estratégica de Washington, a medio camino entre la perversidad y el ridículo.

Planes y realidades

Contra reglas estrictas del periodismo, es posible afirmar sin atenuantes que ese plan fracasará. A contramano de análisis

simplificados e intereses oportunistas de quienes sólo lamentan haber perdido su lugar en el degradado Estado argentino, cabe adelantar que hay espacio social y político para la maniobra. Pero comprender la coyuntura implica subrayar que en la cabeza de los estrategas de la contrarrevolución está excluida la posibilidad de éxito: el propósito es ganar tiempo. Y durante ese tiempo completar el aislamiento de Venezuela, alinear fuerzas para derrocar a Nicolás Maduro y acabar con la Revolución Bolivariana para luego completar el ahogo al Alba. La condición para lograr ese paréntesis en la historia vertiginosa de este siglo es volcar a su favor las fuerzas disgregadas y confundidas de los trabajadores, los chacareros y las juventudes en Argentina.

De modo que la opción no consiste en tener o no a Macri como paladín del desarrollo capitalista y los derechos humanos. La alternativa reside en que el vuelco de Argentina hacia la alianza con Washington y Bruselas, en una coyuntura de volatilización política de Brasil como punto de referencia regional, permita o no frenar, desviar y finalmente aplastar el proceso revolucionario puesto en movimiento por la Revolución Bolivariana encabezada por Hugo Chávez desde 1998.

Dicho de otra manera: el éxito de Macri no consiste en sacar a Argentina del marasmo, sino en consolidar la fragmentación social heredada y transformarla en una conformación política donde no haya espacio para una poderosa fuerza capaz de alcanzar la unidad social y política de las mayorías tras un programa anticapitalista.

Para repetir lo ya afirmado en este espacio, el capital tiene hoy la iniciativa sin disputa. La división profunda del movimiento obrero, la conducta de sus dirigencias y la absoluta omisión de las izquierdas en el combate planteado, le ofrecen un espacio inédito para imponerse.

Como contraparte, el trasfondo económico y la catastrófica realidad social del país aseguran que más allá de fintas y maniobras, a Cambiemos le resultará imposible llevar adelante la propuesta con la que ganó las elecciones: "lucha contra la

inseguridad; pobreza cero y combate al narcotráfico". Por el contrario, la disgregación policial en municipios, la incuestionable realidad de una economía desquiciada y la fuga de capitales hacia el narcotráfico en busca de tasas de ganancia que la producción no ofrece, garantizan un rotundo fiasco a mediano plazo.

No es una profecía: está a la vista. Macri quitó retenciones a la producción cerealera, con excepción de la soja, a la cual redujo impuestos del 35 al 30% con el compromiso de bajar 5% cada año hasta llegar a cero. Eliminó las restricciones cambiarias y sólo mantiene ciertas limitaciones para pagos de deudas y remisión de utilidades anteriores. Quitó retenciones a la minería. Y se vio obligado, ante una imparable escalada de precios demasiado semejante a la anarquía, a elevar el límite de salarios que pagan impuestos y admitir las exigencias del gremio docente. Ambas concesiones durarían poco.

El hecho es que ese conjunto de medidas desfinancian al Estado y aumentan el ya descontrolado déficit fiscal. Siendo como es un gobierno del gran capital, no podía alejarse del abismo revertiendo lo concedido a esa franja de la burguesía. De modo que ante la evidencia del desfasaje, giró sobre sí mismo y retrocedió en las concesiones a sectores trabajadores. De hecho, la suba del mínimo no imponible para los asalariados, rápidamente negada por otras medidas, se transformó en peligroso búmeran que incluso hizo cambiar la actitud de Hugo Moyano, quien amenazó con medidas de fuerza. Lo mismo ocurrió con el gremio docente, que luego de haber aceptado un arreglo favorable a sus demandas, se encontró 48 horas después con la retractación oficial, lo cual dejó abierta la posibilidad de una huelga que impida el inicio del ciclo lectivo, el 29 de febrero. Mientras tanto el dólar acentuó su presión pasando de 13,50 tras la salida del cepo a 15,50 a mediados de febrero, con la consecuente subida de precios y la insoslayable consecuencia: caída del consumo, mayor presión recesiva y acentuación de despidos cuyo origen se remonta a mediados de 2013. Para

frenar al dólar, el Banco Central volvió a vender divisas de sus exhaustas reservas.

Aun con indicadores que le adjudican un 65% de aceptación pública (71% un mes atrás), las medidas económicas comienzan a provocar malestar. Alza de tarifas congeladas durante 13 años, inflación en flecha de precios de la canasta básica iniciada bajo el gobierno anterior y acelerada desde fines de diciembre, caída del consumo, sumado a despidos de recientes incorporaciones en el aparato del Estado, comienzan a mover el clima social y amenazan la calma con que fue recibido el nuevo gobierno. En un intento por contrarrestar esa dinámica, avanzando en zigzag Macri anunciaría antes de marzo un conjunto de medidas paliativas que, en sustancia, buscan mejorar formas de asistencia vigentes, tales como asignación universal a menores, subsidios directos y personalizados para transporte, gas y electricidad a personas de bajos recursos. El dilema es obvio: más erogación y menos actividad económica, menos recaudación fiscal implica mayor déficit y, a término, más inflación. Pero, entre la espada y la pared, el Ejecutivo ha negado formalmente un ajuste clásico, conducta que ya hace visibles las disidencias internas ante la coyuntura.

Democracia con bemoles: disgregación del FpV

Entre otras ventajas, Macri cuenta con la disgregación Frente para la Victoria (FpV) y la ruptura del Partido Justicialista (PJ), cuyas principales figuras rodean hoy a Macri. Roto el bloque de diputados de oposición con la fuga de 14 legisladores del FpV, fuera de control el bloque de senadores, cuyo presidente desconoció la autoridad de Cristina Fernández; con ejemplos tales como el de Estela de Carlotto, presidente de Abuelas de Plaza de Mayo, quien a un mes del nuevo gobierno aclaró que "no soy amiga de Cristina Fernández"; mientras llueven denuncias de corrupción sobre el anterior elenco oficial y durante febrero siete altos funcionarios fueron citados por el Poder Judicial, el rumbo de la oposición más dura queda resumido en

una anécdota curiosa: el ex secretario de Comercio Guillermo Moreno (blanco de todas las pullas de la sociedad bienpensante) se asoció con el general César Milani, ex jefe del Ejército en el gobierno anterior, acusado de desaparición de soldados durante la dictadura, para montar una cadena de "pancherías" (puestos de ventas de perros calientes o hot dogs, denominados "pancho" en Argentina).

En este ambiente de vodevil, el Partido Justicialista realizará su Congreso el 24 de febrero obligado por la Justicia. El saldo previsible: batahola entre corrientes irreconciliables mientras no se presente una perspectiva de victoria electoral, hoy fuera del horizonte. En cuanto a la reacción sindical, bajo el látigo disciplinador de la recesión, los principales gremios de la producción discutirán convenciones salariales dentro del marco de lo planteado por el Gobierno: un aumento en torno al 30%. Hasta el momento sólo sindicatos de estatales programan un paro, también para el 24 de febrero. La eventual suma de docentes y la CGT conducida por Moyano, plantea una posible aceleración del conflicto social.

Aun así, el respaldo del capital y las cúpulas sindicales muestra el espacio político que tiene Cambiemos. Con todo, la exigencia puesta por Washington a su discípulo es demasiado elevada. Compelido a bregar por la libertad de Leopoldo López en Venezuela, Macri no puede sostener el hecho de que, sin otra acusación que un acampe en la plaza principal de Jujuy, capital de la provincia norteña del mismo nombre, Milagro Sala esté en prisión desde el 16 de enero. Para evitar su liberación el juez a cargo fue sumando acusaciones. Consta que más de una de ellas será fácilmente probable. Pero no hay juicio todavía. Mucho menos condena. Y Sala sigue detenida, sin que el PJ y ninguno de los gobernadores peronistas pida por su libertad.

López, además de haberse entregado él mismo por temor a que lo asesinaran sus cofrades de la MUD, fue instigador y responsable por desmanes que provocaron 43 muertos en 2014. Fue juzgado y condenado por tribunales institucionales. Nada

comparable con eventuales delitos de Sala. No obstante, Macri se compromete ante el mundo por López y deja en prisión a Sala, a la vez que altos funcionarios del gobierno anterior –incluso el vicepresidente– con cargos de corrupción infinitamente mayores, procesados y varios de ellos condenados, siguen en libertad.

Más grave aún: la ministra de Seguridad Patricia Bullrich anunció a mediados de febrero una disposición por la cual se impedirán los bloqueos de rutas, calles y avenidas en todo el país. Con exquisita delicadeza, la funcionaria, ex militante de Montoneros, aclaró: "si no se van en cinco o 10 minutos los vamos a sacar". Con la gendarmería, por supuesto. Que "sólo excepcionalmente portará armas con proyectiles de plomo", aclaró su segundo más tarde. Sin duda la mayoría social está extenuada y es claramente adversa a cortes de tránsito que, por lo general, afectan sobre todo a trabajadores que concurren a su labor. Eso da al Gobierno un espacio que al parecer la ministra ha medido mal: si como cabe esperar en el clima de demandas crecientes y altamente justificadas hay represión –y heridos, y presos, y muertos– en estas acciones, Macri sufriría un debilitamiento sin retorno, no sólo en su propósito de "defender los derechos humanos en todo el mundo". Su capacidad de gobernar estaría en cuestión. Por eso lo más probable es que la bravata de Bullrich sea contrarrestada por una más de las ya numerosas marcha atrás ordenadas por Macri en las últimas semanas para equilibrar sus insalvables contradicciones.

Será relativamente fácil exponer en Argentina, en Venezuela e incluso en Europa esa incongruencia del protopaladín de la justicia universal que intenta fabricar el Departamento de Estado. La condición es apoyarse en hechos ciertos, visibles, no en calificativos sin base o conceptos insostenibles, además de reconocer el legado del gobierno anterior. Ésa es una tarea urgente. El tiempo es precisamente el factor clave para que la maniobra de Washington alcance o no el objetivo buscado.

Desde Buenos Aires, 22 de febrero de 2016

Obama en Cuba y Argentina: Batalla trascendental

Un formidable combate ideológico se ubica en el centro del nuevo ciclo en ciernes en América Latina. Tras formalizar la derrota histórica del imperialismo ante Cuba, Barack Obama llegó a Argentina con paso ofensivo, en un plan hemisférico que incluye, desde luego, también a la isla antillana.

Hay una analogía, mutatis mutandi, en la flexión mostrada por el titular del imperio a su paso por Argentina. Diferentes causas han impedido valorar en toda su dimensión el hecho de que Obama fuera a homenajear a los desaparecidos a un sitio de inmenso valor simbólico, exaltara el papel de los familiares (es decir, del pueblo argentino) en la lucha contra la dictadura y asumiera el célebre "Nunca Más".

¿Hipocresía? Claro: entendida como el precio que el vicio paga a la virtud. ¿Oportunismo? Por supuesto: es la necesidad de halagar al vencedor para usufructuar de allí en adelante sus debilidades. Precisamente eso es lo que hizo Obama ante pueblo y gobierno cubanos y, en condiciones diferentes, con historia y realidad incomparables, también en Argentina. Son pasos tácticos –obligados, no voluntarios– de una estrategia contraofensiva cuyo desenvolvimiento y desenlace están por verse. Dependen de lo que se les plante enfrente.

El resonante viaje de Obama no es el de un mariscal vencedor. Es el de un adelantado encargado de buscar puntos de apoyo para la gran batalla que se aproxima. Para hacerlo, la Casa Blanca debe comenzar por rendirse ante los valores que sostuvieron a Cuba durante más de medio siglo, así como ante una zigzagueante resistencia de décadas que en Argentina obró por la negativa, imponiendo condiciones insostenibles para el capital, al punto de hacer estallar primero el sistema de dominación (2001) y luego impedir su reconstrucción sostenible, hasta llegar al actual punto de desequilibrio permanente. Dada su condición de país

clave pero determinado hoy por debilidades que lo hacen presa fácil, allí encuentra Washington la oportunidad de apoyarse y proyectar su estrategia contrarrevolucionaria.

Fragilidad de un eje sin apoyo

Con pompa apropiada a la magnitud del objetivo, el Departamento de Estado plantó el eje Washington-Buenos Aires. Mauricio Macri "está brindando un ejemplo para otros países", subrayó Obama en conferencia de prensa conjunta, el 23 de marzo, luego de una prolongada conversación a solas en la Casa Rosada. "Argentina está retomando su papel de líder en el mundo y en la región", agregó el presidente estadounidense. Y remató: "como una de las naciones más grandes en el hemisferio (Argentina) tiene que ser un aliado para nosotros, para promover la prosperidad y la paz en la región (…) eso promete aumentar su influencia en el escenario mundial, por ejemplo en el G-20".

Obama llega a Argentina para ungir a Macri, titulaba América XXI con fecha 22 de febrero. No se trataba de investirlo con alguna prenda de ocasión, sino como "contrafigura continental de Nicolás Maduro". En simultáneo con la escalada contra la Revolución Bolivariana, Washington teje un entramado pretendidamente alternativo a la propuesta socialista de Hugo Chávez, luego extendida mediante el Alba. Al mejor estilo publicitario yanqui, intenta ponerle nombre y rostro en la figura de Macri, a quien atribuye un infundado liderazgo, inexistente ahora e inviable en el futuro. Tienen la iniciativa y saben cómo sacarle partido. Carecen del basamento objetivo (eso incluye la inexistencia de partidos consistentes y líderes con peso real) para sostenerla en el tiempo.

Es la utilización sagaz y eficiente de una ventaja potencial. Ésta surge del rumbo político argentino tras la desmoralizada respuesta social al desempeño del último gobierno. El rechazo a esta experiencia llevó a la victoria a una alianza con base socialdemócrata presidida por un representante directo del

gran capital, cuyo ultraderechismo ideológico se manifiesta en primera fase como populismo desarrollista.

En su urgencia por dar vuelta las relaciones de fuerzas hemisféricas, recuperar su condición hegemónica y acabar con el proceso revolucionario fincado en el Alba, Washington elige apoyarse en Argentina, un país debilitado y conflictuado como nunca antes, dado que la inestabilidad en Brasil y la incerteza del rumbo de este país por todo un período, le impide contarlo como aliado firme en su escalada contrarrevolucionaria.

Este doble salto –cambio de Brasilia por Buenos Aires y elección de un gobierno débil, sin articulación partidaria con las masas, sin proyecto estratégico excepto la salvación del sistema– produce un sacudón geopolítico e inaugura una etapa de intensa lucha ideológico-política en toda la región. No hay resultado predeterminado para esta batalla de alcance histórico. Eso debería estimular la inteligencia y la voluntad de millones, aunque por el momento predomina la confusión en una mayoría de países del área.

Venezuela, objetivo central

A la vez que ensaya la instalación de ese eje geopolítico, el Departamento de Estado aprieta el nudo en torno a la Revolución Bolivariana: poco antes de su gira, Obama renovó el decreto que califica a Venezuela como "amenaza extraordinaria e inusual" para Estados Unidos.

Guerra económica e ininterrumpida campaña de calumnias contra el gobierno de Nicolás Maduro se complementan con el impulso a bandas paramilitares de origen colombiano, protagonistas de una escalada de delincuencia e inseguridad. Desabastecimiento, carestía, dificultades e incluso parálisis en diferentes áreas de la producción, entorpecen la vida social y alimentan un descontento extendido a las propias filas revolucionarias.

Mostrada esta realidad como contraparte de la promesa de Obama, se impuso una muletilla que desde Alaska a la Patagonia repitió cada periodista al servicio de la operación: "la caída de Maduro es cuestión de horas". En simultáneo, escaló la presión contra Dilma Rousseff, al punto de que el cada día menos respetable The Economist se animó a un título de tapa de inaudito injerencismo en la política brasileña: "Time to go" (Tiempo de irse) ilustrado por una foto de la Presidente.

Con buenos reflejos el gobierno cubano recibió a Maduro horas antes de la llegada de Obama, le otorgó la máxima condecoración y firmó un conjunto de acuerdos para acompañar el plan de recomposición económica de Venezuela. Envió así un mensaje inequívoco a pueblos y gobiernos de la región. La gravedad de la situación fue comprendida también en otras latitudes: "Venezuela es un país amigo que están tratando de destruir desde fuera", declaró Serguéi Lavrov, ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, quien explicó que la actual coyuntura se encuentra exacerbada por interferencias externas.

Lejos de arredrarse, las filas revolucionarias respondieron al vehemente llamado de Maduro, públicamente reiterado por las máximas figuras del gobierno, el Psuv y la Fuerza Armada. Todos desplegaron en marzo, en coincidencia con el tercer aniversario de la muerte de Hugo Chávez, una actividad febril destinada a recuperar el músculo económico, corregir errores y desviaciones, quebrar la columna vertebral de una corrupción odiada por las mayorías y reatar la relación con las masas.

El Congreso de la Patria, programado para los días 13 y 14 de abril y el Congreso del Psuv, previsto para el 16 y 17 del mismo mes, mostrarán hasta qué punto ha logrado el Gobierno sus objetivos inmediatos.

En las vísperas

Si es frágil el punto de apoyo en Buenos Aires para el eje contrarrevolucionario continental, no lo es menos el que se asienta en Washington. El descalabro económico, la desagregación social y la confusión política en Argentina no tienen precedentes. En Estados Unidos, a su vez, la alegada recuperación tras el estallido

de 2008 es una farsa, cuyas derivaciones, combinadas con el estancamiento y recesión en la Unión Europea, serán evidentes a corto plazo. De allí que la batalla avistada no comienza con una ventaja estratégica del imperialismo.

Para poner en marcha su osado intento contraofensivo el Departamento de Estado aprovecha la inexistencia de un centro organizador de las fuerzas anticapitalistas. Este no es dable hoy por la heterogeneidad ideológica. Un milímetro de diferencia en la teoría, decía Lenin, es un kilómetro cuando se traduce en acción práctica. Eso produce la dispersión de cuadros y organizaciones que, en términos abstractos, se proponen un mismo objetivo. Pero no caben invocaciones voluntaristas: la solución sólo provendrá del resultado de la confrontación de ideas, programas y estrategias en el seno de las grandes mayorías.

A comienzos de siglo sostuvimos que la avanzada latinoamericana estaba, por así decirlo, expresada en tres grandes planos. Cuba ostentaba la vanguardia ideológica, Venezuela la vanguardia política y Bolivia la vanguardia social. Hoy el panorama es diferente. Ahora fortalezas y debilidades se combinan de una manera que puede a primera vista aparecer más confusa, pero en cambio supone un extraordinario aprendizaje, fusionado en el conjunto de países del Alba. Expresarlo en una futura organización en condiciones de hacer frente al desafío de la Historia es tarea primordial.

Obama ya sembró lo que Washington supone una semilla de penetración estratégica en La Habana. Hizo su show de populismo glamoroso en Buenos Aires. Y lanzó una redoblada embestida contra Caracas. Ahora es el turno de mujeres y hombres comprometidos con la lucha anticapitalista del Bravo a Tierra del Fuego, con los gobiernos del Alba a la cabeza, para decir su palabra y convertirla en acción.

25 de marzo de 2016

Nueva alianza para el progreso, extemporánea y enclenque

Argentina asociada a una utopía capitalista

En medio de una gravísima coyuntura económica, aunque todavía sin exigencia social significativa, Macri recibe el espaldarazo de Obama para presentar a Argentina como alternativa a Venezuela y el Alba.

Con 165 votos a favor, 86 en contra y cinco abstenciones, el oficialismo sancionó en la Cámara de Diputados el 16 de marzo la ley que lo habilita para pagar a los fondos buitre un monto de 11.500 millones de dólares y aprobó en la misma sesión la autorización para tomar deuda externa por cifras equivalentes. El miércoles 30 el Senado votó la media sanción restante. La llamada Cámara alta decidió por 54 votos a favor y 16 en contra.

Estos resultados expresan un doble fenómeno en la coyuntura argentina: minoritario en ambas Cámaras, el gobierno de Cambiemos presidido por Mauricio Macri ha logrado un realineamiento fulminante; el bloque opositor peronista, del cual es parte la tendencia encabezada por la ex presidente Cristina Fernández, ya se fracturó en Diputados y vota dividido en Senadores. Durante el mes de abril debería haber un Congreso del Partido Justicialista para designar autoridades. Fuentes bien informadas aseguran que no hay acuerdo para una lista única y tampoco decisión para que compitan diferentes candidatos. Si esa presunción se confirma y el Congreso no se realiza, el PJ será intervenido por la Justicia.

Mientras tanto la totalidad de las fracciones burguesas y tras ellas las cúpulas del sindicalismo se alinearon con el programa político de Macri. El grueso del PJ respalda el pago a los fondos buitre y avala el endeudamiento como vía para salir de la gravísima coyuntura económica, mientras trata de desprenderse de la fracción denominada kirchnerista –a su vez dividida– y

prepara una recomposición con vistas a las elecciones legislativas de 2017. Un factor sobresaliente de esta recomposición es la reunificación de la Confederación General de Trabajadores (CGT), prevista para el 22 de agosto. Antes, de manera ostensiblemente prudente, sus titulares exigen leyes que eleven a un monto mayor el mínimo no imponible para salarios altos, el 82% móvil para jubilados y un aumento acorde con la inflación en las discusiones paritarias en curso ahora mismo. El hecho es que la realidad económica tiene perfiles visibles: dos millones y medio de niños sufren déficit alimentario, según estadísticas de la Universidad Católica Argentina. Y que el estancamiento durante cuatro años, con dos –éste incluido– de franca recesión, producen un acelerado aumento de la desocupación desde mediados de 2014.

Pese a todo, Macri y su heterogénea coalición usufructúan la división del peronismo y la marginación del llamado kirchnerismo. Sobre todo sacan partido del estado de confusión y parálisis de la clase trabajadora y el conjunto de la población. Un dato indicativo del estado de ánimo social es que en medio de subas constantes de precio en alimentos y servicios básicos, con inflación superior al 35% anual y en franca caída recesiva, Macri es avalado por el 55% de la población; un 70% cree que el Gobierno logrará resolver el alza de precios y sacará al país del pantano económico. Todas las consultoras, igualmente desconfiables, coinciden en estas proporciones.

Una explicación para esta paradoja es la evidencia de la herencia dejada por el gobierno anterior. El grueso de la población tiene claro que en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, tarifas como electricidad, gas, transporte y agua, congeladas durante 15 años, tenían precios absurdos en relación con el resto de bienes y servicios, pero también en comparación con el resto del país. Eso no vale para alimentos, que sobre precios anteriores elevadísimos sufrieron aumentos exorbitantes. El ministerio de Energía implementa una tarifa para "sectores sociales económicamente vulnerables". Dos millones 800 mil

personas tendrán electricidad a precio diferencial en todo el país, informó el titular de Energía Juan Aranguren, ex presidente de Shell. Los aumentos, por tanto, afectan sobre todo a los sectores medios y a trabajadores formales con salarios por encima de la media.

Otro factor de peso en la relación del conjunto social con el gobierno es la catarata de denuncias de corrupción que apabullan al ciudadano común. Sobresale un video –constantemente transmitido por todos los canales– en el cual se ve al hijo del empresario Lázaro Báez, su gerente y otros empleados transportando millones de dólares y euros en grandes bolsos, para luego contarlos y apilarlos. Son imágenes que aturden y en buena medida sublevan a amplios sectores del país. El registro es de 2012, cuando había restricciones cambiarias y empresas y particulares no podían comprar divisas. Aunque jamás objetó el pago de más de 200 mil millones de dólares de deuda externa durante el gobierno anterior, la prensa comercial exacerba denuncias por corrupción informando de cuentas multimillonarias en el exterior y desfalcos impositivos –con alegada complicidad del titular del ente recaudatorio, Ricardo Echegaray– que suman mucho más de mil millones de dólares por parte del mismo Báez y otro empresario cercano al gobierno anterior, Cristóbal López. Estas revelaciones redundaron en mayores enfrentamientos entre quienes se mantienen fieles a Cristina Fernández, con denuncias entre los principales protagonistas. "Báez va a terminar preso", declaró Echegaray. "Ni Alicia Kirchner (hermana del ex presidente y actual gobernadora de Santa Cruz) ni Echegaray pueden justificar su patrimonio", replicó Báez. Y agregó, en velada amenaza: "Le pido (a Echegaray) que diga cuál de sus jefes le ordenó hablar". Con este panorama en la oposición peronista y la completa ausencia de una alternativa revolucionaria, Macri avanza en el plan asignado.

"Alianza para no progresar"

Así llamó Ernesto Guevara al plan pergeñado por el impe-

rialismo para contraponer a la Revolución Cubana en los 1960. Los rostros de esa pálida réplica del Plan Marshall fueron John Kennedy y Arturo Frondizi. Es sabido cómo terminó el proyecto contrarrevolucionario y qué suerte tuvieron el presidente de Estados Unidos y el de Argentina. Medio siglo después se intenta lo mismo. Obama no es Kennedy y Macri (¿hay que decirlo?) no es Frondizi. Eso sería irrelevante si el mundo no estuviera de lleno en una crisis capitalista sin retorno, a diferencia de aquel período, cuando faltaban aún algunos años para que el sistema dejara de sentir los efectos para él benéficos de la II Guerra Mundial. Inviable en aquella oportunidad, el plan desarrollista es hoy una utopía risible.

No obstante el viaje de Obama a Argentina fue un éxito rotundo para los propósitos del Departamento de Estado y derramó mieles sobre el gobierno local y su Presidente.

Fue una consolidación del realineamiento político: todo el espectro burgués se presentó al besamanos en una cena de gala. La prensa local informa: "Hubo una breve recepción privada con Obama y Macri, previa al banquete, a la que podían asistir 10 argentinos. Estuvieron la vicepresidente Gabriela Michetti por el Gobierno; Emilio Monzó, Federico Pinedo y el radical Mario Negri por el oficialismo en el Congreso; Elena Highton y Juan Carlos Maqueda de la Corte Suprema de Justicia y se abrieron cuatro lugares para opositores: Sergio Massa, Margarita Stolbizer, el senador Miguel Pichetto y el diputado José Luis Gioja". A la recepción no exclusiva se sumaron los principales dirigentes sindicales: Hugo Moyano, Luis Barrionuevo, Antonio Caló, Armando Cavalieri, Roberto Fernández, Amadeo Genta, José Luis Lingieri, Gerardo Martínez, Omar Maturano, Andrés Rodríguez, Gerónimo Venegas, Carlos West Ocampo y Juan Carlos Schmid. Había por supuesto artistas, intelectuales y periodistas, ansiosos por el momento de gloria.

Es la imagen inapelable de la alianza burguesa que gobierna Argentina y se pone a los pies del imperialismo.

Como lo había hecho horas antes y repetiría al día siguiente, durante el acto de homenaje a los desaparecidos ante el cenotafio del Parque de la Memoria, Obama explicitó la línea estratégica de poner a Argentina como alternativa a Venezuela. A Macri le cabe el papel de gladiador contra Nicolás Maduro: "Usted desea comprometer a la Argentina a entrar a la comunidad global, para establecer el liderazgo histórico de su país a lo largo de los años. Esto es bueno para la región", dijo con su potente capacidad expresiva el presidente estadounidense. Antes, en la conferencia de prensa, había subrayado que Macri "está brindando un ejemplo para otros países".

Ese ejemplo es la ilusión de desarrollo, equidad, justicia republicana. El espejismo ante el cual se embelesan no sólo los privilegiados que asistieron a la recepción de gala.

Cuatro meses atrás América XXI adelantaba: "para avanzar en una etapa ulterior hacia una política consistentemente contrarrevolucionaria –y no sólo apuntada a Argentina, sino a los gobiernos del Alba con centro en Venezuela– Macri está empujado a hacer concesiones en todos los órdenes a una política populista-desarrollista" (http://americaxxi.com.ve/macri-y-venezuelapor-luis-bilbao).

Es altamente significativo que los liberales de Argentina califiquen al gobierno de Macri como "kirchnerismo de buenos modales", mientras denuestan sus medidas económicas. No obstante, incluso ellos se sometieron a Obama y le dan crédito a Macri en tanto prepare las condiciones para el saneamiento real de la economía. Antes, debe completarse la faena con el presidente argentino como figura alternativa regional frente a Nicolás Maduro.

Un desvarío senil del capitalismo al que lejos de subestimar, hay que interpretar y responder con una urgente recuperación de la iniciativa continental.

30 de marzo de 2016

Inflación, recesión, nuevos empréstitos y más decadencia

Argentina con deuda eterna

Acabó el default. Continúa el plan de sobrevivencia sobre la base de más y más deuda. Un frente único burgués pretende salir de la recesión con obras públicas financiadas desde el exterior. El clima social se enrarece.

Luego de 15 años de cesación de pagos Argentina encontró una salida: pagar. Alfonso Prat Gay, ministro de Hacienda del presidente Mauricio Macri, anunció el 22 de abril la transferencia de 9.300 millones de dólares para saldar la deuda con fondos buitre. Para ello, en los días previos se colocaron bonos por 16.500 millones, a una tasa del 7,5%. Otros 3 mil millones serán destinados a abonar a los acreedores que habían ingresado a la negociación de 2005 pero no podían cobrar por una medida cautelar impuesta por el juez estadounidense Thomas Griesa. El resto irá a cubrir el déficit presupuestario hasta fin de año. Según especialistas, para cubrir esos gastos corrientes estarían faltando apenas 1.175 millones de dólares…

Como en el mito del eterno retorno, Argentina ve reaparecer la deuda externa. Olvidado otro mito, el del desendeudamiento, el ciudadano descubre no sólo la exigencia de tomar más deuda para pagar la anterior, sino el aviso de las autoridades de que, para morigerar el ajuste en curso y emprender obras que saquen a la economía de la recesión, el camino será iniciar un nuevo peregrinaje en busca de empréstitos. "Se trata de un hito importante, el cierre de una etapa que termina después de más de una década de aislamiento y conflicto", declaró Macri. Faltó al mandatario aclarar que durante esa "década de aislamiento y conflicto" se pagaron 190 mil millones de dólares, tal como resaltó en 2014 la ex presidente Cristina Fernández. "Este arreglo

nos vuelve a conectar con el mundo", subrayó Prat Gay. Toda la prensa acompañó esta interpretación.

Pagar o no pagar

Desacatar la orden de Griesa en 2014 era una obligación política para quienquiera tuviese un mínimo compromiso con la nación; una exigencia moral para cualquier persona decente. Reducido al hecho de no pagar los 1.750 millones exigidos entonces y luego cruzarse de brazos fue una combinación insólita de incompetencia e irresponsabilidad, que llevó al desenlace actual, presentado por tirios y troyanos como única vía de salida. Más de 5 mil millones se sumaron a aquella desaforada, ilegítima obligación de pago a los buitres dispuesta por el aparato judicial estadounidense, bajo cuya jurisdicción se había puesto el gobierno argentino en 2005. Mientras tanto continúa la caída del salario real, el sistema sanitario nacional es una afrenta a la dignidad, la infraestructura educativa, productiva y vial es una calamidad sin precedentes en este país.

¿Es imposible no pagar la ilegítima y en su mayor parte ilegal deuda externa? Fue tomada a nombre de la nación por dictaduras militares y democracias sí-viles (Roa Bastos dixit). Tras el ejemplo vivido en los últimos años, las actuales autoridades pueden afirmar esa imposibilidad con argumentos sencillos y a la vista. Tienen razón en su silogismo porque la primera premisa es que las deudas han de pagarse y la segunda es que todo debe ocurrir dentro del sistema capitalista. La conclusión es obvia. Sólo que ambas premisas son falsas: no han de pagarse deudas pactadas a nombre de una nación por quienes no representan democráticamente a su pueblo. El endeudamiento argentino a gran escala comenzó en su última etapa con la dictadura militar. Siguió con un gobierno radical domeñado. Continuó con un títere que tuvo el tupé de decir que si hubiera anunciado su programa, nadie lo hubiera votado.

Ningún demócrata de los que ahora exhiben su indignación republicana ha plantado la bandera de una auditoría exhaustiva

del endeudamiento. Nadie parece recordar la evolución de la deuda desde 1976, de 5 mil a mucho más de 200 mil millones, tras pagar ínterin alrededor de 300 mil millones en ese mismo período.

Más sujeción al capital internacional

Ahora Argentina se "reconecta con el mundo". Será una religación singular. En este punto la inflación proyectada para el año en curso supera el 40%, la recesión proyecta una caída de entre 1 y 2 puntos del PIB, el déficit fiscal ronda el 7%, hay un inmanejable desequilibrio de precios relativos. Este formidable desquicio, se afirma sin rubor, tendrá solución mediante los dólares que vendrán al país en función de mayor endeudamiento. Gobernadores de 11 provincias se han lanzado ya a tomar préstamos internacionales. El gobierno nacional prevé un relanzamiento de la economía precisamente a partir de créditos de organismos multilaterales y bonos colocados en el exterior. Mientras tanto la escalada de precios y la oleada de despidos, ya en su tercer año de aumento sistemático, ha caldeado el clima social. Fue en reacción a esa dinámica económica dominante desde fines de 2011 que Macri ganó la elección. Sólo que en materia económica siguió el camino en picada desde el 10 de diciembre de 2015. El Presidente tomó nota de los riesgos latentes. Y anunció que a partir del próximo mes el índice inflacionario descenderá.

Recesión, caída del 8% en el consumo, tasas de interés al 38% y política de restricción de dinero circulante, no pueden tener otro efecto. Según informan los ministerios del área, al momento en que ceda el alza de precios se lanzará el ya reiterado plan de obras públicas y se bajará significativamente la tasa de interés. En el segundo semestre, aseguran, revertirá la tendencia y ya para 2017 el PIB crecerá entre el 5 y el 7%, según afirma Prat Gay.

Entre realidad y perspectiva hay una distancia que el gobierno de Cambiemos recorrerá en tensión extrema, cada día con la

posibilidad de una cadena de estallidos y crisis de gobernabilidad. La probabilidad de un desenlace turbulento, objetivamente elevada, disminuye cuando se consideran dos factores clave: el conjunto de la burguesía, más las cúpulas sindicales y los aparatos políticos, están comprometidos con el éxito del gobierno de Macri; enfrente, el movimiento obrero carece por completo de organización y perspectiva propias. Las capas más pauperizadas y marginalizadas de la población, a su vez, ya no están encuadradas en estructuras con capacidad de movilizar y sus antiguas dirigencias carecen por completo de autoridad, aunque pueden todavía contar con recursos económicos. Por sobre este conjunto la Iglesia y el Papa actúan como factor de equilibrio, en favor del sistema y de sus propios intereses. El margen de maniobra de la burguesía es amplio.

En coincidencia con el pago a los buitres el Gobierno anunció la aceleración de un ambicioso plan de obras públicas, que tiene como base agua y cloacas, escuelas y viviendas, más obras hídricas imprescindibles, demoradas más allá de toda lógica (en este momento hay 40 mil evacuados por inundaciones y pérdidas por entre mil y 2 mil millones de dólares en la cosecha de soya y por muerte de ganado). También se reinicia la construcción de autovías largamente postergadas. Se anunció además la extensión de la asignación universal por hijo a 1,2 millones de niños; una suma por única vez de 500 pesos para jubilados, a quienes se les eximirá del IVA a los alimentos hasta un límite mensual de 300 pesos. Beneficios más retóricos que reales para paliar los efectos de la inflación y frenar el deterioro en la imagen pública del Presidente, que no obstante se mantiene por sobre el 50%.

En esa carrera contra el tiempo es improbable –aunque no imposible– que el régimen pierda el equilibrio antes de la gran disputa por las legislativas en 2017. El costo ya está medido: cuatro puntos de aumento en la pobreza, caída del salario real, escandalosa absorción de riqueza por parte del capital financiero internacional…

Política y corrupción

Mientras tanto un alud de denuncias por corrupción, con arrepentidos del gobierno anterior lanzados al "sálvese quien pueda", convive con la angustia por el frenazo económico y la ostensible caída del consumo. A las revelaciones locales que sacuden día a día a la población se sumó el caso "Panama papers", que involucró no sólo a personajes muy cercanos a la ex Presidente, sino también al actual mandatario y varios de sus más próximos colaboradores, que además están involucrados en la mega estafa con compra de dólares a futuro, por la cual un juez procesará a Cristina Fernández. Macri salió al cruce, negó toda responsabilidad en empresas montadas por su familia en paraísos financieros y se puso a disposición de la justicia. Los adláteres del Presidente, en cambio, no atinan a explicar sus conductas. La conclusión de franjas crecientes de la población es clara: extienden a todos los políticos el estigma de la corrupción.

Cuando América XXI esté en imprenta, el 29 de abril todas las fracciones sindicales se aunarán en un acto por el 1 de Mayo frente al monumento al Trabajo, cerca de la Casa Rosada. El símbolo es muy poderoso. Será, sin duda, una movilización que pondrá un signo diferente al cuadro actual de disputas interburguesas. El movimiento obrero, sin embargo, no definirá allí una política propia. Mientras cinco centrales de trabajadores de muy diferente envergadura social y política recorren un camino que culminará el 22 de agosto con una recomposición de la estructura sindical, la clase trabajadora y la nación en su conjunto siguen pagando el precio obligado por la ausencia de una alternativa frente a la vertiginosa decadencia argentina.

24 de abril de 2016

Saneamiento económico y conflicto social

Otra vez en la cuerda floja

Elevadísimo costo social, saneamiento a medias. Macri no logra eludir el impacto del ajuste. El plan contrarrevolucionario continental bambolea antes de que las masas lo enfrenten.

Imágenes superpuestas dibujan el panorama de la crisis argentina. El 19 de mayo el Congreso votó una Ley según la cual se suspenden los despidos por 180 días y se establece una doble indemnización. Dos días después Mauricio Macri la vetó, de acuerdo con las potestades que le adjudica la Constitución. El Presidente eligió un escenario singular para ejercer ese derecho: una fábrica productora y procesadora de pollos, cerrada durante el gobierno anterior y rescatada por el actual. Abrazado a obreros, Macri explicó que el objetivo es crear puestos de trabajo. En simultáneo, anunció una cantidad de obras públicas de diferente envergadura, reunió junto a empresarios y sindicalistas el Consejo del Salario Mínimo (que estableció el salario mínimo en 8.060 pesos –algo más de 550 dólares– para enero) y reunió a todos los gobernadores de Provincia, con los cuales acordó "un esquema más federal de gobierno, en el cual se descentralicen los recursos", en favor, claro, de los Estados provinciales.

En medio de una erupción irrefrenable de denuncias por corrupción de las principales figuras del régimen anterior, el país transita los avatares de un saneamiento a medias que, no obstante, multiplica efectos calamitosos al conjunto social.

Atónito, el ciudadano común descubre la descomposición de la sociedad burguesa, en este caso empeorada por las consecuencias imprevistas –e inmanejables para el capital– del estallido del control político tradicional en 2001. El espectáculo sirve para disimular el curso actual de esa decadencia.

No es posible sin embargo encubrir los efectos del intento

por equilibrar la economía. Con fecha 12 de diciembre, en referencia a Venezuela y tras la circunstancial victoria legislativa de la derecha, decíamos en estas páginas: "No hay sino dos opciones: si el saneamiento lo realiza el gobierno revolucionario, el precio deberá asumirlo la burguesía. De lo contrario, si la política que 'va por delante' decide que no quiere o no puede dar ese salto cualitativo, el peso del caos actual caerá inexorablemente sobre las masas trabajadoras y desposeídas, sobre jóvenes y estudiantes" (http://bit.ly/243aIUt).

Todavía está en disputa esa opción en Venezuela. No en Argentina. El 22 de noviembre las elecciones le dieron la presidencia a Mauricio Macri y Cambiemos. Desde entonces quedó claro que las desproporciones fuera de control alcanzadas por la economía durante el período anterior sólo podían tener una respuesta: que el precio lo asumieran los trabajadores y el conjunto del pueblo, en beneficio excluyente del gran capital.

Exigencias del capital en crisis

Eso es lo que viene desenvolviéndose desde el 10 de diciembre en Argentina. Se trata de un fenómeno objetivo que sólo miradas miopes o interesadas presentan como resultante de perversidades individuales. Los propios economistas del candidato opositor a Macri designado por Cristina Fernández, Daniel Scioli, repiten cada día en radio y televisión que ellos hubiesen tomado las mismas medidas. Y agregan, con sonrisa cínica: "pero de manera diferente".

A los primeros pasos, destinados a levantar retenciones a productores agropecuarios –excepto la soja– y arreglar con los fondos buitre, llegaron en marzo elevadísimos aumentos de tarifas (electricidad, gas, combustibles, transporte). Esto arrastró todos los precios y en abril la inflación bordeó el 7% (aún no hay cifras oficiales). La medida apuntó a poner bajo control la disparada sin parámetros de los precios relativos. No obstante, estos quedaron a mucha distancia de un equilibrio razonable para la economía capitalista. Igualmente se produjo un impacto

intolerable sobre todo en las capas medias, imposibilitadas de acogerse a subsidios implementados para el tercio de la población bajo la línea de pobreza. A la vista de efectos y el riesgo de rebelión, el gobierno encaró una serie de medidas paliativas que comienza a definir e implementar a fines de mayo, lo cual implica acudir al salvataje con fondos públicos.

Paralelamente el Gobierno produjo una cantidad imprecisa de despidos en el Estado (alegando que se trata de personal contratado a última hora tras la derrota electoral del gobierno saliente). La combinación de ambas medidas apenas rozó el descontrolado déficit fiscal (7% en 2015, 5% estimado para 2016). A eso se sumaron la restricción en la emisión de dinero y elevadísimas tasas de interés (38%), para evitar la fuga hacia el dólar, todo lo cual produjo una severa caída del consumo –incluso en alimentos– y la consecuente recesión.

Al unísono la prensa alerta sobre la necesidad de distribuir alimentos gratuitos en el conurbano bonaerense. La gobernadora provincial, María Eugenia Vidal, actuó rápido y destinó 4 mil millones de pesos para comedores comunitarios. Lo hizo a través de movimientos sociales antes asociados a Cristina Fernández. En tanto, las discusiones salariales están completándose en torno al 28-35%. La poderosa movilización estudiantil en apoyo a los trabajadores docentes y no docentes quedó por el momento sin ese motor. Las centrales sindicales, que tras una importante concentración el 29 de abril apoyaron la ley contra los despidos, luego del veto presidencial no parecen dispuestas a convocar a una huelga general conjunta.

A fuerza de retracción al consumo, recesión y disminución de la base monetaria, pese a nuevos aumentos en mayo la inflación del mes parece estar algo más de dos puntos por debajo de abril. Las autoridades aseguran que a partir de julio bajará más y a fines de año estará en 1,5%.

Mientras vociferan contra el Gobierno, las principales dirigencias sindicales negocian tras bambalinas. El arreglo con los gobernadores traduce un acuerdo interpartidario a nivel

nacional. Y el grueso del empresariado respalda al Gobierno. La clase trabajadora no tiene voz propia.

Onda expansiva de la situación en Brasil

Si no fuese por la crisis brasileña, Macri podría darse por vencedor de esta primera prueba de fuerzas y encarar con cierta tranquilidad su proyecto, expuesto en ediciones anteriores de América XXI. Pero la caída de la economía brasileña y la posibilidad de una incontrolable turbulencia política puede convertirse en factor de mayor caída económica y descontrol político y arrasar con toda la estrategia estadounidense para la región. Está además la incógnita de lo que hará el movimiento estudiantil.

Mientras tanto, las empresas consultoras –sucedáneas de partidos en extinción y dirigencias incapaces (con apenas un puñado de excepciones), indican que Macri mantiene un 60% de aprobación y un 80% de expectativa. Si esto fuese verdad –cabe la duda– significaría que la anomia social se expresa por ahora en carta de crédito a las promesas oficiales. En cualquier caso, más allá de los guarismos precisos, es evidente que el conjunto social no se pone de pie contra el Gobierno y, en mayor o menor medida, espera de él la solución a sus problemas inmediatos.

Dicho de otro modo: la degradación y desarticulación del sistema partidario y sindical ha llegado al punto más elevado en la historia argentina.

Ése es precisamente el punto fuerte de Macri y de quienes, desde el Departamento de Estado, planifican la consolidación de un eje Washington-Buenos Aires, replantear la expansión de la Alianza del Pacífico y desde allí completar la campaña para derrocar el gobierno revolucionario de Venezuela y arrasar con el Alba.

Ya la cancillería argentina opera para conformar un grupo de supuestos amigos de Venezuela, empeñado en montar una mesa de negociación en Caracas. El Vaticano forma parte de la

operación. También los gobiernos de Uruguay, Chile y Paraguay. Por consideraciones tácticas, relegarán por ahora a la OEA. Apuntan de inmediato a Mercosur y Unasur. En los próximos días Macri asistirá en Chile a una reunión de la Alianza del Pacífico, tras haber anunciado que su canciller, Susana Malcorra, será candidata a la secretaría general de las Naciones Unidas. Mientras tanto la totalidad de la prensa comercial argentina se dedica a glosar ad nauseam las fechorías de funcionarios del gobierno anterior. Los editorialistas, en cambio, se abocan a multiplicar las calumnias contra Venezuela.

Toda esta arquitectura está en delicado equilibrio. O, como diría un ingeniero, a punto de colapso. Es verdad que llegan algunas inversiones para emprender obras públicas. También que el Gobierno, contrariando toda ortodoxia y dejando helados a la amplia gama de keynesianos, neokeynesianos y neoneokeynesianos, resigna el equilibrio fiscal para emprender obras públicas y la construcción de un número de viviendas, inusual por lo elevado.

Todo para mostrar a la región, como repiten estas páginas, las bondades de un presidente empresario asociado al imperialismo frente a un presidente obrero empeñado en el socialismo.

Para el corto plazo no es improbable que Macri consiga avanzar en su propósito. Ante la inexistencia de una voz autorizada y potente que provenga desde las raíces de la sociedad oprimida y explotada, todo es posible. En una dimensión más amplia, está claro que la fallida "Alianza para el Progreso" puesta en marcha por John Kennedy contra la Revolución Cubana en los 1960, tiene aun menos chance medio siglo después, cuando el capitalismo está en creciente e imparable crisis a escala global. Ya hay fuerzas proyectadas para esa batalla crucial.

21 de mayo de 2016

Novelesca lucha interburguesa

Hay un refugio para quien se sienta agobiado por el espectáculo cotidiano de la corrupción en Argentina, complementado por la catadura de ciertos acusadores y la insustancial crónica detectivesca dominante en los medios de incomunicación.

Todo puede cambiar de tono y ritmo, para sobrellevar el mal momento. Basta observar que el país está ante una pugna destinada a recuperar para el capital establecido espacios de succión de plusvalía ocupados durante 12 años por un grupo advenedizo, con veleidades de nueva burguesía.

La sucesión de denuncias, juicios y encarcelamiento de ex funcionarios es parte de una operación de cerco y aniquilamiento. Apunta a la ex presidente Cristina Fernández, a quien finalmente llegará, a menos que la tormenta económica provoque un estallido que haga saltar por los aires a Macri y Cambiemos. Por eso el menguado elenco remanente en torno a Fernández apuesta a esa variante, no imposible pero poco probable.

No es el gobierno quien necesita la embestida contra la corrupción del denominado kirchnerismo. Son las clases dominantes tradicionales. Durante los últimos 12 años fueron parte inseparable, pero subordinada, del poder en manos de otros. Vieron impotentes cómo se les escurrían miles de millones de dólares. Asistieron al despedazamiento del aparato institucional burgués, el alegre desmantelamiento de los escasos restos del sistema para garantizar el control de la sociedad. Recuperada la hegemonía y dado que no pueden sanear la economía, pretenden ganar espacio con una cruzada moral para recobrar autoridad política y capacidad de control institucional.

Argentina ya vivió esto. Así como la burguesía que acompañó a la dictadura necesitaba encarcelar a militares asesinos para ganar credibilidad, recuperar terreno y retomar el control político sobre las masas, ahora necesita mostrarse como justiciera y llevar a la cárcel al elenco gobernante en los últimos doce años.

La caída como espectáculo

Bien es verdad que resulta difícil sustraerse al vodevil desopilante que en la madrugada del pasado martes 14 tuvo un capítulo asombroso. Cómico y nauseabundo a la vez. Obligatorio ocuparse de él.

Guiada por una prensa que incluso en sus mejores exponentes no transpone un milímetro la superficie de los acontecimientos, la ciudadanía argentina en todas sus clases y sectores absorbe y comenta en estos días el caso de José López, pillado in fraganti cuando pretendía enterrar en un convento de monjas de clausura el equivalente a 9 millones de dólares en joyas, billetes estadounidenses, euros, yuanes y riyales (la moneda de Qatar, donde Argentina compró gas en los últimos años).

Este episodio fue precedido por otros de pareja gravedad, reveladores de un sistema para recaudar mediante sobreprecios y coimas más allá de toda mesura y precedentes. El elenco caído en desgracia con la derrota del peronismo en las últimas elecciones acumuló fabulosas cantidades de dinero. Azuzados por la burguesía clásica en el poder recuperado, ahora ciertos jueces y fiscales se han lanzado a buscar esas montañas de dinero con máquinas excavadoras en sus propiedades. Parece broma exagerada. Pero no lo es.

Desconocido para el gran público, José López fue secretario de Obras Públicas durante los tres períodos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández. Antes, desde 1987, trabajaba con Kirchner en Santa Cruz, siempre en las mismas funciones. Y con Julio De Vido, el ministro de Planificación de quien dependía hasta el 10 de diciembre pasado.

Imposible soslayar el hecho crudo: José López fue detenido por la policía municipal de General Rodríguez, localidad del conurbano bonaerense, luego de arrojar por sobre un alambrado coronado con cintas de acero cortante varios bolsos que, se sabría después, contenían una fortuna. Luego él mismo saltó el portón, lo abrió desde dentro e ingresó con una camioneta donde llevaba otra gran maleta con dólares. Seis meses antes

este señor tenía rango de ministro y se reunía diariamente con la Presidente.

No por nada hay un atropello de kirchneristas de paladar negro lanzados a gestos desesperados por tomar distancia de Cristina Fernández.

Que el episodio tuviera lugar en un convento, fundado como cosa nostra por un obispo recientemente fallecido; que el episcopado no se haya pronunciado y el Vaticano mantenga silencio, es harina de otro costal. No menos intrincado, corrupto y novelesco. Y por supuesto, cargado de enseñanzas respecto de las relaciones entre iglesia, poder y delito en Argentina: la dictadura ocultaba desaparecidos en instalaciones de la nunciatura vaticana en Tigre. De Vido se reunía en secreto con quién sabe quién y para qué, en este convento ad hoc.

Como sea, según la información oficial –concebida para niños de escuela primaria– un vecino denunció a las 4 de la madrugada la sospechosa conducta de López. En pocos minutos llegaron dos patrulleros con efectivos comandados por dos capitanes de policía.

López intentó primero sobornarlos, pero los bravos representantes del orden público rechazaron la oferta y entonces el ex secretario durante 12 años de la cartera que maneja toda la obra pública del país, comenzó a gritar que la policía quería robarle el dinero que él había robado para beneficiar a las tres monjas del convento.

En el Gran Buenos Aires es imposible encontrar patrullas policiales a ninguna hora, tanto menos con oficiales a cargo. Y la idea de que lleguen en minutos al lugar de un crimen y se resistan al poder disuasorio de 9 millones de dólares, provoca risa a los habitantes del lugar, acostumbrados al constante apremio de la policía para obtener coimas en cualquier circunstancia y por cualquier razón.

Al día siguiente, el juez Daniel Rafecas, quien durante 8 años mantuvo paralizada una causa contra López por denuncias de cohecho, lo llamó a declarar y tomó una serie de medidas

contra él, que incluyen allanamientos a sus propiedades y caución de bienes.

Carece de sentido continuar con la anécdota. El refugio contra el hartazgo y el asco está justamente en asumir que, circo aparte, ha llegado a su fin una etapa fuera de control para el gran capital establecido, durante la cual, por esas dolorosas ironías de la historia, tras la potente sublevación social de 2001 un grupo de advenedizos se hizo del poder y desde allí se lanzó a acumular riquezas maquillando su conducta con una pseudoteoría: la necesidad de construir una "burguesía nacional".

No se trata de sumarse ahora a las largas filas de súbitos arrepentidos, dolientes, buscadores de argumentos y nuevos resquicios. Se trata de ser consecuentes con una línea de interpretación y de conducta (1).

La burguesía tradicional soportó a Kirchner y a su esposa sólo porque tras el colapso de 2001 carecía de toda posibilidad de reemplazarlos, razón por la cual los grupos componentes de ese sector que pudieron hacerlo se sumaron a los negociados, a la espera de su hora.

Ésta llegó con la victoria de Mauricio Macri. Desde entonces se desarrolla una ofensiva sistemática para desmantelar el entramado de negocios denominado kirchnerismo. Los jueces cambiaron de bando y acometieron causas aplazadas durante años. La lucha intraburguesa se despliega con la participación de todos los partidos del capital y todas las instituciones del sistema, que sin excepciones han abandonado el barco y condenado al aislamiento a Fernández, mientras preparan las condiciones para dar el tiro de gracia.

Fue una operación dirigida desde la cima del poder la que acorraló y detuvo a López, como antes lo hizo con Lázaro Báez, empleado bancario hasta 2003 y empresario megamillonario a partir de entonces, considerado testaferro de la familia Kirchner, al igual que Cristóbal López, dueño de casinos, empresas petroleras y medios de prensa. En la mira, aparte personajes menores, está todavía la familia Eskenazi, ex socia de YPF y

también considerada testaferro de Kirchner primero y Fernández después. El siguiente en la lista es el ex ministro de Planificación y actual diputado Julio De Vido. Hay en preparación una ley para arrepentidos. Después llegaría la hora de Cristina Fernández.

Cuando concluya la maniobra habrá argumento para otra novela, aun más atrapante: la que narre cómo actúan por estas horas abogados, jueces, jefes policiales, banqueros y altos funcionarios de los tres poderes empeñados en apoderarse de remanentes de esta riqueza malversada, sin dueño reconocible y sin destino prefijado.

Cinismo de clase

Si repugna la revelación de las sumas fabulosas robadas por el anterior elenco gobernante, es mayor el efecto del cinismo de quienes hasta ayer compartieron migajas y ahora planean su revancha. Unos y otros son superados por la conducta de cierta intelectualidad domesticada, horrorizada hoy por maletas con 9 millones de dólares pero ciega y muda ante la transferencia al gran capital financiero de 200 mil millones de dólares entre 2008 y 2015. Los bolsos de López, incluso las fortunas depositadas en paraísos fiscales, son nada frente al saqueo legal, consentido y aplaudido por quienes ahora se erigen como caricaturas morales de un sistema en estado de putrefacción.

El hecho es que en su caída el último gobierno peronista arrastra consigo el andamiaje político de las clases dominantes, malamente restaurado después del estallido de 2001. Si la burguesía tradicional tiene aliento para llevar a la cárcel a los funcionarios del período anterior, con o sin ley del arrepentido, quedarán expuestos jueces, fiscales, diputados, senadores, gobernadores y, en primer lugar, la totalidad de los partidos políticos burgueses, sin excluir a varios de los que se sumaron a ellos (2). Si careciera de esa energía, la decadencia que arrasa al país desde los 1990 se acelerará.

También es verdad que este último período peronista completó una labor de destrucción de la militancia revolucionaria marxista iniciada décadas atrás. Esta vez no fue con represión, sino con recursos políticos, ideológicos y… económicos. Innumerables camaradas fueron arrastrados por un fenómeno cuya verdadera explicación estaba en la inexistencia de una contraparte socialista revolucionaria con suficiente capacidad teórica y fuerza organizada como para hacerle frente. Día a día, año tras año desde 2003, fueron desgranándose cuadros valiosos, con destino a la nada o, peor aún, a formas subordinadas de corrupción económica, infinitamente menores por cuantía, aunque más gravosas por su contenido esencial. Incluso al borde del precipicio, no pocos decidieron arrojar su pasado y votaron por Daniel Scioli, precisamente el hombre al que apostaron los obtusos cerebros en torno al poder para que el inexorable ajuste económico pudiera llevarse a cabo sin este incómodo espectáculo de mostración de corruptos.

Otra forma no menor de degradación militante fue el abandono de toda tradición teórica y organizativa, en la futil expectativa de contribuir al cambio social desde el individualismo y el empirismo, desplegados desde una proliferación de siglas sin contenido genuino.

Una mirada objetiva asegura que en el próximo período se recuperará la tradición de lucha del proletariado, los estudiantes y las juventudes. La crisis del sistema y las semillas de conciencia, teoría y organización, sembradas tozudamente durante años de lucha darán lugar a nuevas instancias gremiales y políticas. Ensamblarlas con las experiencias de lucha anticapitalista en todo el mundo, a comenzar por América Latina, organizarlas nacional e internacionalmente, elaborar a partir de ellas una estrategia y programa de acción, son las tareas por delante. Razón de más para no perder tiempo y energías en la novela grotesca de la lucha interburguesa.

17 de junio de 2016

De la emancipación a la semicolonia

A 200 años de la gesta independentista

Pese a las dificultades del capital para sanear y equilibrar el sistema, la subordinación neocolonial no estará desafiada en la celebración del Bicentenario.

Llegará un momento en la evolución humana donde la idea misma de independencia será un anacronismo. Hasta entonces, resta un largo y sinuoso camino.

En el bicentenario de la declaración de la Independencia, el 9 de julio de 1816 en Tucumán, Argentina no es soberana. Desde luego la interdependencia de cualquier país, desde Colón en adelante, en todos los terrenos, es una realidad a la cual sólo es posible oponerse mediante un pensamiento metafísico. La globalización descubierta por ciertos autores hace algunos años tiene más de cinco siglos de existencia. Rechazarla es una noción reaccionaria, sea cual sea el argumento esgrimido.

Pero en ese marco de interrelación inapelable y deseable, la capacidad de acción autónoma de un país no desarrollado es condición básica para la libertad de todos y cada uno de sus habitantes. Condición sine qua non para el mejoramiento de la vida colectiva.

Claro que hay razones objetivas para que aquella gesta gloriosa de los libertadores, en el mismo momento en que alcanzaba la victoria comenzara a ser derrotada. El imperio español fue reemplazado gradual y sistemáticamente por Gran Bretaña primero y Estados Unidos después.

Meses antes de que se librara la gloriosa y definitiva Batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, el ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires Bernardino Rivadavia autorizaba la toma de un préstamo con la banca inglesa Baring Brothers. Dolorosa ironía de la historia: quien 10 años después de la Independencia sería el primer presidente argentino (a la

sazón Provincias Unidas del Río de la Plata), iba delante del heroico mariscal Sucre. Y muy por delante del propio Rivadavia iba la banca imperialista. La desigualdad del desarrollo económico se manifestaba de esta manera diabólica, derrotando a los libertadores lejos de los campos de batalla y construyendo los hombres a su medida.

Aquel bochornoso endeudamiento, que jamás llegaría en su totalidad al país y fuera pagado cien veces a lo largo del siglo XIX, es un símbolo: Argentina consolidó a la vez un gobierno propio y la total dependencia del mundo económicamente desarrollado. Dos siglos después aquella realidad sigue vigente.

La emancipación, hoy

Por primera vez desde 1824 a comienzos del siglo XXI se replanteó la posibilidad de cambiar la condición de país subordinado. Argentina pudo ver y comprender al comandante Hugo Chávez encabezando una gesta política acaso más esforzada y difícil que la emprendida por Bolívar y San Martín. Porque él enfrentaba no sólo a un imperio incomparablemente más poderoso que el español de la época colonial; y porque eran también incomparables en su poderío el entramado material y cultural opuesto a la emancipación.

Por un momento pudo parecer que el país del Sur volvería a actuar bajo un mismo plan con Venezuela para abatir al imperio contemporáneo. Para algunos fue una esperanza, para otros una ilusión. Pocos levantaron su voz para alertar sobre la gran traición a la historia perpetrada al son de discursos mentirosos y gestos falsos. Argentina no volcó su potente capacidad a la gran tarea trazada por Chávez. Peor aún: obró como constante y eficaz mecanismo de freno para una historia que podría haber sido. Los ciudadanos de ese período excepcional no podremos enorgullecernos ante las futuras generaciones. Está por verse si acaso podremos torcer ese signo oprobioso en la batalla que comienza ahora mismo.

Sea cual fuere el caso cualquier perspectiva de emancipación

pasa hoy por la unión latinoamericano-caribeña, con un programa antimperialista y anticapitalista. La estrategia hemisférica de la Revolución Bolivariana, junto con la Revolución Cubana, fue la creación del Alba. Luego llegaría Unasur y más tarde Celac. Basta seguir paso a paso los acontecimientos (revisar la colección de América XXI es una buena opción) para comprobar que los gobiernos de Argentina y Brasil se sumaron, bajo presión, de manera limitada, estrictamente oportunista y utilitaria. El contraataque estadounidense detectó esa inconsistencia y allí golpeó.

La condición semicolonial se impuso a la perspectiva independentista. Los gobiernos de ambos países boicotearon el Banco del Sur, desecharon la idea de una moneda única, marcaron clara distancia respecto del Alba. ¿Por qué? Por oponerse al programa antimperialista y anticapitalista del gobierno venezolano.

Una antigua sentencia afirma que la política exterior de un país es la prolongación de su política interior. En efecto, la estrechez, mezquindad y miopía de Brasilia y Buenos Aires frente a la estrategia de emancipación regional se manifestó de idéntica manera en su accionar fronteras adentro. Así terminaron.

Es obvio que la convergencia con la estrategia aún vigente encarnada en Venezuela y el Alba no podrán conducirla desde el llano quienes la rechazaron desde el poder. Un poder utilizado de manera tal que la burguesía puede hoy aparecer ante la sociedad y el mundo como denunciante de corrupción y tropelías que superan en su descomposición las prácticas de las clases dominantes tradicionales.

A incapacidad sumaron inconducta. Ni luces, ni moral. Lo inverso a la brújula de Bolívar. Sólo resta la negación de la negación. Una afirmación dialéctica de este período histórico inaugurado por la Revolución Bolivariana, inconcluso y en punto de riesgo por responsabilidad de quienes se comportaron como Santander y Rivadavia, dándole la espalda al legado de Bolívar y San Martín.

Coyuntura difícil

Mientras sazonan las nuevas capacidades, Argentina vive de manera penosa su indecisión para romper los lazos semicoloniales cuando tuvo oportunidad de hacerlo.

Un gobierno heterogéneo, conservador con rasgos populistas y programa pseudo desarrollista, presidido por un admirador de Uribe y Aznar, se regodea con la eclosión espontánea de inconcebibles hechos de corrupción durante el gobierno anterior, al cual la gran prensa comercial presenta como iguales a los gobiernos del Alba. Es tarea primordial separar y distinguir eso que ellos pretenden igualar.

Continuadas revelaciones de indecible corrupción abruman a la sociedad. El caso más estridente fue el de José López, secretario de Obras Públicas de los tres gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, pillado in fraganti cuando a las 3 de la madrugada del 14 de junio pretendía enterrar en un convento de monjas de clausura el equivalente a 9 millones de dólares en joyas, billetes estadounidenses, euros, yuanes y riyales (la moneda de Qatar, donde Argentina compró gas en los últimos años). Los detalles quedaron expuestos en la web de América XXI (http://bit.ly/293Lu4j). Nadie denuncia sin embargo la corrupción estructural de una semicolonia: durante sus dos períodos de gobierno Cristina Fernández pagó 200 mil millones de dólares de deuda y tomó créditos por el mismo monto. Y las proporciones del latrocinio son incomparables.

Eso es difícil de ver para las grandes mayorías. En cambio, el episodio del convento católico conmueve al país. Propio de una telenovela fantasiosa, este acontecimiento demuele la imagen del gobierno anterior, aniquila al Frente para la Victoria bajo el mando de Cristina Fernández y pone en cuestión la continuidad del Partido Justicialista. Pero alcanza igualmente a no pocos personajes ligados al actual oficialismo y se transforma en un golpe letal contra el andamiaje político de las clases dominantes –incluida la Iglesia– malamente restaurado después del estallido de 2001.

No obstante, en la coyuntura es redituable para Mauricio Macri, pese a la crisis económica que pone en cuestión sus pasos inmediatos. El Gobierno pretende ejecutar su plan desarrollista al mismo tiempo que busca equilibrar una macroeconomía desquiciada. No alcanza lo uno ni lo otro. Presionado por una realidad social y política a la que no puede enfrentar, de hecho en los últimos meses las medidas sociales llevaron a un acelerado aumento del déficit fiscal.

Un paso clave fue la restitución de derechos a más de dos millones y medio de jubilados con ingresos superiores al mínimo. Macri envió al Congreso una ley que la oposición no pudo sino apoyar, con lo que obtuvo una nueva victoria parlamentaria pese a su condición minoritaria. A la vez, la recesión produce constantes despidos en pequeñas y medianas empresas y afecta muy duramente el consumo. Anonadada y confundida por estos pasos en zigzag, una mayoría continúa dándole crédito a Macri, quien también cuenta con el respaldo de las dirigencias sindicales y el apoyo del conjunto de la burguesía. Así, el Gobierno ha reducido a un mínimo la reacción del Frente para la Victoria, el cual se desgrana día a día con deserciones a todos los niveles. A la par, Macri ha sorteado hasta ahora una reacción social amplia y sostenida. Las discusiones salariales denominadas Paritarias se desarrollaron sin conflictos significativos. El otrora activo y organizado movimiento obrero, está fuera del escenario. Las izquierdas no logran frenar el retroceso que las pulveriza. La subordinación neocolonial no estará desafiada cuando el 9 de julio se realicen los rituales de celebración del Bicentenario.

Aún así, el propósito oficial de presentar el 9 de julio como el comienzo de una nueva era signada por "la unidad de todos los argentinos" no pasa de insustancial propaganda. Argentina ha debido llegar a este punto de degradación y desagregación para saldar cuentas con un pasado de subordinación y su consecuente descomposición. Las clases dominantes, sus partidos y demás instituciones están exhaustas y no se recompondrán. Tanto menos cuando el mundo imperial se debate en una crisis

demostrativa de la inviabilidad del sistema capitalista en las propias metrópolis. Con el tercer siglo de independencia subordinada se inicia en Argentina una recomposición profunda de clases y partidos que perfilará un nuevo país. La unión latinoamericana, ahora en fase frontalmente anticapitalista, rearmará las fuerzas, cargará de un contenido diferente a la noción de independencia y alumbrará un futuro que hoy aparece negado por la irrespirable decadencia de las clases dominantes.
23 de junio de 2016

Entre el desbarajuste económico
y la especulación electoral

Argentina tiene fuerzas para emprender un nuevo rumbo

Si la racionalidad rigiera los pasos de las clases dominantes, todos sus esfuerzos estarían apuntados a resolver los inmanejables desequilibrios macroeconómicos heredados por Mauricio Macri y los efectos sociales de ese descontrol, dramáticamente agravados en los últimos siete meses. Pero no: cada paso de los enclenques aspirantes a representantes del capital están guiados desde ahora mismo por las elecciones legislativas de medio término, a realizarse en 2017. Incapaces de enarbolar un proyecto de país, argumentan naderías para lograr un cargo en el ineficaz y corrupto aparato del Estado.

Otro rasgo común en esta desatinada carrera es que todas las corrientes políticas –con excepciones que hasta el momento no pesan– se muestran convencidas de que lograrán mejorar cualitativamente su paupérrimo desempeño electoral a expensas de la disgregación del peronismo en general y del llamado kirchnerismo en particular, sin romper con el marco general. En otras palabras: ninguna formación política confía en sí misma para convocar la voluntad nacional y tejen tácticas de "ave de pico encorvao", como diría Martín Fierro.

Realidad y expectativas

Unos pocos datos de la marcha económica permiten mostrar la distancia entre tales expectativas electoralistas y la realidad previsible. Después de cuatro años de estancamiento y recesión, con una media inflacionaria alrededor del 30%, Argentina aceleró su caída desde diciembre de 2015. El Gobierno puede jactarse, a justo título, de haber impedido el por entonces imparable deslizamiento hacia la hiperinflación, como quedó señalado en su momento en estas páginas. Pero el costo fue elevadísimo. Según consultoras privadas la actividad en su conjunto cayó más del 3% en junio, con relación al mismo período del año anterior. Los datos oficiales, ahora creíbles tras el trabajo de restauración del Indec a cargo de Jorge Todesca, dan una cifra superior. Arrastrada por el freno a la obra pública desde septiembre de 2015 y más aún desde enero 2016, la caída anualizada en la construcción fue del 10,3%. En el mismo período, la inflación se elevó al 47%, contra salarios con aumentos entre el 30 y, en pocos casos, el 35%. A causa de una cosecha gruesa sensiblemente disminuida, por razones de arrastre, el sector agropecuario cayó un 8,7%. La recesión en Brasil dio el golpe de gracia a la industria en Argentina

Contrariando histéricas denuncias de "neoliberalismo" el Gobierno llevó el déficit fiscal del primer semestre a 217.039 millones de pesos, 39,5% mayor al del mismo período de 2015. El desbalance heredado anual del 7% del PIB se proyectaría así a más del 8%, aunque en Hacienda aseguran que el segundo semestre tendrá una caída significativa y acabará 2016 por debajo del 5%. Esperar y ver.

Estos guarismos tuvieron un efecto social paradojal: la mantención y aumento del déficit fue volcada a ampliación y aumento de subsidios para las franjas más pobres de la sociedad. Los aumentos de tarifas –particularmente electricidad y gas, realizados con sorprendente incapacidad técnica– provocaron marchas y contramarchas de elevado costo político. Pero lo central es que afectan a las capas medias bajas y medias, así

como a sectores privilegiados del movimiento obrero, no alcanzados por subsidios y ayudas especiales. En medio del vendaval, el gobierno nacional y su principal punto de apoyo, el de la Provincia de Buenos Aires, pusieron especialísima atención a los sectores desocupados o de ocupación informal, volcando sobre ellos más subsidios y atención social. No por acaso el semanario inglés The Economist condenó la política económica oficial y los liberales clásicos vernáculos elevaron el tono de sus quejas, identificando a Macri con Néstor Kirchner y Cristina Fernández, diferenciándolos apenas por "sus buenos modales".

Una inmediata traducción política de estos malabares económicos fue la aproximación de intendentes peronistas de Buenos Aires a la gobernadora María Eugenia Vidal, cuando aquellos percibieron que podían dar continuidad a sus prácticas locales con el nuevo gobierno, en tanto el peronismo se desgrana y ofrece escasas perspectivas políticas para el año próximo.

Conscientes de los riesgos planteados, las diferentes fracciones de la burguesía extienden el crédito a Macri. Otro tanto hace la dirigencia sindical, encaminada a unificarse el 22 de agosto, emitir un duro documento en esa fecha, preparar una marcha para septiembre y… considerar la perspectiva de un plan de lucha para los meses siguientes.

Gobierno y oposición burguesa desestiman la gravedad de la situación económica internacional. No pocos analistas se atreven a sostener incluso que esa crisis "abre una oportunidad" para Argentina. La tilinguería teórica compite con la superficialidad de los políticos. Como sea, la coalición Cambiemos necesita una tregua para intentar que la caída económica y el alza inflacionaria reviertan. "Reactivación o muerte", parece ser la consigna del elenco ejecutivo. Esa apuesta, cifrada en un blanqueo de capitales que espera recuperar entre 20 y 60 mil millones de dólares antes de abril de 2017, más capitales llegados de un puñado de aliados y la puesta en marcha a pleno de un ambicioso plan de obras públicas, supone un drástico

cambio de tendencia económica para el primer trimestre de 2017 y la consecuente recomposición de coaliciones para las legislativas, clave política en la cual Macri se juega, nada menos, su continuidad o su caída.

La fuerza de Macri

Ese inusual margen de maniobra para un oficialismo ultraconservador, impensable en otros períodos de la historia argentina, se explica por una suma de factores:

– colapso del ya prácticamente inexistente Frente para la Victoria, encabezado por Cristina Fernández, que a su vez arrastra al PJ y al conjunto del peronismo;

– incapacidad estructural de las clases medias bajas (las más afectadas en esta fase, como se ha dicho) para articular una respuesta política al margen de los partidos de la burguesía;

– calculada pasividad de las cúpulas sindicales;

– parálisis sin precedentes del movimiento obrero;

– re-cooptación por parte del oficialismo de movimientos sociales dependientes de subsidios y otras formas de manipulación política.

Ninguno de los factores señalados se sostendría sin otro, cuyo peso reside paradojalmente en su ausencia: una propuesta de cambios raigales, encarnada en estructuras y dirigentes confiables, articulada con vigor e inteligencia por las vanguardias políticas y de clase, a través de una organización de masas capaz de resolver la dramática orfandad estratégica de 8 de cada 10 ciudadanos. Aun así, la buena teoría advierte que explosiones espontáneas de cualquier sector social pueden obrar como detonante de un polvorín de alcance nacional. De hecho, como leve advertencia, ciertas encuestas indican que a fines de julio la imagen positiva de Macri cayó al ritmo de la economía, mellando su único capital político.

Objetivo en disputa

De acuerdo con su naturaleza, corrientes defensoras de un

"capitalismo humano" o tendencias volcadas sin pudor al reformismo liberal, se muestran encaminadas a converger para formar en 2017 un amplio frente llamado "de centro izquierda". El artilugio se empleó cinco veces en los últimos 20 años. Volverá a ensayarse esta vez, con algún integrante de más o de menos, pero sin falta.

Es presumible que en esta sexta oportunidad los habitués del punto medio (¡aurea mediocritas!) tengan una dificultad impensada. La misma polarización subterránea que impide a Macri aplicar un plan de acción inmediato diferente al de sus antecesores minimizará el espacio del así llamado "centro", que con aditamento de izquierda o derecha viene a sostener el sistema. El grueso de la sociedad tenderá a buscar respuestas netas frente a una no menos diáfana división de las clases en pugna, con un elenco sin antifaz en el poder.

Un aspecto central de la estrategia de Macri es el realineamiento internacional por el que conduce al país. Allí sí, sin subterfugios, Cambiemos revela su verdadera condición. De paso, arrincona a quienes tratan de encontrar "el justo medio" entre Washington y el Alba. Ni la desembozada colaboración del Papa permitirá hallar esa inexistente bisectriz.

Como está a la vista, sea mayor o menor el éxito en el corto plazo del plan desarrollista de la burguesía, el país aceleraría por la pendiente de la disgregación, la decadencia, la confrontación de todos contra todos. En suma: el fascismo.

No obstante, en este panorama hay elementos novedosos. Hoy apenas visibles pero de enorme potencialidad transformadora. Desde hace meses se reúnen en silencio decenas de organizaciones identificadas en la búsqueda de una alternativa anticapitalista a la crisis en curso. Parece haber calado en miles de activistas la idea de un Partido de masas, plural, democrático, antimperialista y anticapitalista. Parece imponerse el hecho objetivo de la contraofensiva imperial y la urgencia por trazar una estrategia alternativa capaz de hacerle frente. Se verá en

los próximos meses si este empeño logra afirmarse. Es la única incógnita real del futuro político argentino.

Gravitan más la fuerza disgregadora y la crisis económica

Incierto realineamiento político

"No hay liderazgo en el peronismo" declaró Daniel Scioli días después de reunirse con Cristina Fernández. Es una verdad obvia para cualquier observador. Aun así, suena diferente en boca de quien el año pasado fue designado candidato presidencial por la esposa de Néstor Kirchner y hasta ahora se mostró fiel seguidor de la ex presidente. Para que la bofetada fuera más sonora Scioli lanzó este mensaje a través de las páginas del diario La Nación. Un epitafio.

Falta decir que tampoco en la coalición gobernante hay liderazgo, entendido el concepto en términos políticos. El presidente Mauricio Macri encabeza un conjunto heterogéneo hasta límites sorprendentes, lo cual abre interrogantes a la vez sobre el curso de acción que finalmente adopte el gobierno y acerca de los fraccionamientos que cualquier definición fatalmente provocará.

Por su parte la corriente encabezada por Fernández ha sufrido sucesivos desprendimientos en los últimos meses y está en franca disgregación. Al interior del peronismo tradicional, Partido Justicialista (PJ), el panorama es aún de mayor confusión y divisionismo. Cambiemos, el bloque gobernante, en rigor no ha llegado siquiera a ser una coalición con un mínimo de organicidad y fundamentación programática. Al sumarse la Unión Cívica Radical (UCR, socialdemócrata, único partido organizado del país) tras la candidatura de Macri en 2015, el salto acrobático acercó otra vez al partido sesquicentenario al poder, le permitió aumentar significativamente el número de

legisladores e intendencias bajo su control, pero a la vez dinamitó una añeja alianza que unía a la UCR con el Partido Socialista y otras fuerzas liberales, que al compás del debate respecto del rumbo a tomar multiplican su fraccionamiento.

Al otro extremo del arco político, las izquierdas acentúan su división. El paupérrimo desempeño electoral del denominado Frente de Izquierda y los Trabajadores (nombre por demás elocuente a poco que se repara en su significado) hizo que los durísimos enfrentamientos internos de sus componentes iniciaran una dinámica diferente, no precisamente de autocrítica y búsqueda de convergencia en una síntesis superadora. En cuanto a la miríada de agrupamientos –algunos con envergadura nacional– y militantes sin partido que ensayan una propuesta de convivencia plural y democrática, no han dado hasta el momento prueba de la energía necesaria para cambiar el curso e iniciar la edificación de una nueva fuerza de masas con signo anticapitalista.

Como símbolo de una época, también la iglesia católica sufre los efectos del debilitamiento en su inserción social, la división y la contestación de una voz que en teoría debería ser inapelable: la del Papa argentino Jorge Bergoglio.

Queda así resumido el cuadro dominante de la realidad nacional: en medio de la crisis económica más severa de la historia nacional y con las clases dominantes carentes de instrumento para ejercer estable e institucionalmente el poder, no se vislumbra, por ahora, un eje de recomposición política, sea del signo que sea.

Ejemplo inverso

Sólo la Confederación General de Trabajadores (CGT) ofrece una dinámica diferente. El pasado lunes 22 se unieron sus tres fracciones principales. Aun con múltiples enfrentamientos internos que dejaron al margen un centenar de sindicatos, impidieron la designación de un secretario general y obligaron a un triunvirato inconsistente, la representación sindical del otrora

poderoso y activo movimiento obrero argentino logró converger en una cúpula única. Quedan aunados así la casi totalidad de los sindicatos industriales y del transporte. Por fuera sólo restan el sindicato de mecánicos, gremios menores y dos debilitadas fracciones de la Central de Trabajadores Argentinos, que agrupan esencialmente a docentes y empleados del Estado.

Dos incógnitas deja planteada la reunificación de la CGT: ¿responde en alguna medida a la amenaza latente de bases sindicales que, aun disgregadas y sin otras banderas que reivindicaciones inmediatas, da signos de ponerse en movimiento, con la consecuente amenaza para dirigencias sometidas a las exigencias del capital? ¿o acaso una de esas exigencias es precisamente constituirse en eje para reconstituir una fuerza política capaz de continuar conduciendo a los trabajadores tras alguna de las fracciones burguesas que afrontarán elecciones legislativas el año próximo?

De hecho, en las presidenciales de diciembre pasado las cúpulas sindicales llamaron a sus bases a votar por tres candidatos con el mismo programa de saneamiento capitalista: Scioli, Macri y Sergio Massa. Luego, en segunda vuelta, el grueso de los aliados de Massa se volcó por Macri y produjo la hecatombe peronista. Antes, dos dirigentes de la principal CGT habían intentado poner en pie partidos propios con base sindical: Hugo Moyano (camioneros) y Gerónimo Benegas (trabajadores rurales). El primero, con fuerte base organizativa y próximo a una iglesia evangélica. El segundo, con un gremio numeroso, disperso y despolitizado, apoyado sin rodeos por el Papa Francisco. Tras el fracaso en la construcción de una organización propia Moyano apoyó a Massa y luego a Macri. Benegas se incorporó desde el inicio con su partido a Cambiemos (y ahora se negó a la unidad de la CGT).

Titulares provisionales del PJ, carentes de toda autoridad sobre la masa de intendentes, legisladores y "punteros" (empleados del aparato partidario que manejan la relación con los habitantes de los barrios más pobres), han declarado ya su

propósito de romper formalmente amarras con los remanentes del Frente para la Victoria de Cristina Fernández y ensayan una aproximación con Massa para recomponer el partido. Está por verse que consigan éste o aquél objetivo. Si la CGT mantiene su frágil unidad, gravitará mucho más sobre las huestes dispersas del peronismo y en su momento se verá si eso se traduce en el respaldo a uno de los dos bloques principales hoy en juego (Cambiemos y el Frente Renovador de Massa, señalado como amigo cercano del Departamento de Estado), o si una fuerza exterior impulsa a la creación de una tercera fuerza, con impronta sindical. En esto parecerían estar empeñados sindicalistas hoy sin sindicatos ni partido, alentados una vez más por el Vaticano, bajo cuya bendición y en alianza con franjas socialdemócratas dieron en el pasado lugar a corrientes como el Frente Grande, el Frepaso y la Alianza.

Conscientes de estos desafíos, sectores de la izquierda marxista buscan congregar el mínimo de fuerza necesaria para elevar una voz anticapitalista capaz de hacerse oír por las mayorías en este panorama proclive a la confusión y la manipulación.

Washington entrega archivos secretos en apoyo a Macri

Cinco meses y medio después de la visita del presidente Barack Obama al país, el Departamento de Estado estadounidense dio a conocer nuevos documentos desclasificados sobre la última dictadura argentina (1976-1983), que tuvo en aquellos años el apoyo de Washington. Si bien hasta ese día ya se habían difundido un total de cuatro mil documentos, esta es la primera vez que se dan a conocer archivos militares y de inteligencia.

Obama estuvo en Buenos Aires el día que se cumplieron 40 años del golpe de Estado cívico-militar que dio inicio a un período signado por secuestros, torturas, desapariciones y el

fraudulento proceso de endeudamiento externo que, multiplicado, somete a los argentinos hasta hoy.

Con su presencia en esa fecha, que provocó un amplio rechazo de distintas organizaciones, el presidente de Estados Unidos buscó presentar a su par argentino como un "defensor de los derechos humanos" a nivel suramericano y en un gesto premeditado aceptó el pedido de desclasificar documentos secretos vinculados a la dictadura.

Contenido

Los documentos fueron formalmente entregados a las Abuelas de Plaza de Mayo, pero también recibieron copias de las 1.081 fojas desclasificadas otros organismos de derechos humanos y periodistas nacionales el 8 de agosto. El Gobierno celebró el hecho como "un resultado contundente de la nueva política exterior". Cuatro días antes Macri había recibido su copia de manos del secretario de Estado, John Kerry, en Buenos Aires.

El material pertenece a 14 agencias y departamentos gubernamentales y abarca desde 1977 a 1982, años en los que Estados Unidos coordinaba el Plan Cóndor, implementado por varias dictaduras suramericanas en simultáneo para perseguir, asesinar y desaparecer principalmente a activistas obreros y estudiantiles, en el marco de su lucha internacional contra el comunismo. Algunos documentos muestran la planificación de operaciones militares y de inteligencia en el marco de este plan regional.

Funcionarios del gobierno argentino anunciaron que los documentos están disponibles para ser consultados en la sede del Museo de la Memoria. En la documentación desclasificada hay testimonios sobre casos emblemáticos de secuestro y tortura, como el de Alfredo Bravo, dirigente del Partido Socialista; el del fundador y director del diario La Opinión, Jacobo Timerman; el del médico Alberto Falicoff, del Hospital de Niños de Córdoba, y de su mujer.

También fue desclasificado el intercambio epistolar entre el

ex dictador Jorge Videla y el presidente estadounidense James Carter, así como otros escritos sobre negociaciones mantenidas entre Washington y los militares argentinos por cuestiones geopolíticas. Habrá más desclasificaciones hasta 2017.

Macri es denostado por el liberalismo económico

Argentina experimenta el liberalpopulismo

Tras sendas reuniones con la jerarquía eclesiástica, la cúpula del Partido Justicialista y el embajador estadounidense, la flamante troika dirigente de la Confederación General de Trabajadores (CGT) preparó la reunión del Comité Central Confederal (CCC, otrora denominado Parlamento Obrero) y puso paños fríos sobre una anunciada huelga general antes de fin de octubre.

Como era dable esperar, el CCC mandató a la troika para que eventualmente –y luego de una ya convenida reunión con el presidente Mauricio Macri– resuelva un eventual plan de lucha y la tan meneada huelga general.

Macri puede congratularse. Estos hechos confirman la existencia ya reiterada en estas páginas de un amplio y abigarrado frente burgués que ha jugado su existencia al éxito –al menos para el mediano plazo– del gobierno de la coalición Cambiemos.

Al menos un sector de la cúpula sindical pretendía lanzar el paro a modo de palanca para situarse como contraparte del gobierno y ocupar así el lugar vacante en la conducción del Partido Justicialista. Parecen pesar más dos factores: la asociación del grueso de la dirigencia gremial con el propio gobierno y, en primer lugar de importancia, el hecho de que los sondeos de opinión indican un clima social adverso a medidas de lucha encabezadas por sindicalistas-empresarios, ajenos a los intereses históricos de los trabajadores. El potencial de lucha obrera no se

muestra dispuesto a encolumnarse tras las actuales dirigencias sindicales en desesperado intento de recomposición.

El Presidente recibió además espaldarazos en el terreno internacional, tanto en el G-20 reunido en China, como en su viaje a New York para la Asamblea anual de la ONU, durante el cual se reunió con titulares de grandes fortunas y fondos de inversión, a los cuales trató de seducir para que traigan su dinero a Argentina.

Ínterin, se reunió en Buenos Aires una "mini-Davos", cónclave de grandes capitalistas de todo el mundo y del propio país, símbolo de una mini-Argentina, proyectada como fuente de ganancias para empresas y usureros transnacionales.

Límites

Realizar esta estrategia de salvataje capitalista requiere al gobierno, sin embargo, concesiones por demás elevadas. Por ejemplo aumentar en un millón las asignaciones por hijo, pagar una deuda de años a los jubilados, devolver dinero también adeudados por años a los sindicatos, además de aceptar mansamente la imposibilidad del aumento de tarifas que había ensayado. Es así que el equipo ultraliberal encabezado por Macri aplica un plan económico de neto corte populista. Para reafirmarlo presentó al Congreso el 15 de septiembre un Presupuesto opuesto por el vértice al catecismo ortodoxo.

Como adelantó América XXI antes mismo de que Macri asumiera, la política oficial para el próximo período está basada en el endeudamiento externo. El gobierno anterior pagó más de 200 mil millones de dólares de deuda externa y tomó préstamos internos, sobre todo del instituto que administra los fondos de jubilados, por el equivalente a otros 200 mil millones de dólares. A esto denominan los economistas del capital –y los panegiristas del engaño– "bajo porcentaje de endeudamiento". Sumado a la determinación de pagar tasas que como mínimo cuadruplican la media vigente en el mercado mundial, y dada la sobreabundancia de dinero resultante de una economía mundial

en crisis, este cuadro deriva en relativa facilidad para financiar con préstamos del exterior un déficit presupuestario nominal de algo menos del 5% del PIB, que cuando se le suma pagos por intereses de los gobiernos nacional y provinciales, bordea el 8%. El presupuesto prevé aumento de gastos corrientes e intereses que requerirán la absorción de 38 mil millones de dólares en 2017. La otra palanca para poner en movimiento el plan desarrollista oficial es la llegada de capitales para invertir en áreas de producción y servicios, a cuyo fin el elenco gobernante está dispuesto a todas las concesiones imaginables.

También prevé el Presupuesto un crecimiento del 3,5% para 2017 –que consultoras privadas llevan hasta el 4 e incluso el 5%, con una inflación anual del 17%. Ya es perceptible la caída de la inflación arrolladora del primer semestre, así como el rebote de la recesión drástica que sacude al país desde mediados de 2015, luego de cuatro años durante los cuales el estancamiento se combinó con bruscas caídas recesivas. Un mínimo de oxígeno para quien está muriendo por estrangulamiento es equivalente a la salvación. Eso ocurre en la coyuntura con la economía argentina.

Un punto real a favor del gobierno ha sido la reestructuración del Instituto Nacional de Estadística y Censo (Indec) y la progresiva aparición de datos fidedignos. Eso se manifestó sin embargo en la difusión de índices demoledores de la marcha económica: 3,4% de caída del PBI en el segundo trimestre (7,9% para la industria manufacturera), alrededor del 40% de inflación para el año en curso, 9,3% de desocupación, con la pérdida de 120 mil puestos de trabajo en el primer semestre, según el Indec. Un resumen de este desmoronamiento ya sensible desde 2011 y factor importante en la derrota del anterior gobierno, está dado por un dato también difundido por el propio Indec: para no ser pobre, una familia tipo requiere 12500 pesos por mes. El salario mínimo es de 8060 pesos. En agosto el consumo tuvo una caída estimada en 8%, aunque esa tendencia revirtió en septiembre y se adelanta un último trimestre en recuperación.

Según la fuente se estima entre 1,5 y 2,5% la recesión para 2016. No obstante, consultoras de diferente signo coinciden en que una mayoría de la población responsabiliza por esta situación al gobierno anterior.

Así las cosas, aun si se realizara una huelga general pro forma antes de fin de año, el gobierno puede aspirar a ganar las elecciones legislativas de 2017. Sólo un consistente plan de lucha dirigido por líderes genuinos de los trabajadores, que de las reivindicaciones económicas inmediatas pasaran a una franca lucha política, podría torcer este rumbo. Con tal certeza el bloque burgués-imperialista está dispuesto a continuar con políticas populistas hasta la validación del nuevo elenco y la total disgregación de las clases sometidas. En su cálculo esto le permitiría afrontar el inexorable fracaso desarrollista con un saneamiento profundo del sistema, que fatalmente requeriría violencia del capital contra el conjunto de la nación. Aunque se observan pasos tendientes a recomponer una izquierda con voluntad revolucionaria y raíces genuinas, no parece posible que incluso si estos esfuerzos tienen éxito, se pueda arrebatar a corto plazo la iniciativa política que hoy tiene sin disputa el gran capital. Este cuadro cambiaría –aunque no necesariamente en favor de los de abajo– sólo si se produjera una explosión social, improbable en el horizonte cercano.

Para conjurar el fantasma, partidos y sindicatos, encabezados explícitamente por el papa, abogan por un Pacto Social al cual Macri se resiste por el momento, precisamente porque no está a la orden del día la perspectiva de un colapso social incontrolable. De tal manera, el Presidente y su equipo pretenden hegemonizar sin concesiones el bloque burgués dominante, ganar las elecciones, doblegar al peronismo y reorganizar al país político sobre la base de lo que llaman "capitalismo serio". Tal es el retroceso político en Argentina que hasta la burguesía se lanza por el camino de las utopías…

Malvinas y Venezuela

Correspondió a la canciller Susana Malcorra el primer paso funesto en torno a Malvinas. En un comunicado conjunto con su par británico anunció la decisión, entre otras medidas, de explorar la extracción conjunta de petróleo en el área de las islas usurpadas. Hasta el propio bloque oficialista Cambiemos se levantó contra esta prueba de sumisión y abandono de la soberanía sobre las islas. Políticos exangües que durante 12 años hicieron nada para encaminar un política de recuperación de la soberanía sobre Malvinas, también se sumaron al coro de rechazo. Macri comprendió la magnitud del error táctico –el comunicado, no las concesiones– y en su discurso en la ONU insistió, como si fuese un líder nacionalista, en la "innegociable demanda de soberanía" sobre las islas y el espacio marítimo. Entusiasmado en su nuevo papel, tras cruzarse en un almuerzo con la primer ministra británica Theresa May declaró a la prensa que había programado con ella una reunión y que ésta había aceptado hablar sobre la soberanía. Tras el escandalete que siguió a esta gaffe voluntarista y demagógica, todo volvió a su cauce y ahora el oficialismo tratará sus propuestas para Malvinas en el Congreso, donde la cínica demagogia habitual hará que todo vuelva a fojas cero.

Para equilibrar, Macri aseguró en Nueva York que "en Venezuela no hay democracia". Cabe preguntarse si fue sólo su inexperiencia lo que le hizo olvidar que hablaba desde un país donde por esas mismas horas policías blancos continuaban asesinando, sin razón comprobable alguna, a personas de piel oscura. O que los bombardeos a civiles en Siria se multiplicaron precisamente mientras él hablaba. O que el drama social estadounidense difícilmente es compatible con la democracia, incluso burguesa. Es conjeturable que se trate del tributo correspondiente a los encendidos elogios de Obama y a la inviable estrategia de afirmar un eje Washington Buenos Aires para derrotar a la Revolución Bolivariana y el Alba.

24 de septiembre de 2016

Coyuntura y perspectivas de la estrategia liberalpopulista

Argentina y su gobierno bifronte

En zigzag, pero sin pausa, avanza el plan de recomposición del Estado y la economía burguesas, en una Argentina hasta el momento incapaz de reaccionar frente al programa del gran capital, en medio de una crisis de magnitudes inéditas y desenlace imprevisible en lo inmediato.

Diciembre es el mes clave. Si transcurre sin una huelga general y sin los reiterados saqueos de supermercados para fin de año, el gobierno de Cambiemos habrá pasado un escollo mayor y podrá esperar los frutos políticos de la reactivación económica a partir de marzo, con una sensible disminución de la inflación, pautada oficialmente en 17% para 2017, que en los hechos será de entre 20 y 25%.

Más allá de diciembre, el marco general está determinado por factores irresolubles en lo inmediato: inmanejable desequilibrio de los precios relativos; déficit fiscal de gran magnitud y en aumento durante 2016 y 2017; endeudamiento idéntico al de comienzos de siglo –después de haber pagado más de 200 mil millones de dólares en el período– aunque ahora con acreedores internos, en primer lugar la Administración Nacional de Servicios Sociales (Anses), lo cual dibuja un oscuro horizonte para futuros jubilados; aceleración del endeudamiento desde inicios de 2016, dado que es el único recurso para sostener el plan de acción oficial; recesión que dará por lo menos dos puntos de caída del Producto Interno Bruto para el año en curso; caída del salario real y en consecuencia del consumo en general, con eje en alimentos, textiles y electrodomésticos; aumento de la desocupación y, sobre todo, de la suspensión temporaria con reducción de salario para decenas de miles de trabajadores.

En una Argentina de tiempos no tan lejanos un cuadro semejante hubiese tenido al movimiento obrero en pie de lucha y al gobierno contra las cuerdas. En 2016 la realidad es diferente. La fragmentación social sin precedentes, inducida y lograda

en la última década y media, desemboca en una situación de confusión y parálisis de las mayorías. Asociada al nuevo gobierno por interés y convicción, la Confederación General de Trabajadores (CGT), después de hacer alharaca con una huelga general, a mediados de octubre la postergó sin fecha a cambio de la convocatoria a un "Diálogo para la Producción y el Trabajo", impulsada abiertamente por el papa Francisco, cuyo resultado fue un bono de recomposición salarial por 2 mil pesos. No hace falta decir que esa suma es ínfima frente a la caída del poder de compra del salario: la mitad de los trabajadores gana menos de 8 mil pesos (poco más de 500 dólares) y el promedio salarial es de 10 mil (unos 650 dólares). Es tan obvia la desproporción entre pérdida y resarcimiento que sectores minoritarios de las cúpulas sindicales hacen gestos para la platea exigiendo la realización de un paro. No es imposible que haya algo semejante antes de fin de año. Sin embargo el descontento general no se traduce en presión a los aparatos sindicales, por la sencilla razón de que las bases no confían en dirigencias ostensiblemente ajenas a sus intereses y la mayoría tiene certeza de que un paro de 24 horas, sin continuidad, sin programa y sin perspectiva política, no cambiaría en nada la realidad actual de los trabajadores. La desconfianza en las cúpulas se combina con el temor a la desocupación y el saldo es más espacio político para el gobierno.

Los caminos de Macri

Quienes gustan explicar fenómenos mediante el simple expediente de apelar al prefijo neo, para explicar al actual gobierno deberán anteponerlo al vagaroso y gastado concepto de desarrollismo. Ése es el manual que sigue el heterogéneo equipo del presidente Mauricio Macri con el objetivo de evitar una reacción popular de masas frente a un plan de saneamiento real de la economía argentina, mantener espacios con el objetivo de ganar las legislativas del año próximo y acumular suficiente poder para, en algún momento, cuando la ficción desarrollista

estalle en pedazos, aplicar el verdadero programa necesario para sostener al sistema capitalista en Argentina.

Por el momento, es un hecho que la fórmula híbrida del oficialismo ha logrado un descenso significativo de la inflación y hay signos de un limitado rebote tras cinco años de estancamiento y recesión, que permitiría un aumento del PIB para 2017 de entre el 3 y el 5%, según se atienda el pronóstico oficial o el de las principales consultoras locales. Paradojalmente, el índice menos optimista pertenece al ministro de Hacienda y figura en el Presupuesto 2017, en tanto que el vaticinio más elevado lo esgrimen economistas de signo opositor. Como sea, todos, incluidas cúpulas sindicales e iglesia, conforman un frente único y apuestan al éxito de Cambiemos.

Mientras continúa anunciando grandes obras públicas en todo el país y en particular el Plan Belgrano, proyecto de desarrollo infraestructural en el Norte argentino, sin que los efectos económicos y sociales de tales emprendimientos se perciban todavía, el gobierno poda ramas que considera exuberantes en el presupuesto nacional. El ministerio de Energía prevé una reducción nominal del 17,9%, lo cual dada la inflación Implica una caída superior al 30%, lo cual se alcanzaría mediante el recorte de 50 mil millones de pesos en subsidios al transporte y la energía en 2017. La cartera de Agroindustria tendrá una disminución presupuestario del 14%. Cultura, con una reducción nominal del 2,8%, se verá afectada en un 14% a valores reales. Con un aumento nominal del 4,9% el ministerio de Salud tendrá en los hechos una reducción del 12%. Se reducen los programas de atención de la madre y el niño, así como la atención sanitaria territorial. El primero pasa de 4 mil a 2 mil millones de pesos. El segundo de 439 a 258 millones. Para completar la filosofía presupuestaria del gobierno de Cambiemos, la Anses disminuirá los recursos para la formación de jóvenes en situación de pobreza de 8.900 a 5.500 millones de pesos en términos nominales. Con el argumento cierto de que en estas y otras reparticiones del Estado hubo una multiplicación ineficiente y clientelista del

empleo y los recursos, el gobierno conservador desarrollista o, si se quiere, liberalpopulista, actúa con neto sentido clasista y prescinde de recursos fiscales para contrarrestar los demoledores efectos sociales de un 32% de pobreza.

Mientras en el plano interno Macri se presenta como adalid de la recomposición de la nación, con elevados conceptos de redención social y criterio republicano, su ideología y programa de acción original se expresa sin tapujos en la política internacional, donde el hombre de la Internacional Parda actúa sin dobleces para consolidar un eje Washington-Buenos Aires donde apoyar la estrategia contrarrevolucionaria continental del Departamento de Estado.

Objetivo a abatir: Venezuela

Macri ha tomado la vanguardia en la operación en curso destinada a deslegitimar al gobierno de Nicolás Maduro, como paso previo sea al derrocamiento del régimen revolucionario, sea a la intervención mediante la OEA y alguna socorrida fórmula que abra paso a Estados Unidos para adueñarse del control político y la riqueza petrolífera del país.

Limitado a su área, el presidente de Argentina fue la palanca principal para aunar a Brasil, Paraguay y Uruguay tras el propósito de impedir que Venezuela presida el Mercosur y luego anunciar que a partir de diciembre perderá la condición de miembro pleno del bloque. Luego, también con colaboración explícita de los presidentes de esos tres países, encabeza la operación destinada a definir el gobierno de Maduro como antidemocrático y exigir la aplicación de la Carta Democrática de la OEA. Mascarón de proa de esta embestida es otra vez el Malinche uruguayo, titular del Consejo de Indias residente en Washington pese al estrepitoso fracaso de un primer ensayo a mediados de año para expulsar a Venezuela del organismo hemisférico.

Con esta conducta Macri y Cambiemos revelan el rumbo que tomarán apenas comience a hacer agua el programa desarrollista

en Argentina: contra cualquier posición revolucionaria y bajo el yugo imperial. Sin embargo, la perspectiva más probable para lo que resta del año y el transcurso del próximo es un afianzamiento relativo del elenco gobernante, acompañado por todos los partidos y fracciones de la burguesía. Como queda dicho, se espera crecimiento del PIB y caída de la inflación. Dado el marco de implosión política del peronismo e inexistencia de una alternativa visible desde posiciones anticapitalistas, queda como probabilidad principal la victoria del bloque oficialista en las legislativas de 2017. Está por verse si el acervo revolucionario de obreros y estudiantes logra desembarazarse del infantoizquierdismo, el cretinismo parlamentario y otras enfermedades clásicas y, en paralelo con el ejercicio de neta hegemonía de una estrategia burguesa, logra afirmar una opción propia, capaz de actuar cuando este nuevo capítulo de la crisis en Argentina dé paso al inexorable choque de clases.

25 de octubre de 2016

Distante el plan desarrollista

Clima enrarecido

Tensión, incertidumbre, temor, son los rasgos dominantes de la sociedad argentina a fines de 2016. No hay sector que escape a ellos. A contramano de su historia, obreros y estudiantes no contrarrestan ese clima con pruebas de resistencia enraizada en amplias mayorías.

En la base está la penuria económica. Estancamiento con tramos recesivos vienen de un lustro atrás. Pero este año, pese a promesas de crecimiento a partir del segundo semestre, culminará con una caída estimada en 2,5%. Los pronósticos de recuperación pasan ahora a marzo próximo y reducen la perspectiva de aumento del PIB. En opinión de consultoras que hasta hace pocas semanas auguraban un 5% de crecimiento, la perspectiva es ahora de algo más del 3%, tal como previó el

Gobierno en el presupuesto.

Al clima de desazón tampoco le falta el componente político: tras 12 meses de acompañamiento al gobierno presidido por Mauricio Macri las pugnas electorales para las legislativas de 2017 se han impuesto. Una fuerza centrífuga domina otra vez a pleno en las expresiones políticas y sindicales de las clases dominantes, incluso al interior de la coalición gobernante Cambiemos.

Pese a una batalla día a día más impiadosa, se mantiene el frente unido en torno a Macri: todos saben que una eventual desestabilización y caída del Presidente redundaría en imparable rodada hacia el abismo. Quienes apuestan a la perspectiva desestabilizadora no pesan. Un integrante clave de ese frente unido, la Confederación General de Trabajadores (CGT), amenazó con una huelga general pero hasta la fecha no hay signos de que la realice efectivamente. Una movilización de la CGT junto a llamados "movimientos sociales" (hecho sin precedentes) pretendía reunir a 200 mil personas para respaldar un proyecto de Ley de "emergencia social". Como siempre, hay debate sobre la cifra de asistentes. Pero todos coinciden en que quedó demasiado lejos de aquel objetivo. La perspectiva de conflicto socialgeneralizado se traslada entonces a febrero o marzo, con un punto débil en las fiestas de fin de año. En muchas oportunidades para estas fechas se produjeron movilizaciones espontáneas de gran magnitud exigiendo bolsas de alimentos a los supermercados. Esa posibilidad está planteada ahora en los conurbanos con mayores problemas sociales (Buenos Aires, Mar del Plata, Rosario, Córdoba, en ese orden). Pese a la enorme penuria social (32% de pobreza, según cifras oficiales) en opinión de las dirigencias políticas de diferente signo una erupción de magnitud no es la perspectiva más probable.

Acuerdo preventivo

Para enfrentar ese riesgo eventual el Gobierno apela a multiplicar diferentes formas de subsidios a los más desposeídos,

convenidos con los mismos agrupamientos que se movilizaron cinco días antes: el 23 de noviembre los ministros del área económica, laboral y social, firmaron simultáneamente con representantes de la principal cámara patronal y la CGT un acuerdo para que no haya despidos injustificados hasta fines de marzo. Con escasas horas de diferencia el ministro de Trabajo Jorge Triaca y la titular de Desarrollo Social Carolina Stanley firmaban con los titulares de las ahora llamadas "organizaciones sociales" (hasta no hace mucho denominadas "organizaciones piqueteras"), un acuerdo poco común: la emergencia social -vigente en realidad desde comienzos del nuevo gobierno- se extiende hastadiciembre de 2019. Además de elevar a 4 mil pesos subsidios vigentes hoy por 3.450 pesos mensuales bajo rubros tales como Argentina trabaja, Ellas hacen y Trabajo autogestionado, todos los cuales cobrarán un bono adicional en diciembre por 2.030 pesos. Para complementar la batería apuntada a impedir disturbios de fin de año el ministerio de Desarrollo Social distribuirá un millón de canastas navideñas. Éstas y otras numerosas concesiones, de hecho migajas para los condenados de la pobreza, suman 30 mil millones de pesos en tres años, a los que se agregan los 17 mil millones previstos en el Presupuesto 2017.

Acompañado de los titulares de bloques parlamentarios y con la presencia de los dirigentes de las organizaciones demandantes, el Gobierno festejó el acuerdo en alborozada rueda de prensa en la propia Cámara de Diputados. Fue después de una reunión un tanto surrealista, en la que los principales opositores y los dirigentes protestantes del 18 de noviembre se reunieran en el Congreso con los ministros de Interior y de Hacienda, Rogelio Frigerio y Alfonso Prat Gay. Incluso figuras del Frente para la Victoria y agrupamientos peronistas de acción barrial se mostraron allí, con gesto a medio camino entre obligada celebración y asombrada indiferencia.

Costosa victoria

No todos celebraron. Ciertos empresarios y buena mayoría de economistas profesionales se mostraron escandalizados por el rumbo de Macri. Esgrimen números para muchos sorprendentes: octubre concluyó con un déficit primario (es decir, antes del pago de intereses) de 63 mil millones de pesos, un 183% más elevado en relación con el mismo mes del año pasado. Sumado el pago de deuda, el déficit se eleva a 77.500 millones, 336% más que en octubre pasado.

Es el costo de una línea de acción inesperada para la casi totalidad del espectro político, que a priori condenó a Macri como "neoliberal". Esta política liberalpopulista no puede sino financiarse con endeudamiento. En los primeros 10 meses de 2016 el Gobierno tomó préstamos por 52.138 millones de dólares. Bien es verdad que una parte sustancial, alrededor de 17 mil millones, se tomaron para pagar la deuda pendiente con los fondos buitres. El resto, en cambio, pasa a cubrir gastos corrientes y otros pagos por intereses.

Con tamaña hipoteca para sustentar el déficit se evitaron huelgas y acotaron movilizaciones. Esto ha dejado sin aliento al anterior elenco gobernante: el monto disponible para ayuda social de la ministra Stanley casi duplica el de su predecesora, Alicia Kirchner. Pero alarma igualmente a los propios partidarios del gobierno y, sobre todo, a otros miembros del amplio bloque que acompaña estratégicamente al Gobierno. La victoria de Donald Trump ya obligó a devaluaciones en países del área, lo cual redunda en la apreciación del peso argentino, y amenaza con un alza de tasas de interés que haría inviable la prolongación de la actual política oficial de endeudamiento. No hacen falta cálculos sofisticados para concluir en la inviabilidad a mediano plazo de tal estrategia. Otra cosa es que alguien como el ex ministro de Economía Roberto Lavagna diga a la prensa que por este camino "se marcha hacia un colapso". Cualquier ciudadano argentino se estremece ante la idea de un colapso económico. Pero Lavagna sabe de qué habla: él asumió en

Economía con un dólar equivalente hoy a 30 pesos, mientras que el actual está alrededor de 15,50. En el Ejecutivo sospechan que Lavagna aboga por una drástica devaluación. No es el único, desde luego. Pero tal medida provocaría una estampida inflacionaria, una aceleración del empobrecimiento y una crisis política incontrolable. La pregunta es entonces: ante los signos de fortalecimiento político de Macri y Cambiemos ¿aparece un sector burgués dispuesto a alentar la desestabilización?

Difícil de creer. Pero lo cierto es que en paralelo el conjunto de bloques peronistas, sin perspectivas visibles de unificación para las legislativas, acaban de bloquear la propuesta oficial de reemplazo del vetusto y tramposo sistema de votación con boletas únicas de papel por el voto electrónico.

Esta triquiñuela anacrónica está impulsada por una paradoja: recesión y aumento de la pobreza apenas han mellado la figura del Presidente, que según diferentes mediciones cuenta con más del 50% de aprobación. Sumado al elevado apoyo que concita la gobernadora de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, se puede concluir que Cambiemos tiene serias perspectivas de asestar una nueva derrota electoral al peronismo el año próximo.

Esta paradoja deja de serlo si se tiene en cuenta otro dato indigerible para las dirigencias tradicionales: Macri ha volcado recursos para paliar las vicisitudes de los sectores más empobrecidos a la vez que busca sofrenar el déficit fiscal con impuestos que afectan a clases medias y altas. Estancamiento del precio del dólar, restricción de la masa monetaria, altas tasas de interés, son otros recursos para domeñar la inflación que en mayor o menor medida afectan a las capas medias así como a las franjas mejor pagas de la clase obrera, las cuales, suponen los estrategas de la Casa Rosada, no quieren el retorno de un gobierno peronista.

Como sea, las distorsiones profundas de la economía argentina no se han resuelto en el primer año de Macri, ni tienden a hacerlo. El plan desarrollista no se pone en marcha sino en medidas homeopáticas. En el primer semestre se perdieron 113

mil puestos de trabajo en el sector privado formal (se calcula que el empleo disminuyó el doble en el sector privado informal, en el Estado, tras despidos e incorporaciones, el saldo fue positivo). A partir de agosto hubo una leve recuperación de puestos de trabajo, que revirtió en octubre. Si acaso en 2017 Cambiemos logra que arranquen las inversiones en infraestructura, revierta la caída del empleo y del consumo, tal vez logre la hegemonía que necesita para poner el mínimo imprescindible de orden en las cuentas del capital.

Por el momento la burguesía no logra acuerdo para fijar bases sólidas al gasto fiscal, a la inaplazable urgencia de una política impositiva racional, a la reforma de un sistema electoral insostenible, al saneamiento de instituciones colonizadas por mafias de todo tipo, en primer lugar las que por una u otra vía responden al narcotráfico.

Ese desacuerdo probablemente irreparable pone en riesgo el frente unido que mantuvo a Macri en su primer año de gobierno. La única ventaja del capital es que frente a él no se perfila todavía una alternativa política real. Poco, pero por el momento suficiente.

24 de noviembre de 2016

Mercosur en Buenos Aires: la historia los observa

(Bs As, 14 de diciembre de 2016, 0.30hs) Hoy a mediodía está programada en Buenos Aires una reunión de cancilleres del Mercosur, a la que no ha sido invitada Venezuela. Pese a ese gesto incalificable, el gobierno de Nicolás Maduro envió de todos modos a su canciller.

¿Permitirán o no ingresar a la sede histórica de la diplomacia argentina a Delcy Rodríguez, titular de la política exterior de la Revolución Bolivariana?

¿Acaso incurrirán los ministros de cuatro gobiernos de

la región en una afrenta ante los pueblos de América Latina tal como dejar fuera a la representante del país de Bolívar y Chávez? ¿Querrán dejar en la historia el sino ominoso de una nueva alianza guerrerista y reaccionaria, esta vez en el siglo XXI y con cuatro componentes?

Por si no lo han advertido, vale recordárselo: las mayorías de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, no se lo perdonarán jamás. Como jamás perdonamos la Guerra de la Triple Alianza. La historia, que ahora mismo los observa, los condenará no apenas en un futuro incierto, sino desde ahora mismo.

No me referiré a los presidentes de Brasil, Paraguay y Uruguay. Sobre los dos primeros puede leerse en las primeras planas de todos los diarios: están acorralados por sus propios pueblos. Y sea cual sea el resultado inmediato de esa situación, no cabe duda alguna de que son ya cadáveres políticos y en hipótesis alguna gravitarán sobre el futuro de América Latina.

Debo dos palabras, sí, sobre el Presidente de mi país. Mauricio Macri no es, como tantos desprevenidos condenan de antemano, un "neoliberal". Es un punto de apoyo de la Internacional Parda, malogrado intento encabezado por José Aznar y Álvaro Uribe, que giró en redondo al ser elegido Presidente, acaso para mejor llegar a su objetivo. Su canciller, Susana Malcorra, es miembro de la Unión Cívica Radical y, por lo tanto, portavoz de la socialdemocracia internacional.

Empujado uno por aquella entelequia fascista sin destino y la otra por una poderosa estructura internacional en vertiginosa degradación, tomaron ambos como eje de acción política exterior la calumnia y la conspiración contra la Revolución Bolivariana de Venezuela.

No cabe pedirles acuerdo con una revolución antimperialista y anticapitalista. Pero si corresponde a un ciudadano argentino exigirles respeto por la historia, lealtad elemental a nuestras luchas seculares.

Ambos se declaran demócratas: ¿no atenderán una voz que, con certeza, en este punto coincide con millones para demandar

que se trate con el respeto y la cortesía merecidos a la representante de este país hermano, que junto con el nuestro libraron y vencieron la gran batalla anticolonialista del siglo XIX?

Señor Presidente, Señora Canciller: no cometan el agravio –¡y el insondable error histórico!– de impedir el ingreso a la reunión a la canciller Delcy Rodríguez. Recuerden Junín y Ayacucho. Tomen cuenta de que la historia cuenta. Defiendan sus posiciones pero no impidan que la representante venezolana (que es también la nuestra, la de los desposeídos y sublevados de todo el continente) pueda defender las suyas ante ustedes y el mundo. No impidan que su voz valiente se exprese con libertad.

Sepan que el Mercosur sin la proyección latinoamericanista impresa por Chávez y Venezuela es una cáscara vacía y que ustedes, Presidente y Canciller argentinos serán fagocitados por la voracidad obligada de un Brasil en crisis, a menos que no sea gobernado por corruptos reaccionarios e ilegítimos como Michel Temer. Sepan también que tal desenlace golpearía con violencia sobre todo el pueblo argentino.

Me identifico con la caracterización de la coyuntura argentina expuesta en bit.ly/2ht8sX1. Como expresa ese texto, creo que ustedes pueden ganar una batalla como la que ahora libran contra Sergio Massa y otros remanentes del denominado kirchnerismo. Pueden incluso vencer en las elecciones del año próximo. Pero el plan por el que despliegan tantos esfuerzos no tiene futuro. El proyectado eje Washington-Buenos Aires se astilló antes de iniciar su tarea. El mundo capitalista desarrollado está en irreversible crisis y vuestro plan desarrollista no tiene la más mínima posibilidad de éxito. La estrategia contrarevolucionaria de Washington no tiene otra viabilidad que guerras devastadoras como la que hoy vemos en Siria, Libia, Irak. ¿Admiten semejante destino para nuestra gente?

No es una extrapolación. No es exagerado. Si ustedes se someten e impiden el ingreso de Venezuela a la reunión del Mercosur están restando a Argentina de una posición de defensa de la paz, la integración y la democracia en el mundo, para

pesar en el plato opuesto de la balanza.

Y Argentina pesa mucho. Es un gran país aunque ahora esté desangrado y parezca impotente. De pie, puede ser clave de la unión latinoamericana y faro en la oscuridad ominosa de nuestro mundo actual.

Ustedes tienen la decisión en sus manos. Nosotros, desde el Bravo a la Patagonia, observamos para actuar.

Preso otro secuestrador,
mientras avanza el plan de saneamiento

Sacudones políticos

Detenido el ex jefe del Ejército con gravísimos cargos por violaciones a los derechos humanos, el cuadro político se completa con una sucesión de reveses de todo orden para el oficialismo.

¿Hay una crisis política del gobierno Macri? Sí. ¿Desembocará esta coyuntura en un colapso? Altamente improbable a corto y mediano plazos.

La Confederación General de Trabajadores (CGT) programa una movilización para el 7 de marzo. Por azar –sí, por un azar que disgusta tanto a la cúpula sindical como al gobierno– ese mismo día la ex presidente Cristina Fernández acudirá a los Tribunales imputada por numerosas causas de enriquecimiento ilícito que la ubican en difícil situación. La protesta sindical será acompañada no sólo por otros agrupamientos menores sino también, muy significativamente, por cámaras empresariales espantadas por una deriva económica que tras la abrupta caída de 2016 (4,9% en la industria), pese a signos de tímida reactivación, se prolonga en derrumbe del consumo (10% en lo que va del año), la producción en varias áreas y el empleo (sin datos firmes todavía).

Esto en momentos en que Argentina discute las llamadas

"convenciones paritarias", donde sindicatos y empresas pugnan por definir el nivel salarial con la asistencia del Estado. La CGT lleva a cabo una ronda de negociaciones con todos los partidos e instituciones principales: de lleno en función política, en ausencia del Partido Justicialista como eje para la acción.

En tanto, con tropiezos, en zigzag, insuficiente respecto de lo buscado, el plan de saneamiento capitalista avanza de la mano de Mauricio Macri y con el acompañamiento de todas las fracciones políticas que, en una fragmentación sin precedentes, disputan la representación de la burguesía. También integran ese bloque no explícito las cúpulas sindicales, más allá de gestos de protesta. Se anuncia incluso una huelga general antes de fines de marzo, que en caso de realizarse bajo la dirección de las actuales cúpulas sindicales no torcería un milímetro el curso esencial de los acontecimientos.

Todo el poder establecido está igualmente empeñado en que el sistema se estabilice y avente las amenazas de un nuevo colapso, que en caso de ocurrir –y esa posibilidad no puede descartarse– sería incomparablemente más grave que el de 2001. Por eso la iglesia, también con declaraciones que enmascaran su compromiso, se suma al conjunto empeñado en que el sistema no sufra una herida irreparable. Todos saben que una hipotética explosión social y el consecuente desplazamiento de Macri, sería la detonación de una situación prerrevolucionaria para la cual el sistema no tiene anticuerpos. Por eso, pese a todo, la ruptura del bloque interburgués y la eclosión de una inmanejable crisis política no es, al momento, lo más probable.

Secuestrador en prisión

No es verdad que el gobierno de Cambiemos sea incapaz de aprender. La detención del jefe del Ejército designado por Cristina Fernández, César Milani, si bien resulta del incansable esfuerzo de familiares y organizaciones de derechos humanos no cooptadas por el Estado, es fruto también del intento de tapar la realidad satisfaciendo un reclamo muy profundo de

la sociedad argentina: juicio y castigo a los culpables por la represión, tortura, secuestro y asesinato de miles de personas en los años 1970.

Como sea, Milani está preso. Además de hechos represivos aberrantes, afronta también acusaciones por fulminante enriquecimiento ilícito. Quienes lo arroparon durante los últimos años por orden del gobierno anterior, se hallan en difícil situación. Tanto que a cinco días de su detención, sólo un par de kamikazes salió al ruedo. Uno (su socio actual en una cadena de comida chatarra y ex secretario de Comercio) para decir que es inocente. Otro (un diputado del Frente para la Victoria) para asegurar que esto es posible por la política de Cristina Fernández. No parece haber límites para la impudicia en la Argentina de hoy.

Transparencia

En la raíz de todo, sin embargo, está la realidad económica. Afortunadamente, ahora es transparente cuando un Presidente actúa a favor de un grupo económico (el caso del Correo es un escándalo a la vista de todos); es transparente que se gobierna para los ricos (¿cuándo no fue así, desde la Organización Nacional hasta la fecha?); que lavadores de dinero y tránsfugas de la peor calaña están en lugares clave del Estado, como por ejemplo el servicio de espionaje, la Oficina Anticorrupción, el propio Congreso y la Justicia.

Será igualmente diáfano en plazos no lejanos que recesión y desocupación no resultan de la maldad de un Presidente, por más hijo de papá que sea. La crisis es un dato objetivo, fruto de la lógica inexorable de un sistema ya incapaz de dar lo elemental a los seres humanos. Aquí, o en cualquier parte del mundo, como lo prueba con estridencia la conducta de Donald Trump.

Buenos Aires, 20 de febrero

Oleada de movilizaciones como antesala del año electoral

Macri en la picota

Mientras actúa como ariete contra Venezuela el Presidente asiste a una multiplicación de conflictos que acaso sortee en lo inmediato pero anuncian la inviabilidad estratégica de su proyecto.

Percepción errada o realidad bifronte: ¿están o no en pie de lucha la clase obrera, el movimiento estudiantil, el conjunto de la sociedad argentina? De un lado, sucesión de marchas masivas por diferentes razones y un enemigo común: el gobierno de Mauricio Macri. Al otro, una no menos ostensible desmovilización de la sociedad y también de sus diferentes vanguardias naturales.

Desde mucho tiempo atrás y hasta el mes de febrero no había político o analista que no subrayara la anomia de la sociedad argentina. No obstante, entre el 6 y el 24 de marzo hubo marchas y concentraciones sin precedentes por su eslabonamiento y con pocos antecedentes de tal masividad.

El 6 hubo una concentración ante el ministerio de la Producción convocada por la Confederación General de Trabajadores (CGT). Un poderoso aparato sindical complementado por municipios del conurbano y diferentes agrupamientos políticos congregó una multitud que sus organizadores estimaron en 400 mil personas. Al día siguiente, los docentes marcharon en demanda de aumento salarial. Hubo según los organizadores, más de 60 mil maestras y maestros. 24 horas después, en el día internacional de la mujer, una masa estimada en alrededor de 80 mil asistentes, llegó hasta la Plaza de Mayo. Mientras tanto y durante los días siguientes no hubo una jornada sin que en el centro de Buenos Aires se multiplicaran cortes y piquetes con protestas de todo tipo, hasta que el 22 se realizó la marcha federal docente, con 400 mil asistentes, siempre según sus organizadores. Dos días después, para conmemorar el aniversario del golpe de Estado de 1976, dos grandes marchas coronaron la

serie con creciente masividad respecto de años anteriores. En todos los casos pueden ponerse en dudas los números alegados por los organizadores, pero está fuera de discusión la inusual respuesta participativa de contingentes sociales muy amplios.

¿Se transformará esta catarata de reclamos en poderoso torrente que limpie a fondo el establo de Augias en que las clases dominantes han convertido al país? No. Las grandes mayorías permanecen pasivas. Más aún: no reconocen como vanguardia –tanto menos como dirigentes– a quienes promueven esta oleada de protestas. Como signos premonitorios de una erupción volcánica estos hechos confirman la poderosa fuerza subterránea que en última instancia condiciona la realidad argentina. Pero el río de lava ardiente continúa bajo la superficie.

Huelga general

Acaso la dificultad para sopesar la realidad se haya aclarado al menos en parte el 6 de abril, cuando se cumpla la huelga general convocada por la CGT. (Dicho sea de paso: por esta razón la edición de abril de América XXI, precisamente al celebrar su 14º aniversario, no estará en la calle en Argentina como regularmente lo hace, el primer jueves de cada mes). Los dirigentes que convocaron a la huelga aclararon que es sólo por 24 hs y que no habrá movilizaciones. "Nos quedamos todos en casa tomando mate", declaró Carlos Acuña, uno de los tres secretarios generales de la CGT, quien abundó: "No es contra nadie, es un desahogo de los trabajadores". Luego remató su concepto: "el paro no soluciona nada".

"Paro dominguero" lo llamaron las organizaciones de izquierda, dispuestas a realizar ese día actos y cortes de rutas y calles. Es algo más: prueba la continuidad del acuerdo estratégico de las cúpulas sindicales con el plan burgués presidido por Macri. Tal como desvergonzadamente lo admite Acuña, la huelga está convocada como válvula de escape para el descontento –de diferente grado y naturaleza pero generalizado– que atraviesa hoy la sociedad argentina.

Si alguien se tomara el trabajo de escuchar los discursos de quienes estuvieron en los palcos sucesivos comprobaría la anterior afirmación: aparte el deplorable nivel de las alocuciones, ninguna de ellas puso en cuestión el sistema que produce las calamidades expresadas en cada caso, exclusivamente, en relación con reivindicaciones economicistas y, para colmo, limitadas al propio sector movilizado. Nadie lo resumió como Acuña: "el paro no es contra nadie".

¿Es válido esperar del 6 de abril un paso adelante en la combatividad, la organización y la conciencia de los trabajadores? No, en absoluto. Promover primero y aferrarse después a esta convocatoria de las cúpulas sindicales asociadas al Estado burgués es prueba de ingenuidad o, en no pocos casos, de un interés análogo al de la CGT: ocupar un espacio en el proceso electoral que domina el escenario político. En agosto se realizarán las denominadas Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (Paso) mediante las cuales cada bloque político validará a sus candidatos. En octubre habrá elecciones para renovar la mitad de la Cámara de Diputados y un tercio del Senado.

Esto llevó a la circunstancial división del bloque político que todos los partidos y fracciones burgueses mantuvieron a lo largo de 2016. Largada la carrera electoral, se mantiene la unidad estratégica pero se diversifica la oferta partidaria. Los protagonistas de esta farsa se insultan en público y negocian como ávidos socios en privado.

Fragmentado y sin liderazgo alguno el Partido Justicialista (PJ, peronismo), la CGT parece dispuesta a ocupar el centro de ese conjunto desperdigado y sin otro punto en común que la mantención o conquista de franjas de poder en el aparato del Estado, para lo cual deben abogar por la estabilidad de Macri a la vez que tratan de desgastarlo, con la mira puesta en un regreso del PJ al gobierno en las presidenciales de 2019. Sólo un sector, minúsculo y desprestigiado ante los trabajadores y el conjunto de la población aspira a desestabilizar y eventualmente derrocar al gobierno de Cambiemos. El golpe de mano

mediante el cual un grupo proveniente de un municipio del gran Buenos Aires puso en ridículo a la dirigencia de la CGT al final del acto inauguró una fase en la pugna interna peronista: cúpulas sindicales y dirigencias tradicionales del PJ decidieron descartar alianzas con esos sectores marginales, aunque están lejos de haber resuelto la configuración de sus propias listas de candidatos.

El yugo de la economía

Mientras tanto el plan de salvataje burgués continúa su marcha. Los gritos exigiendo un paro general el 6 de marzo ocultaron –acaso deliberadamente– que gobierno y cúpulas sindicales habían acordado poco antes una reforma en los convenios colectivos de trabajo de dos gremios clave: petroleros y mecánicos (fábricas de automóviles). No hubo una sola protesta sindical, en dirigencias o bases contra estos cambios profundos. En el mismo momento de la oleada de protesta, el sindicato numéricamente más importante del país, empleados de comercio, acordó en paritarias un aumento salarial idéntico al que rechazaban los docentes bonaerenses. Esto último sin embargo, también es engañoso: la imponente marcha federal del 22 de marzo fue organizada en consonancia con la obligada aceptación de las dirigencias de que el conflicto había llegado a un punto crítico: 17 provincias (sobre 24) habían concluido acuerdos paritarios (todos en el orden de lo propuesto por la gobernadora de Buenos Aires, María Eugenia Vidal). En esta provincia, clave por sumar el 40% de los docentes del país, una proporción considerable de maestros rompió el paro luego de la primera semana (60% según las autoridades, 20% según los sindicatos). Por eso en paralelo con gestos rudos, la dirigencia sindical levantó el paro y volvió a las negociaciones días antes abandonadas.

La denuncia oficial de que el paro docente tuvo un propósito partidario melló la voluntad de maestras y maestros, sobre todo en el interior de la provincia de Buenos Aires. Es improbable

que el conflicto concluya por completo. Pero está claro que perdió su impulso inicial y está por verse cómo repercutirá en la estabilidad de la dirigencia del principal sindicato provincial, Suteba, que tiene elecciones en pocas semanas y está acosada por un bloque de izquierdas.

En tanto, a fuerza de recesión y restricción monetaria la inflación bajó, al tiempo que los precios de alimentos básicos continuaron subiendo. Tal como afirma el gobierno, la recesión revirtió a partir del último trimestre de 2016. Macri y sus ministros esperan que el impulso a la obra pública, sumado a una serie de planes de préstamos hipotecarios para construir y comprar viviendas, así como otras medidas para alentar el consumo, agilicen la economía en este segundo trimestre y le permita llegar presentable a agosto, para las Paso, y sobre todo a octubre, cuando el oficialismo no podrá en ninguna hipótesis superar su minoría legislativa, por lo cual su opción es ganar algunos diputados y senadores o tener una onerosa derrota electoral, que condicionaría y eventualmente desestabilizaría el segundo bienio presidencial de Macri.

Son los márgenes que ofrece una economía estructuralmente en crisis, condicionada además por la declinación mundial del capitalismo y, en particular, por el desbarajuste general en Brasil que afecta directa y duramente a la economía argentina. Exagerando su actuación contra Venezuela Macri no resolverá esos límites y, al contrario de lo que proclama, no podrá garantizar crecimiento y más democracia en el país.

25 de marzo de 2017

Argentina como punta de lanza contra Venezuela
Macri ensaya una ofensiva externa e interna

Hugo Chávez solía repetir: “el que se mete con Venezuela, se seca”. Su discípulo, el actual presidente Nicolás Maduro,

también apela a esa advertencia. Hasta el momento han tenido razón. Pero es una expresión incompleta: habría que decir "quien no se mete con Venezuela, también se seca".

Argentina vivió más de un mes de paros y movilizaciones que desembocaron en la huelga general del 6 de abril. Coincidentemente, el gobierno de Mauricio Macri avanzó como parte del bloque intervencionista que desde la OEA programó una embestida supuestamente definitiva contra la Revolución Bolivariana.

La Confederación General de Trabajadores (CGT) y las izquierdas hicieron caso omiso de esa escalada oficial en América Latina. Nadie quiso meterse con Venezuela. Suponer que un enfrentamiento con Macri puede soslayar el papel que Washington le ha asignado para la región es tener una interpretación muy pobre del momento político que vive Argentina.

Buenos Aires jugó un papel de avanzada en la ofensiva lanzada desde la OEA y desplegada al interior de Venezuela con fallidas movilizaciones de masa y efectivos actos terroristas desde el 19 de abril. La incomprensión respecto del lugar de Argentina en la estrategia hemisférica del gran capital corre pareja con la ceguera para entender la política de la Casa Rosada fronteras adentro.

Para condenar a Macri y su coalición Cambiemos se apela al calificativo de "neoliberal", término vacío, insulto en lugar de caracterización. El de Macri es un gobierno del gran capital apoyado en la socialdemocracia y como táctica para acumular respaldo social y ponerse en situación de acometer el saneamiento que el sistema requiere, aplica una política de neto corte populista, diferenciada del gobierno anterior sólo por algunas pocas medidas y un estilo diferente. "Kirchnerismo con buenos modales" lo llama el sector liberal despechado por el curso de los acontecimientos.

Penosas paradojas

Aun en su heterogeneidad por momentos inmanejable,

Cambiemos está infligiéndole derrotas severas al Partido Justicialista (PJ, peronismo). Con el mismo programa estratégico de Cambiemos, la CGT intentó convertirse en el centro organizador de un nuevo PJ. Un malogrado acto masivo el 7 de marzo produjo el efecto inverso y reaparecieron fracturas irreparables del aparato sindical, con el consecuente fortalecimiento de Cambiemos, que además mostró la capacidad de convocar a una significativa movilización de alcance nacional el sábado 1 de abril.

Mientras tanto la conducta de la dirección sindical docente llevó a la quiebra el paro nacional con el que pretendía doblegar al Gobierno. Pocos esperaban la dureza de Macri y su gobernadora en la provincia de Buenos Aires. El hecho es que María Eugenia Vidal y por extensión el Presidente pudieron apuntarse una victoria política de magnitud.

Ahora Macri prepara otro golpe al corazón del peronismo: celebrará con trabajadores el 1 de mayo, en un acto en el club Ferro Carril Oeste, histórico punto de reunión de organizaciones combativas y de izquierda revolucionaria. Fue invitado por el Partido Fe (encabezado por el sindicalista rural Gerónimo Venegas y teledirigido por el papa Francisco), más de 47 sindicatos que no acataron el paro del 6 de abril y, muy notoriamente, por las denominadas "62 Organizaciones".

Las "62" fue un frente sindical formado durante la llamada "Revolución Libertadora" (en realidad, la contrarrevolución opresora), después del golpe de Estado militar de 1955 que derrocó a Juan Perón. Lo integraba la totalidad del ala sindical peronista dispuesto a enfrentar la dictadura, más todo el arco de izquierdas que entonces tenía singular peso en el movimiento obrero. En la vereda de enfrente estaban los "32 Gremios Mayoritarios y Democráticos", ampulosa denominación adoptada por dirigentes sindicales socialdemócratas y radicales, que habían formado los "comandos civiles" del golpe, actuaban en respaldo de la dictadura y, como era de suponer, a poco andar perdieron toda representatividad.

Luego, el peronismo arrinconó y expulsó a las izquierdas y se adueñó de las glorias de la entonces denominada "resistencia peronista". Es una penosa y elocuente paradoja que 60 años después las "62" inviten a celebrar el 1º de Mayo a un presidente al que sus pares de derecha e izquierda en la CGT califican como "neoliberal" y representa exactamente a los fenecidos "32".

Para completar el panorama, la CGT conmemorará el 1 de Mayo con un acto en el pequeño estadio cerrado de Obras Sanitarias. Por su lado la mayor fuerza potencial del movimiento obrero, la izquierda clasista, hará una cantidad de pequeños actos u omitirá su participación en una fecha de peso singular para el movimiento obrero en Argentina.

Pugna por la iniciativa política

Al compás de estos acontecimientos avanza un alud de juicios por corrupción a numerosos funcionarios del gobierno anterior –a todas luces muy fundados- incluida la ex presidente Cristina Fernández. Asqueada la sociedad por las revelaciones de corrupción y ya en plena batalla electoral, está a la vista quién tiene la iniciativa política, pese a la negativa evolución de la economía.

Es previsible que el endurecimiento oficial frente a la CGT lleve a una reacción de ésta, mediante un plan de lucha e intentos de nuevas huelgas generales. Esa perspectiva tiene a favor el generalizado reclamo económico de la población y en contra el abrumador rechazo de trabajadores a las actuales dirigencias.

También, en el corto plazo, gravitará una relativa atenuación de la crisis económica. Cuando esta edición entre a imprenta Macri estará reunido con Donald Trump. Tema principal: Venezuela. En segundo lugar, pedir que el imperio afloje la cuerda sobre el cuello de la economía argentina para que su ansioso aliado del Sur pueda mantener la gobernabilidad y evitar que la caída económica preludie un colapso político. Macri pretende volver con compromisos de inversiones por 20 mil millones

de dólares para extraer shale-gas en los yacimientos de Vaca Muerta. A mediados de mayo viajará a China y Japón, con objetivos económicos análogos.

Aunque todavía tiene espacio discursivo, el proyecto desarrollista de Cambiemos no sale del pantano en el que estaba el país cuando Macri llegó a la Casa Rosada. Al contrario, cada día se hunde más. Argentina salió de la recesión pero el crecimiento del PIB hasta fines de abril es mínimo y en términos reales inexistente. Es previsible que la dinámica se acelere a partir de mayo y permita al Gobierno complementar de ese modo la compleja operación política que, con base en la dispersión del peronismo, apunta a ganar las legislativas de octubre, cuya primera instancia serán las primarias de agosto. Si lo lograra, con certeza iniciaría otra fase económica con centro en la reducción del déficit fiscal. Por lo pronto, como reflejo interior de su política exterior, Cambiemos y un sector del peronismo enviarán al Congreso un proyecto de Ley para acabar con cortes de calles y manifestantes encapuchados, recurso sobreactuado de sectores ligados al gobierno anterior, contra el cual se levanta el reclamo de amplios sectores de la sociedad.

A pleno la táctica electoral. La operación política oficial equivale a sacudir una antorcha en un polvorín: aumentó el déficit fiscal, elevó el empleo público en un 1%, apeló a un endeudamiento insostenible y de enormes consecuencias a mediano plazo. Frente a las advertencias obvias de sus mandantes del gran capital, Macri y sus ministros replican con la expectativa de un vigoroso crecimiento que licúe los costos del salvataje. Es el precio, dicen, para presentar al presidente empresario de Argentina como ejemplo de éxito capitalista frente al presidente obrero de Venezuela, lanzado por el camino de la transición al socialismo.

Quién se secará

Por eso es tan urgente que la ofensiva contra Maduro tenga éxito. Washington necesita esgrimir la supuesta inviabilidad de

cualquier choque frontal con el capitalismo. Va en ello el curso estratégico de la región por todo un período. Por eso, también, es imprescindible meterse con Venezuela desde el movimiento obrero y las fuerzas antisistema en Argentina: es inseparable la suerte de las revoluciones en curso en América Latina de la evolución política del gobierno Macri.

Gobiernos de Suramérica que en la primera década del siglo se negaron a meterse con Venezuela (no ingresaron al Alba, rechazaron la definición socialista de la Revolución Bolivariana, boicotearon el Banco del Sur, fueron a la rastra y por intereses mezquinos a Unasur y Celac), ya están visiblemente secos. Otro tanto ocurrirá a quienes pretenden enfrentar a Macri –en primer lugar las izquierdas– sin tomar posición frente a la contrarrevolución programada para Venezuela por Washington y sus aliados del Sur. La prueba ácida de este momento histórico pasa por defender el Alba y el esfuerzo de transición al socialismo encarnado hoy en Maduro frente al propósito de aniquilación imperialista.

24 de abril de 2017

La burguesía sin partidos políticos

"Es más fácil ganarle las elecciones a Macri que llamar a un nuevo paro general" explicó a la prensa Héctor Daer, uno de los tres secretarios generales de la Confederación General de Trabajadores (CGT), semanas después de la huelga del 6 de abril. Es el único saldo real de aquella jornada, tan distante de las verdaderas huelgas en la historia del movimiento obrero argentino.

Otras fracciones sindicales dirán lo contrario y es probable que haya apelaciones a la huelga, aunque en todos los casos por motivos electorales ajenos a los trabajadores. De hecho, el 18 de mayo la reunión del Consejo Directivo de la CGT resolvió

retornar al diálogo con el Gobierno. Se inicia así un proceso dual: por un lado se multiplican pequeños conflictos salariales –está a pleno el período de discusiones paritarias– y por otro Gobierno y CGT pactan un tope para los aumentos.

Daer hacía aquella confesión al tiempo que saltaba del deshilachado Frente Renovador (intento exangüe de neo-peronismo) a un no-partido que, en torno a dirigentes sin dirigidos, busca rearmar el PJ dejando por fuera a Cristina Fernández y sus escasos seguidores. La telenovela de esas peleas internas no merece espacio. Pero el sindicalista tiene parte de razón: las masas populares no confían en ellos y no quieren otra huelga sin objetivos propios. Resta saber si les irá mejor en la confrontación electoral por cargos legislativos. Es seguro en cambio que el gran capital insta a los sindicalistas a recomponer el Partido Justicialista (PJ, peronismo) en torno a algunos gobernadores de Provincia y abandonar antigüedades tales como la huelga.

Para las clases dominantes urge recomponer el entramado político. Saben que el tiempo es fugaz. Y con pasos de beodo tratan de recomponer sus diezmadas y desprestigiadas estructuras partidarias. El capital carece de instrumentos estables para ejercer su poder de manera institucional a mediano plazo. Por eso todas sus tendencias internas ven en el presidente Mauricio Macri el único eje ordenador a corto plazo. Ahora, dicen, es el momento de ocupar espacios garantizando la gobernabilidad de Cambiemos. En 2019 se verá, murmuran sin entusiasmo.

En año electoral y dominada por una economía aletargada, la burguesía busca afirmarse en torno a dos variantes de una misma corriente: la alianza socialdemócrata-socialcristiana con signo liberal conservador y el mismo conjunto, con tinte populista.

Aquélla está agrupada en Cambiemos. Ésta, fragmentada en multitud de capillas del PJ. Variantes menores buscan migajas del fin de fiesta y contribuyen a la apariencia de una democracia multipartidaria. Pero la orfandad política del capital es peor que la revelada en Brasil. Cuentan con una única ventaja: nadie los desafía desde la vereda de enfrente. Por ahora.

Saneamiento

Acicateado por el colapso brasileño Mauricio Macri parece dispuesto a lanzar una ofensiva interna dispuesta a limpiar el aparato del Estado de formas extremas de corrupción. Es presumible que ese ímpetu provenga más de asesores del Departamento de Estado que del propio equipo presidencial. Las embestidas de Elisa Carrió, titular de un minúsculo partido, fundadora clave de Cambiemos y especie de pitonisa oficial, podrían estar reflejando precisamente esa decisión estratégica que nada tiene que ver con la nueva administración Trump.

Como sea, no es preciso ser un lúcido observador para comprender que un país sin partidos, con sindicatos sin capacidad de conducción efectiva, con la iglesia desprestigiada y dividida, con mafias incontables encastradas en cada nivel del Estado, con el poder judicial, las policías y los aparatos políticos penetrados por el narcotráfico, es imposible para la burguesía relanzar el crecimiento económico en la mejor de las hipótesis o, en la que más la asusta, afrontar la rebelión espontánea y generalizada en caso de tener que practicar sin crecimiento el saneamiento económico indispensable para el funcionamiento del capital. En otras palabras: la limpieza del establo de Augias en que se ha convertido el sistema político burgués en Argentina es una precondición para llevar a cabo, de manera institucional, el reordenamiento económico en el marco del sistema.

Si ha de darse crédito a los últimos misiles lanzados por Carrió, Macri parece dispuesto a emprender esa cruzada. Como detonante obra el caso Odebrecht, que en Brasil inició la demolición del mecanismo político aparentemente más poderoso de América Latina y se extiende hacia toda la región. En Argentina, aseguran los arrepentidos brasileños, entregaron 35 millones de dólares de coima. “Esto atraviesa horizontalmente a todos los partidos”, Carrió dixit. Las balas silban cerca de los tobillos del propio Presidente, pero al parecer hay una malla de contención suficiente para protegerlo, a condición de que caigan los principales responsables del latrocinio sistemático.

Eso implica no sólo poner en la picota al ex ministro de Planificación Julio De Vido, sino también lanzar a los leones a una cantidad de grandes y decisivos empresarios de diferentes áreas, pero sobre todo de la construcción y la obra pública. Aquí cuenta el propio padre del Presidente –inhabilitado por enfermedad- algunos de sus familiares y, por tanto, sus propios intereses empresarios. Personas de su entorno íntimo aseguran que Macri estaría dispuesto a pagar ese costo. “Prefiere el bronce en lugar del oro”, afirman. “Teme el destino de Cristina Fernández”, señalan otras voces.

Reestructurar el poder judicial

A la par de una dinámica política que todo lo judicializa (un ignoto fiscal puede trabar decisiones claves del poder Ejecutivo), creció en los últimos años la degradación y manipulación del funcionariado judicial. El protagonismo de personas con cargo de jueces ostensiblemente corruptas e inmorales, ajenas a cualquier principio, rebajó hasta hacer desaparecer el mínimo de respeto social por quienes en otros tiempos, se hacían llamar “su señoría”. Dinero del narcotráfico compró voluntades en número por demás elevado. Alineamientos políticos arbitrarios y desembozados completaron la labor de desmantelamiento del poder supuestamente con mayor autoridad moral.

Mientras Macri alude directamente a la procuradora general de la Nación exigiendo su salida del cargo, Carrió multiplica apariciones públicas en las que califica como delincuente nada menos que al presidente de la Suprema Corte de Justicia. Más indicativo es que la mayoría de la opinión pública informada e interesada en estos temas, coincide con el Presidente y la Diputada. Pero el Consejo de la Magistratura, órgano en teoría encargado de velar por la majestad de jueces y altos funcionarios judiciales, vegeta en estado de parálisis. Analistas y comentaristas explican, como la cosa más natural del mundo, que los jueces comenzaron a investigar a altos funcionarios del gobierno anterior cuando estos abandonaron sus cargos.

Y que ahora han frenado los procesos iniciados –algunos de extraordinaria resonancia– a la espera de los resultados de las elecciones de octubre próximo: "no sea que los reos de hoy sean ministros mañana".

Sólo una marcada voluntad política del poder Ejecutivo, en primer lugar del Presidente, podría romper esa inercia. Sin embargo, tal decisión choca con una barrera difícil: la principal figura entre cientos de imputados y procesados es la ex presidente Cristina Fernández. A meses de una elección de medio término, tomar las medidas que el mero trámite judicial indica significaría entregarle a Fernández una invalorable arma de agitación.

Macri está entre la pared de los gradualistas y la espada de los ortodoxos. Entre estos últimos se cuentan los enviados del Departamento de Estado, a los cuales el Presidente calma con una moneda de cambio práctica pero cada día más dificultosa: actuar como adelantado en la guerra de calumnias y acoso contra el gobierno de Venezuela.

Opciones

Ahora que la burguesía venezolana apela a la violencia y el terrorismo para impedir la realización de la Asamblea Constituyente, Cambiemos corre el riesgo de alinearse con líderes de inequívoca filiación fascista, capaz de matar a sus propios partidarios con francotiradores e incendiar –literalmente: rociarlos con gasolina y prenderlos fuego– a jóvenes a los que considera chavistas. Semejante conducta tendría inmediata repercusión fronteras adentro. En Argentina hay yacimientos impensables de violencia latente. Cambiemos corre el riesgo de estallar y dejar al gobierno de Macri al borde del precipicio. Y todo esto, antes de que la morosa marcha de la economía ponga en pie de resistencia a millones de trabajadores afectados por la superexplotación, la escalada de precios y la desocupación. Tanto más ahora que la desintegración de Michel Temer deja sin D'Artagnan a los tres mosqueteros y a dos de ellos sin

espada: Macri está prácticamente solo en la avanzada contrarrevolucionaria continental.

Nadie debería extrañarse si el pragmatismo oficial determina un giro a medias conciliador del cofrade de Uribe y Aznar. Su frente interno le niega margen para obrar ahora mismo como punto de apoyo efectivo para el eje contrarrevolucionario Washington-Buenos Aires.

23 de mayo de 2017

Comprometido el futuro
de un país que supo ser vanguardia

Comicios sin programas ni estrategias

Acaso la recuperación está a pocos milímetros bajo la superficie. Pero no a la vista. Señorea la crisis económica y una debacle política sin precedentes. Lo viejo resiste. Lo nuevo no puja por nacer.

Con la pulverización formal del Partido Justicialista (PJ, peronismo), expuesta con crudeza en la presentación de listas para las legislativas de este año, se completa la desintegración de los aparatos políticos de las clases dominantes en Argentina.

Estas elecciones de medio término son utilizadas como palanca por el frente único de una estratificada burguesía para recomponer precisamente aquellos aparatos demolidos por la prolongada crisis estructural argentina, cuya decadencia ha arrastrado con todas las instituciones, incluidos sindicatos, fuerzas armadas e iglesia católica.

Como ya se verá, hubo numerosas razones para que Cristina Fernández abandonara el PJ y lanzara su candidatura a senadora mediante un agrupamiento nuevo. Todavía indefinida, esta denominada Unidad Ciudadana reduce también a cenizas al Frente para la Victoria. Pero más aún que éste carece de homogeneidad y conducción. Para no hablar ya de amplitud,

programa de acción, estrategia y proyecto de país.

Aunque en términos tácticos no la principal, una razón para desechar al PJ fue que este partido ya no es parte constitutiva de la sociedad. Por eso, para no tener que enfrentar a quien le exigía una primaria interna en el PJ, Florencio Randazzo, ex ministro de Interior de Fernández, la ex Presidente decidió regalarle la sigla a su frustrado contendor. Esto ya es indicativo de otra causa para la insólita decisión: Fernández temía, con muy buenas razones, que en una confrontación interna el conjunto del aparato peronista tradicional se uniera contra ella y le impusiera una derrota. De hecho, Randazzo es el recurso obligado de prácticamente todos los gobernadores peronistas y del sector más poderoso del movimiento sindical, "los gordos", encaramados en las estructuras gremiales de la industria pero de tal modo desprestigiados que no pueden siquiera presentarse como candidatos. Ellos son, por eso mismo, representantes del gran capital y cuentan con poderosos recursos para afrontar una elección interna. Randazzo es el frágil madero al cual asirse en el naufragio, para de paso acabar con los restos del llamado kirchnerismo, hoy conducidos por Fernández.

No obstante, aquí reside sólo parte del problema. Antes del estallido visible del PJ ocurrió el de la Unión Cívica Radical (UCR, socialdemócrata de derecha), despedazada tras la crisis de 2001. Este partido con 130 años de vida tampoco mantiene arraigo en los sentimientos y las expectativas del ciudadano no politizado. Con todo, a diferencia del PJ guarda aún una estructura nacional con valiosos puntos de conexión con la vida cotidiana. Por ejemplo: varios centenares de diarios en todo el territorio nacional, emisoras de radio y canales de televisión locales, plasmados en algo menos de medio millar de gobiernos municipales y unos pocos gobiernos provinciales. Pese a esto, la UCR es socia menor de Cambiemos, la actual coalición gobernante presidida por Mauricio Macri.

El espectáculo de presentación de listas para las pseudo primarias abiertas y obligatorias (Paso) a realizarse el 13 de agosto

expuso una decadencia obscena, naturalizando el hecho de que ningún candidato es presentado como tal por sus condiciones y su respaldo social, sino como resultado de jugarretas y presiones de un puñado de personas que, o bien tienen el dinero con el que se financiarán las campañas, o bien están enquistadas en los aparatos políticos y sindicales de espaldas a la sociedad. Dicho de otro modo: las clases dominantes no tienen instrumentos político-institucionales para conducir al conjunto social, tanto menos cuando la crisis económica, muy lejos de tender a resolverse, se agrava cada día, reduciendo a meras palabras los proyectos neodesarrollistas de Cambiemos.

Comicios sin elección

Como sea, el caso es que el país asiste a un absurdo insostenible: el complejo sistema de primarias abiertas y obligatorias, que costará al erario público 2.800 millones de pesos, en realidad no pondrá en disputa candidaturas diferentes puesto que se trata de listas únicas, con apenas excepciones sin peso. No hay candidatos que confronten internamente en agosto para ninguna de las fórmulas que en octubre deberán definirse en las urnas. Es una pantomima reveladora de la vaciedad agónica del sistema político vigente. Durante el gobierno de Cristina Fernández se impuso este mecanismo (que, por ejemplo, obligó a los ciudadanos de la Capital Federal a votar siete veces en seis meses durante 2015). Pero ella misma se negó a utilizar este recurso con su ex ministro para mantener la unidad del conjunto peronista, que como resultado a escala nacional irá con 38 listas autónomas. Esto parece un anuncio de que las Paso serán sepultadas más temprano que tarde. El gran capital necesita recomponer un sistema de partidos. Pero evidentemente este camino no es el adecuado siquiera para advenedizos que soñaron con apoderarse definitivamente de las palancas de mando del Estado y ahora saltan a la búsqueda de una "unidad ciudadana" que no pudieron articular durante 12 años de gobierno.

Por tanto, la iniciativa está enteramente en manos de la burguesía tradicional, grande, mediana y pequeña. Asombra que personas con experiencia se muestren sorprendidos y vociferen en términos individuales porque un presidente, constitucionalmente elegido, explícito representante del gran capital, quiera dar una respuesta capitalista a la crisis argentina. Asombra más que esas mismas personas, en no pocos casos con formación intelectual, no comprendan que al capitalismo no se lo puede enfrentar con éxito desde el feudalismo: condenan a Macri pero se niegan a asumir un proyecto anticapitalista.

Además de perplejidad ante tales conductas cabe una conjetura: se trata de sumisión a los planes estratégicos del capital, o directa complicidad con ellos. Ver a ex dirigentes sindicales o representantes de organizaciones originalmente contestatarias desesperados por obtener un cargo legislativo, incluso del nivel menos relevante, dispuestos a realizar las alianzas más extravagantes para montarse al carnavalesco carrusel electoral, puede ser doloroso para algunos, confirmativo de antiguas aseveraciones para otros o motivo de desmoralización para no pocos. Pero invariablemente tienen un resultado: en la coyuntura aumentan la fragmentación de las mayorías trabajadoras y oprimidas, acentúan la confusión y la desconfianza y, como saldo, fortalecen la iniciativa táctica del capital. Así comienza este nuevo proceso electoral.

Corrupción como factor de campaña

Casi no pasa día sin que aparezcan nuevos casos de corrupción que involucran a todo el espectro político, a jueces y policías, empresarios y militares. Cristina Fernández está incursa en seis causas, la mayoría por enriquecimiento ilícito. Todas las restantes fórmulas legislativas en pugna centrarán la agitación en esas denuncias. "Necesita los fueros y por eso decide ser candidata" disparó sin demora quien será su principal contrincante para la senaduría por la provincia de Buenos

Aires, Sergio Massa, ex jefe de gabinete de Néstor Kirchner y de la propia Fernández. La ex Presidente acusa en los mismos términos a las actuales autoridades.

Así, el debate programático, estratégico, el proyecto de país, ya está reemplazado por acusaciones y réplicas de este tenor. Ciertos políticos y periodistas han ganado notoriedad con cataratas de denuncias contra Fernández y sus ministros, en muchos casos bien fundadas, aunque presentadas como problemas de moral individual, de avidez personal desmedida. Sin minimizar el peso de la ausencia de ética republicana y la codicia patológica, no se puede perder de vista que se trata de efectos. Las causas, como también lo demuestra el ejemplo de Brasil, es la crisis del sistema capitalista, que hizo estallar el andamiaje político burgués en 2001 e impidió reconstruirlo hasta hoy, abriendo espacio para casos tragicómicos de descarado latrocinio.

La sociedad observa azorada, en su gran mayoría asqueada por las emanaciones de un sistema en putrefacción. También es verdad, sin embargo, que esa conducta de clases y sectores dominantes ha permeado a buena parte de la sociedad, provocando una decadencia moral colectiva que demandará un sacudimiento muy profundo para ser superada.

A fines del siglo XIX, con un movimiento obrero organizado y consciente en lucha por el socialismo, con una clase dominante empeñada en construir un país capitalista de avanzada, Argentina bien pudo ser contada entre las naciones de vanguardia en América Latina y más allá. Un siglo y medio después, la degradación irrefrenable de la burguesía y sus instituciones, la incapacidad de la clase obrera y sus vanguardias para estructurar una genuina respuesta, arrastró al país hacia un abismo.

No sorprendería que los primeros signos de recuperación estén a punto de emerger. Por el momento, están en las sombras. La condición para que surjan a la luz es llegar a la raíz en el combate contra lo viejo que se resiste a morir y continúa

trabando cualquier desarrollo positivo. Y en ese combate, la primera exigencia es recomponer el pensamiento y la acción colectiva anticapitalista. Una tarea hoy planteada con urgencia a escala continental.
26 de junio de 2017

Macri vencedor en las primarias de agosto

Hegemonía política y de clase

Con la figura del presidente Mauricio Macri y el aparato de la Unión Cívica Radical (UCR, socialdemócrata), la coalición Cambiemos arrasó al Partido Justicialista (PJ, peronista) en las pseudo primarias del 13 de agosto pasado.

No fue una lid electoral. Fue una suerte de sondeo de opinión a un costo de 2.800 millones de pesos, en beneficio de una operación distractiva de grandes proporciones. Además, realizado con el método de boleta sábana y en papel, por férrea negativa del ya inexistente Frente para la Victoria de Cristina Fernández a la implantación del voto electrónico. Conocedores del submundo electoral, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, dan por cierto que el antiguo aparato obtiene un adicional mínimo del 3% con este método.

En las primarias deben competir candidatos de un mismo partido o alianza. Excepto en un puñado de casos sin mayor importancia, eso no ocurrió. Las principales fórmulas compitieron consigo mismas. Pese a lo obvio, analistas y comentaristas atribuyeron victorias a aquellos nombres que obtuvieron más votos en relación con fórmulas de otros partidos, con las que no competían. Más que fraude a la opinión nacional, muestra adicional de irreversible decadencia del sistema político en Argentina.

Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (Paso) se denomina una novedad impuesta durante el gobierno anterior con exclusivo interés manipulatorio de la conducta ciudadana. Ni

siquiera sirven como encuesta consistente, aunque desde luego tienen más valor que las realizadas por consultoras desprestigiadas y, en su mayoría, dispuestas a decir lo que el candidato que las paga les requiere. Por eso las Paso tienen un alto grado de imprecisión incluso como recurso para prever los resultados de las legislativas a realizarse el 22 de octubre próximo.

Desplazamiento del voto

Tienen en cambio un valor considerable para medir la evolución de la relación de fuerzas entre las clases. A escala nacional el PJ fue arrollado, dejando un mapa nacional pintado prácticamente en su totalidad con el color del partido de Macri, elocuentemente amarillo. En la medida en que desde hace décadas el PJ cuenta con el apoyo de los sindicatos, este resultado es indicativo de que los aparatos gremiales y su expresión política sufrieron una contundente derrota, fruto evidente de un desplazamiento gigantesco del voto obrero y juvenil. A esto cabe sumar un marcado retroceso de las izquierdas insertadas en el sistema, cuyas aspiraciones de crecimiento electoral se vieron frustradas.

En cuanto al saldo para la ex presidente Cristina Fernández, viuda de Kirchner, cabe decir que obtuvo un 0,21% de votos más que Cambiemos en la provincia de Buenos Aires, donde sólo se impuso –de manera sobresaliente– en la tercera sección (la franja más empobrecida y marginalizada del conurbano), mientras fue superada por mucho en el resto de la provincia, incluyendo la totalidad de los municipios principales, con mayor cantidad de habitantes y más presencia de la industria y la agroindustria. Por lo demás, su candidato en Capital Federal obtuvo el segundo lugar, a 30 puntos porcentuales de distancia de la candidata de Cambiemos. De hecho, el llamado cristinismo, quedó reducido a la tercera sección electoral de la provincia de Buenos Aires.

Haciendo equilibrio entre el análisis de una elección y una encuesta, el periodismo comercial llamó “empate técnico” a

los resultados de dos provincias clave: Buenos Aires y Santa Fe. Es improbable que esas proporciones se mantengan en las elecciones verdaderas, en octubre. Aún así, sumado a la supremacía en las provincias ya señaladas, ganar o perder en un "empate técnico" con el PJ en estos distritos sería una victoria cualitativa para Macri.

Esto supone que los partidos y dirigencias conservadoras de todo el país cosecharon sus propios votos y capitalizaron el rechazo de los trabajadores al PJ en sus diversas variantes. La decisión de última hora de Cristina Fernández de romper con el PJ, desconocer a su propio Frente para la Victoria y empujar fuera a sus aliados con posiciones más radicalizadas, lejos de sumarle voluntades la ubicó en una situación de ahogo y aislamiento.

Lo cierto y perfectamente mensurable es que en centros proletarios clave, tanto de la gran industria como de pequeñas y medianas empresas productivas, las fórmulas del oficialismo nacional obtuvieron en esta confusa instancia primaria más respaldo que el PJ. La rotunda supremacía de Cambiemos en Córdoba, Capital Federal, Mendoza y, para sorpresa de todos, en los feudos peronistas supuestamente inexpugnables de La Pampa, San Luis y Neuquén, más el bastión originario de la familia Kirchner en Santa Cruz (donde es gobernadora la hermana del ex presidente, Alicia Kirchner) suponen un revés de proporciones que estalla no sólo al interior del PJ y sus diferentes fracciones, sino también en el estrecho núcleo de la ex presidente.

Saldo neto

Más que suma y comparación de guarismos comiciales, cabe valorar los resultados de las Paso como afirmación de neta hegemonía política de Cambiemos y del gran capital en su conjunto, en una sociedad desarticulada y con la clase obrera a la deriva.

Se trata de un cuadro de situación grave, pero circunstancial.

Dependiendo de cómo evolucionen la economía mundial, la situación regional y la actitud de las fuerzas revolucionarias locales, podría tener vigencia sólo por un plazo breve. Mientras tanto, Argentina y América Latina estarán obligadas a asumir esta realidad, ya manifiesta con la extrema beligerancia de Macri frente a la Revolución Bolivariana.

Hacerlo implica reconocer responsabilidades por este desenlace. No es inteligente condenar a los representantes y agentes del gran capital por hacer su labor. Nunca como ahora ha sido necesario un debate sin concesiones en el amplio espectro de agrupamientos y militantes de izquierdas.

Hasta el momento los textos al alcance publicados por agrupamientos de izquierda con personería legal para competir en elecciones, sólo se ocupan de porcentajes y números con artes malabares para desconocer lo evidente: a la inversa del impetuoso crecimiento esperado, los candidatos genéricamente calificables como "izquierdas", retrocedieron y en el mejor resultado quedaron estancados. Dicho de otro modo: el brusco desplazamiento de votos de la clase trabajadora, las juventudes y las clases medias bajas, no giró a izquierda. Fue a respaldar las promesas desarrollistas de Macri o, en menor proporción, se desperdigó entre opciones socialdemócratas abiertamente proimperialistas como la de 1País (Margarita Stolbizer y Sergio Massa), o la criatura oficial-sindical personificada en Florencio Randazo.

Con cargo de secretario general de una fracción de la Central de Trabajadores Argentinos, un aspirante a diputado se presentó en la provincia de Buenos Aires. Obtuvo el 0,5% de los votos. Está a la vista que no lo respaldó su propio sindicato, el de trabajadores del Estado. Como en el caso de otras varias agrupaciones de izquierdas, no pasa el filtro que permite o no participar de las elecciones legislativas en octubre. Eso ocurrió igualmente con dirigentes de otros sindicatos, de mayor envergadura y peso económico, enrolados en alguna de las variantes peronistas.

Lo que vendrá

Aunque parezca contradecir las evidencias, vale decirlo sin rodeos: no hay un giro a derecha en la sociedad argentina, tanto menos en las juventudes y la clase trabajadora en su estratificado conjunto. Hay una extrema confusión, alentada por el Estado burgués y sus múltiples tentáculos. Y resuelta por la ausencia, ahora inocultable, de una alternativa genuinamente revolucionaria. Con todo, gravita y se impone una fuerza oculta bajo la superficie.

Macri fue el primero que se plantó frente a la amenaza de Donald Trump de invadir a Venezuela. Aunque el tiempo haya podido enseñarle algo, no es por convicción ideológica que exigió y obtuvo que el Mercosur emitiera una declaración contra la voluntad de Washington. Como discípulo de Álvaro Uribe y José Aznar, el presidente argentino debía encolumnarse sin chistar tras la Casa Blanca. No lo hizo. Lo mismo ocurrió en 2002, cuando Eduardo Duhalde fue el primero en calificar el derrocamiento de Hugo Chávez como golpe de Estado y pronunciarse en contra. Negarlo no es sólo mezquindad. Es franca estupidez.

Ni uno ni otro se habían transformado súbitamente en bravos antimperialistas. Nada de eso. Alguien, en representación verdadera del sistema, les advertía sobre las relaciones sociales de fuerzas. Un error en ese terreno hubiera agrandado la fisura en la represa que regula la presión de un poderoso torrente. No lo cometió Duhalde y esa fue una clave para conseguir los objetivos del conjunto de la burguesía en la coyuntura de 2002. El fugaz y aparentemente fracasado Presidente impuso su sucesión y consumó el plan diseñado por sus mandantes. Con la misma intencionalidad actúa Macri.

Vendrá una lucha sin brújula de las clases oprimidas frente al gran capital, cuya hegemonía se hará sentir en todos los terrenos. Y un combate franco, sin tregua, en el campo de batalla de ideas por la genuina emancipación. Ideas a menudo encubiertas por quienes no buscan sino un rinconcito apacible

al amparo del sistema burgués en crisis. Pero siempre límpidas para la mirada franca de un hombre o una mujer sinceros.

28 de agosto de 2017

Ante las elecciones legislativas del 22 de octubre

Claroscuros de la coyuntura

Si ha de creerse a la prensa tradicional, Argentina está de fiesta.

No sería prueba de perspicacia limitarse a la obviedad de que los medios cumplen con la defensa de la clase a la que responden y, para ello, muestran sólo una cara de la realidad. Tampoco lo sería negar la base objetiva que sostiene la algarabía de sus titulares y comentarios en celebración adelantada de una victoria que dan por segura.

Hay mucho de artificial en esta sobreactuación: el vuelco en favor del Gobierno ocurre sobre la multiplicación de la hipoteca recibida, la continuidad de todos los lineamientos político-económicos que llevaron al ahorcamiento de Cristina Fernández y recrearon en 2015 una situación análoga a la que hizo estallar al país en 2001.

Con todo, las razones que permiten prever para las legislativas del 22 de octubre una ampliación del triunfo obtenido por Cambiemos y Macri en las farsescas primarias del 13 de agosto, están a la vista:

-mejora generalizada de los índices de la economía (en el tercer trimestre el crecimiento será superior al 4%, con un 3% anualizado);

-aprobación del 54% a la figura del presidente Mauricio Macri;

-conflictividad social cercana a cero (por estas horas se agota una toma de alrededor del 10% de las escuelas secundarias en Capital Federal);

-afirmación y extensión de las raíces del Frente Amplio

Burgués (FAB, instancia orgánicamente inexistente pero no por ello menos efectiva) como eje para el conjunto del capital tras el proyecto personificado en Macri;

-giro de la CGT de la pseudo oposición a la franca colaboración con el gobierno;

-acuerdo de alto impacto entre CGT y gobierno para crear una Cobertura Universal de Salud (CUS), con 8 mil millones de pesos de las propias obras sociales sindicales;

-una tragedia repetida en el país, la desaparición de Santiago Maldonado, concita el rechazo de amplias mayorías pero no parece hasta el momento traducirse en términos electorales que afecten al oficialismo; avance en la limpieza del aparato policial, sobre todo en la provincia de Buenos Aires entrelazado con el narcotráfico, poder judicial, municipios y sindicatos en las más variadas formas de corrupción;

-a cuatro semanas de las elecciones la totalidad de las consultoras coincide en que Cambiemos ratificará y ampliará los resultados obtenidos en agosto;

-según estas voces Cambiemos ganaría por margen considerable (algunos llegan a exagerar una distancia de hasta ocho puntos) en Buenos Aires y obtendría también una victoria en Santa Fe;

-si esto se confirma y no se verifica capacidad de reacción por parte del Partido Justicialista (PJ) en capitales donde fue arrasado dos meses atrás, Macri habrá ganado los cinco distritos principales del país: Buenos Aires, Capital Federal, Córdoba, Santa Fe y Mendoza, además de provincias como Jujuy, Santa Cruz, Neuquén, La Pampa y San Luis;

-en paralelo, todo indica que los agrupamientos de izquierdas que apostaron a capitalizar el desbarajuste peronista por vía electoral y condicionaron su accionar al imperativo de ganar votos y legisladores, tendrán un resultado inverso al esperado.

Si se parte del campo minado sobre el que Cambiemos dio sus primeros pasos y se recuerda que los defensores del gobierno anterior manifestaban hasta no hace mucho con miniaturas

de helicópteros, en alusión a la fuga de Fernando de la Rúa de la Casa Rosada en 2001, se puede medir la magnitud del error de caracterización de quienes, desde diferentes ángulos, imaginaron un inmediato fracaso oficial.

Intento de recomposición

Incluso si los pronósticos resbalan en algún caso, el 23 de octubre Argentina despertará con una nueva relación de fuerzas sociales. El Fab y la CGT no sólo habrán conseguido –como lo hicieron en cada una de las elecciones desde 1983– el 95% de los votos. Esta vez lo lograrían con un bloque político nuevo y en detrimento de todo el andamiaje partidario tradicional, estrangulado por la crisis durante años y finalmente muerto sin combate: el PJ, la Unión Cívica Radical (UCR, subsumida en Cambiemos y bajo el diktat de Macri), la CGT y sus componentes principales tal como se los ha conocido hasta el momento, serán penosos símbolos del pasado.

El presumible resultado electoral combina rechazo al conjunto de las instituciones tradicionales del capital y expectativa, renuente pero efectiva en última instancia, de que esta vez el cambio ocurra de verdad. Índices económicos y percepción parcial, contradictoria, pero no menos real de que Argentina se ha puesto en marcha, empujan a favor de un desplazamiento del voto tradicional. La suba en flecha del reaparecido crédito hipotecario atrae no sólo a quienes ya lo han obtenido. También convoca a millones de aspirantes a tener su casa propia (hay una oferta para jóvenes entre 20 y 35 años, con cuotas equivalentes a un alquiler y otorgable a personas sin trabajo formalizado legalmente –el 33% del total de los trabajadores). Aparte el impacto electoral, esto contribuye al crecimiento de dos dígitos en la industria de la construcción, arrastrada por la obra pública.

Ésta última, principalmente en forma de cloacas, rutas y autopistas, muestra a cualquier ciudadano un paisaje contrastante con el dominante sobre todo en Buenos Aires (40% de

la población nacional) durante el gobierno de Daniel Scioli, quien dejó la provincia como si hubiera sido arrasada por una guerra. Hay que recorrer el Gran Buenos Aires, comprobar el desastre social e infraestructural en el que ha sido sumido, para comprender la predisposición de amplias franjas de la población a creer en la gobernadora María Eugenia Vidal, transformada hoy en la figura más relevante del oficialismo, con 10 puntos más de aprobación que el Presidente.

Hay otro factor a tener en cuenta: la idea de un cambio en todos los órdenes palpita en las grandes mayorías de la población desde hace mucho tiempo. "Renovación y Cambio" llamó Raúl Alfonsín a su fracción de la UCR con la que ganaría las elecciones de 1983 (la misma que sin haber logrado lo uno ni lo otro abandonaría el poder en 1989 para entregarlo anticipadamente a Carlos Menem).

Con esa figura ilusoria, la del cambio que devuelva a Argentina la prosperidad del pasado, la burguesía y sus socios dominantes del Norte encomiendan a Macri completar la tarea iniciada por Eduardo Duhalde en 2002 (con cuyo apoyo activo e incondicional cuenta el Presidente). Esto supone completar la desarticulación de una partidocracia corrupta e incompetente para ejercer el poder de manera estable, armar nuevas fuerzas políticas (probablemente distantes del concepto de Partido) y abrir el camino para gobiernos de coalición entre esas nuevas expresiones políticas. Alcanzar tales objetivos implica, como condiciones insoslayables, sanear a la vez el aparato del Estado y la economía.

Límites para la euforia burguesa

Lejos del alegado "neoliberalismo" cuya aplicación llevaría al gobierno al desmoronamiento en cuestión de meses, Macri y Cambiemos aplicaron una política pragmática que combina la continuidad aumentada de las prestaciones sociales implementadas desde tiempos de Duhalde con una jerigonza desarrollista que, como es de esperar, no acaba de imponerse como plan de

acción sistemático. Hay que insistir no obstante que la inyección de elevadas sumas a la obra pública y un cambio radical en la eficacia para la ejecución de estas obras, contribuyó en el último semestre al cambio de clima social respecto del gobierno.

Para sostener y ampliar las prestaciones sociales de todo tipo, Macri aumentó el déficit fiscal heredado (en términos reales, es decir, descontando la inflación) y dejó crecer el gasto público (oficialmente se admite que llega al 40,8% del PIB), lo cual supone una insostenible carga tributaria a la producción y al ciudadano común. Para financiar ese déficit y además encarar el plan de obras públicas, el gobierno apeló al endeudamiento, a una tasa que, aun a menos de la mitad de lo que pagaba el gobierno anterior, ronda el 6%. Excluida la posibilidad de inversiones en las magnitudes necesarias, mantener este ritmo en los próximos años requiere endeudamiento por entre 35 y 45 mil millones de dólares anuales.

Sin contar la eventualidad de un barquinazo mundial que interrumpa el flujo de capitales a las tasas actuales, el aumento de la deuda y sus intereses elevan el llamado déficit cuasi fiscal a un nivel inalcanzable para cualquier hipótesis mágica de crecimiento económico acompañado de un acelerado recorte en el gasto público.

En otro orden, la desaparición de Maldonado y la absoluta incapacidad oficial para dar respuesta a una sociedad expectante sobre un tema de tal gravedad, muestran la incapacidad de un gobierno de estas características para poner en caja las instituciones desquiciadas del Estado. Lo mismo anuncian hechos de violencia parapolicial en el suburbano bonaerense y casos como el saqueo de un arsenal de la Policía Federal; o la reacción de sectores del aparato judicial frente a la perspectiva de desmantelar su colusión con el narcotráfico. En municipios y sindicatos, ocurre otro tanto frente a tímidos intentos por poner coto a la corrupción.

Dicho de otro modo: la fragilidad del éxito político del FAB pone un límite preciso al plan de recomposición y esta-

bilización del poder en manos del capital. Resta saber cómo tomará cuerpo –y cuándo– la capacidad de las fuerzas actuales y potenciales dispuestas a responder a la demanda social de un cambio genuino y profundo.
25 de septiembre de 2017

Rotunda victoria de Mauricio Macri en todo el país

Argentina sin Partidos

Cambiemos venció al peronismo con el 40,59% de los votos a escala nacional en las elecciones legislativas, sin computar abstención, votos en blanco y anulados.

Es la hora de la "reforma permanente", dijo Mauricio Macri en su primer balance de las elecciones legislativas del 22 de octubre.

Novedoso y significativo concepto del presidente argentino, lanzado al impulso de su apabullante victoria nacional: la heterogénea coalición Cambiemos encabezada por Macri obtuvo mayoría en seis distritos clave: Buenos Aires, Capital Federal, Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Entre Ríos, además de provincias emblemáticas como Santa Cruz, gobernada por Alicia Kirchner y Salta, cuyo mandatario aspiraba a encabezar la reorganización del peronismo, antes de perder por nueve puntos en su provincia. Con todo, el éxito mayor de Cambiemos fue vencer por más de cuatro puntos a Cristina Fernández en la provincia de Buenos Aires, la más rica del país y con poco menos de la mitad de la población nacional. Para colmo, el candidato que venció a Fernández, Esteban Bullrich, era al comenzar la campaña un perfecto desconocido con escasos atributos de líder popular.

Semejante resultado hirió de gravedad al peronismo, pulverizó el Frente para la Victoria que acompañó los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, extinguió a La Cámpora, agrupación artificial en algún momento presentada como cauce

para la voluntad política de millones de jóvenes, y redujo la figura de la ex Presidente a unos pocos municipios del Gran Buenos Aires.

El momento fue oportuno para realizar un ajuste de rumbo. Hasta ahora Macri y sus ministros apelan con extraña insistencia al concepto de revolución para definir sus políticas de gobierno (revolución educativa, revolución fiscal, revolución previsional, en la vivienda, en el transporte, en la infraestructura e incluso en la cultura, entre otras muchas alegadas transformaciones de fondo). Ese supuesto acúmulo revolucionario se convierte en la nueva etapa en "reforma permanente".

Si la contradicción es estridente, tiene en cambio sólidos fundamentos. Y no es arbitrario suponer que ese juego retórico ha sido un ingrediente para nada menor en la para muchos sorprendente victoria electoral oficialista.

Aunque la sola mención de la palabra revolución saca de quicio tanto a ultraliberales como a socialdemócratas que componen su gobierno, Macri insistió en ella porque en la nueva modalidad de hacer política con encuestas, las empresas consultoras que pululan en torno al Gobierno y la oposición registran un sentimiento arraigado –aunque preponderantemente inconsciente– en buena parte de la población argentina, la más politizada y activa, genéricamente en contra del imperialismo estadounidense y en favor de una indefinida transformación política y social. Numerosas consultoras suelen decir que Argentina es el país más antiestadounidense de la región. Al menos en las encuestas.

Ideas y fuerzas en lucha

"Cuando penetran en las masas, las ideas son una fuerza material", decía Marx. Con el nuevo siglo Argentina ingresó a Latinoamérica. Después de 2001 ese difuso sentimiento tomó cuerpo en el proceso de convergencia latinoamericano, en el ejemplo de la Revolución Bolivariana y la figura de Hugo Chávez, que llegó a tener peso significativo en amplias franjas de los trabajadores,

las juventudes e incluso núcleos militares en Argentina.

Con la misión de revertir ese proceso, en los dos últimos años Macri hizo una concesión retórica a aquella demanda sorda de la población. Ahora, lograda una apabullante victoria electoral frente a un peronismo fragmentado y sin liderazgo (para no mencionar a las izquierdas), pasó a explicar con énfasis que, de ahora en más, se trata de aplicar la "reforma permanente".

Si Macri es la contrafigura del presidente venezolano Nicolás Maduro, Argentina el polo opuesto al ejemplo Bolivariano y el empresario exitoso contraparte del obrero al mando en Venezuela, la "reforma permanente" es la alternativa a la formulación con la que Chávez acostumbraba resumir su propuesta: la "revolución permanente".

En otras palabras: la Argentina gobernada por Macri-Cambiemos es el faro de la reforma en la región, frente a la propuesta de revolución representada por Venezuela y el Alba. ¿Excesiva sutileza atribuida a un empresario gobernante? A tal conclusión puede llegar quien desconoce el río de lava que desde la profundidad de las clases oprimidas pugna por salir a la superficie. Con certeza no quienes desde los centros de poder real del capitalismo mundial trazan sus estrategias de supervivencia. Allí se tiene en claro que Argentina vive una crisis estructural de insondable profundidad, prolongación del colapso de 2001, con la totalidad del entramado institucional capitalista corrompido hasta extremos indecibles, todo presidido por la mayor tragedia de la burguesía contemporánea: la total ausencia de Partidos para ejercer el poder de manera estable y duradera. Le cupo a Cambiemos, epítome del no Partido, y al presidente Macri, símbolo de la no política, asestar el mazazo final al peronismo y completar la ausencia perfecta de estos instrumentos clásicos para la conquista y sustentación del poder.

Reformas por venir

Sin partidos, entonces, como en toda y cualquier economía capitalista actual, en Argentina urge sanear las bases del sistema.

Tal objetivo requiere aumentar la tasa de plusvalía y esto supone reformar las relaciones laborales, cambiar la ecuación entre trabajadores activos y pasivos mediante una drástica reforma previsional, dar vuelta como un guante las relaciones entre provincias y Estado nacional para llevar a cabo una reforma a la vez política y fiscal, así como reformar las relaciones entre Estado, sindicatos y empresariado. Es inaplazable la necesidad de eliminar el déficit, frenar el endeudamiento descontrolado, lo cual requiere un ajuste económico de enormes proporciones, so pena de que la crisis se desate con mayor violencia a la conocida en estallidos anteriores. Y todo esto sin despertar al león de su largo letargo.

Es notable el vuelo del discurso post electoral de Macri para instar a la población a alcanzar grandes objetivos históricos aunando fuerzas por sobre cualquier distinción de clase o ideología. Se trata de la fase superior de la retórica previa, con predominancia de la palabra revolución. Ahora es la hora de la unidad, del Gran Acuerdo Nacional, con la misma denominación incluso del propósito buscado casi medio siglo atrás por los jefes de dos partidos entonces todavía existentes y sus respectivos líderes: Juan Perón y Ricardo Balbín.

Es sabido cómo terminó aquella engañifa del capital desesperado tras la caída de la dictadura de Juan Onganía. Pero esta vez será diferente. A falta de partidos, Macri apelará a corporaciones: liga de gobernadores, sindicatos sin bases, cámaras empresarias fragmentadas e impotentes, iglesias más débiles y carentes de genuino arraigo en la conciencia popular cuanto más denominaciones pululan en detrimento de la desprestigiada estructura vaticana.

A eso marcha, con rapidez, el gobierno fortalecido con estas elecciones. ¿Cuánto tiempo demorará alguna voz liberal para denominar fascismo a este experimento corporativo? ¿O callarán definitivamente como contribución a la afirmación de un poder burgués que, sin desafiante corpóreo y visible, no logra mantenerse en pie?

Puede haber un Partido

Sólo el marco latinoamericano permite aprehender la dinámica nacional. Ya se ha afirmado en estas páginas que no basta nutrirse de una ideología fascista para imponer un gobierno fascista. Cabe reiterarlo ahora. Al compás del ineluctable fracaso del alegado proyecto pseudo desarrollista del ala hegemónica de Cambiemos, más tarde o más temprano fracasará este nuevo intento de reorganización burguesa y recomposición capitalista.

Llegado a ese punto, estarán frente a frente las clases principales de la sociedad. Conscientes o no. En una confrontación sin retorno por definir el rumbo y el futuro del país. En simultáneo se habrá librado el combate de Washington, acompañado por el patético Grupo de Lima, contra la Revolución Bolivariana y el Alba.

El neoreformismo ultraizquierdista es el otro gran derrotado por Cambiemos el 22 de octubre. Aspiraba a dar un salto cualitativo sumando diputados hasta romper el corsé de la marginalidad. Para lograrlo no trepidó en condenar a Venezuela con pareja virulencia a la empleada por el gran capital. Y se rompió los dientes contra la pared. Militantes entregados a una causa anticapitalista fueron llevados a este callejón sin otra salida que el corrupto e impotente parlamentarismo burgués. Otra franja militante, esta sí abrazada a la causa latinoamericana, vio igualmente frustradas sus esperanzas de aunarse con las masas en un proyecto común, que no era el propio.

Mientras Macri encara su "reforma permanente", el contingente de militantes antimperialistas y anticapitalistas que suma cientos de miles en Argentina, tiene la oportunidad de buscar un camino para edificar el único Partido hoy con espacio estratégico en el país: aquel nutrido por el grueso de la clase obrera, el estudiantado consciente, los sectores marginalizados y superexplotados que en esta oportunidad, al igual que amplias capas de trabajadores y jóvenes desnortados, dieron el voto a Cambiemos.

Tal organización de masas, plural democrática y sin rodeos confrontadas con el sistema, es la única capaz de frenar el deslizamiento hacia el fascismo en Argentina. Implica un frontal combate teórico, ideológico y político, comenzado el día mismo de la victoria electoral de Macri y seguramente dominante en el próximo período.

24 de octubre de 2017

Hegemonía burguesa, pasividad social, acechanza económica

Inmediatamente después de la victoria electoral del 22 de octubre el presidente Mauricio Macri puso en marcha aspectos claves del plan estratégico para sanear el descompuesto sistema capitalista en Argentina. Tal como expuso ante gobernadores, jueces y altas personalidades, el programa de acción tiene tres ejes: reforma fiscal, generación de empleos (figura retórica para significar flexibilización laboral), calidad institucional. Lo escuchaban, como en misa, 20 de los 23 gobernadores (los tres ausentes enviaron a dos vices y un ministro de Economía).

No demoraría el mazazo siguiente: con vapuleados ejecutivos provinciales acordó un pacto fiscal y con la cúpula de la CGT (Confederación General de Trabajadores) firmó la reforma laboral. Con todos acordó el zarpazo más sensible: la reforma previsional, presentada como beneficiosa medida para los jubilados. Sin rubor, el Gobierno admite que a costa de los pensionados ahorrará 100 millones de pesos anuales.

Habrá gritos de protesta para la galería y declaraciones de guerra sin consecuencias. Todo indica que el Congreso aprobará sin mayores dificultades los dos primeros pasos de la escalada y, presumiblemente, negociará el tercero. El frente amplio burgués se afirma moldeado por dos fuerzas incontestables: derrota electoral del peronismo y amenaza económica.

"Si no arreglamos el déficit y las cuentas públicas, va a volar

todo por el aire en algún momento" dijo Macri a sus contertulios en Nueva York en la segunda semana de noviembre. Lo acompañaban entre muchos otros los derrotados gobernadores peronistas de Córdoba, Salta y Entre Ríos, con quienes cerró en secreto el "Pacto de Nueva York". Lo cierto es que, ahora confesado por el primer mandatario, desde 2015 Argentina bordea otra vez el riesgo de un estallido como en 2001. El gobierno anterior tapó los síntomas y dejó la carga explosiva a su sucesor. A fuerza de endeudamiento éste sorteó exitosamente la coyuntura y, tras dos años de acumulación de fuerzas durante los cuales puso la política por delante, Cambiemos intenta limpiar los establos de Augias. Esto es: demoler el andamiaje político y sanear las columnas económicas.

Hércules sin músculos

Hay más suciedad acumulada en el sistema político argentino que en los mitológicos establos del rey Augias. Para peor, la humillación impuesta a Hércules, quien debía pasar de sus grandes hazañas a tan innoble labor, en este caso implica poner límites a una corrupción rampante con los flácidos músculos de Cambiemos. La coalición gobernante está corroída por la misma purulencia que salta por estos días a la vista de todos y expone a altos funcionarios del gobierno anterior. Les toca desfilar ante jueces hasta ayer encubridores y, tras la victoria de Macri en octubre, atacados por la fiebre de justicia. Ejemplo de moral burguesa.

También suena a humillación que Macri convoque a la grandeza nacional y la confianza en el sistema con un ministro hasta hace poco gestor de fondos buitres en paraísos financieros, otro que mientras clama por inversiones extranjeras mantiene su inmensa fortuna en el exterior, otro más asociado por lazos de sangre y negocios espúreos en el fútbol (deporte en el que es experto el Presidente) con un arrepentido que desde los tribunales de Nueva York denuncia saqueos siderales en torno al mecanismo Fútbol para todos. Completa el panorama un

número desconocido de funcionarios que a todo nivel continúa utilizando el aparato del Estado para enriquecerse.

Mitos aparte, en Argentina predomina hoy la lucha interburguesa: capital establecido contra advenedizos. Con probado respaldo electoral Macri vence en toda la línea representando a los primeros. Y en función de una estrategia acaso no diseñada por su endeble elenco ministerial, avanza en la recomposición del sistema político, en detrimento del Partido Justicialista (peronista, hoy desarticulado y en retirada), la Unión Cívica Radical (UCR, subsumida en Cambiemos), el aparato de la CGT (acorralado con amenazantes carpetas sobre las que se negocia) y los restos desperdigados que acompañaron a Cristina Fernández ("el Frente para la Victoria está muerto", declaró Miguel Pichetto, titular de esa formación en el Senado durante años). Peronistas de uno y otro signo están hoy ahogados en una catarata de denuncias por corrupción que ya tiene presos a una veintena de ex altos funcionarios –entre ellos el ex vicepresidente– y amenaza a la propia ex presidente, actual senadora electa.

Sin documentos conocidos ni proclamación formal, el Pacto de Nueva York entre Cambiemos y figuras claves del peronismo avanza en la demolición de la estructura político-sindical dominante desde la recuperación institucional en 1983. La arrolladora fuerza del Presidente reside de manera excluyente en un punto: la parálisis de un movimiento obrero y popular sin organización ni dirigencia reconocida. Es con la fuerza electoral proveniente de estas filas, confundidas y asqueadas al ver la sociedad capitalista tal como es, que Macri avanza en su plan.

Límites insuperables

Durante dos años Macri jugó la carta liberal-populista. Mezcló una jerigonza pseudo republicana con arrestos de desarrollismo tardío. Emprendió una cantidad de obras de infraestructura cuya progresiva realización resalta tanto más ante

el ciudadano común por la ausencia de ellas durante el período anterior. Cambiemos esgrimió un discurso de recomposición de un "capitalismo serio". La prensa acompaña machacando hasta el hartazgo con los hechos de corrupción de las autoridades anteriores, suficientemente graves no obstante como para que la población los condene y acentúe su expectativa en las promesas de Cambiemos. Como ya se ha repetido en estas páginas, desde el día cero el nuevo gobierno multiplicó los planes sociales, postergó y enmascaró el ajuste de tarifas y demoró el saneamiento general de una economía desquiciada. En consecuencia, el déficit aumentó al mismo ritmo del endeudamiento. El equilibrio macroeconómico se mantuvo dando lugar a fabulosas ganancias financieras para cuervos del exterior y buitres locales. Pero el juego llega a su límite. Macri y quienes le hacen coro insisten en la necesidad de que "lleguen inversiones". Pero lo único que atrae inversiones es la tasa de ganancia. En medio de la sobreactuada euforia política en Argentina no hay siquiera reinversión de capital local por la sencilla razón de que, con excepción de pequeños nichos, no hay mercado suficiente ni tasa de ganancia adecuada.

Ocurre que garantizar lo segundo niega lo primero. Aparte el carrusel financiero, la única salida es chocar contra al menos un factor de los que reducen la tasa de ganancia, sanear el monumental déficit del Estado (reforma fiscal y previsional, reducción gradual del empleo estatal) y… reducir el salario real (reforma laboral).

Esto supone redoblar la explotación relativa y absoluta del trabajo asalariado, ahondar más aún la zanja que separa a incluidos y excluidos del sistema, cambiando además sus proporciones actuales.

Con el frente amplio burgués y la CGT enfilados tras estos objetivos, la nueva etapa debe combinar hechos resonantes de modernización pseudo desarrollista con la aplicación sistemática de las medidas tendientes a garantizar el saneamiento de una sociedad de clases. Macri debe garantizar el equilibrio entre

estas dos líneas de acción contrapuestas durante los próximos dos años, para volver a ganar las elecciones presidenciales a fines de 2019. Y en los cuatro años siguientes completar la tarea encomendada. Es la perspectiva de "reforma permanente". Hasta recomponer un idílico país capitalista.

Sólo que la aplicación efectiva de esta política daría lugar a la radicalización permanente de franjas sociales más y más amplias. La economía impone sus límites a los ensueños de un conservadurismo sin basamento teórico y sin otra fuente de poder político que la proveniente de sus enemigos estratégicos: los trabajadores, estudiantes y marginalizados que hoy lo votan. Cada paso adelante en el programa de mediano y largo plazos impuesto por el capital a Cambiemos es un metro menos en el camino hacia su propia sepultura.

Es verdad que en este panorama existe todavía un espacio para el neoreformismo súperizquierdista. Pero ninguno en absoluto para quienes desde filas sindicales o políticas pretendan oponerse al gobierno sin chocar de frente con el capitalismo. Esas variantes están muertas. Y no resucitarán. Resta saber si la expresión genuina de explotados, oprimidos y humillados llegará a tiempo en estos vertiginosos tiempos de crisis mundial.

21 de noviembre de 2017

Significado del 18D

Respaldado por la victoria electoral en las legislativas del 22 de octubre, el gobierno de Cambiemos avanza en la línea denominada "reforma permanente". Nombre ampuloso para el intento de última instancia por sanear un sistema desquiciado, insostenible e inviable en las actuales condiciones. Con el talento que los distingue, comenzaron la tarea por los jubilados, lo que contribuyó al rechazo generalizado de amplios sectores sociales y la masividad de la marcha al Congreso.

Enfrente, los restos desperdigados y sin mando del régimen

anterior están aunados en un único punto: acosar al gobierno hasta lograr su caída, opción para frenar juicios y condenas por enriquecimiento ilícito. Cristina Fernández y quienes la acompañaron en los desmanes de su gobierno no encuentran otra vía de salvación que la desestabilización y derrocamiento de Macri. En efecto, no tienen otra.

Advenedizos protoburgueses contra el gran capital tradicional. Bloque amplio aunque desgajado del peronismo contra Cambiemos, expresión del frente amplio burgués. Ése es el eje en torno al cual se ordena hoy la política en Argentina. Lucha intercapitalista con ausencia de la clase obrera.

Todo el espectro de izquierdas se colocó al servicio de la táctica de la protoburguesía y, durante los días jueves 14 y lunes 18 de diciembre, juntos arrebataron la iniciativa política al gobierno. Desnortados, oportunistas y reformistas, actuaron como fuerza de choque para la fracción más débil del capital. Según su naturaleza, el gobierno respondió el 14 con violencia cruda, inepta además. El Congreso se vio obligado a suspender la sesión. Pasó al lunes, previa reunión de la casi totalidad de los gobernadores con el ministro de Interior, en el Salón de los Pasos Perdidos del Congreso Nacional. Frente amplio burgués en acción.

Los efectos se verían el lunes 18: cambio de táctica represiva, espacio deliberado para una ofensiva dictada por el bloque de diputados de Unidad Ciudadana. Lo acompañaron hilachas del sindicalismo, contingentes arrastrados por intendentes municipales y algunos de los llamados "movimientos sociales". A la vanguardia, organizaciones de izquierda. Movilización masiva y batalla de calle sin precedentes. Pero también sin dirección, sin cohesión ni representatividad social de ningún tipo. Militancia sin conducción consciente, jóvenes de diferente condición pero con mayoría de marginalizados, aparatos mafiosos del sindicalismo y la baja política burguesa en los barrios paupérrimos del Gran Buenos Aires. "Polvo social", diría algún clásico del marxismo.

A las 7hs del martes 19, tras 17 horas de sesión, la Cámara de Diputados aprobó sin modificaciones la ley antes votada por el Senado.

Con la sanción de esa reforma al sistema de indexación de las jubilaciones y mediante una conferencia de prensa realizada 5 horas después, el presidente Mauricio Macri puso en marcha el intento por recuperar la iniciativa política perdida. No está definido todavía el resultado de ese propósito.

Enfrente, el jefe de la bancada de la novísima Unidad Ciudadana, apuesta a un crescendo de caceroleos y movilizaciones de aquí hasta el 31 de diciembre. La consigna es "¡¡Fuera Macri!!". Como ministro de Defensa del gobierno anterior Agustín Rossi es el responsable de la designación del asesino general César Milani, durante su ministerio hubo un robo de armas en la fábrica de armas Domingo Matheu, jamás esclarecido. Fue responsable también de la reparación de medio tiempo del ARA San Juan. Los trabajos en el submarino encubrieron un negociado más, por el cual el costo final superó al inicial en 18 millones de dólares. Ahora el submarino yace en el fondo del mar, con los restos de 44 marinos.

Como sea, el hecho es que este mismo Sr Rossi, acompañado por los intendentes de Avellaneda, La Matanza, Ituzaingó, Merlo y Tigre (sí, el municipio del derrotado Sergio Massa), más un aparato de la Unión Obrera Metalúrgica de Quilmes convenientemente engrosados por barras bravas y columnas de Suteba y ATE, con el neoreformismo ultraizquierdista a la vanguardia, pretendieron romper la línea policial y ocupar el Congreso. No tenían chance, pero el heterogéneo conjunto lanzado al ataque pareció creer que era posible. Notable capacidad de un ex ministro de Defensa.

Desde luego, si el Parlamento hubiera sido tomado por los manifestantes, hubiese habido muertes y el gobierno de Macri habría quedado al borde del abismo.

Ocurrió lo contrario. El propósito acabó en doble derrota política para los atacantes: Macri obtuvo su ley. El conjunto de

la población vio a un cuerpo policial inicialmente desarmado, en actitud pasiva por casi cuatro horas durante las cuales columnas de izquierdas a la vanguardia de otras encabezadas por intendentes peronistas los atacaron con una lluvia de piedras y armas caseras. Dicho de otro modo: el gobierno legitimó la necesidad de represión y sus instrumentos.

Para mayor eficacia en beneficio del gobierno, un grupo de jóvenes (¿estudiantes?) no se contentó con atacar a policías que no se defendían. Golpearon a periodistas por trabajar en medios de la burguesía que no les gustan (hay otros que sí les agradan, como los del empresario del juego Cristóbal López, casualmente detenido tras la jornada del 18). Actuando en patota y por la espalda, se comportaron como gente cobarde y sin principios. Por poco matan a Julio Bazán, periodista del grupo Clarín y hombre conocido por haber dado espacio al sindicalismo combativo desde la recuperación de la institucionalidad, sobre todo cuando se libró una batalla nacional contra el pago de la deuda externa.

Vale recordar a quienes el 19 y 20 de diciembre de 2001 creyeron que la Casa Rosada estaba para ser tomada. Sólo habría faltado audacia… Muchos de quienes interpretaron así aquellos acontecimientos se sumarían más tarde a lo que llamaron "kirchnerismo". Poco después, por fuerza mayor cambiaron de jefe, pero sin explicación alguna cambiaron también de nombre: pasaron a ser "cristinistas". Cuando la farsa quedó a la vista y la frustrada dinastía cayó vencida ante los votos de Macri, optaron por el sálvese quien pueda. Ahora buscan voltear a Macri, impedir la andanada de juicios a la cúpula en desgracia (ya hay 22 jerarcas kirchneristas presos) y retornar al poder. Apremiado por darle dirección a esta línea de intervención, un brillante estratega ya lanzó la fórmula para eventuales elecciones adelantadas: Cristina Fernández-Axel Kicilloff. La alta burguesía sonríe.

En pocas semanas más la ex presidente deberá ir a Tribunales acusada por latrocinios varios, todos probados y, más importante

aún, reconocidos como tales por la mayoría de la población. De paso, la acusan también por "traición a la Patria". No por haber saqueado y malversado las fabulosas riquezas obtenidas en una década de ingresos extraordinarios por altos precios en las materias primas, ni tampoco por haber dejado más de un 30% de pobres y 10% de indigentes. La causa es la firma de un acuerdo con Irán.

Frente a apabullados y maltrechos uniformados el heterogéneo conjunto políticamente conducido por Rossi creyó posible asaltar el Congreso. Ganada por la irracionalidad su conducción, cientos de personas cometieron tropelías de todo tipo mientras una espontánea cadena de radio y televisión los exponía ante millones. La alucinación duró hasta que la decisión oficial, luego de bien mostrada al país la conducta de quienes se oponían a la sesión del Congreso, ordenaron el contraataque. En cuestión de minutos los hicieron retroceder. Peor aún: consiguieron que la multitudinaria manifestación que llenaba la Avenida de Mayo hasta la Avenida 9 de Julio se retirara a paso vivo, dejándolos solos y en deslucido papel.

La literatura clásica marxista llama putschismo a esta desviación infantil, término olvidado pero seguramente imprescindible de aquí en más en la dura confrontación ideológica que necesariamente tendrá lugar.

CGT en colapso

Como para subrayar la ausencia del movimiento obrero en esta coyuntura, la Confederación General de Trabajadores mostró su descomposición sin límites e hizo el ridículo ante propios y extraños. Anunció antes de estas dos jornadas turbulentas que si se aprobaba la ley, llamaría a un paro (!!). Luego, el domingo 17 anunció que al día siguiente se reuniría para tomar una decisión. A las 10 de la mañana del lunes 18 llamaron a la huelga que debía comenzar dos horas después. Poco a poco gremios fundamentales desacataron el llamado. El resultado fue que a nivel nacional sólo paró

una mínima fracción de trabajadores.

De modo que durante la refriega del 18 y la sesión del Congreso, el movimiento obrero no estaba en huelga, no estaba en la Plaza y mucho menos en el Congreso.

La torpeza e impotencia de la cúpula cegetista expresa la muerte de un sistema encabezado por sindicalistas empresarios, quienes desde sus cargos fraudulentos integran el frente amplio burgués. Esa muerte deja al proletariado circunstancialmente desorganizado y paralizado. Sin posibilidad de subir al escenario político. Hasta hoy, nada reemplaza a las cúpulas repudiadas por las bases. Por eso pudo tener lugar el delirio de derrocar a Macri en favor del gobierno anterior y, para colmo, con polvo social.

Desde luego el gobierno del gran capital aprovechará esta ausencia política del proletariado para avanzar contra él en el terreno económico. Incluso la utilizará para sacarse de encima a algunos de los jerarcas sindicales que, por su extrema e incontrolable corrupción y conexión con bandas mafiosas, impiden el intento de saneamiento capitalista. Estos repetirán la táctica de los restos kirchneristas e intentarán aliarse con las izquierdas para enfrentar al cuco. A la mano están quienes ante cada paso de las clases dominantes exigen (es un decir) a la CGT que decrete, cual poder ejecutivo no electo por nadie, una huelga general.

Está claro que no se saldrá de esta trampa sin una radical recomposición del movimiento obrero, inseparable de la recomposición de las fuerzas marxistas. No hay postergación posible para iniciar esas tareas paralelas e interdependientes.

Desafío al activo revolucionario

La militancia afronta exigencias insoslayables. Primero, debe definir una estrategia y elaborar un programa de acción en función de ella. Ponerse al servicio de ladrones y mafiosos no puede ser una táctica para quien lucha por la revolución social. O sea la táctica de quienes lanzaron a aguerridos militantes como vanguardia de la operación peronista.

Es preciso una línea de nítida separación entre quienes se proponen transitar del capitalismo al socialismo y aquellos que, no por acaso, eligen como enemigo a batir al denominado neoliberalismo, subterfugio útil sólo para eludir la definición de lucha contra el sistema vigente. La consigna apropiada para aunar grandes masas en América Latina es “Socialismo del siglo XXI”.

Hoy buena parte del activo está dominado por quienes no quieren que el gobierno aplique las medidas imprescindibles para sanear y poner en marcha un sistema capitalista desquiciado, pero a la vez se niegan a una estrategia socialista como eje ordenador de programa y plan de acción. En esa simple y evidente contradicción están presos quienes desde el peronismo y el reformismo multicolor vociferan contra el actual gobierno. Sólo con estrategia, programa y organización anticapitalistas será posible vencer a Macri.

Quienes llevaron a la militancia a la derrota múltiple del 18 D no saldrán de la ciénaga mientras no resuelvan ese absurdo. Si no lo hacen –y en su mayoría no lo harán- serán derrotados por los agentes del gran capital, en la continuidad de un proceso que ya ha comenzado.

En consecuencia, el programa de acción debe establecer como objetivo la abolición del capitalismo. A partir de ello, es obligada la definición respecto de las formas de lucha y las vías para acceder al poder y cumplir ese objetivo. Antes de delinear por la positiva esas vías, es obligatorio afirmar por la negativa: no estamos de acuerdo con el parlamentarismo, lo cual no implica negarse a alguna forma de participación parlamentaria, en dependencia de la situación. No estamos de acuerdo con el sindicalismo economicista, que supone competir con las burocracias pidiendo salarios más altos que ellos y “exigiéndoles” (¡ay!) una huelga general en cualquier circunstancia. No estamos de acuerdo con el putschismo o cualquier otra forma de vanguardismo.

En primera instancia, el 18D no fueron derrotados los tra-

bajadores y el pueblo argentino sino la protoburguesía y las izquierdas putschistas, que nada tienen que ver con el movimiento obrero. Pero la situación de vacío no puede prolongarse. Tal como hoy están las cosas, cae sobre el activo consciente la responsabilidad de hallar el camino para recomponer una organización revolucionaria marxista y a la vez construir una instancia de unidad social y política de las grandes masas. De lo contrario la burguesía y sus agentes arrastrarían en su caída al conjunto de los trabajadores y el pueblo. Hundirían más todavía a la nación en su totalidad y contribuirían con oxígeno para el agónico imperialismo.

Nuestro combate no es contra Mauricio Macri. El capitalismo actual no puede producir un elenco gobernante cualitativamente superior. Quien lo dude observe la catadura moral, intelectual y política de presidentes y ministros desde 1989. Es dudoso que alguien nos aventaje en la denuncia pública de las simpatías fascistas de Macri, de su sociedad con José Aznar y Álvaro Uribe. Lo difundimos años antes de su victoria electoral. A la vez, apenas derrotó al peronismo en la elección presidencial dijimos que su gobierno no estaría determinado por las definiciones ideológicas del presidente. Para abundar, dijimos que así como Juan Perón, cuyas simpatías fascistas es por todos conocida, no condujo un gobierno fascista. Lo mismo valía para Macri. Pero aquella izquierda que enfrentó en 1945 a Perón acusándolo de fascista, entonces encuadrada en el denominado Partido Comunista -ahora fragmentado en varias siglas- desde hace diez años apoya al peronismo, enajenando definitivamente cualquier perspectiva anticapitalista. Quienes gritan "sos la dictadura" mienten con insoportable cinismo o son ignorantes hasta límites imposibles. En ese conjunto variopinto predominan quienes pretenden preservar los privilegios que tuvieron durante la cleptocracia kirchnerista y arrastran a una minoría, sobre todo de jóvenes, que sin alternativa revolucionaria canalizan su rebeldía ante la injusticia burguesa bajo la dirección de sátrapas con cargo sindical o burócratas

de aparatos políticos corruptos hasta la médula.

Esta es una dictadura constitucional de las clases dominantes, no un gobierno fascista. Puede derivar en eso o, más bien, dar lugar a otro elenco que imponga una dictadura por fuera de las leyes de una república burguesa. ¿Seremos parte de un alzamiento para derrocar a Macri y poner en su lugar a Fernández, Scioli o Massa? No; resueltamente no.

He aquí entonces otra definición de principios axiales para recomponer las fuerzas revolucionarias, las filas de la clase obrera y el movimiento estudiantil: el subjetivismo no puede ser el método para analizar un momento histórico. Hablamos de clases, de la existencia o no de conciencia en masas y vanguardias, de existencia o no de organizaciones aptas para la lucha.

De allí viene un dato primordial para delinear un programa de acción: a la par de las reivindicaciones económicas y sociales básicas, una política revolucionaria debe tener como objetivo educar a la clase obrera y sus vanguardias naturales, lo cual supone como condición tener dirigentes formados en la teoría científica de la lucha de clases. Estudiar es una exigencia, ser cultos y conocer la realidad mundial es una exigencia para quien se pretenda dirigente.

Ambos objetivos se lograrán en la acción, desde luego. Justamente por eso una vanguardia consciente y con objetivos claros debe rechazar sin contemplaciones toda forma de vanguardismo y subordinación a fracciones burguesas. No hay atajos para esa tarea histórica.

Qué hacer frente a los juicios

Mientras Macri como cabeza del frente amplio burgués se afirma y avanza en la fusión de Cambiemos con fracciones peronistas, tras el objetivo de recomponer completamente el cuadro partidario de la burguesía, ciertas fracciones de izquierda ensayan "quedarse con las bases del cristinismo". Para eso tratan de adosarse a ellas en tácticas dictadas por la conduc-

ción contrarrevolucionaria de ese sector burgués. Han llegado incluso a hacer campaña y votar por contrarrevolucionarios como Daniel Scioli y otro sinnúmero de burócratas incapaces y acomodaticios. La conducta del 18 de diciembre no es sino una prolongación de esas pseudotácticas, que no son más que la abdicación de una política independiente para las masas.

Combinada con esa renuncia aparecen engañosas formas de combativismo, para aunar como es de rigor oportunismo y ultraizquierdismo. Implorar votos durante la campaña electoral diciéndoles a trabajadores y jóvenes "ponga izquierda en el Congreso" (¡¡Inimaginable una consigna más vacía!!) y luego, pocas semanas después de la elección y sin una mínima explicación a la población, apelar a cualquier recurso para impedir el debate de una ley, es una incongruencia propia de párvulos encaprichados, ganados por la ambición individual. ¡¡Están muy por detrás de Alfredo Palacios!!

Esto lo hicieron, además, codo a codo con Unidad Ciudadana, coalición sacada de la galera para las últimas elecciones por tránsfugas y corruptos que, valga repetirlo, sólo pretenden salvarse de un juicio por saqueos y desmanes.

Nadie podría imaginar que la ofensiva oficial está dictada por un afán de justicia. De hecho, en las propias filas oficiales hay personajes inequívocamente involucrados en hechos de corrupción, para colmo asociados al gobierno anterior. El propio Presidente no es ajeno a estas denuncias y, en todo caso, cualquiera sabe que su inmensa fortuna familiar proviene de negocios sucios de su padre con sucesivos gobiernos. Por otro lado, personajes como el titular del organismo de inteligencia es un… ¡¡vendedor de jugadores de fútbol!! negocio reconocidamente ligado al lavado de dinero y cosas peores. El "operador judicial" del Presidente, personaje siniestro para una función en sí misma corrupta, es propietario de casinos y presidente del club de fútbol Boca Juniors (el mismo que antes presidió Macri), dos ámbitos de corrupción, violencia y degradación en todos los órdenes.

De modo que no se trata de creer en el afán justiciero del gobierno. Se trata de comprender que lleva adelante una repetición adecuada a los tiempos del juicio a los militares que recompuso el sistema burgués a partir de 1983 y obturó –también con la ayuda de las izquierdas- una salida revolucionaria a la crisis de entonces. "La Conadep de la corrupción", la llamaron.

¿Comprender el propósito estratégico de la burguesía en 1983 debiera haber llevado a oponerse al juicio y castigo a torturadores y asesinos? Muy pocos lo intentaron en una primera fase, para luego plegarse a la justa demanda de condena. Hoy ocurre algo análogo: al igual que el conjunto de la población asqueada por el enriquecimiento ilícito de la familia Kirchner y sus amigos, la militancia revolucionaria debe estar en la primera línea de combate contra los ladrones, sin excluir, repitámoslo, a sus socios del actual gobierno.

Cuando en los próximos meses a Cristina Fernández le caiga el sayo por su fabuloso enriquecimiento mientras fue primera dama y luego presidente, las izquierdas deberán oponerse a cualquier intento de defenderla. No decimos esto ahora, cuando pierde elecciones y está en la picota. Lo sostuvimos durante su primero y segundo mandato, pública y abiertamente, denunciando su corrupción a la par de su ignorancia y ajenidad frente a las necesidades de la nación.

Nueva coyuntura y política latinoamericana

Hay alarma en el gran capital local por el curso del gobierno Macri. Se oyen voces cuestionadoras, pero ya es tarde: otra vez tienen el pie en el lazo. Como en 2003, aunque de manera diferente, con otros protagonistas, en un cuadro de mayor gravedad y con vallas de contención incomparablemente más débiles.

Ésa es una razón más para la tendencia a la autonomización (bonapartismo) del Presidente. Tanto respecto de las corrientes que forman su coalición, como de las instancias patronales de mayor envergadura. Esa será para el gobierno la principal batalla si logra acorralar y desmantelar el tinglado kirchnerista.

Como queda dicho, está por verse si el oficialismo logra recuperar la iniciativa. Es probable que, aunque sin autocrítica pública, el neoreformismo ultraizquierdista se desprenda de la banda de Rossi. Ha sido demasiado evidente su sujeción a una fracción burguesa. Eso redundaría en mayor debilitamiento de Cristina Fernández y su proyecto de autosalvación o, lo que es lo mismo, menos obstáculos en ese terreno para Macri.

Sin embargo, el verdadero obstáculo es la necesidad imperativa de acelerar en el saneamiento económico, que por donde sea sólo tiene como destino el aumento de la explotación y el empeoramiento de las condiciones de vida de las mayorías.

No nos ocuparemos aquí de la situación económica. Baste decir que aunque sea lo menos probable no está excluido un crack y, en cualquier caso, la combinación de endeudamiento y apreciación artificial del Peso, que ha dado lugar a un fabuloso juego financiero en beneficio del capital improductivo, sumados a tremendos déficits fiscal, comercial y de la balanza de pagos, lleva a un desenlace necesariamente traumático. Para esa instancia debe prepararse la militancia consciente.

En otro orden, la verdadera naturaleza del gobierno Macri sólo es transparente en su política exterior en general y latinoamericana en particular. La demonización de la Revolución Bolivariana ha sido un eje principal. Es probable –aunque hay disputas al interior- que antes de fin de año el gobierno anuncie su salida de Unasur. La victoria de Sebastián Piñera en Chile fortalece un bloque contrarrevolucionario paralizado por diferentes razones, entre ellas el tirabuzón que deglute al presidente de Perú.

Vale repetirlo: Macri busca ser la contrafigura de Nicolás Maduro en América Latina. Esta condición tiene un efecto particular que es preciso analizar. Es perfectamente lógico que frente a la arremetida imperialista contra Venezuela el gobierno de Nicolás Maduro busque aliados en la región forzando al límite la caracterización de quienes pueden serlo. La estrategia de Frente Único Antimperialista es imprescindible e inamovible para una verdadera estrategia latinoamericana.

Para esto el compañero Maduro, Presidente obrero y socialista, debería contar con un instrumento regional que permita primero realizar análisis correctos de cada coyuntura y luego articular una acción conjunta desde el Río Bravo a la Patagonia.

En su campaña electoral, Cristina Fernández no trepidó en calificar de "ruptura del estado de Derecho" la situación en Venezuela y decir que, por ejemplo, frente a la Procuradora General en uno y otro país, Macri tenía la misma conducta que Maduro. Se puede entender –y admirar- la templanza del presidente venezolano que en aquella oportunidad apenas dijo, sin nombrarla, que Venezuela no deja jamás al margen a sus aliados. Y tras explicar que ésa no es buena manera de ganar votos, le deseó una victoria electoral. Ahora, el compañero Maduro se solidarizó con Fernández y atacó a Macri con informaciones que consideramos erradas.

La jornada del 18D, como se ha dicho más arriba, tuvo como vanguardia a agrupamientos neoreformistas de ultraizquierda que denuncian a Maduro como "dictador" y a su gobierno como un régimen contrarrevolucionario. Hicieron lo mismo antes con Hugo Chávez. Eso es coherente con su necesidad de insertarse en el parlamentarismo nacional, aunque luego no actúen con la misma coherencia cuando intentan engrosar sus filas con la diáspora kirchnerista.

La palabra de Maduro, la conducta de los medios de comunicación revolucionarios de Venezuela, tienen un inmenso valor para la militancia en Argentina. Es el caso de encomendarle a la dirección del Partido Socialista Unido de Venezuela que haga lo necesario a fin de que el presidente Maduro tenga a través del Psuv toda la información correspondiente, veraz y oportuna, para referirse a la coyuntura en Argentina. Un fortalecimiento de Macri como resultado de la escualidez del kirchnerismo y la irracionalidad del neoreformismo ultraizquierdista sería muy costoso para la Revolución Bolivariana. Haremos todos los esfuerzos, en todos los terrenos, para que eso no ocurra.

20 de diciembre de 2017

De ahogados y manotazos

Una multitud acudió al llamado del sindicalista Hugo Moyano. Pero no resolvió la ausencia de liderazgo. Se mantiene así la neta hegemonía del capital sobre las masas descontentas y apáticas.

¿Hubo o no un choque frontal el 21 de febrero entre el gobierno y un sector del sindicalismo, entre Mauricio Macri y Hugo Moyano? Más allá de la pirotecnia verbal en los días previos y en el acto mismo, los hechos indican que ocurrió lo contrario: ambos lados buscaron limitar la confrontación y mantener ámbitos de conciliación para el futuro inmediato. La jornada no registró ningún incidente. Y a comenzar por el lugar del emplazamiento del palco, se hizo evidente la colaboración entre los organizadores de la protesta y los gobiernos capitalino y nacional.

Otro signo en el mismo sentido fue la brevedad del acto. Anunciado para las 15hs, comenzó 20 minutos antes. Luego de cuatro oradores, Moyano terminó su intervención a las 15.30. Media hora después, a las 16, la desconcentración era completa y no había sino pequeños grupos dispersos en la amplia Avenida 9 de Julio, en el corazón de la Capital Federal. Los discursos no sólo fueron inusualmente breves. Fueron vacíos. Ni una propuesta; sin programa; ni un proyecto para la acción; nada.

Los discursos previos al del secretario general del sindicato de Camioneros guardaron distancia de cualquier expresión que pudiera dar lugar a acusaciones de querer el derrocamiento de Macri. Debajo del palco, en el triste lugar de quienes buscan con ansia una posición destacada, participaron como observadores quienes sí tienen como desesperada estrategia la salida anticipada del gobierno.

Sólo uno de los oradores propuso dar continuidad a la movilización con nuevos actos y una huelga general. Nadie lo tomó en cuenta, siquiera para refutarlo. La beligerancia es inversamente proporcional a la capacidad para hacer realidad el desafío.

Fue una concentración multitudinaria, aunque menor a la originalmente esperada. Se hizo evidente la ausencia de los sindicatos de mayor dimensión y peso político, así como la creciente escualidez de las columnas llevadas por intendentes del conurbano. Quedó a la vista la capacidad organizativa y financiera de Hugo Moyano, a la vez que puso en evidencia su aislamiento, la fractura de la Confederación General del Trabajo, la ausencia total del peronismo institucional y el consecuente debilitamiento del proyecto de constituir un amplio frente opositor al gobierno encabezado por Moyano y con el apoyo explícito y presencial de las menguadas huestes de la ex presidente Cristina Fernández. “El triunvirato de la CGT está agotado” repitió Juan Carlos Schmid, uno de los tres miembros de ese cuerpo dirigente de la principal central sindical.

Con la fractura formal de la CGT, la insuficiente masividad del acto y el contenido de los cinco discursos plasma la relación de fuerzas por completo favorable al frente amplio burgués encarnado en el gobierno de Mauricio Macri.

En la mañana del día siguiente, 22 de febrero, Moyano dijo en una entrevista que “por supuesto estoy dispuesto a reunirme con Macri, si él lo cree necesario”. Todo dicho. En tanto, el Presidente parece dispuesto a continuar apretando el nudo en el lugar donde más duele: el reparto de dinero para las obras sociales sindicales. Es previsible que el Presidente y sus aliados en la CGT, todos respaldados por un frente amplio del capital, continúe en su labor de saneamiento del sistema. Esa determinación no oculta la amenaza cotidiana de un colapso incontrolable.

Estrategias y delirios

El agravamiento de la situación económica y un malestar en constante ascenso ha dado lugar a la suposición de que el gobierno de Mauricio Macri puede ser derrocado. La suba en los precios de servicios básicos agobia a todos, en primer lugar a los trabajadores con menores ingresos, pero también

a las clases medias bajas, cuyos gastos suben sin proporción con el aumento de sus ingresos. Hasta ahora el Gobierno ha atendido en especial a la extensión y aumento de subsidios, conteniendo así la reacción de los 13 millones de pobres. La persistente inflación (1,8% en enero, calculada en 3% para febrero e incluso más para marzo), diluye la expectativa hasta ahora dominante de que las cosas mejorarían. Aquel clima hizo que Macri y su coalición Cambiemos ganara rotundamente las elecciones legislativas de octubre pasado. Desde entonces, la popularidad del Gobierno y el primer mandatario han caído sin pausa, acentuada por una catarata de probadas denuncias de corrupción en el círculo más íntimo del Presidente. Todo indica que esa dinámica seguirá en los próximos meses.

Los sectores que desde el comienzo mismo del gobierno Macri manifestaban con maquetas de un helicóptero (símbolo de la renuncia y fuga del ex presidente Fernando de la Rúa en 2001) se volcaron con fruición a la movilización convocada por Moyano, también él acorralado por una serie de acusaciones judiciales que pueden llevarlo a la cárcel a él y su familia. Esa comunidad de intereses inmediatos produjo un giro en redondo en las últimas semanas y replanteó la posibilidad de una alianza con Cristina Fernández, rota en 2011.

En ese cuadro previo salió a la lid un nombre imprevisto para anunciar que Macri renunciará: el ex juez Eugenio Zaffaroni. El jurista llegó a advertir que eso podría ocurrir mediante "un accidente violento", si no se concretaba por las buenas.

En un pequeño cenáculo se había barajado la idea de que el ex juez pudiera encabezar un "gobierno de transición". Semejante idea está despegada de manera alarmante de la realidad. Macri cuenta todavía con considerable consenso social (40% de aceptación según las encuestas). También y sobre todo tiene el respaldo de un frente amplio de la burguesía. Zaffaroni fue juez de las tres últimas dictaduras: Onganía, Lanusse, Videla. Para la última escribió un código que, no obstante su origen, le hizo ganar prestigio intelectual en el ámbito de los juristas

del sistema. Actualmente miembro de la Cidh, instrumento de manipulación y propaganda conducido por Washington.

Tiempo atrás un escándalo develó que Zaffaroni es propietario de siete inmuebles donde funcionaban prostíbulos en la Capital Federal. A la sazón, integraba la Suprema Corte. Estos establecimientos, prohibidos por la ley, van invariablemente acompañados por la trata de personas y la distribución de drogas. En su momento se alegó que no los administraba personalmente. En sordina, vaya a saber por qué prejuicio, quedó claro que estaban a cargo de su pareja. El artilugio bastó para que la basura fuera barrida bajo la alfombra. Cuando a propósito de sus recientes declaraciones un periodista le preguntó si renunciaría a su cargo en la Cidh el ex juez respondió: "¿Por qué? ¿Estamos en Venezuela?". Elocuente, como su jefa política cuando afirmó que en Venezuela "no existe Estado de Derecho"".

Probablemente por primera vez en su vida Zaffaroni participó el 21 en una manifestación sindical. Marchó con aires de líder junto al hijo del ex presidente Néstor Kirchner. Como sea, quienes pergeñaron el disparatado manotazo a fin de recuperar posiciones y eludir la cárcel, no sólo malinterpretan la coyuntura. Sobre todo desconocen la lógica del devenir argentino.

Los escándalos de corrupción develados en las últimas semanas en el gabinete ministerial del Presidente, más todos los que se mantienen ocultos con complicidad de tirios y troyanos, muestran la dificultad del sistema para afirmar un elenco capaz de pensar, planificar y realizar la recomposición de la economía, la institucionalidad y la cultura de un pujante país capitalista, con el que sueña la burguesía e inconscientemente anhelan las clases medias e incluso franjas importantes de la clase trabajadora.

Pero dejando de lado incluso la rémora familiar del Presidente, se descubre que su ministro de Trabajo, Jorge Triaca, tenía una empleada doméstica contratada por fuera de las reglas laborales, una cantidad de familiares ubicados como funcionarios con desproporcionados ingresos e incluso la utilización de una

intervención oficial en un sindicato para contratar amistades y hacer negocios. Triaca es hijo de un ex dirigente sindical "colaboracionista" y nexo fundamental para las negociaciones con la CGT (y con el propio Moyano), razón por la cual Macri, en período de paritarias, no pudo exigirle la renuncia.

Otro tanto pasa con Luis Caputo, ministro de Finanzas, cuyas conexiones con fondos de inversión instalados en las Islas Caimán reaparecieron a propósito del descubrimiento, el mes pasado, de que el subsecretario general de la presidencia, Valentín Díaz Guilligan tiene una cuenta no declarada por 1.2 millones de dólares, resultado de sus operaciones como vendedor de jugadores de fútbol. Díaz fue obligado a renunciar, pero queda el cabo suelto de otra persona muy allegada al primer mandatario también dedicada a ese producivo género de inversiones: el titular de la Agencia Federal de Inteligencia, Gustavo Arribas. Otro botón de muestra es el ministro de Hacienda, Nicolás Dujovne, quien se vio obligado a admitir que la casi totalidad de su cuantiosa fortuna está en el exterior, mientras él recorre países empeñado, según afirma, en "conseguir inversiones".

En suma: el 21F no cuajó un núcleo capaz de reunir a la oposición tras banderas peronistas. En paralelo, Cambiemos da manotazos con parecida desesperación a la de su contraparte.
22 de febrero de 2018

Movilizaciones y perspectivas

Durante el mes pasado hubo un aumento notorio de movilizaciones por reclamos económicos, culminadas con dos concentraciones numerosas: el 25 de mayo, bajo la consigna "La Patria está en peligro"; una semana después, otra movilización retomó el nombre de una demostración de los 1990: Marcha Federal. En ambas se denunció el nuevo acuerdo con el Fondo Monetario Internacional.

Enmascarada la primera tras nombres de la farándula, el núcleo que acompaña a la ex presidente Cristina Fernández articuló el acto contra el FMI. Participaron también algunos sindicatos y agrupamientos barriales, igualmente incapacitados para convocar en su nombre, con éxito, al amplio conjunto confrontado con el Fondo. Como reflejo de las fuerzas que bullen bajo la superficie el primer llamado congregó miles de voluntades dispersas. Al margen de posicionamientos políticos, el grueso de la población identifica al FMI con la opresión imperialista. El rechazo al nuevo convenio stand by a punto de concretarse es abrumadoramente mayoritario en todas las encuestas.

La segunda movilización se articuló en torno a estructuras teledirigidas por la iglesia católica. También en este caso operaron personeros del Vaticano que no pueden dar la cara para convocar a la militancia. Las columnas principales llevaban como estandarte fotos del papa Jorge Bergoglio e imágenes de santos y vírgenes. Detrás, pancartas de Barrios de Pie, Corriente Clasista Combativa, Movimiento Evita. A continuación, organizaciones como el Frente de Izquierda y los Trabajadores (FIT, PO, PTS y otras) e Izquierda al Frente (MST, Nuevo más y otras). A la retaguardia destacó la presencia de Héctor Daer, Juan Schmid y Carlos Acuña (los tres secretarios generales de la CGT), quienes no subieron al palco, como sí lo hicieron el titular de Camioneros Pablo Moyano y el de Bancarios, Sergio Palazzo. Al finalizar el acto Daer y Schmid informaron que la CGT se reuniría el 7 de junio para decidir cuándo convocar a una huelga.

Contra todo antecedente, la prensa comercial anunció desde una semana antes que esta Marcha Federal "reuniría 200 mil personas" en la Plaza de Mayo. Los convocantes no repitieron una de sus consignas preferidas hasta poco tiempo atrás: "Clarín miente". Es que la operación política esta vez parecía favorecerlos. Como ariete de grandes capitales los medios operaron en las últimas semanas para obtener una devaluación

aún mayor del peso (-21% en mayo). Alentar pronunciamientos contra el gobierno fue uno de los instrumentos que utilizaron. Circunstancialmente la gran burguesía que sostiene a Macri -aunque sea como la soga sostiene al ahorcado- creyó conveniente azuzar el cuco de una movilización que en los hechos estuvo muy por debajo de lo anunciado y mostró ausencia de cohesión y conducción política. Además provocó un generalizado rechazo en la población que vive o trabaja en la Capital Federal, por el colapso de tránsito producido por cortes de calles y centenares de ómnibus llegados desde el interior y el conurbano bonaerense. Las imágenes del Papa tuvieron más protagonismo que los intendentes peronistas del Gran Buenos Aires pero no está claro si ellos o las estructuras eclesiales asumieron el costo multimillonario de la movilización.

Como sea, lo cierto es que con paros, marchas docentes y otros numerosos reclamos, la Capital del país volvió a vivir casi cotidianamente durante todo el mes un estado caótico, como en los peores tiempos de Cristina Fernández o aun antes, en los prolegómenos y postrimerías del colapso en 2001.

Detrás de éstas y otras expresiones del hondo descontento dominante en la sociedad están los efectos devastadores de la crisis estructural del capitalismo argentino (sólo en mayo las ventas minoristas cayeron un 4,8%). Desatada en la última semana de abril, ésta no es una crisis circunstancial. Es la repetición, con apenas variaciones mínimas, de los ahogos conocidos durante décadas. Las causas detonantes fueron llevadas al paroxismo en los períodos de Néstor y Cristina Kirchner (12 años) y ahora se multiplican en el intento por sanear el sistema en manos de un elenco catapultado al poder precisamente por el rechazo social al llamado kirchnerismo.

Todo indica que en junio este estado de reclamos puede sostenerse, con incluso la perspectiva de una huelga general convocada por la CGT, irremediablemente dividida. La propuesta de desgastar a Macri hasta ponerlo en fuga y, con un peronismo remozado, recuperar el poder político, obra a favor

de acciones conjuntas de la cúpula cegetista.

¿Desembocará este crescendo de protestas puntuales en una movilización general de trabajadores, juventudes y clases medias? ¿Trascenderán los reclamos económicos hacia una demanda de naturaleza general? Dicho de otro modo: ¿marcha el país hacia una crisis política y la posible caída del gobierno de Mauricio Macri?

Un sector del espectro político parece convencido de que esa dinámica es inexorable. Dada la gravedad de la crisis de fondo, tal perspectiva está siempre presente a condición de que una movilización del conjunto social rompa la unidad de las clases dominantes, lo cual podría ocurrir a partir de un colapso de la economía local arrastrada por la cada día más amenazante crisis económica en Estados Unidos y la Unión Europea.

Tal panorama no está a la vista en el corto o mediano plazos. Hay turbulencias en las economías imperiales y no faltan conflictos interburgueses en Argentina. Pero si bien la tormenta cambiaria de mayo dio vuelta como un guante la percepción general sobre la situación nacional, el hecho es que en lo esencial nada ha cambiado: la relación de fuerza entre las clases se ha desplazado sólo para favorecer más aún al capital. El frente amplio burgués maneja todas las palancas, incluidas las de la movilización de calle, en la que decenas de miles de trabajadores y jóvenes rebeldes son manipulados por estructuras al servicio de la continuidad del sistema.

La trampa

Argentina continúa atrapada entre el gobierno de la burguesía establecida y una oposición variopinta, hegemonizada por lo más corrupto del aparato peronista, hoy con peso singular de la iglesia. Se trata en realidad de un gobierno de frente amplio burgués enfrentado con una pseudo oposición igualmente procapitalista.

Aquél, heterogéneo, unido por el espanto tras el ensueño de saneamiento y recomposición del sistema. Ésta, compuesta por

las diferentes fracciones del Partido Justicialista, un sindicalismo ajeno a las bases y en la mayoría de los casos conducido por empresario con patente de sindicalistas, más un conjunto inestable de aparatos políticos del Gran Buenos Aires, usufructuado por punteros que se venden al mejor postor y ahora están en franca negociación comercial con el gobierno al que aguijonean para aumentar su propio precio.

El gobierno se aúna en torno a un programa de saneamiento al que denomina "capitalismo serio". Igual denominación para la misma quimera esgrimida por Néstor Kirchner desde 2003 y Cristina Fernández en las presidenciales de 2007, cuando su modelo de país era Alemania. Un plan de supuesta "seriedad capitalista" es la única respuesta que tienen, otra vez, las clases dominantes ante la amenaza de un colapso inmanejable, prefigurado por los sucesos de diciembre de 2001.

La pseudo oposición, dividida en mil fracciones inconciliables, tiene sólo dos objetivos en común. Primero, impedir la continuidad del saneamiento institucional burgués que ya ha encarcelado a decenas de ladrones de toda laya (excluyendo, claro está, a quienes hoy tienen cargos oficiales). Segundo, pero de primera importancia, recuperar las palancas del poder del Estado para continuar con la conformación de una "nueva burguesía nacional" a punta de saqueo y corrupción como ya ensayaron con éxito relativo entre 2003 y 2015.

Quienes arrebataron esas palancas en 2015 en favor de la antigua burguesía establecida las utilizan ahora con idéntica fruición, acaso con algo más de estilo, pero con el mismo futuro: hundimiento del país y aceleración hacia una crisis general. Por lo pronto, esta fracción hegemónica del capital establecido ha logrado llevar a la cárcel a ex ministros, sindicalistas y hasta el vicepresidente del régimen anterior. Pero está en la mira la ex presidente, amenazada con la misma suerte de altos miembros de su cohorte, hoy alojados en diferentes cárceles sin que haya una sola movilización que reclame su libertad.

Debilitar a Mauricio Macri y avanzar todo lo posible por el

camino de la desestabilización (la amenaza del helicóptero), es ante todo un instrumento de chantaje para negociar la inmunidad de la ex presidente y el freno al juicio y expropiación de sus cuantiosos bienes y los de quienes la acompañaron.

Como nadie podría levantar semejante bandera ante las masas para obtener su apoyo, se esgrimen reclamos contra el aumento de tarifas, aumentos salariales y hasta la oposición al FMI, mientras tras bambalinas negocian con el gobierno para eludir los juicios. Ésa es la naturaleza verdadera de quienes encabezan el descontento social por estos días.

Tampoco nadie podría enfrentar los justos reclamos de los trabajadores para defender un mero cambio de rostro en los saqueadores. Por eso el gobierno y los suyos enarbolan consignas como República, decencia, desarrollo. Si la pregonada "seriedad" de los Kirchner culminó en el gobierno de Fernández y Boudou (oprobio sin precedentes en nuestra historia), se puede esperar un desenlace análogo para el elenco actual, calificado por los liberales como "kirchneristas con buenos modales". Sólo bastaría que estos lograran afirmarse en el poder para que la reaparición inexorable de la crisis muestre que los buenos modales de la gran burguesía se transforman de la noche a la mañana en desembozado fascismo.

Hay muchos, millones, impactados por los efectos demoledores del sistema capitalista, personificados en el nombre de Macri, alentados por todos quienes acusan al individuo para ocultar el sistema. Pero no son menos quienes, vivida la experiencia de doce años de cleptocracia pseudopopular, vacilan a la hora de optar entre la inepcia elitista de Cambiemos y el aquelarre peronista.

Esa es la trampa. Entre mentiras, guiada por maniobras de la mayor bajeza y pseudo dirigentes a la medida de la tarea que realizan, discurre a mediados de 2018 la política argentina.

Las urnas, factor decisivo

En las cúpulas que encabezan las movilizaciones de estos días

no hay en juego proyectos de país, ni convicciones ideológicas, ni programas de redención nacional y social. Hay elecciones. Y usufructo de angustiosas necesidades de las mayorías. Faltan 16 meses para las presidenciales de 2019 pero cada paso del conjunto de organizaciones políticas y sindicales está dictado por ese objetivo.

Cambiemos (Pro, UCR y otros), están lanzado a la reelección de Macri y a aumentar el espacio ganado al peronismo en las arrolladoras legislativas de noviembre pasado. Figuras claves del gran capital que actúan en sordina aspiran a destruir definitivamente al PJ tal como se lo conoció hasta ahora y reconfigurar la CGT para ponerla sin bemoles a su servicio. No es una suposición sin fundamentos objetivos. La comparten incluso gobernadores de origen peronista, como Juan Urtubey de Salta y Juan Schiaretti de Córdoba, embarcados en el mismo objetivo.

Sectores del PJ se empeñan en mantener sus feudos, olvidar las elecciones del año próximo y posicionarse con miras a 2023. En cambio, otras fracciones peronistas están convencidas de que "hay 2019" (Rodríguez Sáa dixit). En otras palabras: que el próximo año el PJ unido puede derrocar a Macri y recuperar la Casa Rosada.

Lo mismo vale para las cúpulas sindicales, que tienen un problema adicional, semejante al que afronta la ex presidente y los suyos: en el plan de saneamiento institucional la burguesía pretende expurgar el aparato sindical. El gobierno pretende no sólo quitarse una piedra del zapato, sino también lustrar su chapa de decente ante una sociedad harta, que reconoce y repudia a los ladrones institucionales aunque no logra identificarlos como producto necesario del sistema capitalista. El encargado de llevar a cabo esa tarea de selección y limpieza es el ministro de Trabajo Jorge Triaca, hijo de un símbolo mayor en la corrupción sindical y efectivo operador de Macri. Allí todo se negocia y en estos momentos el gobierno cambia correcciones en la ley de reforma laboral por rechazo a la huelga general

o, cuanto menos, su realización pro-forma para volver al día siguiente a la mesa de negociación, siempre con elecciones y candidaturas en el medio.

Igual objetivo electoralista ha hecho presa de las tendencias infantoizquierdistas. Sería incorrecto incorporarlas sin más al festival de repartija del poder en el que están inmersas las corrientes burguesas. No obstante, es evidente que asumen incondicionalmente reclamos de la pseudo oposición con el exclusivo fin de ganar espacio en la carrera por obtener cargos, sea en el Congreso Nacional, en legislaturas provinciales o municipales. Estos agrupamientos no hacen una crítica radical al capitalismo. Vociferan contra el alza de tarifas y cuestionan al FMI como forma demagógica de ganar simpatías, pero no cuestionan el sistema.

Por lo demás, numerosos tendencias barriales y estudiantiles que sí han mostrado voluntad de luchar por el socialismo, han caído también en el electoralismo, o bien buscan su espacio subordinándose a fracciones peronistas ajenas por completo a semejante objetivo.

La conclusión es clara: no existe hoy en Argentina una fuerza revolucionaria organizada, visible ante el conjunto de la población, que proponga en los hechos –y no sólo en discursos de 1º de mayo- una respuesta a la coyuntura por fuera del marco del sistema. Basta observar la posición frente al alza de tarifas para comprobar que ésta no es una afirmación caprichosa.

Tal panorama político explica la pasividad de la clase trabajadora, del mismo modo que ésta explica a su vez el margen de maniobra de falsas conducciones sindicales o políticas y la debacle de direcciones de izquierda. El agitativismo endógeno de agrupamientos que en ningún caso involucran a la clase no puede ser confundido con movilización social. Incluso los partidos con mayor espacio son insignificantes en comparación con cualquier organización política real de los trabajadores, internacionales o nacionales, del pasado o incluso del arduo presente.

Hay sindicatos con movilizaciones diarias de un aparato armado a tal efecto, que no involucran ni al 0,1% de sus afiliados en el lugar mismo donde llevan a cabo sus protestas. Se ha conformado una suerte de industria de marchas y cortes de calles por los reclamos más diversos, nominalmente justos, que desquician la vida de la sociedad con cortes de calles en perjuicio de quienes viven o trabajan en la Capital Federal. Tal vez hace falta recordar que la abrumadora mayoría de la sociedad está compuesta por trabajadores. A ellos afectan estas medidas irracionales. En ellos acumulan malestar general y odio particular contra los manifestantes. A menudo buena parte de quienes llevan a cabo estas acciones son honestos militantes manipulados por cúpulas eternas de aparatos sindicales o políticos.

La burguesía hace estragos en la conciencia y la organización de la clase trabajadora frente a semejantes conductas de sindicatos y organizaciones que se presentan como revolucionarias. Un caso sobresaliente es el del gremio docente. Algunos de los incontables sindicatos llaman a paro tras paro, sin otro argumento que la necesidad de aumento salarial. Nadie explica por qué los salarios docentes son miserables desde hace décadas y por qué los gobiernos de los que ellos formaron parte sólo agravaron el problema; por qué la escuela pública está en total decadencia y la enseñanza degradada en todos los niveles.

Los paros docentes tienen cada vez menos respuesta positiva de maestras y padres. Para el gobierno resulta fácil denunciar las medidas de fuerza, no pagar el día de huelga y mostrar las cifras cada vez menores de adhesión a los paros (los pseudo dirigentes dicen "acatamiento", sin comprender todo lo que revelan con esa palabra). Pero con la palabra que utilicen, nadie puede ocultar que más de la mitad de los docentes a escala nacional se niegan a continuar con tales medidas. En otras palabras: el gobierno vuelca a las bases a su favor y en contra de las direcciones sindicales. Las cúpulas que impulsan esta política suicida están asociadas con Cristina Fernández. Pero

hay corrientes de izquierda con peso considerable en lugares puntuales de este gremio, que no se diferencian sino en tratar de gritar más que los titulares de los sindicatos.

Si como todo indica la CGT llama finalmente a un paro general, éste seguramente tendrá la contundencia habitual de medidas de este tipo en Argentina, pero en el actual contexto no será un escalón en la acumulación de fuerzas para emprender una estrategia de cambios genuinos, sino una válvula de escape para el malestar general. No habrá un cambio en las relaciones de fuerza entre las clases y la única incógnita es si el día después el gobierno decidirá o no continuar el juicio que ha emprendido contra la familia Moyano y otros titulares de aparatos sindicales.

Trabajar por la recomposición y estar alertas

Ya desde el gobierno de Barack Obama los estrategas imperialistas señalaron a Argentina como punto de apoyo para un eje hemisférico contra la permanente amenaza de deriva revolucionaria en cualquiera de nuestros países.

Como es sabido, hicieron centro en Venezuela y los países del Alba para intentar debilitar y eventualmente aplastar los intentos de transición al socialismo en nuestro continente. Se propusieron acabar con Unasur, paralizada ya desde hace años. Simultáneamente, neutralizar la Celac y revitalizar la OEA en su condición de Consejo de Indias.

En ese esquema Argentina debía ser el modelo de solución capitalista virtuosa a la crisis regional, en contraposición al alegado fracaso de la transición al socialismo en Venezuela.

La prensa comercial y la intelectualidad al uso propagó, sobre todo después de la victoria electoral de Macri, la idea de rotunda e irreversible victoria de Washington y las burguesías locales. No pocos se dejaron convencer por esta argumentación, que ciertamente tiene puntos de apoyo sólidos: fracasaron sin atenuantes gobiernos populistas y reformistas. Notoriamente los de Brasil y Argentina, falsamente presentados como motores

del cambio en la faz política de América Latina a partir de la estrategia de Hugo Chávez y la creación del Alba. El matrimonio Kirchner y el PT desestimaron y en la práctica rechazaron esa estrategia. Así terminaron.

Envuelto en sus propias mentiras el capital confundió deseos con realidad y se proclamó victorioso cuando apenas estaba en medio de la primera gran batalla de un guerra prolongada. Ya con la destitución de Pedro Kukzynsky en Perú y el rotundo fracaso de la cumbre de las Américas en ese país, en abril pasado, quedó demostrada la inviabilidad del Grupo de Lima. Washington probó que estaba muy lejos de reimplantar su hegemonía. La separación de Venezuela del Mercosur puede contarse como otro tanto a favor de la reacción, pero sólo a condición de olvidar que este bloque procapitalista se traba por sí mismo desde hace años y resulta ineficiente, más bien un estorbo, para las burguesías de Argentina y Brasil.

Mientras tanto los hombres de gris en la Casa Blanca comprobaron que en Brasil no habría gobierno estable por largos años y es más probable esperar allí a mediano plazo una implosión a la medida del gigante latinoamericano. Idéntica perspectiva constataron en Colombia a partir de la primera vuelta electoral. Y el cuadro se completó con la convicción –basada en encuestas de todo signo- de que en México ganaría el bloque encabezado por Andrés Manuel López Obrador.

No obstante, el golpe más duro para Washington tuvo precisamente los rostros de Macri y Maduro: en Argentina reapareció la crisis y sepultó el plan –menos mentiroso que tonto- de "ajuste gradual" indoloro; en Venezuela fue imposible derrocar al gobierno de la Revolución Bolivariana mediante la guerra económica y mediática. Peor aún: Maduro fue reelegido en contundente votación, sobre todo en comparación con el caudal de apoyo con que cuentan los presidentes de la región.

Washington no logra mantener la iniciativa que retomó por un instante. No hay vencedor neto. El plan de aplastar la estrategia de transición al socialismo y colocar en su lugar un

capitalismo travestido, capaz de reconquistar el corazón y la conciencia de 600 millones de sus víctimas en América Latina, se revela una escuálida superchería.

Venezuela atraviesa una dramática situación económica, lo cual hace más significativa y trascendente la conducta de un pueblo organizado y consciente en defensa de su Revolución y de la perspectiva socialista.

En el hemisferio la relación de fuerzas no impulsa ahora mismo la perspectiva anticapitalista, pero tampoco pesa a favor del imperialismo. El signo de la próxima etapa está en disputa. En cada país ese balance es diferente, pero en Brasil, México y Argentina, la burguesía no tiene ventaja suficiente como para garantizar su iniciativa a mediano plazo.

Tiene razón la neosocialdemocracia superizquierdista en Argentina al suponer que en este cuadro puede ganar terreno parlamentario y afirmar sobre esa base sus organizaciones. Yerra sin embargo al desconocer la dimensión latinoamericano-caribeña como su propio terreno de combate. En cambio carecen de perspectiva estratégica quienes optan por aliarse a corrientes populistas comprometidas desde hace medio siglo con las derrotas del proletariado y el pueblo argentinos.

La militancia revolucionaria tiene por delante el camino de la recomposición de fuerzas marxistas, a la par de la búsqueda de unidad social y política de las grandes masas.

Recomposición implica algo diferente de unidad, aunque en cualquiera de sus tramos ambos términos estarán imbricados en un tejido imposible de establecer a priori. Sí está claro que la recomposición es inseparable de la participación efectiva en la lucha de clases y el combate político a escala internacional y regional. En ese sentido, es potencialmente mortal el desconocimiento de la confrontación en curso con el imperialismo por parte de los gobiernos del Alba.

Desestimar o subvalorar la presencia activa en ese gran combate equivale a cercenar toda perspectiva para una organización que se reivindica anticapitalista. Lo mismo vale para el caso

de sumergirse en la lucha continental y desatender la afirmación en la teoría científica de la lucha de clases, la asimilación de las grandes experiencias de la revolución mundial, para afrontar y eventualmente enfrentar los errores y desviaciones que necesariamente se dan y continuarán dándose en las filas de la Revolución.

A la vez, es preciso estar alerta porque una realidad de achatamiento político y relativa calma social puede transformarse súbitamente en situación pre-revolucionaria, en la cual la militancia marxista tendrá su prueba de fuego.

No es por acaso que la Otan acaba de incorporar a Colombia y simultáneamente reactiva su base en Malvinas. Por un lado, queda comprobado que la marcha de los procesos en Venezuela y el Alba no son reversibles por vía de elecciones democráticas y requieren eventualmente el recurso de la guerra (como la que actualmente han iniciado en Nicaragua, llevando a una escala mayor la práctica de las guarimbas en Venezuela dos años atrás); por otro, está claro que la inestabilidad se ha instalado de manera permanente en México, Brasil y, aunque en menor medida, también en Argentina. El único recurso del gran capital frente a los riesgos que esa inestabilidad implica es la violencia a gran escala y ésta es inseparable de la transformación de actuales regímenes democrático-burgueses en formas neofascistas para mantener el control social.

En el crecimiento y la penetración social del narcotráfico está prefigurado el desarrollo de otro flagelo: el fascismo. Se ha utilizado este concepto para identificarlo con la violencia extrema y la violación de derechos civiles y garantías constitucionales. Pero es mucho más que eso. Es la utilización de sectores marginalizados de la sociedad para lanzarlos contra el proletariado y cualquier otro sector que pretenda defender las formas democráticas de relacionamiento social.

Cualquiera sabe el papel del PJ y todas sus fracciones en el crecimiento del narcotráfico desde los tiempos de Carlos Menem. El fenómeno creció vertiginosamente después de 2001. Ahora

se descubren altos funcionarios de todos los partidos envueltos en el mismo crimen. También es conocida la responsabilidad de jefes policiales, jueces de todo nivel, titulares de sindicatos y legisladores de todos los partidos incrustados en el Congreso a fuerza de narcodólares para inverosímiles campañas electorales. Destacan en este submundo mafioso altas dirigencias del negocio del fútbol, del juego, así como de aparatos de inteligencia. Ante el reclamo de la población contra el narcotráfico –bajo demanda de seguridad- Macri aprovechó la ocasión y propuso sumar a las fuerzas armadas al combate contra este enemigo a la vez palpable, difuso, omnipresente.

Sin embargo la amenaza mayor del narcotráfico desde un punto de vista estratégico, en el marco de crisis capitalista, es que crea ejércitos de individuos privados de toda racionalidad y libertad, a la vez que articula aparatos militares capaces de obrar con mayor inhumanidad que los propios jefes militares actuantes durante la dictadura de 1976. Si en la Italia y la Alemania de los 1930 el fascismo se cimentó en capas sociales lumpen, resultantes de guerras, crisis económicas y desocupación masiva, en Argentina –como en México, Perú y Brasil- la argamasa social para edificar un fenómeno análogo está en el detritus de la crisis capitalista local: bandas narcotraficantes y decenas de miles de adictos arrojados a la más abyecta marginalidad.

Bienpensantes de la pequeña y mediana burguesía (y también amplias franjas del proletariado, convencidas de que por tener trabajo son “clase media”), no toman conciencia de este binomio fatal: narcotráfico y crisis capitalista. Y al votar encargan al zorro el cuidado del gallinero.

Quienes de manera oportunista llaman a manifestarse contra el FMI y los aumentos de tarifas con el objetivo de ocupar un lugar en las próximas elecciones carecen del mínimo necesario para resolver esta encrucijada estratégica en la historia argentina. A la vez, como ya se ha subrayado, no existe una alternativa con proyección de masas.

De modo que no hay atajos y es ineludible el compromi-

so con la recomposición de fuerzas marxistas en Argentina, en América Latina y todo el mundo que logremos alcanzar. Abordamos esa tarea con todos quienes están dispuestos a luchar por la unidad social y política de las grandes masas. Y junto con nuestra incondicional solidaridad, hacemos llegar a los gobiernos del Alba el llamado a un tratamiento urgente, orgánico y riguroso, de estos temas trascendentales.
4 de junio de 2018

Diputados aprueba el aborto

Victoria trascendental en el 40º aniversario del secuestro de Inés Castellano

En el país donde nació el Papa se aprobó el pasado 14 de junio una ley que permitirá la interrupción voluntaria del embarazo. Dicho de otro modo, menos cómodo para el Vaticano y sus epígonos locales: Jorge Bergoglio no pudo evitar la legalización del aborto en Argentina.

Impensable un mejor homenaje de la Historia para Ana María Piffaretti, luchadora feminista y militante por el socialismo, secuestrada el 28 de junio de 1978. La llamábamos Inés en la clandestinidad de aquellos años de resistencia a la dictadura.

Días antes del zarpazo la mafia de la AFA y otra del mismo jaez, presidida por un torpe asesino ultracatólico apellidado Videla, habían triunfado en el mundial de fútbol.

Mafia es un modo abreviado de decir "asociación delictiva en defensa de la sociedad capitalista". Abreviado y equívoco. Porque no se trata de excrecencias contra natura. Manipulación de un pseudo-deporte, violencia militar salvaje, enajenación religiosa, son funciones vitales para la sobrevivencia del sistema.

Como sea, el hecho es que 40 años atrás fue secuestrada Inés. Casi en el aniversario exacto de su desaparición forzada el aparato institucional de la burguesía fue obligado a salir del oscurantismo católico. La sociedad, con las mujeres a la vanguardia, dio este paso adelante sobreponiéndose a un retroceso sin precedentes de la lucha de clases en Argentina.

Inés era una joven revolucionaria marxista, internacionalista. Educada en escuelas de monjas. Fuerte, firme, como un roble en el vendaval. En los últimos años de la década de 1960, antes y después del Cordobazo, junto a un grupo de estudiantes rebeldes, llevaba la noción de "planificación familiar" a las familias obreras de Córdoba. En la organización que integraba teníamos claro que la esposa tradicional era un freno para el obrero que despertaba a la conciencia y la lucha. Que no habría revolución social sin emancipación de la mujer. Pródiga en todo, Inés emprendía aquella tarea militante con ímpetu especial. Seguiría haciéndolo años después, bajo otra dictadura, con obreras y obreros de la planta Ford-Pacheco, donde utilizaba su lugar como nutricionista para continuar la batalla por las ideas, para reorganizar fuerzas pese a las condiciones impuestas por el terrorismo de Estado.

Evoco esos momentos y recuerdo su convicción al explicar a mujeres reticentes el significado de su propia libertad, de romper con las sujeciones de la falsa moral burguesa, de las imposiciones de la iglesia, del marido inconsciente, de la familia incapaz de ver cuánta opresión hay en la forma de amar a los suyos. ¡Cómo relucía su bravura!

Brilló mucho más a poco andar, cuando debimos compararla con la cobardía militar, la complicidad ensotanada, la omisión de ciudadanos aterrados por la represión, confundidos por la ausencia de una genuina vanguardia, sumisos por atavismos sólo superables en períodos de alza revolucionaria.

Aun así, 40 años después aquella labor de Inés -y de miles como ella- ha dado fruto. Magro y agridulce en comparación con lo anhelado y necesario; extraordinariamente significativo para la realidad argentina, su pasado cercano y su futuro.

Apropiación burguesa de nuestras reivindicaciones

Cuando una exigencia social se vuelve invencible, el sistema

apela a la apropiación del objetivo para cambiarle el significado. El impetuoso movimiento de mujeres en Argentina acumula fuerzas a escala masiva desde hace tres décadas o más. Con el precedente de una lucha obrero-estudiantil que marcó rumbos en los 1960 y 1970; con el sacrificio de miles como Inés, pero también de otros tantos varones que en diferente grado comprendieron la urgente e insoslayable exigencia de bregar por la emancipación de la mujer si es que de verdad se lucha por la emancipación social, por el socialismo. Así se llegó a la conquista institucional de legalización del aborto.

La reacción ya es visible. Comentaristas de radio, televisión y prensa escrita al servicio de la iglesia, escupen odio hasta niveles intolerables. Pero a todos ellos les ganó Francisco, quien fuera de control reveló en un discurso improvisado su verdadera condición: "El siglo pasado todo el mundo era escandalizado por lo que hacían los nazis para cuidar la pureza de la raza. Hoy hacemos lo mismo pero con guantes blancos", dijo con el rostro descompuesto.

El dulce Francisco llamó nazis a la mayoría de los diputados/as que votaron la ley; a cientos de miles de personas, sobre todo mujeres jóvenes, que se movilizaron en cada Capital y acorralaron a los legisladores; a las decenas de millones que apoyamos el significado esencial de esa ley. Silente durante la dictadura, Bergoglio califica hoy como nazi al pueblo argentino.

Eso se llama sangrar por la herida. Y exponer las entrañas. El ultraderechismo del papa queda a la luz en su raíz ideológica con esta comparación falaz, tramposa, descontrolada por la ira y la frustración. De aquí puede inferirse la beligerancia extrema de su conducta futura. No trepidará en recurrir a los peores excesos, incluso la violencia terrorista, ejercida por señoritos enajenados de Barrio Norte y fascistas de prosapia camuflados en la masa de desocupados donde con financiación vaticana operan para manipularlos. Bergoglio hará lo imposible por no quedar en la historia como modelo del fracaso.

El Vaticano no se lo perdonará. Autodenominado Juan Pablo

II, Karol Wojtyla llevó a Polonia a una contrarrevolución sin precedentes. Aun adoptando de manera oportunista el nombre Francisco (la consecuencia lo obligaba a llamarse Ignacio, pero esto era demasiado frontal contra el Opus Dei), Bergoglio no pudo impedir que en su país cayera una columna del dogma católico, pese a intervenir descaradamente para manipular organizaciones sociales y políticas; pese a que apeló a los más bajos recursos para lograr votos a favor del No.

Su extremismo será aprovechado por quienes se aprontan a adueñarse del éxito de una poderosa fuerza social, con raíces históricas y proyecciones políticas. Sólo necesitan buscar lo que sesudos representantes del poder establecido denominan "punto medio".

Tienen cómo intentarlo: de las 100 mujeres integrantes de Diputados gracias a la ley de cupo, 50 votaron a favor del proyecto, 49 se pronunciaron en contra, una se abstuvo. Pero no sólo aquellas que traicionaron su condición femenina cuentan en la próxima confrontación.

Habrá una batalla singular en el movimiento de mujeres, cualitativamente superior a la que pudo verse hasta ahora en multitudinarios Encuentros anuales. El pensamiento y la acción revolucionarias tienen una prueba severa por delante. Sin distinción de género. Se trata de impedir la subordinación institucional del poderoso movimiento expresado en el Congreso el 14 de junio.

De Argentina, para América Latina

A retaguardia en todo sentido, y aun así alcanzando la legalización de aborto, Argentina se ubica en ese punto a la vanguardia del continente (*).

Vale repetirlo una vez más: el sistema mundial pretende presentar al gobierno de Mauricio Macri como contraparte ejemplar de la propuesta revolucionaria simbolizada por Venezuela y el Alba.

Aunque una mayoría en el movimiento de mujeres no lo

admite, fue Macri quien habilitó en febrero pasado el debate parlamentario de una ley sobre el aborto. Cada quien puede hacer la suposición que mejor entienda para explicar ese paso inesperado. Incluso la vacua alusión al intento de tapar con esto la gravísima situación económica.

El hecho es que alguien -que no necesariamente integra el poder ejecutivo- buscó ejes temáticos de confrontación asimilables por el sistema capitalista y desafiantes para posiciones de avanzada, reales o no. De aquí en más quienes articularon esta exitosa operación, buscarán cobrar el rédito. Dentro y fuera de Argentina.

Apenas horas después de la votación en Diputados, los bloques del peronismo (Federal y kirchnerista), anunciaron que apoyarían el texto en el Senado. Cristina Fernández y su esposo bloquearon durante 12 años la presentación de proyectos a favor de la despenalización del aborto. Fernández explicó su giro en redondo por la presión de su hija. Poco tiempo atrás transvasó 4 millones de dólares inexplicables en su poder a una caja de seguridad de su hija. Ahora le transpasa la responsabilidad por este descarado oportunismo. Es de esperar que miles de mujeres cuyo abnegado compromiso con la lucha por la votación positiva en Diputados contribuyó con el resultado, saquen todas las consecuencias de esta conducta sin otro principio que la salvación individual. En cualquier caso, el oficialismo cobrará su cuenta.

En política internacional, único punto en el que el gobierno Macri aplica efectivamente una línea de acción estratégica, se pretenderá hacer aparecer este hecho sobresaliente como resultado de la superioridad del capitalismo sobre los propósitos de transición al socialismo. Venezuela y los gobiernos del Alba tienen aquí uno más de sus innumerables desafíos. Y no será menor.

En esta batalla nacional e internacional ya iniciada cabe a la militancia revolucionaria marxista un lugar decisivo. No con palabras –mucho menos gritos destemplados- sino con acciones sabiamente definidas como perspectiva antisistema para el movimiento de mujeres. La coincidencia de la votación de esta ley con el aniversario del secuestro de Inés reafirma una mirada optimista hacia el futuro. Está probado: el coraje fructifica.

16 de junio de 2018

(*) Post Scriptum. Como se sabe, la ley aprobada en Diputados fue rechazada el 8 de agosto en Senadores, por 38 contra 31 votos. Detras del giro de este cuerpo anacrónico y reaccionario, estuvo un movimiento inesperado y sin precedentes: la unión de la iglesia católica y las numerosas denominaciones protestantes, alianza en la cual jugaron un papel decisivo para la movilización las estructuras evangélicas.

Se afianza el plan de saneamiento y aumenta la tensión social

Detrás del ruido tiende a consolidarse el proyecto de saneamiento capitalista y afianzamiento del bloque burgués.

Ocurre tras el vendaval de mayo: devaluación, retracción económica, disminución del consumo, caída del salario real, aumento del desempleo y la pobreza, actos, cortes de calles y paro de la CGT, cambio de ministros y rectificaciones de última hora. Gran confusión, temores y un saldo neto.

A la caída económica del último trimestre le seguirá más recesión con alta inflación en los próximos meses. El dólar llegó al precio necesario para gobierno y empresarios. Es probable que con diferentes recursos se logre remontar la actividad antes de fin de año. Diferentes consultoras avalan trascendidos del gobierno según los cuales esperan un crecimiento de 1,5% para 2018. Para el año próximo la expectativa es de 1,8%. En paralelo se acentuará el ajuste fiscal. El salario real caerá. Crecerá el desempleo y el empleo de baja calidad; se avanzará en la racionalización del sector público.

Esto lleva a mayor conflictividad social y exigirá más contorsiones a las cúpulas sindicales y la pseudo oposición burguesa. Pero no debería dar lugar a confusión sobre realidad y dinámica de la relación de fuerza entre las clases.

Hacia fines de abril el capital financiero internacional

promovió la detonación de la crisis a la que había alimentado por todos los medios. Ellos determinaron la corrida al dólar, articularon la furiosa campaña mediática, extremaron presiones externas e internas. En la base estuvo el aumento de tasas de interés en Estados Unidos, letal para una economía basada en el endeudamiento constante; además un factor local de carácter coyuntural: la combinación de inundaciones y sequías disminuyó abruptamente los ingresos por exportación cerealera. Y envolviéndolo todo, la comprobación de que los irreparables desequilibrios del sistema no se corrigen gradualmente y en calma social.

Con la totalidad de la iniciativa política en sus manos, el bloque burgués asimiló el impacto de estas y otras dificultades y las enderezó en perjuicio directo de las mayorías.

En medio del torbellino este sector dominante ganó espacio económico, poder político y afirmación estratégica. Para ello intervino el Fondo Monetario Internacional con un préstamo excepcional de 50 mil millones de dólares para consolidar –en menor plazo del previsto- el plan de saneamiento. También se recurrió al cambio de calificación del país de "fronterizo" a "emergente" (según las vacuas y arbitrarias categorías impuestas por manipuladores de oficio), lo cual debería redundar en mayor facilidad para el ingreso de capitales especulativos.

Al cabo de un mes de zozobra, todo se resume a un desplazamiento en las relaciones de fuerza en el conjunto granburgués, cambio de ritmo para aplicar las medidas de salvataje y drástica devaluación del peso (menos de 20 en enero, más de 28 a fines de junio).

Complemento indispensable

Al otro extremo y como parte del mismo juego, la Confederación General de Trabajadores (CGT), decretó una huelga general para el 25 de junio. Decretar es el verbo correcto. No se trata de una convocatoria a los trabajadores. Mucho menos de un proceso de asambleas obreras y populares para decidir

un plan de lucha y contraponerlo a la estrategia del capital. La mayoría de la cúpula cegetista está alineada con el frente amplio burgués constituido en torno al presidente Mauricio Macri. Hay disidencias internas con esa posición. Quienes las mantienen responden a intereses empresariales propios, a sectores subordinados y acorralados de la burguesía y a necesidad de autodefensa de sindicalistas a punto de ir a la cárcel por sus negocios ilegales. Todos convergen sin embargo en la huelga, destinada a obrar como válvula de escape: se reabre en pocas semanas la revisión de Paritaria y las cúpulas deben mantener el control.

A la "turbulencia cambiaria" le puso sal y pimienta el peronismo, al aprovechar la coyuntura para presentarse como reemplazo institucional de Cambiemos en las presidenciales de 2019. La CGT y otras siglas sindicales subieron al último vagón de esa misma ilusión. Espectáculo al margen, no hubo riesgo de "helicóptero" (la fuga de Macri como De la Rúa en 2001). Eso marginaliza aún más a las raleadas huestes de la ex presidente Cristina Fernández, lo cual no garantiza una reelección del actual elenco el año próximo, pero excluye el retorno al poder de la protoburguesía advenediza que exprimió su golpe de suerte entre 2003 y 2015. Hoy puede ponerse en duda la reelección automática de Macri, pero es posible excluir una victoria electoral de Fernández o alguien de los suyos. En cuanto al resto del peronismo, cualquiera de los innumerables nombres en fila para pedir el puesto de candidato presidencial deberá antes dar prueba de incondicional sumisión a la continuidad de la política actual. El frente amplio burgués consiste precisamente en esto: disputar con apariencia democrática el poder, sobre la base de un saneamiento indispensable para que el agonizante capitalismo argentino tenga un exangüe período de sobrevida.

De esto se desprende el dato principal de la coyuntura política argentina: los trabajadores, las juventudes, la masa popular urbana y rural explotada por el capitalismo, no están

presentes en el escenario político; no tienen voz propia frente a la encrucijada definitiva de la nación. Reparar esa omisión es la gran tarea. El futuro dirá si los hombres y mujeres que pueblan la Argentina de hoy están hechos con el material necesario para cumplirla.
22 de junio de 2018

Argentina en descomposición

Espectáculo novelesco: empresarios de primera línea, altos funcionarios de gobierno, pillos de poca monta, todos revueltos y expuestos a la luz pública como protagonistas de un sistema de piratería oficial anclado en la Casa Rosada.

Festín para la prensa comercial: profusión de revelaciones escabrosas, confesiones y delaciones; desfile de personajes famosos o desconocidos ante jueces y fiscales; cárceles colmadas con esta nueva especie de reos, que incluye un ex vicepresidente, un súper ministro -el único que mantuvo su cargo durante los doce años de Néstor Kirchner y Cristina Fernández en la Casa Rosada- dos docenas de empresarios tradicionales y advenedizos, más algún sindicalista.

Asombro, repugnancia, temor en la ciudadanía expectante, que no termina de creer lo que ve mientras siente que su salario se disuelve en una descontrolada carrera inflacionaria.

Parálisis, ostensible incapacidad para la acción en las cúpulas del poder burgués, mientras la sociedad los coloca a todos en la misma bolsa y las instituciones del capital parecen licuarse a mayor velocidad que la moneda.

Parálisis también en un activo político y sindical desconcertado, desarmado. Sin estrategia y sin otra táctica que demandar aumento salarial o condenar individualmente a tal o cual gobernante.

Estos son los rasgos sobresalientes a diez días de iniciada una cadena de revelaciones que expone el mecanismo para cobrar, trasladar, lavar, invertir y ocultar coimas en dimensiones fabulosas y sin precedentes. Es algo así como el encadenamiento molecular que desemboca en una explosión atómica.

No hay exageración alguna en esa comparación. Como centro de atención pública está la ex presidente (su esposo falleció en 2010). La catarata de denuncias, con pruebas sobradas y visibles, avaladas además por denuncias abrumadoras de su círculo más íntimo, augura un desenlace judicial que difícilmente pueda evitar su encarcelamiento. Pero eso es ínfimo en comparación con el verdadero fenómeno en curso.

Cobro y pago de coimas involucra a todos los partidos y a los más grandes empresarios tradicionales del país (déjese de lado a los advenedizos, nacidos precisamente para darle a este delito nivel de sistema); no deja al margen a las iglesias -en primer lugar la católica y su papa argentino- y, desde luego, apunta una filosa daga contra 9 de cada 10 jueces y fiscales. Más aún: es impensable el volumen de dinero en cuestión sin la participación del narcotráfico, el juego legal y clandestino, la trata de personas…

Dicho de otra manera: por mucho que esta inconmensurable purulencia se exponga alojada en un partido y algunos de sus más notorios representantes, en realidad afecta a las vigas maestras del sistema capitalista en el país. Y de allí proviene.

Responsabilidades

Atruena el silencio de las autoridades políticas. De las dirigencias sindicales. No sólo de derechas. Sólo por excepción alguna figura aliada a Cristina Fernández ha salido a decir que denuncias, textos, filmaciones, delaciones y declaraciones formales ante el juez a cargo sobre el trasiego de bolsos repletos de dinero es una trampa urdida por el gobierno y el diario La Nación contra la ex presidente. Han involucrado al papa Bergoglio en esa defensa. Más significativa, aunque menos visible, es la desaparición absoluta de los intelectuales del kirchnerismo: ni una palabra.

Militantes convencidos de que durante los tres gobiernos anteriores se intentaba hacer un país mejor, e incluso avanzar por el camino de la unidad latinoamericana y la revolución, contraponen esa idea con el gobierno actual y, en muchos casos, rechazan las pruebas de la realidad. Puede comprenderse tal reacción, al menos durante un primer período.

Como se ve, "la realidad noes la única verdad", por la simple razón de que siempre, en cualquier momento y toda circunstancia, lo que está en discusión es precisamente la realidad. Aun así, quienes defienden esa frase insustancial debieran ser consecuentes con la conclusión necesaria.

Más discutibles son aún las previsiones, lo cual no debe impedir ensayarlas: quienes se aferren a la defensa de lo indefendible, serán arrastrados al pantano junto con los nombres más notorios de este período.

No lo decimos ahora, cuando el árbol está caído. Caracterizamos a Kirchner y los suyos desde el primer momento (www.luisbilbao.com.ar; www.uniondemilitantes.com.ar). Denunciamos la falacia de que fuera un equipo político revolucionario. Enfrentamos la idea de que ese elenco gobernante pudiera ser utilizado para una transición en ese sentido.

En 2004 un libro titulado Argentina como clave regional, expuso sin cortapisas la opinión sobre lo que por entonces comenzaba a llamarse kirchnerismo.

En 2013, a causa de un texto contra Fernández titulado Tristeza, vergüenza, indignación,un diplomático venezolano lanzó contra mi persona una diatriba tan furibunda como irreflexiva. La obligada respuesta decía lo siguiente:

"En mi opinión eso (el carácter del gobierno argentino) resulta de, por ejemplo, pagarle 173 mil millones de dólares (cifras dadas por Cristina Fernández como reivindicación y ejemplo) de una deuda externa fraudulenta. No crea que olvido la cumbre de Mar del Plata. Pero, de qué vale acompañar el freno al Alca si luego, por vía directa, le entregamos tamaña riqueza al capital financiero internacional y la Presidente se jacta, con su estilo:

"Más que deudores recalcitrantes, somos pagadores seriales". Lo pongo en cifras redondas para que quede claro: este gobierno recibió el país con 200 mil millones de dólares de deuda externa; pagó 200 mil millones de dólares y debe a la fecha 200 mil millones de la misma moneda. Favorecer al imperialismo es sumarse al G-20. O sentarse en una conferencia pública en Canadá con el presidente de la Barrick Gold, cometiendo la afrenta de poner detrás, como símbolo, la bandera argentina junto a la bandera de la transnacional que roba nuestras riquezas y destruye nuestro hábitat. O acordar con el Ciadi. O hacer del Indec un hazmerreír para después ir a arrodillarse otra vez ante el FMI… ¡para que nos enseñen estadística! O designar como jefe del ejército a un oficial comprometido con la represión. O privatizar primero y pseudoestatizar después a YPF, mientras se aniquila el autoabastecimiento energético. O tener como principal sostén sindical a Gerardo Martínez, secretario general del sindicato de la Construcción, adonde llegó durante la dictadura como informante del batallón 601, célebre por su actuación en la represión ilegal de aquellos años". (26/11/2013: http://www.luisbilbao.com.ar/?s=Réplica)

En innumerables textos y exposiciones subrayamos desde la primera hora la ajenidad de Kirchner y su esposa respecto de cualquier política efectiva y consecuente de unión suramericana. Señalamos en cada oportunidad el doble discurso que se concretó siempre en el abandono a la Revolución Bolivariana y su líder, Hugo Chávez. Denunciamos la negativa a sumar a Argentina al Alba y, en su lugar, adosarse de manera parasitaria al G-20, para congraciarse con el imperialismo justo en 2008, momento de máxima crisis del sistema capitalista mundial, lo cual implicó entre otras cosas rechazar la creación de una moneda latinoamericana e impulsar el Banco del Sur y condenó al Alba al aislamiento.

Mientras se aplicaban estas políticas, ladronzuelos disfrazados con traje y corbata, encaramados en sitios de elevada jerarquía (por caso el vicepresidente, ahora preso, condenado a

seis años de cárcel por su intento de apropiarse de una imprenta para hacer papel moneda), trasladaban maletas colmadas de dólares o euros a la Casa Rosada, a la residencia de Olivos o al domicilio personal de la familia Kirchner.

Es coherente y está probado. El país puede verlo cada día, ad nauseam, en los medios de prensa del capital. Hasta el ex jefe de gabinete de Fernández, Juan Abal Medina, reconoció que esto ocurría en su oficina, a metros del despacho presidencial. Dos presidentes de la Unión Industrial Argentina (UIA), acusados, se acogieron a los beneficios de la delación. Lo mismo ocurre con dos presidentes de la Cámara Argentina de la Construcción (CAC): Carlos Wagner y Juan Chediack, denunciaron con profusión de detalles el sistema de cobro y recaudación de coimas. Según informa Clarín, este último agregó un eslabón hasta ahora faltante: la participación de notorios banqueros en la tarea de lavar y trasladar fuera del país las ingentes sumas recaudadas. Habrá sorpresas en este rubro. Claudio Uberti, mano derecha de Kirchner hizo una narración minuciosa de sus andanzas como valijero de primer nivel. Son muchos más quienes se acogieron al régimen de delación premiada: recolectores, choferes, el piloto del avión presidencial y… cantidad de empresarios que pagaban para obtener obras a las que se le multiplicaban los costos para aumentar ganancias y a la vez pagar coimas desmesuradas. Un saqueo descarado a la sociedad expuesto con naturalidad por ancianos explotadores sin vergüenza.

Cuando asumió Mauricio Macri como presidente había más del 30% de la población bajo la línea de pobreza (por estas horas vuelve a aumentar vertiginosamente ese porcentaje fatídico). La infraestructura estaba -y sigue estando- devastada; los precios relativos desquiciaban todo y la macroeconomía era –y sigue siendo- insostenible. Mientras la sociedad se hundía en la pobreza y sus terribles secuelas, tenía lugar este robo a gran escala.

¿Es tan difícil comprender por qué ganó la derecha tradicional? Ciertamente no por responsabilidad de quienes en la

base de la sociedad creyeron en el carácter "nacional y popular" de Kirchner y los suyos. Pero las dirigencias -peronistas o con diferentes ropajes supuestamente progresistas- no pueden eludir su responsabilidad, tanto en las políticas económicas de esos 12 años como en esta operación escandalosa de robo sistemático.

Más allá de toda acusación o prueba, sin embargo, hay un hecho fuera de discusión: según las propias declaraciones juradas, durante los doce años de gobierno de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, la cuantiosa fortuna familiar se multiplicó de manera desmesurada e inexplicable según las prácticas legales del capitalismo. ¿Es aceptable que aumente de tal manera la riqueza propia mientras se gobierna un país en crisis convulsiva y empobrecimiento vertiginoso? ¿Qué persona honesta -no digamos ya militantes con convicciones revolucionarias- aceptaría que su punto de referencia político enriqueciera mientras empobrece el país y el conjunto de la población?

Forma y dinámica de las revelaciones de corrupción

Son responsabilidades insoslayables, indelegables. Ahora bien: urge decir que la corrupción es una función del sistema en crisis. A crisis extrema, corrupción de parejo nivel. Durante los años del menemismo repetimos que las denuncias de corrupción sólo ocultaban el verdadero saqueo del país: pago de deuda y mayor endeudamiento, privatizaciones y otras tantas tropelías de un gobierno peronista del que unos pocos segmentos se desprendieron y diferenciaron.

Eso sigue siendo verdad: no han robado tanto cuanto pagaron en concepto de ilegítima deuda externa. La diferencia es que durante el kirchnerato la recaudación por corrupción aumentó cualitativamente y se transformó en formato de gobierno que al cabo expuso la descomposición de todo el sistema establecido. Multiplicada al infinito, la cantidad cambió la calidad del fenómeno.

La denuncia hecha a través de la filtración de cuadernos

con minuciosos apuntes del chofer del recaudador del ministro Julio De Vido, llegó a manos de un periodista de La Nación. Según sus declaraciones Diego Cabot trabajó durante meses comprobando cada afirmación de la Bitácora de este chofer, un ex sargento del ejército. Cuando estuvo todo comprobado, llevó el material al fiscal Carlos Stornelli y al juez Claudio Bonadío, quienes comenzaron con una catarata de acusaciones multiplicada de inmediato por los acusados en busca de acogerse a la ley de arrepentidos. Detalle al margen: Bonadío fue miembro de Guardia de Hierro, la formación fascista del peronismo en los años 1960/70. Igual que Bergoglio, el jesuita ahora empeñado en probar que guarda las tradiciones de su orden.

Uno entre tantos ejemplos de la debacle: Aldo Roggio, titular de la centenaria empresa Benito Roggio, se declaró arrepentido el 15 de agosto y al día siguiente renunció a la presidencia del Directorio de este conglomerado que, con base en la construcción y las obras públicas, intentó ampliarse a otras áreas.

Este fenómeno de fisión nuclear en el aparato de poder político ocurre cuando la crisis económica reaparece con fuerza multiplicada. En la respuesta al diplomático interesado en defender a la Sra Fernández, decía el texto arriba citado:

"En los días siguientes (a la designacion de Jorge Capitanich como jefe de gabinete), personajes tales como Mauricio Macri (Internacional Parda) y Eduardo Duhalde (ídem), Sergio Massa (Departamento de Estado, ex jefe de gabinete de este gobierno, gran vencedor de las elecciones en octubre), acompañados por buena parte de las cúpulas empresariales y políticas, salieron a cantar loas a Capitanich. No cabe sorpresa por hallarme a mí al otro lado de la barricada. El ajuste iniciado con cuentagotas en noviembre de 2011 se blanquea ahora y adquiere todo el ímpetu que le impone la crisis. ¿Debería ocultar este curso ante mi clase y mis compatriotas?

Asistiremos a muchos zigzagueos oficiales en el próximo período. Pero no abrigo dudas sobre la resultante: será la misma que se ve luego de 10 años de doble discurso. Argentina va en

sentido inverso a la unión del pueblo, la afirmación interna y la unidad latinoamericana. Se impone una aceleración en la desagregación de la alianza política que sostuvo a Néstor y Cristina Kirchner. Y la crisis económica es más seria de lo que todos los enemigos burgueses del gobierno admiten. Vienen momentos difíciles". (ibid)

No hay oportunismo, entonces, en afirmar ahora la pertinencia de las revelaciones que sacuden al país. Entendemos que el periodista hizo su trabajo y lo hizo bien. La Nación hizo el suyo, como portavoz del gran capital, especialmente empeñado en el saneamiento del sistema para reiniciar un nuevo ciclo. Según Cabot, un sargento de policía lo abordó en un supermercado para entregarle los cuadernos de marras, puestos en sus manos por su amigo el chofer del ministerio de Planificación, sargento del ejército.

¿Sargentos sin generales? No hay que ser Watson para incurrir en la obviedad de suponer la participación de servicios de espionaje en este maremoto. Tanto para que esa notable Bitácora existiera, como para que llegara a manos del periodista en el momento adecuado: cuando comienza la campaña por la elección presidencial del año próximo. Pero no sabemos nada al respecto, que en su significación fundamental es anecdótico, carece de toda importancia: consumada en Argentina la marcha "en sentido inverso a la unión del pueblo, la afirmación interna y la unidad latinoamericana", es obvio que el país está a merced de todo tipo de manejos, internos y externos, siempre en función de los intereses del gran capital. El hecho es que digitada o no, la operación inicial se fue de control.

A mediados de agosto esto significa un golpe demoledor para el peronismo y en primer lugar para el ala identificada con Cristina Fernández. En ese sentido favorece al gobierno. Pero a su vez amenaza a Macri y sus aliados porque él mismo -y muchos de sus colaboradores dentro y fuera del aparato oficial- proviene de la llamada "patria contratista". Sobre todo, combinada con el agravamiento de la crisis económica, la ava-

lancha de denuncias plantea el riesgo de ingobernabilidad o, como mínimo, dificultades extremas para la estabilidad social y el equilibrio del poder político.

En pocas palabras: Argentina ingresa en una nueva fase de graves turbulencias con una burguesía sin partidos, una iglesia golpeada por su propia corrupción y por su reciente papel nefasto al impedir una ley que legalizaría el aborto, sin sindicatos reconocidos y respetados por las bases, con el empresariado expuesto en su impúdica desnudez, sin instituciones capaces de afrontar una explosión social espontánea y, por supuesto, sin un partido revolucionario con aval de masas.

Burguesía en emergencia

Pocas horas atrás, el 15 de agosto, se reunió la única organización del capital que se mantiene con un mínimo de coherencia: la Asociación Empresaria Argentina (AEA). Su máximo exponente, Paolo Roca, presidente del grupo Techint (la mayor empresa privada del país), está acusado de pagar coimas multimillonarias y se defiende de manera abyecta: uno de sus principales ejecutivos, quien se declaró arrepentido, dijo que pagaron a Kirchner para lograr que Chávez permitiera la salida de unos 500 empleados argentinos de la empresa Sidor, cuando ésta fue nacionalizada en Venezuela. Roca repitió el argumento. Es redondamente mentira que la coima se haya pagado para eso. No hubo, en absoluto, impedimento alguno para que empleados de Sidor regresaran a su país. La coima fue para que el ex presidente interviniera a favor de incrementar el monto por indemnización que pagaría Venezuela. Así incentivado, Kirchner presionó en declaración pública al gobierno de Chávez. Un editorial de La Nación citó con encomio, en aquellos momentos, la opinión del ex presidente.

Como sea, el hecho es que tras su mentira justificatoria, Roca dijo formalmente en la reunión de AEA: "Las rebajas de las retenciones, la reducción parcial de algunos reintegros o la postergación parcial de algunos aspectos de la reforma

fiscal son sacrificios inevitables hoy para poder llegar a tener a mediano plazo un país con menor carga impositiva y un país creciente". En el mismo encuentro el titular de Pan American Energy, Alejandro Bulgheroni, expresó: "Tenemos costos laborales altos y productividad baja. Creo que deberíamos negociar nuevos convenios de trabajo donde se tenga en cuenta la productividad". Héctor Magnetto, titular del Grupo Clarín, declaró: "Por un lado, la extraordinaria versatilidad de nuestros recursos nos tiende a menudo la trampa de creernos más ricos de lo que somos y de gastar a cuenta" (todas las citas están tomadas de la página web del diario La Nación)

Traducido: apoyamos el ajuste; demandamos menor costo de la mano de obra; reclamamos acentuar el ajuste. En términos políticos, frente a la amenaza de la crisis económica y la involuntaria escalada contra el empresariado, el gran capital cierra filas con el gobierno.

También puede decirse de otra manera: en situación de emergencia, la gran burguesía avala el choque mortal con advenedizos y corruptos confesos, exige continuidad en el ajuste económico y juega su suerte con el gobierno de Macri. El Frente Amplio Burgués continúa vigente. Una vez que AEA da la tónica, otras voces afinarán con ésta, aunque desconozcan el arte de la armonía y desafinen hasta lo insoportable: el FAB (sigla inexistente, por supuesto) buscará rearticularse.

Habrá que ver si lo consigue. Porque está en juego otra batalla, encubierta bajo el estrépito de la corrupción. En condiciones normales, mediante diferentes mecanismos el gran capital succiona a sus pares de menor envergadura una porción de la plusvalía que estos obtienen de sus trabajadores. En Argentina, una fracción advenediza de la burguesía parasitaria, circunstancialmente al comando de las palancas del Estado, encontró un modo singular de birlar riqueza a grandes empresarios. Llegada la hora política, la tortilla se vuelve. Los ganadores de ayer lo pagarán muy caro. El costo de este juego siniestro cae sobre los trabajadores y el conjunto de la población.

Lo que vendrá

¿Cómo saldrá el gobierno de la gravísima encrucijada económica, que algunos portavoces del gran capital igualan con 2001? ¿Cómo se cumplirá con los planes de obras públicas, base de cualquier reactivación económica, si los titulares de las empresas que deben hacer ese trabajo están presos, arrepentidoso sospechados de formar parte del sistema de corrupción organizado por el propio aparato del Estado? ¿Cómo resolverá el Ejecutivo la contradicción entre poder político y poder establecido?

No hay dos maneras. O el gobierno expropia, estatiza y toma el control de todas las empresas expuestas en la corrupción sistémica, o negocia con los supuestos arrepentidos.

Una tercera opción es llevar a la quiebra esas empresas y afrontar la desocupación de miles de trabajadores, pero sobre todo la imposibilidad de utilizar la capacidad productiva de ese conjunto para impulsar la reactivación y ganar puntos con vistas a las elecciones del año próximo.

¿Encontrarán los ministros de Macri un tercer camino? Es posible. Tanto como es seguro que cualquiera de las dos últimas opciones teóricas desembocaría en un rápido fracaso, con el consecuente agravamiento del cuadro general. Como es impensable que opten por la estatización de ese pozo de corrupción, resta prepararse para el resultado.

Al día siguiente de la AEA hubo un acto político-sindical convocado por Hugo Moyano, titular del sindicato de Camioneros, también él acorralado por numerosas acusaciones judiciales, aunque por diferentes razones. Aislado respecto del conjunto de la Confederación de Trabajadores (CGT), Moyano dijo en su discurso: "los jueces y fiscales presionados por el Gobierno podrán quitarme la libertad, pero no la dignidad de defender a los trabajadores". No habló sin embargo de las acusaciones contra empresarios y funcionarios y no mencionó a Cristina Fernández, con quien hasta días antes apareció nuevamente asociado en la perspectiva de un frente electoral para 2019. En cambio presentó

un programa basado en los Congresos de La Falda y Huerta Grande, referencias históricas del movimiento obrero.

Esta reivindicación de Moyano, avalada por un puñado de sindicalistas de escaso o nulo respaldo, merece un paréntesis. Con motivo del 40º aniversario de la insurrección obrero-estudiantil en Córdoba, revolucionarios de diferentes orígenes, convocados por la Unión de Militantes por el Socialismo, realizaron el Encuentro Huerta Grande-Cordobazo. El propósito fue unir hechos históricos como fundamento de un programa de acción frente al gobierno de Néstor Kirchner, ya claramente definido a favor de un "capitalismo serio", que tomaba a Alemania como modelo.

Moyano era por entonces oficialista. Y los sindicalistas que el 16 de agosto último lo acompañaron se habían deslizado a mayor o menor velocidad hacia el llamado "kirchnerismo". Nadie apeló a los fundamentos de los programas de Huerta Grande y La Falda para afrontar la coyuntura (estábamos en medio de una aguda recesión y Kirchner sería aplastado en las elecciones legislativas). Por el contrario, hicieron lo impensable para abortar aquel intento de retomar banderas históricas de lucha obrera y popular. Lo lograron. A la vuelta de 10 años, en medio de la descomposición nacional, reducidos a su mínima expresión, recuerdan aquellos programas. ¿Puede sorprender que los trabajadores, las juventudes, no les crean?

Enfundada en esa retórica se anunció la creación de una "Multisectorial 21 F". Se trata de una singular alianza evangélico-católica. La misma que movilizó considerables multitudes de inequívoco signo derechista y presionó sobre los senadores al punto de evitar la legalización del aborto. Moyano -acólito del movimiento evangelista- y numerosos aspirantes a representantes del papa -entre los cuales algunos fascistas de prosapia- lanzan esta supuesta multisectorial con la elección presidencial como objetivo. Involuntariamente ponen de manifiesto a la vez una debilidad insólita de la iglesia católica, el auge de las denominaciones evangelistas, la ausencia de puntos

de apoyo firmes para una formación electoral burguesa y, último pero de primera importancia, la desorientación desesperada de sindicalistas otrora considerados combativos.

Con todo, aquellos conceptos para la acción afirmados por los trabajadores en Huerta Grande y La Falda continúan vigentes. Sólo que su aplicación requiere de una fuerza política independiente del capital, en combate franco con el intento de rearmar un frente capitalista para las elecciones presidenciales, religioso o no, encabezado o no por Cristina Fernández.

Recomposición

No hace falta decir que una institución tan putrefacta como el Poder Judicial no saneará un sistema político hundido en el lodazal. Mucho menos cabe esperar que el gobierno Macri, representativo del gran capital, lleve a la conclusión virtuosa el juicio a los principales exponentes de la burguesía, ahora mostrados en público como vulgares ladrones. Todo lo más, si acaso lo consiguen, pondrán fuera de juego -y tal vez en la cárcel- a figuras de la protoburguesía advenediza predominante en el último período.

Por mucho que se vista con ropas ajenas, la alianza en ciernes católico-evangelista, en caso de consolidarse no podría sino impulsar una deriva reaccionaria, oscurantista, mafiosa y por supuesto pro-capitalista, como lo mostró en su lucha contra la legalización del aborto.

En un momento clave para América Latina, con el sistema capitalista global convulsionado y en vertiginosa decadencia, Estados Unidos aprovecha la coyuntura local para acentuar el saqueo de riquezas pero, sobre todo, para usar al país como plataforma contrarrevolucionaria en el continente. Washington promueve la guerra como única respuesta a la crisis económica que carcome su poder.

Impensable la recomposición del país limitada a sus fronteras nacionales. Argentina no dejará de rodar hacia el abismo si hombres y mujeres conscientes no se disponen a llevar a cabo

una muy honda revolución política, económica, social y cultural. Ese objetivo gigantesco sólo podrá ponerse en marcha y avanzar exitosamente a escala internacional y con base específica en América Latina. Este texto concluye en el día aniversario del Libertador José de San Martín. Hace 200 años él comprendió esta verdad elemental. Es hora de poner manos a la obra.
17 de agosto de 2018

Desconcierto general

A la vista de los movimientos convulsivos de la economía y la catarata de denuncias por corrupción, alguien echó a rodar el rumor: "parece que se viene un 2001". El número alude al año fatídico, cuando el capitalismo argentino en tirabuzón arrastró al sistema político en su totalidad.

La voz no provino de cenáculos académicos, donde se observa la marcha de la economía como la vaca mira al tren. Tampoco de cierta cámara empresaria donde 5 personas toman decisiones para todo el país. Ni siquiera de un partido opositor. Resonó en reductos adecuadamente denominados "cuevas", donde gente tan habilidosa en el manejo del dinero como ignorante de la economía política en tanto ciencia, aprovecha la crisis para amasar fortunas obscenas mientras el país se derrumba. El rumor llegó al periodismo. Y se expandió como peste: "se viene el 2001"

En rigor, nada hay en la economía nacional que lleve a prever a corto plazo semejante hecatombe. Pese a que los números macroeconómicos son insostenibles y el malestar social aumenta, no existe la base social acumulada entre 1995 y 2001. En ese entonces, incluso desviado por líderes al servicio enmascarado del capital, malversado en estructuras contrarias a las necesidades del país y los trabajadores (Frepaso, CGT, CTA, MTA) había un considerable grado de movilización y organización. Más aún: hoy no está el dúo Eduardo Duhalde-Raúl

Alfonsín para encender la mecha. Y por sobre todo, Techint y otros miembros de la AEA (Asociación Empresaria Argentina) no están en disposición de derrocar al gobierno, sino todo lo contrario (1).

Por eso es tanto más significativo que un temor infundado ganara espacio de inmediato y pusiera en guardia a todo el poder establecido. Hay desconcierto y miedo.

Lo que la crisis se llevó

Como ahora queda a la vista, 2001 se llevó a la UCR y al PJ. También a la CGT y otras variantes menores de un sindicalismo basado en la cuota de afiliación descontada por las patronales. Transformó a la iglesia vaticana en apéndice evangelista. Elevó cualitativamente el lugar del narcotráfico en la sociedad argentina, sobre la estructura montada durante el período Carlos Menem. Exhibió la escasa majestad de la justicia. Y mostró en carne viva a las clases dominantes. En suma: a la fecha el gran capital no tiene a la mano sino a Mauricio Macri y Cambiemos. Y sólo con variantes de esa ecuación vacía puede programar el futuro inmediato.

El dilema es si abren o no la puerta de entrada al gobierno a lo que, en prueba de su escala intelectual, denominan "peronismo racional" (¿el rabino Bergman será prueba de la racionalidad del Pro? ¿O acaso el senador Bullrich?). En realidad el dilema es si el nuevo partido que intenta formar la burguesía tendrá en partes proporcionales exponentes peronistas, radicales, conservadores y socialdemócratas, o si se intentará la vía de salida con "lo nuevo", es decir, el elenco actual.

Como Macri no define esa incógnita, tampoco pueden hacerlo los fragmentos del PJ. Entonces Cristina Fernández puede sacar la cabeza del lodazal y afirmar "no me arrepiento de nada" (¿ni siquiera de afirmar que en Venezuela no hay, desde hace tres años, Estado de Derecho?).

Así, quedan como polos electorales Macri y Fernández. En tercer lugar un bloque en gestación de socialdemócratas sin

votos sumados a empleados devaluados del Departamento de Estado. Más allá se ve una algarabía de siglas estridentes que pide el derrocamiento inmediato de Macri, con el transparente objetivo de obtener más votos en octubre de 2019. Al final del cortejo aparece un mejunje indescifrable de militantes con sincero compromiso conducidos por desesperados buscadores de un rinconcito en el Estado burgués.

Por detrás de incompetencias y manipulaciones, hay una realidad que explica la rápida aceptación de la voz de alarma. No es que "se viene un 2001". Es que 2001 nunca se fue.

Kirchner, su esposa y su séquito entraron a la Casa Rosada porque la institucionalidad burguesa había estallado. Olieron la oportunidad y actuaron de acuerdo a sus aspiraciones. Allí están los Cuadernos de Centeno, que no equivalen precisamente al Plan de Operaciones de Mariano Moreno. Hicieron su faena y abrieron un paréntesis de 12 años. En este mismo momento están bajo la mirada de las masas. Ya ganaron su lugar en un capítulo menor de la picaresca vernácula.

Desde diciembre de 2015 el gran capital tradicional recuperó el control de las palancas, sin enojosos peajes. Y choca de frente con la realidad: la crisis que, sin respuesta de fondo, desemboca en un 2001 multiplicado por 100. O en la Revolución.

He allí por qué ellos, los defensores del sistema capitalista, unidos más allá de toda diferencia, buscarán su respuesta. Ya están a la vista los costos que implicaría su imposición. Hay otra negación alcanzable de esta realidad insoportable.

27 de agosto de 2018

1.- Decíamos en agosto de 2001: "Preparativos de recambio patronal. Todo indica que está en vías de consolidación una coalición compuesta por el ala alfonsinista de la UCR, el sector Duhalde en el PJ, la UIA, las dos CGT y la jerarquía de la iglesia con sus múltiples tentáculos, destinado a consolidar un parapeto ante la inexorable explosión del actual esquema de poder (…) Proponer o esperar la salida del desastre en el que está sumida la nación mediante una inyección keynesiana, incluso si está alentada por las mejores intenciones, es una quimera. Y en términos de accionar político, es una quimera reaccionaria: contribuir a una convergencia de las fuerzas sociales acosadas por la crisis con personajes como Duhalde y Alfonsín, tras un proyecto financiado por Techint y bendecido por la curia, es mucho más que

un error; si para los gerentes sindicales (de la central que sean) y los partidos de la burguesía es la única posibilidad de aferrarse a un madero en medio del maremoto, para los genuinos dirigentes sindicales (también: sean de la central que sean) y para el activismo sindical o político no comprometido con el capital, es una nueva forma de suicidio, más absurda y dolorosa aún que la de los 'frentes' que desembocaron en la Alianza". Ver Crítica de Nuestro Tiempo, Nº 26, Septiembre-Octubre de 2001: "Cómo enfrentar la depresión y la encerrona política".

Cómo evoluciona la coyuntura

En el mismo momento en que la sociedad contenía la respiración y buena parte del espectro político argentino esperaba la precipitación de la crisis y eventual renuncia de Mauricio Macri, gobernadores de 22 de las 24 provincias acudieron el 11 de septiembre a la Casa Rosada, convocados por el Presidente tras aprobar el presupuesto del año próximo. Luego posaron para la correspondiente foto con el primer mandatario, todos sonrientes.

Nadie ignoraba la inmersión del país en una fase de aguda recesión con altísima inflación. Se espera una caída anual de -2% o más del PIB, aunque de manera desigual. La inflación se ha desbocado: entre 40 y 45% para 2018. Resultado, caída del salario real, caída del consumo, despidos, más pobreza y marginación. Dato elocuente: dos tercios de los presentes en el cónclave de gobernadores que aprobó la propuesta oficial eran peronistas.

La "ley de leyes" pasa ahora para su sanción formal al Congreso de la Nación. Allí se escucharán gritos y habrá gestos vistosos. No cambiarán el resultado. En términos políticos el plan de gobierno Macri ya fue aprobado, al precio de importantes concesiones económicas a las provincias.

Queda confirmada de esta manera la existencia actuante de un frente amplio burgués (FAB) que respalda al actual gobierno. Cabe reiterar que este frente de facto, gestado y conducido por el gran capital, incluye al sindicalismo venal (que no está sólo

en la Confederación General de Trabajadores), así como a la iglesia católica y otros credos (muy particularmente el judaísmo sionista, con marcada presencia en el gobierno). "Hay que cuidar a Mauricio", dice ahora el papa.

Hay más ejemplos de la existencia actuante del FAB. Cámaras patronales del campo y la industria absorbieron con apenas quejas en sordina el impuesto de emergencia por dos años que aplicó Macri a las exportaciones. El mismo día en que los gobernadores acudían a la Casa Rosada, con el precio del dólar oscilando entre 38 y 40 pesos (una devaluación superior al 100%), 407 empresarios del Consejo Interamericano de Comercio y Producción (Cicyp) se reunían para un almuerzo en el Hotel Alvear. Según informa Francisco Jueguen, cronista del diario La Nación, el organizador, Adrián Werthein, subrayó que el empresariado tiene "la obligación de apoyar al Gobierno y a sus ministros. Hay muchas cosas que se hicieron mal, y el Gobierno lo reconoce, pero no estamos para poner el dedo en la llaga". Y lanzó la voz de orden: "Es un momento para apoyar, señores".

Antes, Macri mantuvo una comunicación telefónica con Donald Trump, quien según se informó, prestó total apoyo a la gestión del Presidente. Lo reafirmó su flamante embajador en Buenos Aires, Edward Prado: "Argentina tiene todo el apoyo de Estados Unidos", declaró al diario mencionado. Horas después, Macri departió largamente con Angela Merkel, la canciller alemana. Previamente, cuando formalizó el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, Macri había recibido esos mismos respaldos, más el del presidente chino Xi Jinping.

Tal la amplitud del frente burgués. Sin la certeza de ese factor determinante para la relación de fuerza entre las clases, la coyuntura se hace ininteligible. De allí deviene la total desorientación de esa hibridación imposible entre postkirchnerismo e infantoizquierdistas, capaz de imposibilitar al grueso del activo político la comprensión de la situación y de la dinámica en curso.

Durante la profusión de estos inequívocos respaldos las calles de Buenos Aires fueron –y son hasta la fecha- un pandemonium, con manifestaciones de sindicatos docentes y estatales, estudiantes, organizaciones barriales, todos acicateados por la vertiginosa suba de precios (y por otras razones que ya veremos): 3,9% de inflación en agosto, según el Indec; estimado en 5% para septiembre.

No obstante, queda firme la caracterización de que no hay una movilización general de los trabajadores y el pueblo contra la política oficial. Dos semanas atrás la CGT decretó (sigue siendo válido este verbo) un paro general para… el 25 de septiembre. El gobierno ya anunció que convocará a la dirigencia sindical antes de esa fecha.

Naturaleza e impacto de la crisis

Desde principios de mayo, cuando comenzó la escalada, resultó evidente que alguien sacude el árbol en Argentina para que caiga la manzana.

La crisis precipitó al impulso de una inusual combinación de factores: disminución en unos 7 mil millones de dólares por exportación cerealera (cayó en 35% la producción a causa de inundaciones seguidas de sequías); alza de la tasa de interés por parte de la Reserva Federal en Estados Unidos; crisis en Brasil, crisis en Turquía… De pronto se redujo el ingreso de divisas propio y se secó el flujo crediticio hacia Argentina.

Es indudable el enorme impacto de estos factores sobre una política basada en el endeudamiento constante y creciente para mantener el déficit fiscal, provocado por la herencia y la decisión oficial de no cortar subsidios ni despedir estatales, sostener la obra pública a gran escala y llegar así exitosamente a las elecciones presidenciales de 2019 para después, en un marco de crecimiento relativo y sin urgencias electorales, completar el saneamiento. La quimera se esfumó.

Sin embargo estas causas objetivas no son suficientes para explicar el colapso de la moneda. Se podría argüir, con razón,

el peso de la estridente impericia (o refinada perversidad; o ambas) de altos funcionarios como el ministro de Hacienda y el ex presidente del Banco Central. Aún así, no es todo. Quedan entonces dos incógnitas: ¿quién sacude el árbol? ¿la manzana está verde o pasada de madura?

Dicho de otro modo: ¿quién, con la mesa servida, alentó la crisis cambiaria entre mayo y septiembre? ¿qué quiere y puede hacer el gobierno frente a la embestida?

Empeñado como estaba en derrocar a Nicolás Maduro, el presidente de Argentina desatendió los riesgos que desde sus frágiles cimientos amenazan a la economía argentina. Perdió el control de un sector de las fuerzas sobre las que se apoya y trastabilló de tal manera que hasta llegó a entusiasmar al club del helicóptero.

Macri debió beber su propia medicina y se encontró en la situación en la que pretendió colocar al mandatario venezolano: giro económico inmanejable, confusión y parálisis política, aumento en flecha del malestar social.

La paradoja de esta coyuntura consiste en que detrás de ella no hay un desafío opositor, mucho menos una embestida de la clase trabajadora, sino una feroz lucha interburguesa en lo más alto de la pirámide capitalista. Por razones no totalmente develadas, en el centro de la estrafalaria coalición que acorraló a Macri está el Grupo Clarín. A su turno, se sumó La Nación. Y tras este mascarón de proa se encolumnaron factores más bien disonantes en un concierto sin Director: restos desesperados del kirchnerismo, un puñado de Bancos y… el infantoizquierdismo.

Está claro por qué convergió Cristina Fernández en este bloque circunstancial con su archienemigo Clarín: la aceleración de los juicios contra ella y su grupo de funcionarios y protoburgueses frustrados avanza como una lenta pero devastadora maquinaria. El maratón de grandes empresarios corriendo a tribunales para declararse arrepentidos y acusar a la ex presidente la sepulta como candidata vencedora para 2019. La coloca además muy cerca de la cárcel. En pocos días

comenzará un juicio por asociación ilícita contra ella y una cincuentena de funcionarios y empresarios. Hay muchos desesperados, incluso antes de que entren en la lista sindicalista, jueces, dirigentes de otros partidos y clérigos de diferentes religiones. Era urgente adelantarse.

Clarín y su cohorte mediática pueden haber tenido intereses más mezquinos aun al poner en jaque a su gobierno por una disputa crematística (¿publicidad, concesiones, acaso hombres de su equipo en el gabinete ministerial o… en la Corte Suprema?). Tal conducta agitadora de Clarín, radio Mitre, TN, La Nación et altri, difícilmente previsible, podría también explicarse con la aparición días atrás de una campaña, timoneada desde Washington, para acabar con la moneda nacional y dolarizar Argentina.

En cuanto a los Bancos involucrados, no hay misterio en sus propósitos: algunos, íntimamente asociados al régimen anterior, saben que han perdido la partida; otros, hicieron fabulosas ganancias oportunistas jugando con el subibaja del dólar, que pasó entre mayo y septiembre de 25 a 40 pesos.

La verdadera incógnita está en la adhesión del infantoizquierdismo a este bloque contra natura, así como de amplias capas del activo militante que oscilan entre la aproximación a los restos del kirchnerismo, la agitación semianarquista sin estrategia y la confusión respecto de la coyuntura, aunque por detrás de todos ellos esté, claro, la voluntad de detener la avanzada del capital tras el propósito de sanear el sistema económico y recomponer, a su medida, el sistema político argentino en ruinas.

La simplificación consistente en insultar a Macri como persona y calificarlo como "neoliberal" impide comprender la etapa y, por lo mismo, estar en condiciones de enfrentarla. Desconoce la estrategia de las clases dominantes locales e ignora la del imperialismo, que coloca a Argentina como polo alternativo a Venezuela y el Alba. Se ignora el efecto del frente amplio burgués y por lo mismo se hace el juego a las cúpulas sindicales, a los peores elementos del peronismo y al

reformismo socialdemócrata, que forman parte de ese bloque estratégico. Con las mejores intenciones, por supuesto. Pero con los resultados a la vista.

Macri no fugó en helicóptero. Siempre sobre la cuerda floja, a la fecha el gobierno parece en condiciones de dar vuelta la crisis enfilándola en favor de sus planes de saneamiento. Eso implica el dólar a 40 pesos, con el cual se licúan las deudas cuantiosas del Estado, se mejora la situación fiscal y se coloca al aparato productivo en mejor posición según el proyecto de país subordinado.

Parece evidente que al peso del FAB no se lo puede vencer cortando la intersección de Callao y Corrientes o desquiciando cotidianamente la vida ciudadana, en perjuicio en primer lugar de los trabajadores que deben acudir a sus tareas. Por el contrario, esto completa la enajenación de las clases medias y las pone a disposición del fascismo.

Mientras tanto vienen meses (¿6, 9, más?) de recesión e inflación. Eso dará lugar a mayor protesta social. Pero el grueso de esas próximas luchas está hegemonizada y teleguiada por el capital, a través de dirigencias sindicales y agrupamientos políticos ajenos a una raíz y una estrategia antisistema.

Es improbable que tales movilizaciones lleven a la caída de Macri. Con todo, dada la gravedad de la situación económica, si finalmente se resquebrajara el poder y culminara en un colapso, la perspectiva no sería en ningún caso un retorno del elenco enmascarado como "nacional y popular", tanto menos conducido por Cristina Fernández. En las actuales condiciones, tal resultado llevaría a la disgregación nacional, la desarticulación del aparato productivo y el caos general. Esta perspectiva, improbable a corto y mediano plazos, téngase en cuenta, ocurriría con la existencia de un poderoso frente amplio burgués nacional e internacional y la ausencia total, también a escala nacional e internacional, de un frente de clases oprimidas encabezado por el proletariado. ¿Quién es el comandante que aspira a acelerar la entrada a esa batalla?

Es obvio que la militancia antimperialista y anticapitalista no puede sustraerse a las luchas por mejoras salariales y reclamos económicos arguyendo que están hegemonizadas por sostenedores del sistema capitalista. Tampoco es el caso de arredrarse ante las perspectivas a las que arrastra la crisis capitalista. En cambio, es preciso hallar el camino para que la resistencia no derive primero en frustración, redunde luego en beneficio de la estrategia oficial y eventualmente acabe en un colapso de enormes consecuencias, prólogo de una salida abiertamente fascista del gran capital.

Está cambiando, otra vez, el contexto hemisférico. Para que esa mudanza tenga un desenlace positivo y sea posible iniciar una nueva etapa en el continente, resulta imperativo que, en Argentina y en un período de intensificación de la protesta social, la respuesta del activo militante frente a las masas conlleve a cada paso el fortalecimiento en la perspectiva de un frente clasista y popular, con inequívocas definiciones antimperialistas y anticapitalistas. Todo lo que no contribuya a esto, favorece la estrategia de Macri y el FAB que lo sostiene.

15 de septiembre de 2018

Gobernar sin partidos

No es algo nuevo. Impacta ahora porque está a la vista de todos: la burguesía argentina no tiene partidos con los cuales ejercer institucionalmente el poder.

Recomponer esos instrumentos es una de las tres tareas principales del frente amplio burgués que acompaña a Mauricio Macri. Las otras son sanear la economía desde el punto de vista de las necesidades del capital y limpiar al menos la fachada del Establo de Augías en que se ha convertido el sistema institucional, incluyendo al conjunto empresarial de las clases dominantes.

Aquellos tres eslabones rotos del poder burgués chirriaron

a punto de estallar en las últimas semanas. Políticos y portavoces del gran capital observaron azorados la aceleración de la crisis mientras la intelectualidad y la prensa no atinó siquiera a describir el curso de los acontecimientos. A cambio, se limita a chismes y naderías repetidas ad nauseam por comentaristas de apariencia seria.

El aparato político cruje como si fuera a desplomarse. Una catarata de juicios, delaciones y arrepentimientos tiene procesados a medio centenar de ex altos funcionarios y empresarios principales, la mayoría de ellos ya encarcelados y el resto en la lista de espera, por una operación de saqueo expuesta ante los ojos de la nación. La ex presidente Cristina Fernández está acusada de encabezar la banda delictiva.

Se acumulan pruebas para develar un mecanismo sin precedentes de exacción de riquezas por cifras milmillonarias en dólares. Nadie entre los acusados esboza una defensa, excepto intentar presentarse como víctimas de represalias políticas. El conjunto social no lo entiende así. Detalladas denuncias de empresarios, delaciones minuciosas de ex funcionarios, suman montañas de documentos incriminatorios imposibles de desmentir.

Para agregar ridículo al escarnio, un ejército de ex secretarios de Fernández y Néstor Kirchner, corre cada día a tribunales para denunciar con fruición a sus ex jefes y acaso obtener algún beneficio procesal por haber participado en el mecanismo y por su propio enriquecimiento ilícito. Sus revelaciones asombran y repugnan: caídos en desgracia sus señores, se abalanzan sobre ellos como caranchos.

Todavía falta demasiado por descubrir: el papel de gobernadores, intendentes, sindicalistas, legisladores, jueces, políticos de prácticamente todos los partidos, cientos de otros empresarios, periodistas, consultores, clérigos. Difícil pensar que se llegue al fondo: es el sistema mismo el que está corroído hasta la médula. Por eso la prensa comercial y sus analistas balbucean en sordina o directamente callan.

En ese clima surrealista la proximidad de elecciones presidenciales empuja a los aparatos políticos a buscar fórmulas mágicas para contrarrestar la disgregación general, hallar un discurso (relato, se le llama ahora) capaz de ganar voluntades y arrastrarlas hacia las urnas para dar siquiera un lapso de sobrevida al sistema, con el actual elenco o con el recambio de peronismo dispuesto a seguir con el programa inexorable del gran capital.

En lugar de bipartidismo, triple alianza del siglo XXI

El hecho es que el gobierno de Cambiemos afronta la reaparición potenciada de la crisis que hizo estallar al país en 2001: vertical caída del poder adquisitivo del salario, devaluación superior al 100% y consecuente disparada de precios, hondo malestar social, recesión aguda con altísima inflación. A la vez, diferencias tajantes separan este período de los idus del siglo XX: no hay un movimiento obrero en pie de lucha; durante los últimos 15 años el ministerio de Trabajo y las cúpulas sindicales han logrado fragmentar y corromper al extremo las estructuras sindicales; la situación económica dista de la que había provocado la mantención de la convertibilidad, aunque en perspectiva histórica es más grave.

Como ha sido expuesto en oportunidades anteriores (Argentina en descomposición; Desconcierto general; Cómo evoluciona la coyuntura, etc), el conjunto de la gran burguesía ha formado un frente amplio en respaldo de Mauricio Macri. Ese frente lo integra además el conjunto de los partidos y fracciones comprometidas con el capital, las cúpulas sindicales y cabos sueltos de prácticamente todas las instituciones del sistema. Sectores de estos aparatos tienen la posibilidad de movilizar el descontento social y a la vez ponerle límites precisos. Es tal la magnitud del descontento subterráneo que en modo alguno podría descartarse una explosión espontánea que rompiera todos los frágiles diques de contención.

Cambiemos seguirá con su plan de recomposición capitalista,

con más o menos disturbios entre sus múltiples componentes electoralmente hegemonizados por la socialdemocracia desdibujada en la UCR. Si el creciente malestar social llegara a un estallido, esta coalición se fragmentaría y desaparecería como posibilidad de victoria electoral en 2019. Allí tendría alguna chance el peronismo que hoy, precisamente en esa perspectiva, toma distancia de Cristina Fernández.

Con todo, ésa no es la perspectiva más probable: tiene mil tentáculos el pulpo que atrapa la voluntad popular y es amplio como nunca antes en la historia nacional el acuerdo de instancias procapitalistas convencidas de que se trata de la última oportunidad para sanear el sistema o entrar en un descontrolado torbellino sin fin.

En la hipótesis de que el proyecto en curso mantenga su rumbo sin una conmoción social que lo desbarate, la burguesía impondrá su plan y es esperable que para cuando comience la campaña de las previas para elegir candidatos, la economía haya recuperado su ritmo, con profusión de obras públicas y un alud de créditos hipotecarios.

En tal presunción, es improbable que el peronismo –fragmentado y en gran medida desmoralizado- pueda hallar un candidato expectable capaz de vencer al oficialismo. Por su lado Cristina Fernández puede constitucionalmente presentarse como candidata (incluso en caso de estar procesada y detenida). Consultores ad hoc repiten cada día que el escándalo de la corrupción no afecta electoralmente su figura. Esas afirmaciones muestran dos obviedades: la fauna consultoril desprecia a la población; una porción apetecible de lo saqueado está siendo utilizada para pagar encuestas a medida y a los periodistas y comentaristas que las propagan. Sin desconocer el papel destructivo de los medios de incomunicación sobre la conciencia colectiva, se puede afirmar que la revelación del mecanismo de corrupción impacta muy duramente en las masas y contribuye incluso a ocultar el mayor y más oneroso saqueo sufrido por el país: la plusvalía diariamente robada a los trabajadores y la

fabulosa succión de riquezas de la nación en favor del capital financiero internacional.

Como sea, el panorama electoral se encamina hoy hacia la presentación de tres coaliciones principales (Cambiemos, Peronismo Federal (con apoyo de la CGT), Unidad Ciudadana, con respaldo de los desprendimientos de la CGT), con más la segura aparición de un bloque denominado "de centro izquierda" (restos del partido Socialista, flecos del GEN de Margarita Stolbizer, remanentes de Libres del Sur); otro bloque "nacional y popular" que, si resiste su convergencia con Cristina Fernández –línea que propugna la sigla PC y un puñado de sindicalistas en desbandada) reiterará el penoso desempeño de las últimas elecciones. Finalmente, dos o más agrupamientos de izquierda supuestamente en condiciones de ganar algunos cargos legislativos, pero en ningún caso cambiar la relación de fuerzas entre las clases y torcer el rumbo político.

Este panorama ya está diseñado. No se percibe a nadie que quiera de verdad hacer estallar este esquema, aún cuando esporádicamente levanten la consigna de que Macri renuncie ya.

En este panorama, Cambiemos (con Macri como candidato o en su defecto con la actual gobernadora de Buenos Aires, María Eugenia Vidal), tendría chance de salir victorioso y quedar en condiciones, entonces sí, de aplicar en toda su magnitud el plan de saneamiento estructural capitalista, por supuesto con el respaldo de las formaciones burguesas perdidosas en las elecciones.

Con mayor o menor demora, la crisis capitalista mundial combinada con la inexistencia de herramientas sólidas para que la burguesía ejerza su poder, llevará a un choque con las mayorías oprimidas. En la más feliz de las hipótesis, a mediados de 2019 los asalariados habrán perdido un 20% de su salario real y las clases medias sentirán una áspera cuerda apretándoles el cuello sin piedad. Desechos institucionales y fuerzas de seguridad a medio recompuestas, además cribadas por el narcotráfico y la corrupción, no serán suficientes para gobernar. El capital apelará

al fascismo, que no es un gobierno represivo sino la represión contra la sociedad llevada a cabo por segmentos marginalizados y envilecidos de la propia sociedad.

Es comprensible que las estructuras de la burguesía no se preocupen por esta perspectiva y traten de medrar hasta la última instancia en el panorama actual. No lo es, en cambio, que hagan lo mismo cuadros y organizaciones empeñadas en cambiar la realidad social. Véase el panorama latinoamericano. Véase el curso del gobierno estadounidense y el desmoronamiento de las expectativas europeas. No queda demasiado tiempo para asumir la responsabilidad de abrir un nuevo cauce a la historia.

4 de octubre de 2018

Piedras, masas y votos

Con 138 votos a favor la Cámara de Diputados aprobó el miércoles 24 el presupuesto nacional para el año próximo. Hubo 103 votos en contra, 8 abstenciones y 7 ausentes. Todo indica que en tres semanas el Senado completará la sanción del Presupuesto.

Previsible victoria oficialista (ver Cómo evoluciona la coyuntura en Argentina, texto fechado 40 días atrás). Primó otra vez el frente amplio burgués (Fab), el cual pese a duras luchas internas sostiene y proyecta al gobierno de Mauricio Macri. La votación en Diputados es doblemente importante para el oficialismo porque Argentina ingresa en un trimestre de extrema crisis económica y creciente tensión social, cuyo desenlace está todavía en cuestión. El saldo de votos en la cámara baja muestra una correlación de fuerzas inalterable en favor del gran capital.

Al igual que en este resultado legislativo, el Fab y todos los sectores que se le subordinan serán clave para la evolución y resultado de la fase de saneamiento capitalista en curso. Macri cuenta además con respaldo de países decisivos, como se verá en pocas semanas más, cuando desembarquen en Buenos

Aires los mandatarios del G-20. Por su parte, las fragmentadas cúpulas sindicales transforman medidas de lucha en medios para desarmar y desviar a los trabajadores. Hay que recordar –porque pasó al olvido mientras estaba ocurriendo- la huelga general del 25 de septiembre, cuyo resultado más evidente es la aprobación del Presupuesto. Con el mismo sentido se programa ahora otra huelga general, esta vez por 36hs, para la segunda quincena de noviembre.

Significado de la media sanción

La votación sobrevino tras una movilización frente al Congreso. Aunque en cantidad notoriamente menor a las registradas desde diciembre pasado, hubo una concentración importante. No participaron los principales sindicatos. Los llamados "movimientos sociales", organizaciones de izquierda y fragmentos de quienes acompañan a Cristina Fernández (principalmente destacamentos movilizados por intendentes del conurbano), marcharon contra la aprobación del Presupuesto. Cuando algunas de las columnas se aproximaban al Congreso, un grupo de entre 50 y 100 personas tomó la vanguardia y comenzó a lanzar piedras y palos contra los policías resguardados tras una imponente valla de hierro que impedía avanzar sobre el edificio. Enseguida aparecieron bombas molotov y otros dispositivos ruidosos que caldearon la situación. Del Congreso salió un grupo de diputados alineados con la Sra. Fernández y, además de oponerse a la salida de un camión hidrante, derribaron desde dentro algunas vallas de contención, lo cual recrudeció la ofensiva del grupo atacante. Mientras tanto, las columnas de izquierda y los mal llamados "movimientos sociales" detuvieron su marcha. "Son los kirchneristas –se oyó- no les hagamos el juego". Drones de algunos medios de comunicación permitieron ver un escenario claramente fracturado, en el que algunas decenas de personas redoblaban los ataques, la policía esperaba y el conjunto de los manifestantes se mantenía a distancia.

Mientras tanto en el recinto de Diputados la bancada identificada con la ex Presidente apelaba a todos los recursos para impedir la sesión.

Todo lleva a pensar que el gobierno demoró al máximo el momento del contraataque. Comenzó con un camión hidrante. Algunos minutos después, apeló a las escopetas con cartuchos de un gas lacrimógeno aparentemente perfeccionado respecto del usado tradicionalmente en estos casos. A continuación hubo disparos de balas goma.

A esta altura ocurrieron tres hechos a resaltar: las columnas principales sobre la Avenida de Mayo comenzaron a retroceder y en un punto hicieron media vuelta y marcharon en sentido contrario. También la mayoría de quienes habían asumido el enfrentamiento directo retrocedió. Sólo un grupo menguado pero de redoblada beligerancia continuó lanzando bombas molotov y otros objetos, trajo contenedores de basura de calles aledañas y los incendió, aunque a demasiada distancia del vallado policial. Allí terminó la capacidad de acción de ese grupo no identificado.

Llegó el momento entonces de la policía. Salieron motos que persiguieron a rezagados de la retirada masiva. Ocuparon el espacio total de la Plaza de los dos Congresos y dejaron fuera de ese perímetro a todo eventual manifestante. Mientras tanto, con excepción de las organizaciones de izquierda, todos emprendían la retirada definitiva hacia los ómnibus y hacia la estación Constitución. La jornada había terminado. Durante esa retirada hubo 28 detenidos, 24 de los cuales fueron liberados esa misma noche. Los cuatro restantes, extranjeros, salieron al día siguiente, pero se les amenaza con la expulsión del país. En el recinto se restablecía la calma y comenzaba un maratón de naderías que duraría 14 horas, antes de levantar la mano para aprobar el Presupuesto.

Resultados inmediatos

Hasta aquí, los hechos. La interpretación da lugar a conclusiones rotundas:

Macri tuvo un importantísimo triunfo político: un tercio de los votos obtenidos provienen de diputados peronistas;

el bloque de Unidad ciudadana (Fernández) sufrió una triple derrota: en la calle, en el recinto y ante el grueso de la opinión pública, convenientemente intoxicada además por los medios de comunicación;

se quebró en la calle la insólita alianza entre kirchneristas y organizaciones de izquierda, aunque en gran medida se mantuvo dentro del Congreso;

estas últimas actuaron con tino y consecuencia, puesto que una vez terminadas las refriegas rodearon la Plaza y volvieron con sus banderas a las cercanías del Congreso (algunas de ellas, ubicadas sobre la Avenida Callao, fuera del foco de enfrentamiento, se mantuvieron todo el tiempo allí);

el gobierno recompuso la eficacia de un aparato represivo capaz de neutralizar manifestaciones de este tipo con costo cero o incluso saldo político positivo: no se reportaron heridos, los detenidos fueron liberados de inmediato;

el activo militante pudo observar la conducta de quienes pusieron en marcha un enorme aparato logístico y en pocos minutos, como queda dicho, retrocedieron y usaron ese mismo aparato para regresar a sus lugares, cuando en realidad se había convocado a "una vigilia" en torno al Congreso, a fin de presionar con presencia masiva a los diputados que debían votar;

quedó así comprobado que por parte de los fragmentos del kirchnerismo el llamado a movilización tenía como objeto respaldar un intento de impedir la sesión del Congreso y, cuando el propósito fracasó, abandonaron el terreno y dejaron sólo a las organizaciones de izquierda, que al final tampoco hicieron la "vigilia";

las posteriores denuncias a la "feroz represión" mostraron a algún sindicalista fallido al borde de la desesperación, escudándose en la defensa de dos de las personas detenidas. Pero mostraron ante todo que: 1) estos pseudo dirigentes no tienen la menor noción de lo que significa "feroz represión" y, 2) no parecen comprender -y por ende no pueden educar a la clase trabajadora- la existencia y función del Estado burgués. Parecen creer que en un sistema democrático burgués no hay represión y que ellos pueden implementar situaciones como las vistas el 24 frente al Congreso sin ninguna consecuencia. La ex presidente tenía a Alemania como país modelo para Argentina. Sería interesante que alguno de sus seguidores intentara hacer ante el Bundestag en Berlín lo que hicieron en el Congreso en Buenos Aires. Sus lamentos por la "feroz represión" adelantan demasiado: vendrán razones de mayor fuste para sus quejidos como sindicalistas sometidos al Estado;

todo esto redunda en capital político para la burguesía y su gobierno, que tiene así más base de apoyo para afrontar un pico crítico en los próximos meses.

Balance

Sea que se lo mire desde una batalla puntual, desde la perspectiva de educación y organización de masas, o incluso desde una pedestre mirada electoralista, el 24 de marzo fue un fracaso para sus organizadores y una frustración para cualquier participante consciente.

Piedras en ínfima proporción si se tiene en cuenta lo ocurrido en el mismo lugar en diciembre del año pasado; masas sin comparación cuantitativa y cualitativa con las participantes en aquella ocasión; proyección de votos inversa a la esperada por quienes intentaron hacer fracasar la aprobación del presupuesto. Todo en sentido inverso al previsto por la sofisticada "teoría del helicóptero".

El aparato policial y de seguridad mostró que es infantil pretender doblegarlo a piedrazos, con un grupo de avanzada y un país como espectador a distancia. La táctica desestabilizadora de la protoburguesía opositora se reveló ilusoria. Y las izquierdas que la acompañaron tienen ante sí la certeza de que sin la participación activa de las masas, desde sus organismos reales y con dirigencias genuinas, no se le doblará el brazo al

Fab. Esto desemboca inexorablemente en un fracaso electoral de la oposición capitalista en 2019 y una barrera para la acumulación parlamentaria de fuerzas antisistema.

El saldo viene a ratificar algunas interpretaciones y enseñanzas de los últimos años. Queda claro que no existe una genuina movilización social contra el gobierno, pese a que en esta fase puede inferirse un rechazo amplio y creciente, aunque pasivo.

Es verdad que algún hecho excepcional podría detonar la carga explosiva alimentada por ese rechazo. Frente a tal hipótesis, caben dos respuestas netas: en las actuales condiciones, no sería usufructuada por las hilachas del gobierno anterior ni podría ser conducida por una fuerza antimperialista y anticapitalista. Por el contrario, favorecería aún más al gran capital, con éste u otro gobierno de la misma naturaleza.

Queda señalado el significado positivo de que, esta vez, al menos un sector de las organizaciones de izquierda no se haya involucrado con los grupos de choque ostensiblemente dirigidos desde dentro del Congreso por diputados peronistas-cristinistas. Ese distanciamiento no se vio dentro del recinto: allí se mantuvo el frente único anti-Macri de la izquierda con la burguesía advenediza y en función de una táctica inmediata de derrocamiento del gobierno. Concluir con esa política putschista es condición primera para afirmar una estrategia de la clase obrera, inseparable de la construcción de una organización revolucionaria de trabajadores.

Están planteadas entonces tres condiciones urgentes e insoslayables para responder a la coyuntura estratégica en la que está empantanado el movimiento obrero y el conjunto del pueblo argentinos: romper con la subordinación a la táctica putschista-golpista de los restos desesperados del gobierno anterior; convenir un programa de acción con reivindicaciones transicionales y con la propaganda de un gobierno obrero y popular; apelar a todos los recursos organizativos necesarios y posibles –bajo el concepto general de frente único de clase- para alcanzar la unidad social y política de las grandes masas y dar base social a la existencia de un nuevo y poderoso partido de trabajadores y jóvenes urbanos y rurales.

27 de octubre de 2018

Crónica de un día convulsionado

Dos victorias para Macri a la espera de la reunión del G-20. Con pocas horas de diferencias, en Argentina se combinaron atentados con explosivos y la aprobación del Presupuesto 2019 por parte del Senado. Pocos ejemplos resaltan con mayor claridad la marcha de la realidad nacional.

Fueron apresados los tres responsables directos en la colocación de bombas caseras en la tumba de Ramón Falcón y bajo el auto del juez Claudio Bonadío. Ambos atentados fallaron. También fueron detenidos otros 10 miembros del grupo anarquista.

Falcón era un jefe policial conocido por su ferocidad represiva contra obreros y militantes revolucionarios, ultimado por el anarquista ucraniano Simón Radowitsky en 1909. Bonadío es quien por estos días juzga a Cristina Fernández y sus colaboradores, acusados por cobro de coimas multimillonarias, lavado de dinero y asociación ilícita, entre otras causas.

No está claro si el hasta ahora desconocido grupo anarquista ("Los Obelos", por reunirse en las inmediaciones del Obelisco en el centro porteño) actuó contra el juez por su papel en relación con la ex presidente o por otras razones, aunque la conexión con los resonantes juicios es inevitable. En cambio es evidente la elección de la tumba de Falcón: ayer se cumplía un aniversario de la muerte de Radowitsky, quien fue apresado tras el atentado. Anahí Salcedo fue herida de gravedad al colocar la bomba en el cementerio, detenida y trasladada al hospital. Su compañero en la operación también fue encarcelado. Marco Viola, por su parte, fue apresado por la custodia

del juez en el lugar del hecho. De inmediato la policía acudió a su domicilio, donde fueron detenidos otras 10 personas. La bomba lanzada bajo el auto de Bonadío fue detonada, sin consecuencias, por la policía.

Simultáneamente, frente al Congreso se reunían organizaciones de izquierda y grupos kirchneristas para oponerse a la sanción de la Ley de Presupuesto. Esta vez sin disturbios y con una presencia mínima de manifestantes, lo cual de por sí ya fue un éxito para el gobierno, que en la madrugada de hoy tuvo la aprobación del Presupuesto en el Senado por 45 votos a favor, 20 en contra y una abstención (de un senador oficialista).

Queda formalmente aprobado de esta manera el plan de saneamiento capitalista llevado a cabo por el gobierno de frente amplio burgués, naturalmente en su beneficio y con todos los costos a cargo de la clase obrera y el conjunto de sus aliados.

En cuanto a los atentados, si bien muestran un grupo con mínimo desarrollo político y nula capacidad de acción, constituyen un efectivo respaldo para un eventual accionar violento del gobierno antes, durante y después de la reunión del G-20, que tendrá lugar en Buenos Aires los días 30 de noviembre y 1 de diciembre.

También ayer mismo se conoció la detención de Axel Ezequiel Abraham Salomon y su hermano Kevin Gamal Abraham Salomon, ambos argentinos, alegadamente miembros de Hezbollah. Es un pequeño adelanto de la factura política que cobrará el gobierno de Macri por ser sede de la reunión del G-20, tema que merece una nota especial.

15 de noviembre de 2018

La farsa del G-20 … y la del anti G-20

Converge por estas horas en Buenos Aires el gran capital internacional. Un derroche sideral de dinero para escenificar una

farsa y ocultar con ella la realidad de la disputa interimperialista, cada día más grave, más riesgosa para la humanidad.

No habrá un acuerdo de los 20 en torno a los temas que oficialmente se tratarán. Se trata de una lucha por alineamientos y posicionamientos en torno a los cinco principales actores del escenario mundial: China, Estados Unidos, Alemania, Rusia, Japón. La naturaleza singular de los sistemas chino y ruso no niegan el hecho principal de un feroz combate geopolítico.

Como espejado, es igualmente farsesco el papel de un inopinado "pensamiento crítico" que días atrás se presentó como contrafigura del G-20. Nombres conocidos de este cónclave fueron las ex presidentes de Argentina y Brasil. Atribuir a Cristina Fernández y Dilma Rousseff un pensamiento crítico es una fantochada. Y no sólo por el registro intelectual de ambas, sobre todo la primera, sino porque fueron ellas las responsables de que el G-20 adquiriera el protagonismo que hoy tiene.

Es inaceptable que personas y agrupamientos que se presentan como "progresistas" –algunos incluso "revolucionarios"- hayan callado en ese encuentro la responsabilidad de Fernández y Roussef frente al hecho de que la cumbre se realice este año en Buenos Aires, factor indisolublemente asociado a la regresión política que ha sufrido buena parte de América Latina en los últimos años.

Aunque el G-20 fue fundado en 1999, no adquirió su actual envergadura hasta 2008, cuando frente al colapso de la economía mundial capitalista, desde Washington articularon un agresiva intervención para aunar diferentes fracciones de la burguesía e implementar una táctica contraofensiva.

Téngase en cuenta que en aquel momento Hugo Chávez convocaba desde Caracas a una reunión del Alba con el objetivo inverso al de Washington: aunar a los explotados y oprimidos del continente, crear una moneda virtual latinoamericana (el Sucre) e iniciar una fase nueva y superior de la unión regional por un camino opuesto al saneamiento del capital, punto de partida para una transición regional al socialismo.

¿Qué hicieron Fernández y Rousseff, con total respaldo del llamado kirchnerismo y del Partido de los Trabajadores? Es por demás sabido: dieron la espalda al Alba y acudieron al llamado de George Bush. ¿Puede ser que tantos intelectuales y políticos hayan omitido este dato fundamental a la hora de iniciar un nuevo capítulo en la historia del pensamiento? ¿Es pensable la afirmación de un genuino pensamiento crítico basado en el ocultamiento y la mentira?

Pues es justamente eso lo que ocurrió en un miniestadio en la Capital argentina, con la participación de una dos mil personas para aplaudir los discursos inaugurales de las ex presidentes, quienes obviamente con respaldo intelectual muy diferentes, expusieron su condena a la reunión del G-20, al FMI y a los gobiernos que los sostienen. Al igual que intelectuales y políticos que las acompañaron, ni una ni otra pareció comprender la conexión entre aquella decisión de atar a Brasil y Argentina al tanque de guerra imperialista en 2008 y la penosa suerte sufrida por ambas, con una derrota electoral en un caso y un golpe blanco en el otro.

Pero no fue sólo la suerte política del kirchnerismo y el PT la que rifaron con tal opción estratégica en un momento crucial. El salto al último vagón imperialista era a la vez abandonar el Alba, condenar al aislamiento regional a la Revolución Bolivariana, optar por el dólar frente al Sucre. Es inaceptable que se calle esto cuando se llama a la población a movilizarse contra el G-20. ¡Suena a hueco ahora, en vísperas de otro gran estallido de la economía mundial, el lamento por el lugar hegemónico recuperado por el gran capital!

En numerosas y muy diferentes ocasiones he defendido la política de frente único antimperialista, basada en el acervo teórico y práctico de la IIIª Internacional. Con más premura que nunca es hoy necesario concretar una política de esa naturaleza a escala regional y global. ¿Pero han de ser quienes en un momento decisivo de la historia reciente optaron por subordinarse al imperialismo la cabeza y símbolo de un frente

antimperialista? ¿Se estructurará un frente único antimperialista en torno a una candidatura presidencial? Proponerlo es mucho más que un error. Utilizar el sentimiento antiyanqui de las masas para posicionarse frente a una elección es, también, más que equivocarse: es contribuir al triunfo del enemigo.

28 de noviembre de 2018

En qué rumbo marcha Argentina

Mientras un considerable número de analistas se solaza señalando el fracaso económico de Mauricio Macri, el gobierno del Frente Amplio Burgués (Fab) sigue su marcha: el costo de producción cayó en septiembre un 15,8% interanual. Lo afirma un estudio de una universidad privada citado por el diario El Cronista. El plan de saneamiento capitalista está lejos de su objetivo, pero avanza sin obstáculos.

En el peronismo federal, en la coalición gobernante Cambiemos y hasta en el propio partido del Presidente existe temor a que el costo de este éxito provoque un estallido inmanejable. Ocurrió en 2001 y el fantasma sigue rondando. Sólo que hoy no están Raúl Alfonsín y Eduardo Duhalde, artífices de aquella explosión reclamada por el capital y realizada en su beneficio.

Hay también críticos satisfechos por los signos de debilitamiento político del Presidente: liberales recalcitrantes que exigen una mayor disminución del salario y los impuestos. Los acompañan infantoizquierdistas convencidos de que el ostensible desgaste político del gobierno les dará alguna banca más en las elecciones del año próximo.

A la fecha es verdad que los efectos demoledores de la caída del PIB (-2,6% para 2018) con inflación (estimado anual del 47,5%) desgastaron la imagen de Macri en términos electorales. Pero esa obvia afirmación está contrarrestada por hechos no menos evidentes: en ausencia de cualquier figura opositora, de aquí a noviembre 2019 el Fab tiene tiempo para recomponer

la imagen de su portavoz o buscar otro con idéntico plan de acción (el peronista-radical Roberto Lavagna, por ejemplo). Podrá ofrecer también como logro el freno a la inflación (ya la redujeron al 3,3% en noviembre, frente al 6,5% de octubre); la estabilización del dólar en torno a los 40/43 pesos durante 2019; la mentira de un déficit cero (que al contar pago de intereses supera el 3%), más un aumento siquiera tibio del giro económico a partir de febrero. Esto y la manipulación de las mayorías puede recuperar adhesiones perdidas y aún ganar más, a la vista de la pulverización del peronismo y el deterioro de las izquierdas que sólo tiene un camino para recuperarse pero hasta el momento no lo emprende.

En caso de que mediciones y pronósticos indiquen que Macri puede ser reelegido, además, es presumible que en pleno acuerdo con el Fab el gobierno afloje el nudo que ahoga a la sociedad a partir del otoño para afrontar un calendario electoral que arranca en febrero y culmina con las presidenciales el 27 de octubre en primera vuelta o el 24 de noviembre si es necesaria una segunda. Luego, si se confirmara la reelección, el capital redoblaría la velocidad de ataque e iniciaría, entonces sí, la fase imprescindible del saneamiento para alcanzar el sueño de un capitalismo ordenado con crecimiento y estabilidad.

Es una quimera, claro está, incluso en la hipótesis de que Macri y su elenco socialdemócrata-desarrollista-ultraconservador vuelvan a imponerse en las elecciones. Pero hay espacio para tales utopías porque la desmoralización profunda de trabajadores y estudiantes lleva a una desmovilización social sin precedentes en 140 años de lucha obrera.

Entre los muchos factores locales e internacionales que contribuyeron al desconcierto y la parálisis de las masas en Argentina, sobresale el papel de las cúpulas sindicales, el engaño consumado por Kirchner y su esposa, la influencia poderosa de los aparatos extranjeros de la socialdemocracia y el socialcristianismo y la incapacidad de los destacamentos revolucionarios para comprender la coyuntura histórica y actuar sobre ella.

El hecho es que, dirigidos por multimillonarios más cercanos a la mafia que a la acción política tradicional, o trabados por reformistas dispuestos siempre a la conciliación de clases, los sindicatos llevaron una y otra vez a derrotas que al cabo de años de fracasos confundieron, desmoralizaron y paralizaron a las mayorías. La estafa kirchnerista, acompañada por sectores considerados de izquierda -incluso por restos del Partido Comunista- tuvo el mismo efecto sobre el activo juvenil. Así ganó Macri las elecciones, se mantuvo durante tres años en el poder y, olvidada ya la teoría opositora del helicóptero, puede plantearse una nueva victoria en las presidenciales, además de ganar mayor espacio en provincias y municipios.

Hay que repetirlo: Argentina está desmovilizada como nunca antes desde la primera huelga general en 1902. Desorganizada como jamás desde la creación de los primeros sindicatos en el último cuarto del siglo XIX. Desorientada incluso más y por más tiempo que cuando Juan Perón huyó al Paraguay de Stroessner y abandonó a su suerte y desarmados a los trabajadores que lo apoyaban.

Después de utilizar como válvula de escape una huelga general en septiembre, la CGT pasó octubre y noviembre amenazando con otra, que finalmente cambió por un bono de 5000 pesos para un tercio de los trabajadores. Simultáneamente, mientras la prensa anunciaba explosiones sociales provocadas por el aumento de la pobreza, las llamadas “organizaciones sociales” negociaban subsidios para garantizar tranquilidad en diciembre. Hasta la fecha todo indica que, si hay disturbios, serán focalizados, con escasa participación y bajo el control de los aparatos de inteligencia y represión.

Sólo personas irresponsables o desesperadas pueden creer que tal desmovilización del conjunto social es reemplazable con pequeños grupos cortando calles en la Capital Federal. Mediante hechos que desquician la vida social ese accionar contribuye con un estado nunca visto de malestar colectivo. Tales hechos son asociados de manera automática con “los

piqueteros" y en modo alguno con la crisis del capitalismo. En lugar de echar luz sobre la realidad, contribuyen a fragmentar la sociedad y provocar enfrentamientos entre las víctimas del sistema. Tras este desvío de enorme costo político y mayor riesgo estratégico, hay a menudo individuos que lucran transformando en clientes a personas arrojadas a la marginalidad. También hay diletantes que desfogan su incompetencia con palabrerío. Como sea, el ministerio de Desarrollo Social compró la paz decembrina, excepto con dos "organizaciones sociales" que al parecer pidieron más de lo aceptable para el gobierno y fueron dejadas de lado.

En suma, mientras la sociedad se enajena más y más ("hay que matarlos a todos" repiten ciudadanos incapaces de dar un golpe de puño, frente a ladrones callejeros o "piqueteros" que le cortan el paso); mientras dirigencias partidarias y sindicales se enfrascan en sus propios negocios siempre y cuando no los alcance la ola justiciera que el gobierno y sus jueces aplican con agresividad nunca vista), la baja del "costo de producción", es decir, esencialmente, del salario real, presumiblemente supera en mucho el 16% señalado el por estudio citado.

G-20, economía, política interna e internacional

Tales resultados no garantizan el crecimiento de la producción, el desarrollo industrial y la mejora en la calidad de vida de 40 de los 44 millones de habitantes. Pero recomponen la tasa de ganancia. Y en el cuadro social señalado, bastan para sostener el equilibrio político.

Con la cumbre del G-20 quedó confirmada la afirmación de que el Fab incluye a la burguesía imperialista. Fragmentado y luchando descaradamente por el reparto del mercado mundial, el gran capital reunido en el G-20 coincidió en respaldar a Macri a la vez que intentaba arrastrarlo cada quien a su proyecto.

Un progresismo de utilería olvidó que fueron Kirchner y su esposa quienes en medio del colapso mundial de 2008 dieron la espalda a la unión antimperialista suramericana para sumarse

al G-20. Si en aquel momento el paso argentino de sumisión a Washington significaba colaborar con la respuesta imperial a la crisis, ahora la burguesía mundial, sin acuerdo frente a ninguno de los problemas esenciales del momento, tiene otras urgencias aparte de repartirse el mercado. En primer lugar, cerrarle el paso a cualquier salida revolucionaria, lo cual supone aplastar la resistencia de gobiernos y pueblos que intentan con enormes desventajas un tránsito hacia el socialismo.

La reunión de Buenos Aires confirmó hasta qué punto Estados Unidos perdió la hegemonía mundial. Y mostró al Fab argentino tratando de sacar provecho de la pelea entre los grandes. Macri protagonizó un choque público con Donald Trump cuando contradijo al extravagante Presidente afirmando que el desarrollo y la afirmación de China en América Latina es beneficioso para todos. Trump había calificado a China como "economía depredadora". Macri mandó a su canciller a contestarle y luego remachó la posición en el discurso de cierre de la cumbre. El presidente argentino no es precisamente un paladín antimperialista. Pocos recuerdan hoy su intimidad de antaño con Uribe y Aznar, en el fallido intento de crear la internacional parda. Sin embargo fue el portavoz de Angela Merkel y Emmanuel Macron, así como de los presidentes de China, Rusia e India, contra el intento de Trump de hacer estallar el G-20.

Como balance de la reunión internacional del 30 de noviembre y 1 de diciembre un diario local tituló en tapa: "Relaciones carnales II", en alusión a la política exterior de Carlos Menem. No por acaso los propietarios de semejante línea editorial acataron la decisión de Cristina Fernández de no participar en la movilización contra el G-20. En su afán por conquistar siquiera un tímido guiño del Fab, el llamado kirchnerismo no trepida en asociarse con el objetivo central del G-20 en la región, diez años después de su refundación con ayuda de Argentina y Brasil: aunar a Argentina con Estados Unidos y Europa frente a la resistencia revolucionaria en América Latina.

Venezuela desapareció de documentos y declaraciones pú-

blicas del G-20. Pero fue la moneda de cambio para que Washington digiriera la desobediencia de Macri. Para mantener su ilusión de dueño inobjetable del escenario, en un momento de impotencia tras su reunión privada con el presidente argentino, Trump arrojó los auriculares y dejó plantado al anfitrión, quien inútilmente le pidió que volviera. No obstante, fue la imagen de la impotencia imperial frente a un mundo inmanejable.

El corolario es claro. Macri admite seguir a la vanguardia de un frente único para articular la contrarrevolución regional, a la vez que intenta lograr un rinconcito en el reparto del mercado mundial: firmó 30 acuerdos comerciales y financieros con Xi Jinping y una veintena con Vladimir Putin. Ninguno con Trump. Compra de grano y carnes, inversiones para minería y petróleo, acuerdos para medios de comunicación y hasta la creación por parte de Rusia de una escuela de matemáticas en Argentina.

No es menos clara la táctica de la viuda de Kirchner: prudencia frente al realineamiento pseudo desarrollista de Macri; silencio absoluto ante la embestida contra el Alba y la Revolución Bolivariana.

Ambos yerran su estrategia. Si algo mostró la cumbre del G-20 es la vigencia, con evidente aumento de velocidad y extensión, de la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia. Y la ferocidad en la lucha por mercados que ésta desata. Y esto antes de que la economía mundial ingrese a un nuevo período recesivo, previsto para 2019 o a más tardar 2020. En ese marco un programa desarrollista es una ingenuidad, cuando no es muestra de oportunismo inmediatista en el "sálvese quien pueda" capitalista.

Estado y partidos burgueses

Si bien es cierto que avanza en el saneamiento económico, el gobierno falla redondamente en el intento de recomposición del Estado burgués y edificación de nuevos instrumentos políticos. Esto ocurre, desde luego, por la imposibilidad de estabilizar

cualquier programa de crecimiento económico en el marco capitalista, más allá de éxitos inmediatos como el que verifica el gobierno del Fab.

Para eludir la teoría del helicóptero, Macri tuvo que adoptar el gradualismo y posponer sin fecha la reestructuración profunda del aparato estatal, imprescindible para equilibrar las cuentas. Junto al pago del fabuloso endeudamiento legado por el gobierno de Cristina Fernández estas medidas sólo podían ser vehiculizadas mediante el flujo de capitales golondrina y el redoblado endeudamiento externo. Las medidas anticrisis de Washington, la baja en los precios de las materias primas agropecuarias y una inesperada combinación de inundaciones y sequía adelantaron el de todos modos inexorable desenlace de semejante experimento. Esto produjo el viraje brusco en mayo de 2018 y el cambio de programa inmediato. Un resultado de otro orden fue el debilitamiento electoral hasta entonces imbatible de Macri, el envalentonamiento de toda la oposición y un recrudecimiento difícilmente manejable de las tensiones en la coalición gobernante.

Como resultado el quid de la cuestión (reforma del Estado, cambio de leyes laborales y fragua de nuevos cimientos para partidos capaces de gobernar), ha sido postergado. En otras palabras: nunca podrá ser resuelto.

El mejunje oficialista amenaza con disolverse al ritmo de caída de Macri en las encuestas. Sólo podrá invertir su dinámica actual de fragmentación si esos sondeos vuelven a empinar la nariz, lo cual, como queda dicho, no es impensable. Pero de una eventual reafirmación de Cambiemos a la conformación de un Partido de alcance nacional con cohesión suficiente para gobernar, hay una distancia insalvable.

En Argentina se fortalecen tendencias centrífugas inmanejables en lo inmediato y amenazantes para un futuro no lejano. Macri, su coalición sin pegamento, no están en condiciones de frenar esa dinámica. De hecho, el Ejecutivo las ha alimentado cediendo ante exigencias económicas y políticas inaceptables

para cualquier gobierno con el mínimo de solidez necesario para guiar un país Federal.

En cuanto al peronismo, poco hay que decir. Kirchner y su esposa fueron el detonante involuntario de una carga explosiva demorada por décadas. Fragmentado en mil pedazos, acosado por oportunos juicios penales sea por corrupción administrativa de inimaginables dimensiones o por franca colusión con el narcotráfico, sólo tiene como defensa la acusación a compinches hoy instalados en altos cargos oficiales. Pero saben que denunciarlos sería precisamente acortar la mecha ya encendida. Sólo aspiran a negociar. Como lo hace buena parte del Ejecutivo, cuya tarea sin embargo es sanear el aparato de explotación capitalista.

No es esperable una candidatura peronista exitosa, aunque un ejército de voluntarios se apronte a separar de todo protagonismo a la ex Presidente. La excepción, como se ha señalado, es el ex funcionario de Alfonsín y ministro de Duhalde y Kirchner, Roberto Lavagna. Su plasticidad está fuera de discusión. Pero debería asumir contra el desempeño de Macri, con su mismo programa. Tendría la mitad del trabajo hecho, pero la tarea complementaria estaría por completo fuera de sus competencias, que además deberían sumar el pago a los barones feudales del peronismo con cuyo apoyo podría alcanzar el poder. Macri aparecería entonces como un titán en lucidez, capacidad de acción y alcance de resultados positivos.

Ellos o nosotros

Ésa es la deriva inexorable de la Argentina burguesa en el próximo período. La degradación general del país, sus instituciones y la vida social, continuará con mayor o menor velocidad según el ritmo de la decadencia económica. No está excluida la posibilidad de repuntes temporales con base en la extensión de la frontera agrícolo-ganadera y en la inversión extranjera para extraer shale gas, litio y otros minerales. Eso podría ocultar la magnitud de la decadencia y prolongar la agonía. Pero el tercio

de pobreza que asuela al país, la marginalización de millones de personas y en particular de jóvenes, el espectáculo de la corrupción pasada y presente y la espiralización del narcotráfico serán imparables para éste o cualquier otro gobierno burgués.

Pero hay otra Argentina latente. No basta en este cuadro afirmar que la opción es socialismo o barbarie. Lo es, por supuesto. Pero se trata de asumir en toda su dimensión el desafío de construir el bloque de fuerzas y la capacidad de dirección para enfrentar al sistema, imponer un gobierno de los trabajadores y el pueblo e iniciar la transición al socialismo.

No se avanzará en ese sentido con "exigencias" a la CGT para que convoque a nuevos paros generales; con cortes de calles diez veces a la semana en Buenos Aires; con un concejal o un diputado más. Ni se detendrá con estos recursos la marcha del capital en su autodepuración, que gradual o abruptamente desembocará en violencia desembozada. Violencia de naturaleza y magnitud diferente a la que ahora algunas agrupaciones, de manera irresponsable, califican como cualitativamente diferente a la ejercida por sucesivos gobiernos desde el restablecimiento de la democracia burguesa hace 35 años.

Es preciso actuar de manera ejemplarizante frente a las masas, con el objetivo de desenmascarar la hipocresía del capital, el engaño permanente de los políticos burgueses y las cúpulas sindicales, la manipulación electoralista de los partidos del sistema. No hay otro camino sino el de la educación, concientización y organización de las mayorías a través de la acción, que por lo mismo no puede ser enajenada a direcciones falaces y corruptas. La acción no puede ser reducida a la caricatura de cortes de calles cada día. Debe estar regida por consignas claras tras los objetivos buscados y descartar los insultos personales contra tal o cual gobernante, en lugar de condenar al sistema que los entroniza.

La clave para que esto sea realizable es la recomposición de las fuerzas revolucionarias en un partido único para la lucha antimperialista, la emancipación de la mujer, el pro-

tagonismo de las juventudes, la unión suramericana y la revolución socialista.

Argentina puede superar el estado actual de confusión y parálisis. Puede erguirse sobre un pasado de gloriosas luchas y presentarse como fuerza oxigenante y radicalmente transformadora en el conjunto de gobiernos, partidos y organizaciones que en todo el continente luchan contra la opresión y la explotación. Hay un activo militante, disperso y desconcertado, que se cuenta por cientos de miles. Contribuir a su organización, a la unión superadora de sus fuerzas, es la tarea a cumplir.

Buenos Aires, 10 de diciembre de 2018

Macri contra Venezuela

Venezuela debe saber que sólo una ínfima parte de la población en Argentina avala la escalada de su gobierno contra la Revolución Bolivariana.

Debe saber, también, que la sociedad está desmovilizada como nunca antes, confundida, desorganizada, en manos de políticos burgueses unidos en el rechazo al régimen venezolano. En el empeño de ganar las elecciones del próximo año, incluso expresiones centristas-populistas comprometidas en última instancia con el sistema capitalista, se mantienen indiferentes frente los planes impuestos por Washington a un grupo de países de la región para derrocar a Nicolás Maduro.

La operación golpista tiene fecha: el 10 de enero. Es cuando Maduro debe asumir su segundo mandato (2019-2025) de acuerdo con los resultados electorales de mayo pasado. Aquellos comicios fueron desconocidos por la Casa Blanca, acompañada por gobiernos de América y Europa.

La cancillería argentina estuvo a la vanguardia en el apoyo al proyecto del Departamento de Estado obedientemente asumido por Donald Trump. Ahora, mandatarios de 58 países discuten el retiro de embajadores a partir de aquella fecha, así como

medidas económicas que agraven la situación del país.

Las escuálidas organizaciones políticas de la burguesía venezolana cuentan con el apoyo de comandos entrenados en Colombia para ingresar a territorio venezolano, actuar como fuerza de choque en operaciones sangrientas y disfrazar, bajo la máscara de una insurrección popular contra Maduro, la invasión a Venezuela.

Macri vacila ante semejante plan. Un sector de su gobierno ve con temor la posibilidad de involucrar a Argentina en una agresión militar por las enormes repercusiones que esto tendría en el continente y, en particular, en Argentina.

Para ocultar su debilidad Macri levanta el tono en discursos sobre la necesidad de "restablecer la democracia en Venezuela". Su dificultad se agrava por la llegada -el 1º de enero- al gobierno de Brasil de Jair Bolsonaro, quien junto a su vicepresidente proclama abiertamente la necesidad de invadir Venezuela. Lo hace por convicción fascista. Pero principalmente por otras dos razones: ponerle el nombre de Venezuela a la guerra que sin demora lanzará contra el propio pueblo brasileño; y, con pareja relevancia, recuperar para Brasilia el lugar de socio estratégico de Washington en la geopolítica regional.

Esto último afila la lengua de Macri. En tiempos de Barack Obama Buenos Aires fue escogida por la Casa Blanca como punto de apoyo para la estrategia contrarrevolucionaria hemisférica. Trump, mantuvo esa decisión. Pero sobre todo después de la conducta del presidente argentino durante la reunión del G-20 (ver "En qué rumbo marcha Argentina"), Trump muestra intenciones de volver a refugiarse en el apoyo de Brasil, pese a advertencias acerca de prontas convulsiones y eventual ingobernabilidad en ese país.

Como sea, Macri alienta una línea golpista compartida además por el colombiano Iván Duque y el chileno Sebastián Piñera. El riesgo de una agresión contra Venezuela en las próximas semanas es elevado.

Es posible frenar la embestida

Venezuela está consciente y alerta frente a la amenaza. El núcleo principal del alto mando político-militar está unido y en aprestos de combate. Estados Unidos no ha logrado abrir una brecha en la Fuerza Armada. Y las crecientes penurias económicas de la población no parecen haber agotado la voluntad de resistencia. El reciente viaje de Maduro a Rusia y la posterior llegada de aviones de combate rusos a Venezuela indican la magnitud de los preparativos defensivos. En la misma línea, la apelación a un millón seiscientos mil milicianos, aunados a la Fuerza Armada, hace titubear a los guerreristas incluso en Washington. Venezuela cuenta además con los gobiernos del Alba. El incendio de una invasión no quedaría reducido a un país.

Con todo, es preciso que toda América Latina se pronuncie contra la amenaza golpista, que a falta de instrumentos propios de la burguesía venezolana tiene su centro de gravitación en los gobiernos citados, en especial el argentino.

Así como en el caso de Macri, sus pares en la región carecen de respaldo popular para llevar a cabo la agresión. Pero al igual que en Argentina, la situación de la clase obrera en Brasil, Perú, Chile e incluso México, no permite pensar en un rechazo activo a partir de su propia iniciativa. Paralizada frente a la necesidad de defenderse a sí misma, la clase trabajadora no puede ahora mismo tomar la vanguardia. No pocas organizaciones que se reclaman antimperialistas parecen no advertir la gravedad de la escalada del capital a nivel continental; desconocen o soslayan la necesidad de enfrentar a Washington y sus escuderos.

Adalid de la supuesta democratización en Venezuela, Macri y su coalición socialdemócrata-desarrollista-ultraconservadora, empeñados en sanear el sistema, más allá de la coyuntura inmediata avanzan hacia una línea de choque frontal con las mayorías. Como Brasil, que está por delante en ese camino de irracionalidad y violencia.

De manera que trabajadores y jóvenes conscientes deben tomar en sus manos, desde el Río Bravo a la Patagonia, la

misión histórica de impedir la agresión de Estados Unidos y las burguesías de la región. Esa agresión no es, aunque así se presente en una primera instancia, contra Venezuela. Es contra la actualidad y perspectiva de la Revolución en América Latina, que tiene en los países del Alba un punto de partida y motor invalorable para su desarrollo.

Una vez más es necesario llamar a la creación de brigadas internacionalistas para una vigorosa campaña de agitación y propaganda que impida a Macri poner a Argentina a remolque de la maquinaria guerrera de Estados Unidos.

19 de diciembre de 2018

Si Macri rectifica, se evita la guerra

A lo largo de tres años Mauricio Macri rectificó posiciones en muchos terrenos, luego de comprobar que las decisiones tomadas no convenían a su gobierno. Ahora el presidente de Argentina está ante el imperativo de rectificar una política que conduce a una guerra en la región, pero que también se volverá como búmeran rabioso contra su gobierno y su persona.

Años atrás titulé un libro "Argentina como clave regional". En las primeras líneas me apresuré a subrayar que efectivamente lo era, pero no por su fuerza, sino por su debilidad. Hoy se puede afirmar: la debilidad históricamente coyuntural que aflige a Argentina hace que pueda gobernarla un elenco basado exclusivamente en la necesidad de sanear el agónico sistema capitalista local.

Pues bien: incluso desde esa miope y criminal perspectiva, Macri debe rectificar la política exterior que, ordenada desde la Casa Blanca y acompañada por sus antiguos cofrades José Aznar y Álvaro Uribe, pretende derrocar el legítimo gobierno constitucional de Venezuela y, falladas todas las instancias golpistas, apela a una guerra desde Colombia.

Para semejante estrategia, la clave fue y será Buenos Aires.

Hace por lo menos una década el Departamento de Estado comprendió que no podría apoyar en Brasil sus políticas de largo plazo para América Latina. Cuando las mayorías dieron respaldo electoral a un bloque desarrollista-socialdemócrata-liberal con el rostro de Macri, ya desde la presidencia de Obama se articuló el plan del eje Washington-Buenos Aires.

Sin demora los hechos demostrarían que Brasilia no será, por un largo período, un poder estable y coherente. Ocurrió sin embargo algo inesperado: el tramposo mecanismo electoral estadounidense le arrebató el triunfo a los Demócratas y la gran burguesía argentina quedó asociada a un delirante advenedizo que ahora pretende amarrar su continuidad -puesta en cuestión ante todo por el gran capital imperial- a una guerra que, supuestamente, lo llevaría a recuperar el control sobre la región.

Así, el Grupo de Lima, encabezado por Argentina, se convirtió en una palanca para la guerra del ala ultramontana del complejo militar-industrial, con Donald Trump como testaferro.

Macri quedó entre la espada y la pared. Y en año electoral. Hay muchas y buenas razones para prever que su reelección en octubre próximo es más y más improbable. Pero las posibilidades que efectivamente tiene todavía, incluso en medio del tembladeral, se esfuman si se incluye la detonación de una guerra que desde Colombia y Venezuela derramaría en todos los sentidos sobre el Continente. La guerra traería destrucción y muerte, centenares de miles de refugiados, mayor crisis económica e inestabilidad política.

La denuncia a Macri como responsable directo de semejante catástrofe humanitaria en la región sería mucho más que un instrumento electoral que acabaría con los restos de la Unión Cívica Radical, el último partido existente de la burguesía local y aplastaría electoralmente a Cambiemos.

Si la ex presidente Cristina Fernández afronta cinco procesos penales y la perspectiva –judicialmente inevitable- de ir a la cárcel (lugar donde ya están su ex presidente, ministros y altos funcionarios de su gobierno), para Macri la perspectiva sería

mucho peor. Aparte el hecho de que sucesivas revelaciones colocan al Presidente en un lugar próximo al de su predecesora en cuanto a moral republicana y gobierno de la cosa pública, él sería condenado por atarse a Trump y desatar una guerra. No ya la cárcel, sino un imperecedero repudio generalizado y probablemente la imposibilidad de vivir en el país. Recuérdese lo ocurrido a los militares luego de 1983. Porque la debilidad de Argentina está sobrepuesta a un honroso y valiente legado de grandes luchas, a comenzar por las de la Independencia. Y mucho de esa fuerza potencial saltará al escenario, con neto contenido político, si el país de San Martín fuera amarrado a una aventura guerrerista contra el país de Bolívar.

Ya la torpe y balbuciente cancillería de Macri ha hecho saber que condena a Nicolás Maduro, reconoce al pelele plantado en una fantochesca "presidencia interina", pero… se opone a la guerra.

Macri necesita mucho más que eso para salvarse del destino que lo acecha. Es imperativo que, por el camino que sea, tome distancia del Grupo de Lima y haga pública su oposición a la injerencia en Venezuela.

No le resta mucho tiempo. Pero puede hacerlo. De lo contrario, tal vez el hecho político más importante de 2019 no será la catarata de elecciones que pretende inundar al país con mentiras y discursos vacíos.

Argentina, 19 de febrero de 2019

Adónde va la burguesía

Dos meses después de haber expuesto en público sus graves tensiones internas, el núcleo dominante del gran capital no ha resuelto la táctica a seguir y, en consecuencia, mantiene la posibilidad de ruptura y brusco cambio político.

En sordina durante 2018, abiertamente desde fines de enero pasado, los integrantes de la Asociación Empresaria Argentina

(Aea) disputan en función de dos diferentes tácticas frente a las elecciones: mantener el apoyo al gobierno de Mauricio Macri y Cambiemos, o jugar su futuro a un candidato calificado como "de centro", Roberto Lavagna.

En torno a la Aea, centro decisivo del capitalismo en Argentina, se aglomera el hasta ahora sólido frente amplio burgués (Fab), colocado por la coyuntura en situación de posible fragmentación.

El aún nonato proyecto de fuga hacia otro candidato con el mismo programa tiene base en por lo menos uno de los miembros de Aea, Paolo Roca (dueño de la transnacional Techint), quien a su vez ostenta estrechos vínculos de diferente tipo con el grupo Clarín, que oscila sobre la medianera, pero de todos modos pone a sus periodistas al servicio de una demolición sistemática de la figura de Macri. Otros empresarios, con peso pero fuera del círculo áulico, son el banquero Jorge Brito, el grupo Manzano-Vila, entre muchos otros nombres de menor gravitación, donde figuran por supuesto los más de 40 empresarios presos o procesados. Aunque todos ellos fueron socios-colaboradores-beneficiarios de los gobiernos de Kirchner y su esposa, buscan una figura capaz de vencer a Macri y, a la vez aventar la posibilidad de una eventual victoria de Cristina Fernández. Éste es el respaldo con que cuentan la socialdemocracia, diferentes ramas del Partido Justicialista (PJ) y el grueso de la estructura sindical, para presentar un tercer candidato. El plan es convocar otra vez (y van…) a un gran acuerdo nacional, con base en el PJ, la Unión Cívica Radical (UCR), las cúpulas sindicales y, como telón de fondo, el Vaticano. El candidato en cuestión, muy lejos del supuesto centro, cuenta con el respaldo del hoy menguado Opus Dei y su otrora famosa infantería di Dio, Comunión y Liberación, la vanguardia fascista del Vaticano.

La indefinición de Lavagna hasta el momento no proviene de sus dudas, sino de la irresolución del núcleo dirigente del Fab. Depende también de otro factor, para abrir el camino a la

inclusión del peronismo: un acuerdo furtivo entre Lavagna y Cristina Fernández, para garantizar un trato judicial benévolo en caso de acceder a la Presidencia. El gestor de tal acuerdo es Alberto Fernández, hombre de Domingo Cavallo durante el menemismo, luego primera espada de Néstor Kirchner y siempre, según afirman quienes lo conocen de cerca, seguro colaborador del Departamento de Estado.

Argentina ha ingresado en una fase agravada de la lucha interburguesa

Ahora bien ¿por qué reemplazar a Macri? ¿Por qué el capital correría el riesgo de un gobierno de frente único entre socialdemócratas y peronistas clásicos, con estos últimos basados en feudos provinciales ajenos a toda idea de país Federal y con la conocida capacidad para barrer de un plumazo a tibios liberales socialdemócratas, acosados además por socialcristianos con rótulo de centro y garras derechistas?

Una respuesta generalizada es que el programa de Cambiemos ha fracasado. Que se ha instalado la volatilidad de la moneda y la inestabilidad puede tomar la forma de una espiral hacia la ingobernabilidad.

En función de estas inconsistentes certezas sectores patronales han llegado al extremo inédito de exigir públicamente que Macri no sea candidato para las presidenciales próximas y que en su luga ponga a la gobernadora de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, devota discípula del papa Francisco. Una campaña mediática aplastante condena a Macri casi con la misma ferocidad con que denuesta a Nicolás Maduro. El alegado fracaso de Cambiemos parece ser un desenlace avistado recién desde febrero en adelante. Ya se verá qué ocurrió antes, para dar lugar a tan sagaz descubrimiento.

Hay considerable distancia entre la verdad y estas socorridas explicaciones. Porque… ¿fracasó Cambiemos? ¿Qué debía hacer y qué hizo este gobierno del frente amplio burgués?

Su misión explícita era sanear la economía, obviamente desde

la perspectiva de la continuidad capitalista. Hacerlo implicaba atacar de frente a las masas, impidiendo a la vez que una sublevación social generalizada rompiera el frágil equilibrio del sistema. Está fuera de discusión la rampante ineptitud de una mayoría de los miembros del gabinete, así como la estolidez del Presidente. No obstante, tales objetivos se han alcanzado en gran medida en estos 40 meses.

Ningún grupo económico dominante, ningún Banco, por supuesto, puede aducir pérdidas económicas. ¿Acaso los grandes capitalistas derraman lágrimas por las quiebras en masa y los cierres de pequeñas y medianas empresas, o por el aumento de la desocupación? ¿Será un fracaso la caída del salario real, el aumento del desempleo y las superganancias para los especuladores de aquí y allá? ¿Será un fracaso la suba del dólar de 15 a 45 pesos, con la consecuente licuación de deudas del Estado en pesos?

¿Qué pensamiento revolucionario es ése que basa su afirmación acerca del fracaso de un gobierno en las pullas de un sector burgués y los gritos en falsete de las burocracias sindicales?

El pequeño detalle, desde la perspectiva de la clase obrera y el socialismo científico, es que si el gobierno del frente burgués ha fracasado, las clases dominantes están a la defensiva y la clase obrera puede tomar la iniciativa, puede aprovechar relaciones de fuerza a su favor y dar un gran salto hacia delante. ¡Bravos estrategas quienes están viendo semejante paisaje en la Argentina de hoy!

No. La realidad es muy diferente. El gobierno de Macri no ha fracasado. Es verdad que sus tremendos éxitos en el saneamiento económico dieron lugar al empobrecimiento de las masas y la traslación volcánica de la plusvalía, lo cual pone en riesgo su victoria electoral en las presidenciales. Pero eso puede ser resuelto con relativa facilidad, dado que las víctimas de la victoria de Macri no tienen organización, ni programa de acción, ni estrategia propias. O puede que no, y que otro elenco con su mismo programa le haga morder el polvo en octubre

o noviembre. En cualquier caso, los ataques que recibe Macri provienen de otras causas.

Mixturado con socialdemócratas y desarrollistas, además de liberales puros refunfuñantes pero de notoria plasticidad, apoyado en la venta por internet de espejitos de colores a las masas para consumar el saqueo, el de Cambiemos ha sido un gobierno extremadamente condicionado por presiones sectoriales de todo tipo, en primer lugar porque la carnada mayor en la excursión de pesca fue modernizar el país, acabar con la ineficiencia (y por extensión con una de sus causas principales, la corrupción, llegada con los Kirchner a niveles inmanejables para un sistema estable), erradicar al peronismo seguidor de la Sra. Fernández y, último pero de primera importancia, equilibrar precios relativos llevados a un desquicio sin límites.

Sometido a esas presiones múltiples y casi siempre contradictorias, en su recorrido hacia esos objetivos el gobierno del Fab dio lugar a acontecimientos resonantes, trascendentales más allá de su resultado inmediato. A comienzos de 2018 Macri envió al Congreso la ley sobre la despenalización del aborto, por las mismas razones que Néstor Kirchner y su esposa abrazaron en 2003, burda e inopinadamente, la causa de los derechos humanos.

Esa medida oportunista, obró como fulminante descarga eléctrica sobre la sociedad. No ya legisladores adocenados, en su mayoría ignorantes, acomodaticios y reaccionarios, sino grandes franjas de la población se vieron discutiendo un tema de peso singular: la interrupción voluntaria del embarazo.

Con Francisco a la vanguardia beligerante, la iglesia se lanzó contra Macri. En el camino, para poner sólo un ejemplo, el episcopado se vio obligado a admitir que el Estado deje de pagarle el salario a los miembros del egregio purpurado. Que la gran prensa lo minimice no debería implicar que el pensamiento político deje de medir el extraordinario impacto que esto tiene en el ordenamiento institucional.

Casi simultáneamente, y como por arte de magia (¿o habrá

sido por la formidable laboriosidad y osadía de un periodista?), salieron a la luz misteriosos cuadernos con registro incontrastable de cobro de coimas a empresarios por parte de los gobiernos de Kirchner primero y su esposa después. La explosiva revelación no sólo golpeó a funcionarios del gobierno y en particular a Cristina Fernández. Sobre todo puso en la picota a grandes empresarios. Varios de ellos fueron detenidos y otros están desde entonces procesados, a merced del escarnio público. Dos emblemas del capitalismo local cayeron bajo el maleficio: Roggio y Roca. El primero se convirtió en colaborador arrepentido para eludir la cárcel; el otro lanzó a su segundo a los leones y huyó a México.

Sólo hay que imaginarlo: el titular de la única verdadera transnacional con asiento en Argentina, socio del Vaticano, patriarca entre los socios subordinados del imperialismo, huyendo como conejo en Pascuas frente a su propio sistema judicial.

Los mismos jueces comprometidos con la suma de tropelías cometidas desde siempre en el manejo de los tribunales respecto de los delitos económico, llenaron las cárceles VIP con nombres impensables. Muchos más están desde entonces procesados y a la espera del rumbo político que tome el país. Entre ellos figuran parientes cercanos del Presidente y hasta la empresa de su propia familia está bajo la lupa. Un fenómeno semejante no tiene parangón: grandes empresarios, altos funcionarios (entre ellos el ex vicepresidente y el todopoderoso ex ministro de Planificación), presos por un gobierno… ¡de empresarios!.

A esto cabe agregar que, sin cuadernos pero con montañas de pruebas, el gobierno de Cambiemos llevó a la cárcel –o intentó hacerlo, sin suerte en el caso más notorio- a prominentes señores feudales con membrete de dirigentes sindicales, también parte de la clase patronal, aunque con las singularidades del caso.

En suma: la búsqueda del indispensable saneamiento para que el capitalismo sobreviva, llevó por diferentes caminos y como resultante de un inmanejable juego de presiones a una confrontación interburguesa como jamás ha vivido Argentina.

Acaso involuntariamente, Macri estuvo al timón de esta tormenta impensable. Mientras tanto, para sofrenar los efectos del aspecto estrictamente económico del saneamiento, Cambiemos sostuvo e incluso incrementó las formas de contención social mediante asignaciones familiares y otros mecanismos adoptados por el capitalismo en las últimas décadas para evitar el apocalipsis social. Una herejía para el dogma liberal, existente sólo en antiguos libros que nadie lee. Paradojalmente, lo hizo con los que estaban y siguen estando al límite de la supervivencia, con lo cual el mayor peso del ajuste cayó sobre las clases medias: su propio electorado.

Quienes apostaron a la fuga de Macri en helicóptero y debieron soportar el oprobio de su arrolladora victoria electoral en 2017, cuando la Sra Fernández perdió contra nadie menos que Esteban Bullrich, en la Provincia de Buenos Aires, ahora han descubierto que Cambiemos comanda al Titanic. Para aludir al fracaso oficial, cambiaron de vehículo. Acaso no entienden la diferencia entre un helicóptero, símbolo de la derrota de un Presidente, y un transatlántico, representación del país todo, efectivamente a la deriva en medio de devastadores obstáculos. Al parecer el afán por regresar a la posesión de algún cargo oficial y eludir la cárcel nubla la vista y el entendimiento.

Quienes desechan o minimizan el papel de Macri en esta deriva de la crisis nacional, tienen razón en el sentido de que hay una fuerza invisible que ordena sus pasos, pero yerran redondamente en cuanto al significado de los hechos. Semejan a quienes pretendieron desconocer los juicios a las juntas militares, porque el presidente era Raúl Alfonsín.

Está ocurriendo una fractura muy honda en la burguesía y sus aliados de arriba (imperialistas de diferente nacionalidad) y abajo (sindicalistas venales, iglesias, instituciones deportivas, culturales, etc). En la coyuntura, la arremetida judicial contra algunos de los capitalistas mayores y la supuesta caída en las encuestas (otro instrumento repugnante de manipulación social)

lleva al capital a la indecisión estratégica.

Como lo hizo después del Cordobazo, cuando la burguesía vio el rostro de la Revolución frente a frente, un sector entonces mayoritario y hoy minoritario apela al peronismo para sortear la crisis. Medio siglo atrás era la clase obrera quien lideraba la oposición social. Por eso los llamados "gorilas" abrieron las puertas a Perón para que –Triple A mediante- frenara ese ímpetu desde las bases, que implicaba un choque frontal con el capitalismo. Hoy, frente a quienes propugnan perseverar con Macri, hay quienes creen que es imprescindible abrir alguna válvula de escape y que para eso bastaría con… Lavagna. Tal la confusión, desorganización e indefensión políticas de trabajadores, estudiantes y pueblo en general. Aunque no está dicho que Lavagna llegue a ser candidato (aparte otras razones, las decisivas, hasta fines de abril no lo favorecen las mediciones), no está desencaminada la interpretación que le atribuya la posibilidad de encarnar "la tercera vía".

Una suma considerable de siglas alusivas a agrupamientos denominados progresistas se ha sumado a la eventual candidatura del ex ministro de economía de Eduardo Duhalde. Algo semejante ocurre para apoyar un retorno de la ex presidente Fernández. Según ignotos encuestadores, tan corruptos como los empresarios hoy encarcelados, Macri sería el tercero frente a estos dos contrincantes.

Mientras tanto, si la tilinguería dominante en los medios de incomunicación ha reemplazado la división de la sociedad en clases por "la grieta", el vaciamiento del pensamiento socialista científico ha cambiado la tarea de concientización y organización de las masas por la obtención de una banca legislativa, siquiera sea de Concejal.

Es comprensible que en este cuadro político las mayorías estén abrumadas y confundidas y la intención de voto cambie como veleta en torbellino. Esa indecisión se traslada a las clases dominantes, razón por la cual aún no han optado. Obligadamente lo harán en los próximos 45 días, puesto que

deben definirse candidaturas y fórmulas para las Paso (Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias, engendro mediante el cual el país vive diez meses en campaña electoral y vota innumerables veces).

Papel de los intelectuales orgánicos del capital

Ínterin, la suma de cualidades de analistas, comentaristas y periodistas de los grandes medio los ha llevado al pánico.

Como ocurre con ciertas mentes enfermizas, crean una fantasmagoría en sus propios cerebros, la proyectan a su entorno, son presa del pánico que propagan y luego tuercen desesperadamente para alejarse del peligro imaginado. Así, obligados por sus mandantes a corroer a Macri, ahora gimen ante lo que creen un segura victoria de Cristina Fernández.

El mecanismo es retorcido pero simple: primero asumen que a la primera magistratura se llega por la opinión consciente de las mayorías; luego, con base en ridículas encuestas pagas arriban a la conclusión de que esa opinión mayoritaria ya escogió a Fernández; enseguida, ya en la frontera del delirio, se convencen y difunden que Fernández presidiría un gobierno de cambios radicales y transformaciones estructurales con sentido anticapitalista (no importa que la propia interesada ponga ahora como modelo a Portugal, así como en 2007 señaló a Alemania). Finalmente, cocinados en su propia salsa, salen desesperados a pedir que Macri ceda su lugar, o que Lavagna los salve de la pesadilla.

No se debería minimizar el hecho de que están en la cárcel muchos de quienes robaron sumas fabulosas (Fernández está amparada en fueros, como su hijo y a diferencia de su hija, parapetada en Cuba por el momento), pero sólo una ínfima parte de esos dineros ha sido recuperada. Dicho de otro modo: hay montañas de recursos para acicatear la opinión de encuestadores, periodistas, comentaristas, analistas y políticos a la caza de un cargo o, al menos, buena pitanza.

Además de Clarín, también La Nación contribuyó con ese

clima que llegó al límite de la histeria: "Fernández gana y Argentina vuelve a enfilarse hacia Venezuela"; la sagrada "libertad de prensa está en peligro".

Hay más falacias que palabras en esa afirmación. Los historiadores del futuro podrán hacerse un festín con estas elucubraciones a mitad de camino entre la ignorancia, la enajenación y la corrupción. Pero no importa, hoy las difunden los grandes medios. Y convencen a buena parte de la ciudadanía interesada en la política (una ínfima proporción de la sociedad), más los operadores financieros, que al socaire aprovechan para hacer grandes fortunas con obscenas especulaciones día a día.

La lucha interburguesa a punto de salirse de control y la estridente debilidad de Cambiemos y su presidente alientan este absurdo político que no se corresponde con la coyuntura económica del país y, mucho menos, con las relaciones de fuerzas sociales y políticas.

Un sector del capital y los políticos y sindicalistas a su servicio, con el cuco del caos pretenden llevar el generalizado descontento a votar por un Perón calvo y con sandalias de pescador; tan anciano como aquél, pero con apenas el espectro de los sindicatos, partidos, iglesia y respaldo social que apoyaron al original.

Imposible predecir si al límite el gran capital recompondrá el Fab y mantendrá su apoyo a Macri u optará por Lavagna. Depende en mucho del devenir económico de los próximos tres meses. Es altamente probable que quienes ven a un Macri en agonía inmediata se lleven una sorpresa. Para estar al día, observe si acaso Clarín y La Nación comienzan a cambiar el tono.

Como sea, la crisis estructural del país muestra que ni siquiera dominando sin disputa el escenario político el capital logra sostener, por medios democrático-burgueses, la hegemonía sobre la propia clase dominante. Por eso, si Macri revierte el cuadro negativo en el que lo han encerrado los suyos propios, obligadamente acelerará la dinámica hacia un bonapartismo colindante con el fascismo.

Aunque los cerebros del Fab no le dan apoyo y por tanto descartan la perspectiva de una victoria de Fernández, si yerran Argentina ingresaría a una fase diferente, superior, de la lucha interburguesa. Nuevas mafias, con rasgos desconocidos hasta ahora, más carteles narcotraficantes, enseñoreados en el país en los últimos años, estarían formalmente en la disputa. Esto implicaría ingobernabilidad y descontrol económico. Lavagna ofrecería un desenlace semejante, aunque en ritmos diferentes y con otros modales. En los tres casos el país vería formas crecientes de violencia como forma regular del accionar político.

Estas son las perspectivas que la burguesía, en cualquiera de sus fracciones, ofrece al país. Será necesario un arduo esfuerzo para comprender, asumir y educar a millones sobre este horizonte en el abismo. Quiérase o no, el futuro reclama un drástico cambio del panorama político actual, con la irrupción de una fuerza de masas basada en un programa anticapitalista, con metodología democrática y vocación de transformación raigal. No hay racionalidad alguna en aceptar el rumbo que le ofrece el capitalismo a nuestro país.

28 de abril de 2019

Qué significa el paso al costado de Cristina Fernández

Quedó consumada la decisión del gran capital de que Cristina Fernández y su equipo no puedan acceder al gobierno.

Fue sorprendente la decisión de la ex presidente de postularse como candidata a la vicepresidencia y poner como aspirante al cargo máximo a Alberto Fernández, sobre quien más abajo se darán algunos detalles elocuentes. Pero en modo alguno podía caber duda sobre el hecho de que la "abogada exitosa", dos veces Presidente, debía buscar un atajo para evitar otra derrota electoral después de las tres extremadamente gravosas que sufrió desde 2013.

Resta todavía despejar dos incógnitas esenciales: 1. ¿Es el último movimiento de la ex presidente o faltan algunos capítulos de la telenovela? 2. Esa gran burguesía que bloqueó el camino a los remanentes del llamado kirchnerismo ¿está dispuesta a permitir el retorno del Partido Justicialista (PJ) al poder, o sostendrá la continuidad de Mauricio Macri?

Por el momento es otra victoria del oficialismo, aunque todavía está irresuelto si el Frente amplio burgués (Fab) se recompone y decide quién ocupa la Casa Rosada a partir de diciembre próximo, o consolida su fractura y a las elecciones de octubre próximo van dos o tres candidatos, con el mismo programa pero con diferente base de sustentación directa, con las clases dominantes formal y explícitamente divididas.

El próximo martes 21, comienza el juicio oral a la ex Presidente, además de su ex ministro Julio de Vido (también a cargo de Planificación durante los cuatro años de mandato de Néstor Kirchner), el socio comercial Lázaro Báez, el vituperado operador José López (célebre por llevar bolsos colmados de dólares a un convento) y otros tantos que acudirán al tribunal desde la cárcel donde cumplen prisión preventiva.

Una exitosa operación de prensa impuso la idea de que Alberto Fernández (AF) fue informado por su jefa Cristina Fernández (CF) el miércoles 15 de que su nombre sería anunciado como candidato a Presidente el sábado 18 por CF, que en un gesto de extraordinaria generosidad se contentaría con la candidatura a vice.

Es una patraña. En realidad esta candidatura resulta del estridente fracaso en la maniobra de la Corte Suprema de Justicia (CSJ) para postergar sin fecha el juicio a CF. La insólita decisión de este cuerpo que salvaba a CF del oprobio durante la campaña electoral, fue anunciada el martes, fracasó en menos de 48 horas y obligó a un apresurado cambio de planes.

La prensa tradicional se mostró escandalizada por la connivencia de cuatro miembros de la CSJ para "elegir a Cristina Presidente", tal como dijo en un crudo editorial un probado

defensor del statu quo, que sin embargo mostró singular arrojo e influyó en gran medida para que los supuestos defensores de la justicia debieran retroceder de inmediato e ignominiosamente. Gestora de esta operación fulminante es la misma prensa que protegió a AF y su musa repitiendo que el arreglo entre jefa y subordinado ocurrió el miércoles 15.

No hay sino una explicación para todos estos pasos en falso y su evidente manipulación periodística: la perplejidad del gran capital frente a la reaparición agravada de la crisis política y las sanguinarias peleas internas por hallar una salida e imponerse, cada fracción, como fuerza hegemónica. Dicho de otro modo: las dificultades extremas para sostener la reelección de Macri.

En un texto fechado a fines de abril (Adónde va la burguesía en Argentina) reiteré la afirmación de que aun en sus disputas internas, el gran capital local y extranjero excluía la posibilidad de un retorno al poder de una protoburguesía asociada a sectores menores del capital, con CF a la cabeza. En la imposibilidad de obtener ese visto bueno radica el paso desesperado de la ahora candidata a vice. Si el paso al costado es o no una carta de negociación para obtener impunidad, se verá con el tiempo. Pero está claro que AF es el frágil parapeto con el que se pretende afirmar una perspectiva de eventual negociación con Washington, con el FMI y el gran capital local, en primer lugar con ciertos medios de prensa.

AF fue un mentor inicial de Kirchner. Fue su jefe de gabinete durante cuatro años y durante un primer período de CF. Su único cargo electivo fue el de legislador (concejal) en la Capital Federal. Lo logró en el año 2000 en la lista de Domingo Cavallo. Iba detrás de la Sra. Elena Cruz, quien por defender ardorosamente al dictador Jorge Videla terminó separada de su banca y dejó paso al ahora candidato a Presidente. AF tuvo además estrechos lazos con el ex diputado Eduardo Varela Cid, personaje más que oscuro radicado en Miami, denunciado como agente de la CIA entre otros por Carlos Andrés Pérez, ex presidente socialdemócrata de Venezuela, a su vez conocido

como hombre de la agencia estadounidense en su país. También administró la campaña presidencial de Eduardo Duhalde y Palito Ortega, motivo por el cual se lo vinculó a fondos provenientes del cartel de Juárez y a la penetración de esta organización narcotraficante en la provincia de Buenos Aires.

AF es, además, pero acaso en primer lugar, también un enemigo pertinaz de la Revolución Bolivariana y del presidente Nicolás Maduro.

Hasta ahora los ataques al flamante candidato se redujeron a reproducir sus tremendas acusaciones contra CF mientras estaba asociado a Sergio Massa, antes de salir de ese partido nonato para dirigir la fallida campaña de Florencio Randazzo y, finalmente, recalar otra vez junto a CF como asesor principal de la campaña que ahora lo tendrá como figura principal.

Como queda dicho, resta saber si el peronismo autodenominado republicano se reúne en torno a Roberto Lavagna –lo cual significaría que al menos un sector importante del Fab decide llegar a segunda vuelta para luego competir con Macri- o deja paso a la continuidad del actual Presidente. También queda pendiente el destino de la ahora candidata a vicepresidente. Por estas horas hay nerviosas negociaciones en el cenáculo más exclusivo de las clases dominantes.

19 de mayo de 2019

Con deserciones, se rearticula el frente amplio burgués

Puede sorprender el nombre, pero no la lógica de la designación de Miguel Pichetto como candidato a vicepresidente de Mauricio Macri, anunciada el 11 de junio como quien detona una bomba en medio de un concierto dodecafónico de Schönberg.

Es una diagonal para alcanzar los objetivos primigenios del frente amplio burgués (Fab). En rigor, la melodía escuchada

en los días previos era un desenfreno desafinado y en apariencia sin director. Urgía un paso audaz en la composición de Cambiemos. Lo hubo a tal punto que llegó al abandono del sello para asumir el de Juntos por el Cambio, prueba de la creatividad y originalidad dominantes en estos tiempos. A la alianza de socialdemócratas, desarrollistas, ultraconservadores y liberales de diferente pelaje, el nuevo marbete electoral suma al socialcristianismo de un ala peronista y resigna "la pureza de lo nuevo" en pos de resultados electorales, puestos en cuestión por los asfixiantes efectos del saneamiento económico, en un marco mundial convulsionado.

Pocos repararon que en su mensaje de apertura del Congreso, el pasado 1º de marzo, entre los factores aludidos por Macri para justificar el descontrol económico por entonces en auge, explicó:

"Cuando empezábamos a crecer y a asomar la cabeza como país, tuvimos tres shocks imprevistos: la salida de capitales de mercados emergentes, la sequía que afectó como nunca en 50 años al campo argentino, y la causa de los cuadernos".

A un lado la simplificación, cabe focalizar en la llamada "causa de los cuadernos". Se trata de la revelación de un sistema de corrupción empresarial y administrativa en torno de la obra pública, mediante la cual se malversaron miles de millones de dólares y que registra hoy una treintena de grandes empresarios y altos funcionarios del gobierno anterior enjuiciados y detenidos, más otros tantos procesados y con el riesgo de terminar en la cárcel. En otras palabras: la implosión no buscada del Fab.

No hay precedentes en Argentina (probablemente tampoco en el mundo), de una redada tan extensa y profunda de prominentes empresarios capitalistas, ocurrida además durante un gobierno de empresarios capitalistas.

En Argentina el sistema judicial es más corrupto que todos aquellos a los que juzga. Eso equivale a decir que no son los jueces, ni una figura del Ejecutivo, quienes mueven los hilos de esta operación sin antecedentes. Historiadores de un futuro

no lejano podrán desentrañar los mecanismos que dieron lugar a este proceso masivo, que tiene en el centro a la ex presidente Cristina Fernández, con 13 procesamientos y 7 pedidos de prisión preventiva. Fernández no está en la cárcel, junto a un tropel de sus ex funcionarios, únicamente por los fueros con los que cuenta como senadora. Por ahora baste decir que es una fuerza poderosa e invisible la que obra en función del saneamiento funcional impostergable para quienes quieren salvar el sistema.

Como sea, el hecho es que "la causa de los cuadernos" hizo tambalear el frente amplio burgués presidido por Macri, sacudió hasta las raíces el funcionamiento económico (frenó la mayoría de la obra pública puesto que los empresarios encargados de llevarla a cabo cayeron en desgracia, incluso familiares del Presidente) y puso en duda no ya la reelección del actual elenco, sino su arribo al final del mandato.

Baste señalar que uno de los empresarios acusados es Paolo Roca, titular de la mayor empresa privada argentina, de envergadura transnacional. Roca es el hombre más rico del país, con una fortuna valuada en casi 10 mil millones de dólares. Aun así, debió huir a México para evitar su detención. Jugó además todo su poder para inclinar la opinión editorial del grupo Clarín y de La Nación, que comenzaron a condenar a Macri con crudos adjetivos. Era preciso frenar al menos algunos de los juicios. En buena medida lo lograron, aunque el desenlace está por verse.

La circunstancia dio lugar a que el conjunto de advenedizos aspirantes a grandes capitalistas (encargados de darle por fin carnadura a la célebre "burguesía nacional" y reunificados ahora en torno a CF) tomara la iniciativa política mientras otras fracciones aprovecharon para lanzar sus propias fórmulas, con lo que el Fab pareció a punto de desaparecer.

Hasta la fecha, esa posibilidad no está por completo excluida. Pero con la incorporación de un sector del peronismo (que incluye a buena parte de los sindicatos más poderosos) el

Ejecutivo ya recuperó la batuta y la orquesta ensaya el retorno a una melodía armónica. Bastaron 24 horas tras el anuncio para producir el milagro, que incluyó baja del dólar, suba de acciones y brusca caída del llamado "riesgo país", instrumento de manipulación en manos del capital financiero internacional.

Realineamientos en la debacle

Como se sabe, antes de esto Cristina Fernández (CF) había abandonado la carrera presidencial designando –en otro hecho inédito de la historia política local- a Alberto Fernández (AF) como candidato presidencial y relegándose a sí misma como vice.

Algún memorioso recordará que AF era el jefe de gabinete a quien, durante el gobierno de Kirchner, se le atribuyó una simple maniobra que provocaría un conflicto de envergadura: hizo mover el avión presidencial Tango 01 de modo que un vuelo proveniente de Venezuela no pudiera arribar al punto de desembarco oficial y sus pasajeros debieran pasar por una aduana, donde casualmente una acuciosa agente (poco después convertida en bailarina de fugaz celebridad), detuvo a Antonini Wilson con 800 mil dólares en un maletín. Con ayuda de la prensa se produjo así un escándalo, poco antes de que asumiera CF. Así como ahora se atribuye la designación de AF a su cercanía con el Departamento de Estado, en aquella oportunidad se explicó el mazazo publicitario que a través de Antonini Wilson se asestaba a la Revolución Bolivariana también por la intromisión de Washington para decidir el lugar de estacionamiento del Tango 01. Como sea, las raleadas huestes de CF acataron sin chistar la decisión y se alinearon tras quien iniciara su carrera como concejal en las listas de Domingo Cavallo.

Con idéntica disciplina, un tropel de señores semifeudales con cargo de gobernadores o aspirantes a él se sumaron sin demora a la nueva fórmula. Esto hizo pensar que el peronismo superaba la pulverización que lo aqueja y se reagrupaba en torno de una nueva instancia, inicialmente llamada Frente Patriótico. Protoburgueses frustrados y grandes empresarios

acorralados por el sistema judicial se sumaron como base de sustentación de ese frente, en el cual vieron su única perspectiva de salvación.

Así, el periodismo comercial pudo convencerse y convencer a no pocos de que el peronismo se había reunificado y ganaría las elecciones. La prensa tradicional argentina ha llegado a los más bajos niveles de calidad política y profesional. Ni que decir tiene respecto de su capacidad de análisis y previsión.

De hecho, la mayoría de aquellos señores semifeudales tienen como verdadero representante a Miguel Pichetto, quien no por acaso lleva 18 años en el Senado, cubil de atraso, corrupción e inepcia en Argentina. De modo que ahora o en poco tiempo pueden esperarse nuevos desplazamientos, sobre todo cuando los primeros indicadores –otra vez la prensa desnortada a la vanguardia, con las empresas encuestadoras como palafrenerasdan como seguro un giro electoral a favor de Macri.

En el torbellino desapareció el bloque del denominado "peronismo racional", encabezado por Juan Schiaretti, Juan Urtubey (gobernadores de Córdoba y Salta), Sergio Massa y Pichetto, a quienes se sumaba el ex ministro de Economía de Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner, Roberto Lavagna, asociado con el Partido Socialista y el Gen, todos originalmente bajo el sello Alternativa Federal.

Voces bien informadas aseguran que Lavagna tuvo el impulso de Roca para lanzarse al ruedo. Con ése y otros respaldos menores –como el del grupo Perfil- Lavagna se negó a someterse a Primarias en el bloque del peronismo tradicional.

Sergio Massa, llamado "ventajita" por Macri y revelado por Wikileaks como consultor permanente del embajador estadounidense en Buenos Aires, abandonó sin aviso Alternativa Federal y viró hacia el bloque conducido por CF, quien ahora puede enarbolar como ejemplo de generosidad el hecho de que su precandidato a Presidente y su principal punto de apoyo en la provincia de Buenos Aires, durante los últimos seis años profirieron las más lacerantes críticas y condenas contra ella.

Implosionada Alternativa Federal, Pichetto obtuvo el premio mayor, Massa va a competir contra AF en las primarias, Lavagna se lanza con el menguado respaldo del PS y el Gen, Urtubey da una "muestra de grandeza" y se somete a ser candidato a vice de Lavagna en lo que ahora se llama Consenso Federal 2030, mientras Schiaretti va en Córdoba con "boleta corta", es decir, sin candidato a Presidente, o sea, dejándole el campo orégano a Macri.

Es el realineamiento de la decadencia, donde la picardía reemplaza a la inteligencia y en lugar de estrategia y proyectos hay manotazos de ahogados. El cataclismo político, fruto de un más grave hundimiento económico no se hace patente por una razón sencilla y reiteradamente denunciada: la clase trabajadora carece de conciencia y organización; la burguesía y su extensión en los sindicatos tienen por completo el control del escenario político y sólo disputan el modo y la cuantía en el reparto de la riqueza.

Resta todavía ver la capacidad de reacción de quienes mantengan el apoyo a AF. Al momento, hay serios indicios de que el frente amplio burgués se recompone y ratifica la continuidad de Macri.

Izquierdas

Un último aspecto de este panorama es el que ofrecen las izquierdas. Fragmentos provenientes del peronismo o de aparatos stalinistas y católicos, trabajan sin pudor por la candidatura de AF. Algunos llegaron a ese lugar después de haber aniquilado la posibilidad de un partido de masas de los trabajadores, manipulando la CTA, sumándose al Frente Grande, al Frepaso y la Alianza.

Aparte esta forma extrema y descarada del oportunismo, están las formaciones infantoizquierdistas-neoreformistas, empeñadas en obtener alguna banca legislativa, del nivel que sea, sin otra aspiración que superar el 3% de los votos. La desvergonzada convergencia de un sector del peronismo con

Cambiemos difícilmente se traduzca en un rechazo popular que permita al neoreformismo obtener porcentajes cualitativamente superiores en las presidenciales. Pero aún cuando esto ocurriera, nada cambiaría en las relaciones de fuerzas entre las clases.

El cretinismo antiparlamentario es la otra cara del cretinismo parlamentario en el que chapalean varias siglas anunciadas como anticapitalistas. El pseudo combativismo de marchas minúsculas y cortes de calles a razón de 10 veces por mes es lo contrario de la tarea revolucionaria de este período histórico: educar a la masa trabajadora en una perspectiva de clase; formar círculos de lectura y debate para que la comprensión del funcionamiento del sistema capitalista sea un acervo de las mayorías; organizar a la vanguardia natural de las y los trabajadores en función de su nivel de conciencia y disposición al combate; acompañar las luchas sociales espontáneas intentando siempre introducir la teoría científica del cambio social en la conciencia de las mayorías.

El 29 de mayo pasado se cumplieron 50 años del Cordobazo. La CGT llamó para ese día a un paro general, que se cumplió masivamente mientras las dirigencias negociaban con el gobierno el cobro de fondos de las obras sociales, a la vez que participaban en el realineamiento de fuerzas burguesas ya descripto. El neoreformismo llamó a un paro de 36 horas en lugar de 24, que debía seguir con una huelga general… Ahora esas consignas se guardan hasta la próxima oportunidad, mientras la obtención de votos para las primarias ocupa el primer lugar.

Por cierto los hechos políticos trascendentes no se hacen celebrando aniversarios. La militancia consciente –cientos de miles de hombres y mujeres luchadores de todas las edades- debería sin embargo haber utilizado esa fecha para explicar la significación histórica de aquella sublevación obrero-estudiantil que puso en cuestión al sistema capitalista.

Para desviarla primero y abortarla después la burguesía acudió a Juan Perón, quien puso a Cámpora como monigote para preparar la gran embestida contrarrevolucionaria. La

presidencia de Perón, la Triple A, el papel de Isabel Perón, la dictadura, fueron hitos de una caída que aún no ha concluido y en la cual son inocultables tanto el papel de agentes del enemigo en filas sindicales y políticas supuestamente "progresistas", como la magnitud de errores y omisiones de organizaciones comprometidas con la revolución social. La derrota ideológica, organizativa y política de la clase trabajadora es la causa de este juego siniestro de los políticos de la burguesía, cuya máxima expresión está a la vista ahora en la penosa decadencia del país.

"Moral y luces, son nuestras primeras necesidades", decía Simón Bolívar hace 200 años. Es una consigna vigente hoy en nuestro país.

12 de junio de 2019

Rechazo social al espectáculo pre-electoral

Concluyó el sábado 22 de junio la formación de listas para las elecciones nacionales. Por repugnancia o indiferencia el rechazo en todo el espectro social probó que los partidos de las clases dominantes ya no existen como tales.

Junto a la degradación y muerte de la Unión Cívica Radical, el Partido Justicialista y demás estructuras menores que durante el siglo XX sostuvieron la gobernabilidad del capital, han desaparecido valores básicos, imprescindibles para contener de manera sostenida al conjunto social en cualquier sistema.

Es un proceso que viene de larga data. Sólo que, como quedó a la vista en los últimos meses, ha llegado a límites imposibles de transponer sin consecuencias de largo alcance. Reinan en la política argentina la indecencia, la ignorancia, la mezquindad, la ausencia de todo horizonte que no sea el beneficio individual. Es con arreglo a esto último que se estructuran y funcionan los "frentes" y "espacios" que disputarán en las

primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (Paso) del 11 de agosto, prólogo manipulador de los comicios a realizarse en octubre y noviembre.

No hubo periodista o comentarista que omitiera registrar el bochorno de cabriolas y tramoyas escenificadas por desesperados aspirantes a candidatos, con saltos de una lista a otra, armado y disolución de alianzas y fórmulas, alquiler de sellos partidarios a su vez comprados por mejor precio a última hora, todo ello sin la más mínima participación de quienes forman fila tras los nombres finalmente escogidos. Gestos de condena aparte, la prensa no extrajo conclusiones de esta exhibición obscena y evitó asociarla con la crisis del sistema al que representan sus protagonistas. Niños tapándose los ojos y convencidos de que así desaparece el cuco. Pero está allí. Como en 2001, aunque con mayor potencia demoledora.

Paradojal y desafortunadamente, cuadros políticos y sindicales que dos décadas atrás pudieron presentarse como alternativa a la debacle de las instituciones del capital, ahora están en el mismo palco con los políticos burgueses. Organizaciones que en documentos y fiestas de guardar se proclaman revolucionarias, en los hechos optaron por ganar lugares en parlamentos y legislaturas e incurrieron en conductas análogas para llenar sus listas. Otras formaciones escogieron subordinarse a "espacios" de diferentes alternativas patronales y acceder por esa vía a cargos legislativos. Con alguna excepción, fueron humillados por personajes vacíos y altaneros que desde tronos de papel les negaron la ilusión de acceder siquiera a una ínfima legislatura. No hubo respuesta de los agraviados. Parecen ajenos a todo principio, dignidad personal y sentido de la vergüenza.

Alguno de ellos alcanzará el ansiado fetiche de un puesto público. No obstante, desde ahora mismo neoreformistas y ultraoportunistas se ven aplastados por el desmoronamiento de las instituciones burguesas y están, como sus cofrades candidatos de otros "espacios", en la lista del desprecio popular.

Ya el electoralismo y la lucha cuerpo a cuerpo por cargos en

el Frente de Izquierda Unidad muestra signos de descomposición: fue expulsado del llamado Partido Obrero su fundador y única voz audible durante décadas. Es sólo el comienzo. La onda expansiva golpeará, a término, al frente electoralista de organizaciones que ahora se regocijan por el debilitamiento de una de ellas.

Consecuencias inmediatas

En paralelo, el gobierno logró frenar la caída de la economía, lanzó medidas paliativas para recuperar votantes perdidos, estabilizó el precio del dólar, puso un freno a la desbocada inflación y así restauró a medias el frente amplio burgués (Fab) que lo sostiene.

Adicionalmente, el Ejecutivo presenta como panacea de crecimiento y desarrollo la firma de un tratado de libre comercio del Mercosur con la Unión Europea. Otra utopía del capital, de incierta y en todo caso muy lejana entrada en vigencia. En cualquier caso, puede obrar como efectivo anzuelo electoral y, sobre todo, ratifica el apoyo a Macri del gran capital financiero internacional, lo cual contribuye al alineamiento de franjas desconformes de la burguesía local.

Dicho de otro modo: otra vez la corrupción de los partidos tradicionales y la ausencia de una línea de acción revolucionaria en las izquierdas favoreció al gran capital, que continuará su plan de saneamiento cualquiera sea el vencedor en la carrera presidencial.

La militancia puede hacer como los periodistas: taparse los ojos e imaginar que el cuco desaparece. Puede reiterar la certeza que durante 2016 y 2017 llevó a propagar la "teoría del helicóptero" (fuga de Fernando de la Rúa en 2001). Puede confundir análisis objetivo con simpatía hacia el gobierno del Fab. Y aferrarse a la certeza de que éste será vencido en las presidenciales. Los hechos, con todo, son difíciles de desmentir: no hubo helicóptero; en 2017 Cristina Fernández (CF) salió en segundo lugar frente a un inexistente candidato oficialista

a Senador; Mauricio Macri llega al final de su mandato; la ex presidente, representante del otro "espacio" burgués, temerosa de perder cedió la primera candidatura a Alberto Fernández (AF), quien para intentar ganar terreno electoral revela su condición de liberal. Por si fuese poco, el candidato del ahora llamado Frente de todos (¿?) acumula declaraciones contra lo actuado por su jefa cuando ocupó la Casa Rosada y da garantía de pago al FMI, aunque con necesaria renegociación de plazos: lo mismo que ya arregló el oficialismo con ese organismo.

Corrupción y campaña

Imposible hoy hacer un pronóstico electoral. El gobierno y sobre todo Macri sufrieron una marcada caída en la aceptación de la sociedad. Las encuestas no son creíbles, aunque un promedio del enjambre de nuevas y antiguas consultoras podría indicar que la caída en la estimación del oficialismo ha comenzado a revertir: ahora el conjunto parasitario de medidores de opinión converge en la idea de un "empate técnico". El elenco del desde hace un mes llamado Juntos por el cambio (ex Cambiemos) guarda muchas cartas en la manga. Sólo algunas serán mostradas antes de las Paso del 11 de agosto, cuando la campaña oficialista espera perder por un margen de 3 a 7 puntos porcentuales, distancia que, siempre según ellos, sería recuperada antes del 27 de octubre.

Al otro lado del callejón, el Frente de todos (nótese que antes se llamaba Frente para la victoria), remeda al oficialismo y afirma que ganará en primera vuelta.

Mientras tanto, cada sector del sindicalismo está empeñado en morder su parte de candidaturas en algunas de las tres fórmulas explícitas del capital. Si acaso la CGT vuelve a decretar un paro general, será como los anteriores un mero recurso electoral y válvula de escape para la presión social.

Voto Protesta

Aunque esté claramente volcado a la continuidad de Macri, el Fab duda respecto del resultado comicial. La argucia del "empate técnico" de las encuestadoras refleja esa incertidumbre. Empujada por disidencias internas la burguesía alentó a CF para tener todo bajo su manto electoral. Esto se combinó con los coletazos del saneamiento económico y político (el caso de los "cuadernos de la corrupción" y la proliferación de "colaboradores arrepentidos" sembró el terror en filas empresarias). El resultado es que el candidato principal del Fab no tiene la victoria asegurada.

Desde diferentes ángulos se reconoce la ruptura entre cúpulas pseudo dirigentes y el conjunto social. Hay una fatiga moral perceptible en la ciudadanía, que atraviesa líneas de clase y cala hondo en las juventudes. A la luz de la experiencia de 2001, gerentes y filósofos del capital comprenden que a mediano plazo la verdadera amenaza a sus planes proviene de ese rechazo que, sin opción electoral, podría enfilarse hacia la abstención, el voto en blanco y, en primer lugar, lo que en 2001 se impuso como "Voto Protesta".

Hay diferentes fuentes para el descontento. Por supuesto prima la penuria económica, la inseguridad, la ausencia de perspectivas acentuada por falta absoluta de propuestas comprensibles y creíbles de los candidatos principales. Una franja todavía imposible de medir ya ha comprendido que el saneamiento capitalista propuesto por Macri y los suyos (ahora acompañados por sectores del peronismo) implica, incluso en la negada hipótesis de que pudiera realizarse hasta sus últimas instancias, un costo inmenso para la clase obrera y las clases medias bajas.

En otro orden, la corrupción asquea a las mayorías. Quienes pretenden destronar a Macri se empeñan en negar lo obvio respecto de CF y su elenco, consideran a los encarcelados por corrupción como presos políticos y han difundido la idea de que la conducta delictiva del gobierno anterior no influye en el voto popular. Las evidencias de robos por cifras siderales son abrumadoras y, hasta que lo golpeó a él mismo, el Fab se encargó de mostrarlas ad nauseam.

Los acusados se defienden con argumentos de manipulación judicial y contradenuncias de que en el actual gobierno, a comenzar por Macri, hay notorios corruptos. Esto no redunda en mayor credibilidad para el llamado kirchnerismo, hoy por completo desdibujado y bajo fuego de sus propios aliados en el Frente de todos. Pero consigue hundir en el mismo fangal al oficialismo.

El patético desempeño presidencial en materia de comunicación con la sociedad, sumado al alud de pruebas contra CF y funcionarios del gobierno anterior, más el desencanto de buena parte de los adherentes juveniles ante el llamado de CF a votar por AF, son otros tantos ingredientes de un clima análogo (para nada idéntico) al que vivió Argentina en los meses previos a los estertores de la Alianza, 18 años atrás.

El neoreformismo-infantoizquierdista apuesta a que ese formidable descontento desagüe en sus listas y le permita superar el 3% de los votos. Es dudoso, aunque no imposible. En ningún caso, sin embargo, se producirá un cambio cualitativo en la conducta electoral de la clase obrera y en las relaciones sociales de fuerza. Con expulsiones, insultos y condenas -que su prensa trata de ocultar, en la mejor tradición stalinista- también hay desazón y rechazo en la franja más consciente de sus adherentes y votantes. En cualquier hipótesis, es seguro que la abstención habitual del 20/30% aumentará significativamente. Habrá sin duda un porcentaje elevado de votos en Blanco y anulados. A diferencia de 2001 hoy resulta más arduo articular fuerzas militantes a escala nacional para promover el Voto Protesta. La evolución de los hechos, sobre todo después del 11 de agosto, puede cambiar el panorama.

En cualquier caso, las tres fórmulas puestas en juego por la burguesía (Macri, Fernández y Roberto Lavagna, tan diferenciados por su condición de clase y sus programas como tres gotas de agua) obtendrán más del 90% de los votos válidos. La moderna política ha impuesto una manipuladora forma de medir la votación, al calcular porcentajes excluyendo abstención, votos blancos y anulados. La totalidad de quienes hablan de inclusión social participan de este fraude. Lo contrario mostraría la proporción de la población que los vota. Aun así, la relación de fuerzas entre el capital y la clase trabajadora, las juventudes y las clases medias bajas, es en extremo negativa para estos últimos. Eso no cambiará en los próximos comicios sea quien sea el ganador, dada la inexistencia de una clase obrera consciente y organizada y la irreversible escualidez del neoreformismo-infantoizquierdista.

Hay millones ansiosos y dispuestos a frenar la decadencia, proyectar una estrategia de cambio raigal y enfrentar la ofensiva reaccionaria encabezada por Estados Unidos y la Unión Europea en toda América Latina. Frente a esa masa de mujeres y hombres se plantea la perspectiva de una enérgica campaña nacional por abstención, voto en Blanco o Voto Protesta masivos. Única posibilidad objetiva de dar un paso adelante y prepararse para el inexorable colapso social y político, visible en un horizonte no tan lejano como suponen quienes ostentan, felices, una candidatura expectante.

2 de julio de 2019

Consecuencias previsibles de una elección absurda

Muertos sin sepultura, los partidos tradicionales encaran en Argentina lo que con toda probabilidad será el último gesto de impotencia en su actual configuración. Después del ciclo electoral en curso habrá un nuevo cuadro político, cuyo rasgo principal será la convulsión permanente.

Basta describir el panorama inmediato: ir a una elección general, gastar 4 mil millones de pesos en ella… elegir nada. Eso son las Paso que tendrán lugar el domingo 11. Las Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias son un artilugio más para manipular a la ciudadanía, creado por Néstor Kirchner en 2009, cuando pese a todo obtendría una estrepitosa derrota

como candidato a diputado.

Se trata de primarias donde se debería elegir candidaturas para todos los cargos en juego entre competidores de un mismo partido, con la obligación de cada elector de concurrir a las urnas y votar, de manera abierta por cualquier candidato de cualquier partido, sin necesidad de estar afiliado a ninguno o aun perteneciendo a uno e interviniendo en la elección de otro.

Es a la vez el máximo de intromisión del Estado en la vida interna de un partido e instrumento de generalizada confusión para una ciudadanía cada día menos politizada y educada. Un fraude moral y político antes de que se emita un voto.

Adicionalmente, ocurre que al interior de los partidos esta vez no hay candidatos en disputa. O sea, no hay por quién optar. Elección sin elección. Irracionalidad institucional llevada al paroxismo. Meses de aturdimiento para tapar con naderías de candidatos vociferantes la gravísima situación económica y social del país. Al costo de alrededor de cien millones de dólares para el erario público, más una suma incalculable en propaganda, viajes y actos de candidatos que no compiten con nadie, para una elección en la que no hay nada en juego.

La prensa comercial la ha llamado "la gran encuesta". Es así, en la noche del 11 lo único que se medirá es cuántos votos recibió cada partido. No habrá elección de presidente, gobernadores, intendentes y legisladores. Eso se hará el 27 de octubre.

Para un alto porcentaje de la población, esto no está claro. Esa porción de la población está convencida de que el 11 alguna de las fórmulas en juego ganará o perderá. La prensa en su conjunto contribuye a esa confusión, al pronosticar triunfos o victorias para éste o aquél. Como ya es habitual frente a cuestiones vitales de la vida política, tampoco las corrientes de izquierda se ocupan de educar al ciudadano frente a la agraviante engañifa con que se le obliga a votar.

Dicho de otro modo: la elección popular, principal instrumento de la democracia capitalista, está por completo vacía de contenido. Eso es hoy la institucionalidad burguesa en

Argentina. Y refleja con exactitud no ya la decadencia, sino la desaparición práctica de los partidos políticos.

Después del 11-A

Como sea, habrá comicios. Y consecuencias. En las vísperas, no hay certeza sobre posibles resultados. Como ya se ha dicho, el enjambre de empresas encuestadoras después de manipulaciones sin cuenta concluye en la osada afirmación de que es posible "un empate técnico".

Hay dos posibilidades entonces: obtiene más votos la fórmula Macri-Pichetto o es favorecido el dúo Fernández-Fernández. Seguiría Roberto Lavagna en un tercer puesto con menos de 10 puntos –posiblemente bastante menos. Lavagna fue lanzado por un sector del gran capital como globo de ensayo a comienzos de año, cuando temía que Mauricio Macri continuara barranca abajo. No ocurrió y el Frente Amplio Burgués (Fab) se rehízo en torno a su escuálido mesías post moderno. El experimento Lavagna involuntariamente viene a restarle votos al oficialismo, al menos en las Paso. El resto de las cuatro fórmulas (dos de derecha explícita y dos de izquierda), oscilarán entre 1 o 4 puntos.

Quien quiera que obtenga más votos el 11 no repetirá necesariamente ese resultado con una victoria en octubre. De hecho, las Paso sin competencia se convierten en una primera vuelta y se puede esperar un considerable desplazamiento de votos hasta el 27 de octubre, día de la elección efectiva. La certeza de ese desplazamiento aumenta la incertidumbre. Sobre todo porque al obrar octubre como segunda vuelta y dado que si una fórmula obtuviera el 45% de los votos no habría balotaje, el próximo gobierno quedaría elegido en esa instancia. El oficialismo sostiene que puede incluso obtener varios puntos menos en las Paso y recuperar esa distancia, con ventaja, en los dos meses siguientes. La oposición reunida en torno al Partido Justicialista asegura que tendrá una aplastante victoria el 11-A y la ratificará con creces el 27-O. Sorprendería que dijeran algo

diferente. Pero lo cierto es que ambas afirmaciones tienen base objetiva de sustentación.

F&F han impreso a su campaña un carácter que sorprende a muchos de sus seguidores y perturba por igual al ala kirchnerista y al flanco conservador "pejotista". El contenido esencial de esa campaña, reivindicar el capitalismo, lo expuse en un artículo reciente (Foro de Sao Paulo: ideología y política en la reconfiguración del poder continental, ver Apéndice). Está por verse si las incongruencias y visibles disidencias entre Alberto Fernández-Cristina Fernández terminan debilitando el mensaje o, por el contrario, permiten sumar voluntades estratégicamente contrapuestas.

Profesional, unívoca, la campaña oficial se esfuerza por remontar la vertiginosa caída económica del último año y medio. Es sensible la recuperación de la figura de Macri en los dos últimos meses, aunque no basta para un pronóstico cierto. Es seguro en cambio que, sea cual sea el resultado, Argentina está escribiendo el prólogo de una volcánica reconfiguración de sus partidos tradicionales. Y lo hace sobre la base de una crisis estructural sin precedentes por su profundidad y extensión.

Si Macri le impusiera a Cristina Fernández una tercera derrota consecutiva, la ex presidente sería barrida del escenario y las múltiples fracciones del PJ estarían lanzadas a una disputa salvaje, con Miguel Pichetto (en ese caso vicepresidente de Macri), como único eje de reagrupamiento peronista. Obviamente eso implicaría también la recomposición de la alianza Cambiemos, con la fusión de la UCR, el Pro y fracciones de la socialdemocracia para dar lugar a un nuevo partido, lo cual exigiría tiempo, esfuerzo y desorden, todo en grado superlativo.

Si, por el contrario, las urnas favorecieran a Alberto Fernández, Macri quedaría fuera de juego, mientras el nuevo oficialismo debería resolver el conflicto entre gobernadores, sindicalistas, restos dispersos del llamado kirchnerismo y varias denominaciones reformistas colgadas de esta candidatura. Allí debería ante todo imponerse una hegemonía interna y dar lugar

a más de una nueva fuerza política, lo cual presumiblemente conllevaría, como en el caso de la eventual metamorfosis de Cambiemos, tiempo, esfuerzo y desorden.

Además, si las izquierdas electoralistas no logran superar cualitativamente el bajo porcentaje en el que están ancladas, al menos aquellas fracciones empeñadas sinceramente en la transformación social deberán también replantear su futuro. Es inexorable en ese ámbito un período de crisis y recomposición.

De manera que todos, ganadores o perdedores, ingresarán en un torbellino político dominado por un agobio económico que no dará tregua.

Los partidos del capital no tienen margen para una renovación genuina. Pueden cambiar de composición, de siglas y hasta de nombres principales. Pero sólo para asumir la crisis estructural de la sociedad argentina y la urgencia inaplazable de un saneamiento económico. Las izquierdas tienen en cambio un campo inmenso de posibilidades, aunque sólo a condición de revisar radicalmente todo aquello que las ha arrastrado a insalvable distancia de la teoría marxista y la práctica revolucionaria.

Ante las urnas

La confusión de muchos y el hartazgo de otros tantos puede dar lugar a giros impredecibles de la conducta electoral, aunque no está descartado un aumento significativo de la abstención o el voto en blanco.

A estas dos alternativas frente a la farsa electoral, agrupamientos y militantes sin partido (entre quienes está el autor de estas líneas), proponen un voto protesta. Esto es, la confección de una boleta programática para dejar en las urnas una propuesta de futuro. Se trata de un gesto que implica no resignarse al chantaje de quienes pueden ganar ni al ostracismo de quienes abandonan cualquier perspectiva de darle forma y vida a una fuerza política de las grandes mayorías. Para ser un gesto válido, esta actitud de rechazo deberá prolongarse en el esfuerzo

por articular millones de voluntades dispersas en un partido de masas, única fuerza capaz de construir la nueva Argentina sobre los escombros del desmoronamiento actual.
8 de agosto de 2019

Qué anuncian las Paso

Como nunca antes, la burguesía argentina está aturdida, paralizada. No es para menos: acaba de desmoronarse el último intento por construir una efectiva herramienta política para comandar el sistema. Los escombros de Cambiemos aplastan, además, el plan de edificar la contraparte de un ansiado bipartidismo con los restos de lo que llaman "peronismo racional". Es un cimbronazo de graves consecuencias históricas para el sistema capitalista, al margen de lo que depare la coyuntura inmediata.

Se trata de una oportunidad excepcional. Si lograra conformarse un conjunto de hombres y mujeres con sólida formación teórica, mirada de largo alcance, coraje para la acción e integridad moral sin tacha, dispuestos a darlo todo por la abolición del capitalismo y la edificación de una nueva Argentina, éste es justamente el momento para afirmar los talones, frenar la decadencia nacional y comenzar a remontar la cuesta. Pero ésa es harina de otro costal.

A diez días de las Paso (primarias abiertas, simultáneas y obligatorias) todavía no está definida la conducta de las clases dominantes. La ventaja de 15 puntos obtenida por el peronismo frente al gobierno de Mauricio Macri abrió una crisis política y detonó el frágil equilibrio económico de los últimos meses. El capital no sabe cómo evolucionará el país hasta el 10 de diciembre.

Dicho de otro modo: Argentina tiene a un lado un Presidente vaciado de poder; enfrente, Alberto Fernández, receptor de mayor cantidad de votos en una elección en la que nada

se elegía. Pero el país carece también de una burguesía con opciones claras y capacidad de acción para cualquier otra cosa que no sea transferir miles de millones de dólares al exterior. Sus editorialistas, con mayor desconcierto del habitual, se limitan a repetir naderías y reproducir chismes. No hace falta insistir en el dato esencial: la clase obrera continúa ausente del escenario.

Los sorprendidos buscan culpables. Tenían una veintena de empresas encuestadoras que hasta última hora se refugiaban en la idea de un "empate técnico". El equipo de Fernández anunció a media tarde una ventaja de entre 6 y 8 puntos mediante las encuestas de boca de urna. El oficialismo recién tomó conciencia de la realidad cuando en el atardecer del 11 de agosto se contabilizaron las llamadas "urnas testigo", eficiente mecanismo de proyección estadística.

Buscan en el lugar errado. No es que los encuestadores no pudieron prever el resultado electoral. Es que las clases dominantes no tienen instrumentos válidos para comunicarse con la sociedad y conocerla. Tampoco, claro está, para gobernarla con métodos de apariencia democrática. Carecen de Partidos. Y al menos en el sentido tradicional, el de la democracia burguesa, no volverán a tenerlos.

Sólo organizaciones políticas con arraigo genuino en la sociedad pueden medir con certeza el clima social, además de determinarlo en gran medida. En ausencia de Partidos, progresivamente fueron ocupando lugar las consultorías de opinión pública, última moda en negocios de ocasión. No es la primera vez que muestran su precariedad e insuficiencia a la hora de saber cómo discurre la conducta social. Pero esta vez convirtieron incapacidad en colapso.

Expresión electoral

Pese al impacto provocado por la inesperada ventaja a favor de Fernández, hubo una rara persistencia del voto tradicional. Esa continuidad la puso de manifiesto, a contrapelo de análisis

adocenados, el columnista de Clarín Ignacio Zuleta: "en las Paso del domingo el Gobierno sacó dos puntos más que en las Paso de 2015, y aumentó casi un millón de votos, de 30% a 32,81%, de 6.791.342 a 7.824.496. Los Fernández, en cambio, sacaron 47,66%, más de diez puntos menos de lo que habían obtenido, sumados, en 2015 Daniel Scioli y Sergio Massa, que sumaron 59,24%".

Desde luego fue diferente el comportamiento en la segunda vuelta de las presidenciales en 2015 y en las legislativas de 2017. Sobre todo cuando Cambiemos venció con un candidato desconocido a Cristina Fernández en la disputa por senadores en la provincia de Buenos Aires. En 2018 reapareció la crisis económica estructural detonada por una suma de razones coyunturales y Cambiemos comenzó a trastabillar. En todo caso, nadie previó el vuelco electoral ocurrido en las Paso.

Tampoco las izquierdas entrevieron lo que vendría, convencidas de que el obvio y más que visible descontento aumentaría su cosecha. No fue así. Por mi parte, adelanté lo siguiente en un artículo fechado tres días antes de los comicios: "La confusión de muchos y el hartazgo de otros tantos puede dar lugar a giros impredecibles de la conducta electoral". Y a partir de experiencias similares años atrás deduje la posibilidad de "un aumento significativo de la abstención o el voto en blanco" (Consecuencias previsibles de una elección absurda).

Ese supuesto también falló. Error por exceso al medir la conciencia social. Y por defecto al sopesar el vuelco de las clases medias golpeadas por la recesión. No hubo abstención superior a la media ni significativo aumento del voto en blanco. El rechazo no tomó esos caminos. En todo caso, los votos en blanco superaron a la suma de las izquierdas (758.955), mientras los anulados sumaron otros 300 mil. Se puede –y se debe- buscar proyecciones tácticas en esta expresión de rebeldía electoral que suma más de un millón y medio de votos. Lo que no se puede es ocultar que el peronismo, con un candidato asociado públicamente a la embajada estadounidense, ante el colapso

del plan de saneamiento, circunstancialmente ha recuperado el voto desesperado de la mitad de la población. Mucho menos desconocer que los candidatos explícitamente burgueses y procapitalistas obtuvieron 94 de cada 100 votos.

¿Victoria de quién?

Como saldo, proliferan afirmaciones que hablan de "victoria popular" y "derrota del neoliberalismo". Nada más lejos de la verdad. Dos razones explican la disparidad de votos a favor de Fernández y la sorpresa por ese resultado: la ausencia de canales de expresión de las mayorías –es decir, su silencio durante la campaña- y la unificación de un peronismo extremadamente diverso. Ni una ni otra pueden computarse como un paso adelante de la clase trabajadora y el conjunto de la población.

Hay quienes atribuyen el paso al costado de Cristina Fernández a una gestión del Papa. Como sea, lo cierto es que tras designar como candidato presidencial a Fernández, quien se define como liberal y oculta su historial como discípulo de Domingo Cavallo, ella mismo sobreactuó durante la campaña su adhesión al capitalismo. Permítase repetir sus palabras, citadas en un artículo publicado el 4 de agosto: "Los buenos capitalistas quieren que la gente gane bien y tenga trabajo, porque si no, ¿quién corno compra las cosas de ellos? Estos (los macristas) se dicen capitalistas y no te podés comprar nada, no podés viajar, no te podés comprar ropa ni ir al supermercado". Y agrega para que no haya lugar a dudas: "Yo soy mucho más capitalista que ellos. Conmigo en Argentina había capitalismo y la gente se podía comprar lo que quería. Que no me jodan más con lo del capitalismo. ¡Por Favor! Conmigo había capitalismo" (Ver apéndice).

Pretender que trabajadores y juventudes obtienen una victoria al votar semejantes conceptos es algo diferente a la ingenuidad. En cuanto a la derrota del "neoliberalismo", la confusión inconsciente o deliberada descalifica a quienquiera haga esta afirmación y pretenda llamarse "dirigente". Aparte la inexis-

tencia del supuesto neoliberalismo como categoría consistente, está más que probado que la pretensión de Macri y los suyos era sanear la estructura capitalista. Es ese ambicioso proyecto de largo alcance el que ha fallado, no el "neoliberalismo". En todo caso, se ha demostrado la irreversible impotencia del desarrollismo. Fracaso previsible, que golpea a la totalidad de la burguesía, incluidas fracciones advenedizas y núcleos mafiosos.

La sola alusión al neoliberalismo revela aquello esencial que se pretende escamotear: como su antecesora y todos los que lo precedieron en el último medio siglo, Macri se ve impotente frente a la crisis estructural del capitalismo. Por lo mismo, no es cambiando "el modelo" como se resuelve la crisis. En esa afirmación palpita una nueva estafa política a las mayorías por parte de quienes se sienten vencedores, aunque en rigor no lo son todavía. De allí el desconcierto de la burguesía: es el capitalismo lo que está en juego, aun sin desafío socialista.

Lo que vendrá

No habrá unidad consistente de las fracciones con denominaciones peronistas. Es ridículo ingresar al mundo conjetural que imagina un Alberto Fernández renunciante o un decorado institucional con él como presidente y Cristina Fernández conduciendo todo tras bambalinas. Esto incluso sin contar que la ex presidente tiene 13 procesamientos sólidamente fundados y 7 pedidos de prisión preventiva. El hecho incontrastable es que, por los caminos que sean, los aparatos provinciales y municipales del PJ, más los sindicatos, no son compatibles con una política unificada para afrontar una crisis que no hará sino agudizarse.

Sea quien sea que gobierne, sostener el sistema capitalista exige asumir sin demora el saneamiento estructural y las enormes consecuencias sociales que conlleva. Cambiemos avanzó significativamente por ese camino, pero está a años luz de la meta, es decir, de restablecer bases sólidas para

relanzar un capitalismo estable. Si ganaren, los Fernández deberían recorrer el tramo faltante. O tomar por el camino de la revolución socialista…

Allá quienes sostengan que esto último es posible. Aquí quienes comprendan que lo primero provocará el estallido. Una mayoría se aferrará al obvio recurso de zigzaguear por el camino del medio. En lugar de optar, dejarse llevar por la inercia. Sólo que la indefinición conduciría a la desagregación no ya del elenco gobernante, sino de la sociedad toda.

Véase un adelanto: para afrontar la coyuntura y el riesgo cierto de ingobernabilidad, el Macri post Paso elimina el IVA para 14 mercancías básicas de la canasta familiar y congela el precio de los combustibles, a la vez que asegura a las entidades agrarias que no aumentará impuestos al campo. Alberto Fernández no condena la permisividad frente a las patronales agrarias, pero dice sin rubor que está en contra del congelamiento de precios al combustible y la eliminación del IVA para los alimentos básicos (¡esto último figura en la plataforma electoral con la que fue a elecciones!). Los gobernadores le exigen semejante contorsión. Él obedece. La ex presidente calla y viaja a Cuba. ¡Y la bandera de eliminación del IVA a los alimentos básicos queda en manos de Macri!

Quienes integran o confían en el Frente de Todos (¡¿Frente de Todos?!) deberían saber que avanzan por el camino del quiebre sistémico, la ingobernabilidad, disgregación social mayor de la que ya aqueja al país, a la vez que dificultan o incluso clausuran la posibilidad de construir una fuerza de masas democrática, federal, antimperialista y anticapitalista.

No es una afirmación de ahora. En la oscuridad pre Paso era visible sin embargo la impotencia de los partidos tradicionales y el terremoto que en todos los órdenes desataría cualquier resultado del 11 de agosto.

Lo mismo ocurriría en la improbable hipótesis de que Macri lograse impedir una victoria de Fernández el 27 de octubre y pudiera vencer en segunda vuelta, el 24 de noviembre. El

problema en sustancia sería el mismo: crisis estructural desatada, fragmentación política, ingobernabilidad con métodos de democracia burguesa.

Hay indicios de que los principales núcleos del capital impulsan –ya para antes de las elecciones de octubre- una amplia "unidad nacional". Eso significa unidad de fracciones burguesas y sus agentes políticos, sindicales y sociales. Van a la "unidad nacional" con un cuchillo entre los dientes y una pistola en cada mano. En eso están por estos días. Faltan dos meses para la elección verdadera. La calma lograda en los mercados es tan frágil como la que regía antes del 11.

Proponer, como hace un sector de las izquierdas, "Fuera Macri ya" y convocar a elección constituyente es una suma de irresponsabilidad y desapego de la realidad. Se pretende (¡para colmo con ayuda de un paro general de la CGT!) cambiar con otra elección el cuadro de situación plasmado en las Paso. La enfermedad del electoralismo produce también ceguera.

Y aquí se llega el nudo del problema: ¿Qué relaciones de fuerza dejan como saldo las Paso? La respuesta ya se ha dado: 94 de cada 100 electores votaron por candidatos capitalistas.

Salir de esa trampa requiere algo más que pegar afiches con rostros sonrientes, pedir un salvavidas a la CGT o imaginar una Constituyente en la que los trabajadores y las juventudes tengan mayoría y puedan afirmar los cimientos de un nuevo país.

Por delante hay una tarea más ardua, pero insoslayable: formar en la lucha de clases a las vanguardias y el activo militante; asumir y difundir la teoría científica de la transformación social; enfrentar con programas de acción y métodos organizativos democráticos a las representaciones políticas, sindicales y sociales del enemigo de clase.

Promover la organización de masas y la participación de millones en torno a un programa de acción anticapitalista no es reemplazable con artilugios retóricos, marchas de algunos cientos a la Casa Rosada u otros recursos para obtener un legislador más.

Con el Vaticano como vanguardia la burguesía promoverá un nuevo "Gran Acuerdo Nacional". La militancia consciente habrá de romper con todas las variantes que inducen a la ciudadanía a creer en las instituciones del capital. En un momento de crisis excepcional, se trata de afirmar los cimientos conceptuales, morales y organizativos de una Argentina socialista.

21 de agosto de 2019

Militancia y campaña electoral

Fracturado a comienzos de año, parcialmente recompuesto luego y dinamitado después, como resultado de las Paso del 11 de agosto, el frente amplio burgués (Fab), sostén del gobierno de Mauricio Macri hasta la reaparición del descontrol económico y la endeblez política, busca por estas horas reestructurarse a partir de dos ejes: el freno a la convulsiva crisis desatada tras la elección que nada eligió y el rearmado de un plan de control político tras las elecciones. El 27 de octubre o el 24 de noviembre, según haya o no segunda vuelta.

Un reciente encuentro de la Asociación Empresaria Argentina (AEA), ampliada esta vez con numerosos grupos capitalistas marginados de ese cenáculo máximo, mostró desconcierto, división, ausencia de claridad y energía para afrontar el próximo período .

Unos pocos en ese centro de poder apuntan dudas sobre la inevitabilidad de una victoria del dúo Alberto Fernández-Cristina Fernández (FF) el 27 de octubre. Pero todos, incluso quienes la dan por segura, se muestran temerosos ante la probable victoria panperonista. Así, incertezas y temores combinados impiden la reaparición actuante del Fab. Esto equivale a decir que Macri flota en el vacío y FF no encuentran suficiente base de sustentación. Con apariencia de estabilidad e impresión dominante de que vendrá un gobierno FF, el país está a la deriva.

A la fecha, todo indica que el temblor económico ha sido

circunstancialmente conjurado y podría ofrecer la estabilidad mínima para que Macri llegue sin sobresaltos mayores a los comicios de octubre. La inestabilidad proviene en cambio de la total oscuridad política: si bien son escasas las voces que sostienen la posibilidad de una victoria de Macri, es unánime la alarma respecto de quién de los dos miembros de la fórmula tendría el poder y cuál sería el programa de un gobierno FF. En otro plano, nadie ignora la amenaza mayor: la inquietud social no expresada en movilización, aunque palpitante bajo la superficie.

Chubut, botón de muestra

Un caso que resume las claves de la coyuntura es la gravísima crisis en Chubut. Allí, para ganar las elecciones el peronismo otorgó aumentos salariales por sobre la media pactada a nivel nacional. Una vez obtenida la victoria, el gobernador admitió que tales salarios excedían las posibilidades de la Provincia. Conclusión: no pagó y la Provincia se incendió. Se multiplicaron las huelgas, fueron ocupadas escuelas, juzgados y otros centros de la administración. Quedaron instaladas como realidad cotidiana movilizaciones, corte de calles y rutas, acampes y protestas, que llevaron a Chubut a un completo desquicio.

Días atrás, esta situación derivó en un choque violento entre el sindicato de petroleros que buscaba garantizar el paso de camiones y trabajadores de ese gremio y el sindicato docente, que cortaba las rutas por donde aquéllos debían transitar. Trabajadores contra trabajadores. Significativamente, ambos sindicatos tienen conducciones integrantes del Frente de Todos y propulsores de la fórmula FF a nivel nacional. Un eventual gobierno panperonista encontraría una situación análoga en todo el país.

Macri contrarrestó el violento impacto de la devaluación del día posterior a las Paso con una serie de medidas que hasta el momento han sido efectivas: eliminación del IVA para 14 productos básicos de la canasta familiar; elevación del mínimo

para el pago de ganancias en los salarios; congelamiento del precio de servicios públicos y combustibles; aumento del 35% del salario mínimo, entre otros paliativos. Salvo la eliminación del mínimo no imponible, todo caduca el 31 de diciembre. A partir del 1º de enero de 2020 la realidad caerá como un alud sobre la futura administración.

Lo mismo cabe al control de cambios impuesto por Macri para frenar el drenaje de reservas y a la reprogramación de los pagos de diferentes instrumentos financieros, en pesos y en dólares, con insostenibles tasas superiores al 70%. Años atrás alguien tituló una obra teatral “El diluvio que viene”. Sería apropiado para describir el panorama que espera al próximo gobierno. Sobre todo si se toma en cuenta que una improbable victoria de Macri lo pondría en choque frontal desde el inicio con un amplio espectro de las cúpulas sindicales, hasta ahora extremadamente concesivas, mientras que una administración FF quedaría presa de expectativas que incluyen transversalmente a todas las clases, resumidas en la necesidad de salir de la recesión y aumentar el poder adquisitivos de trabajadores y clases medias.

Nada será inmediato. Pero en uno u otro caso, a partir de 2020 detonará un Chubut a escala nacional. Con el mismo rasgo dominante en la crisis de aquella provincia: todas las conducciones que cuentan están alineadas con el capital y sus diferentes fracciones, mientras que las izquierdas permanecen limitadas a reclamos economicistas o, peor aún, meramente electoralistas.

Reflujo prolongado

Es en este cuadro general que la militancia antimperialista y anticapitalista afronta otra campaña electoral. Desde los albores del movimiento obrero y revolucionario en Argentina, un siglo y medio atrás, jamás la vanguardia estuvo tan huérfana de perspectivas propias, tan desconcertada, dividida y, en consecuencia, paralizada.

Una cantidad de factores confluyen en esta situación. Todavía pesa la consumación de la derrota de la Revolución Rusa, en 1991. En el plano nacional, también llega al pináculo una debilidad que viene de lejos, acentuada por la devastadora represión de la última dictadura militar pero realizada en toda su magnitud cuando, bajo las reglas de la democracia burguesa, las izquierdas no logramos edificar una alternativa anticapitalista de masas. Por el contrario, un conjunto de organizaciones de origen marxista marchó hacia un sectarismo esterilizante que desembocaría en formas renovadas de electoralismo y economicismo, combinadas con lenguaje súper izquierdista. A su vez, otro flanco de lo que convencionalmente se denomina izquierda, proveniente de diferentes ramas peronistas y del antiguo partido comunista, sencillamente se despeñaron por las barrancas del reformismo populista hasta identificarse con gobiernos y fórmulas electorales de la burguesía. Como colofón, sobrevino el debilitamiento de la Revolución Bolivariana de Venezuela y la inversión del signo de marcha del proceso de unificación latinoamericana impulsado por el fallecido Hugo Chávez. Como es lógico, enfrentar esa correntada aisló y debilitó en la etapa a las organizaciones revolucionarias marxistas. Y hasta el momento se mostró impracticable el proyecto estratégico de recomposición.

Signos de comportamiento político en las juventudes

Aparte el resultado de las Paso, en la primera semana de septiembre tuvo lugar la elección para renovación de autoridades en la Universidad de Buenos Aires (UBA), en la que participaron más de 300 mil estudiantes.

Ganó a gran distancia una alianza reformista de radicales (UCR), peronistas no alineados con la fórmula FF y socialdemócratas. “La izquierda sufrió su peor derrota desde el regreso de la democracia”, constata con indisimulado placer el 7 de septiembre uno de los portales considerados portavoces del Departamento de Estado estadounidense. En Medicina, la

mayor facultad, con 90 mil estudiantes, ganó un conglomerado reformista, denominada Nuevo Espacio, por el 71,74%, mientras que el Frente de Todos, anunciado como vencedor en las próximas presidenciales, obtuvo el 13,29%. Un sector de lo que para los comicios del 27 de octubre se presenta como unidad de la izquierda, denominado El Frente, fue relegado a un tercer lugar con un 7,56%. Otro sector de esa coalición electoralista, el PTS, recibió el 2,74% de los votos.

Notas distintivas: en Odontología la lista de Cambiemos tuvo el 91,86% de los votos; en algunas Facultades la lista del PO se sumó al kirchnerismo y en otras las dos corrientes internas de esta formación fueron enfrentadas entre sí.

No es preciso detallar los resultados en cada Facultad. Mantienen esta tónica de estrepitoso derrumbe de las izquierdas, e incluso del centrismo a veces camuflado con ropajes ajenos. En medio de una crisis pavorosa por donde se la mida, el movimiento estudiantil le da la espalda a las izquierdas electoralistas encerradas en el sectarismo o montadas al último vagón del tren lumpenburgués. En esto se ha convertido el electoralismo en la Universidad, jugado a conquistar centros de estudiantes con el mismo objetivo de las fuerzas burguesas: capturar aparatos para sustentar económicamente a otros que se presentan como vanguardia anticapitalista.

Se trata de una catástrofe política que no puede ser medida simplemente en cantidad de votos: es una derrota ideológica profunda y significa la desaparición estratégica tanto de las corrientes neoreformistas con lenguaje infantoizquierdista, como del ultraoportunismo populista. Como indican los resultados, los vencedores de esta farsa de pseudo democracia estudiantil son los partidos burgueses de Cambiemos en primer lugar, y también del Frente de Todos, aunque a mucha distancia y con previsibles convulsiones internas a corto plazo.

Estos resultados concuerdan en última instancia con los del Frente de Izquierda en las Paso y, para mal de todos, adelantan lo que ocurrirá en el 27 de octubre: frente al colapso capita-

lista, las mayorías buscan una salvación desesperada en las propuestas del capital.

Por una coalición de hecho en favor de un voto programático

En tal coyuntura, el activo militante con genuinos propósitos de enfrentar al imperialismo y el capitalismo no debería dejarse ganar por el desaliento. Es posible participar de la campaña electoral sin someterse al proyecto contrarrevolucionario del Frente de Todos ni caer en el cretinismo parlamentario del neoreformismo.

No están dadas las condiciones para afirmar una coalición nacional para canalizar el descontento de masas en favor de un voto programático, que no procure elegir candidatos sino contribuir a la educación política e ideológica de las mayorías, con el objetivo explícito de construir un partido de los trabajadores y sus aliados.

Sin embargo es preciso echar cimientos para afrontar la lucha social que necesariamente deberá agudizarse a partir del año próximo y la asunción del nuevo gobierno, sea quien sea el vencedor de la tramoya electoral. Se trata de transformar esa lucha social en lucha de clases. De poner un objetivo estratégico de transición anticapitalista y de organizar a todos los niveles la fuerza para llevar a cabo ese objetivo. Sin cimientos que ahora pueden ser presentados ante las masas y sus vanguardias, las derivaciones de una confrontación espontánea amenazan ser sumamente riesgosas para la sociedad en su totalidad. La desagregación social y la enajenación que por diferentes vías se manifiesta en la vida cotidiana en nuestro país, constituyen una amplia base para el desarrollo del fascismo. Los partidos burgueses que no cesan de hablar de democracia son incapaces de poner freno a esa dinámica.

Téngase en cuenta que a todo lo dicho respecto de la inevitable crisis económica habrá de sumarse el impacto de una recesión en los centros del capitalismo mundial, ya claramente prefigurada.

Es posible desarrollar de manera autónoma, en cada punto del país, una campaña explicativa de la naturaleza de estas elecciones, el papel de las fuerzas burguesas y la necesidad de trazar un rumbo diferente.

No es indispensable –aunque sería deseable- comenzar por la constitución de instancias organizativas para impulsar la campaña. Bastaría con acordar propósitos básicos, un horizonte estratégico y un programa de acción a partir de un Voto Protesta que resuma en una boleta electoral -obviamente destinada a ser anulada- las demandas económicas que la realidad de la crisis hace impostergable, la propuesta de organización de masas y la estrategia antimperialista y anticapitalista.

10 de septiembre de 2019

Qué hay bajo la campaña electoral

Deberían disputar otra clase de competencia. Mauricio Macri y Alberto Fernández están lanzados a una carrera para dirimir quién miente más. No deberían ser candidatos a presidir Argentina sino desafiantes en un torneo mundial de incapacidad y cinismo.

Con más de un tercio de la población bajo la línea oficial de pobreza, en medio de una implacable recesión, endeudamiento interno y externo impagable y descontrolada inflación, Macri y Fernández proponen absurdos impracticables con el único objetivo de ganar votos y mantener o recuperar el poder político, como fuente de enriquecimiento en medio de la decadencia que nada perdona. Desde hace décadas el discurso electoral de los políticos establecidos fue vaciándose de contenido hasta reducirse a la nada. Ahora da un paso más: miente descaradamente para ocultar causas y efectos de la devastadora crisis que asuela al país.

El panorama económico resulta del fracaso en el proyecto de saneamiento capitalista intentado por el frente amplio burgués (Fab) con Macri como instrumento. La agonía política,

plasmada en la estolidez de los candidatos -y no sólo de los dos principales- resume una decadencia arrastrada durante décadas. No es de Macri el fracaso ni es de la fórmula FF la incapacidad para dar respuesta al colapso del frente amplio burgués. Ese conjunto incluye como socio dominante a Estados Unidos, también frustrado. Es el agotamiento del sistema. Y la ausencia de una fuerza arraigada en las mayorías para superarlo.

Así se empina el camino hacia el abismo. Macri adopta paliativos de emergencia hasta fin de año. Medidas positivas como eliminación de Iva para los productos básicos de la canasta familiar, aumento del mínimo no imponible para salarios, control de cambios, así como el congelamiento de precios para combustibles, electricidad y gas, duran hasta el 31 de diciembre. ¿Quién y cómo volverá a imponer el Iva, aumentar el impuesto al salario, multiplicar los precios ahora congelados? Todo el plan de saneamiento fiscal y reordenamiento de los precios relativos está condenado con estas medidas demagógicas e insustentables para el capitalismo. Pero ¿qué plan político podría hacerse cargo de este presente griego?

Fernández promete bienestar, aumento de salarios y jubilaciones, industrialización del país. Tras subrayar que el país está en cesación de pagos (ellos dicen default), llegó a decir que todo eso lo hará aplicando el dinero que hoy va al pago de intereses de la deuda interna (con tasas superiores al 70%) y externa (amarrada a compromisos con el FMI). Quienes se anuncian como miembros de su eventual gabinete económico corren tras el candidato para explicar a la prensa que eso es sólo un error de expresión. Para justificar el dislate uno de ellos llegó a decir: "Fernández es candidato a Presidente, no a ministro de Economía".

Pero a cambio de planes sólidos Fernández tiene un eslogan: pacto social. Intenta ponerlo en marcha antes del 27 de octubre aliando a empresarios y ejecutivos sindicales. Miguel Acevedo y Daniel Funes de Rioja por la Unión Industrial Argentina (UIA), Héctor y Rodolfo Daer por la CGT (el primero del

sindicato de Sanidad), son los encargados de poner en marcha la enésima reedición de esa engañifa denominada pacto entre empresarios y trabajadores.

Debacle de un sistema

Entrenados en el arte de la trampa y la hipocresía, ambos candidatos exponen impúdicamente su completa ausencia de principios, a la par de una pobreza intelectual asombrosa. Lacera escuchar sus discursos. No tienen una sola propuesta para revertir la decadencia y ofrecer un futuro al país. Más aún: no son capaces de expresar correctamente las mentiras con las que pretenden engañar a la sociedad. Reflejan la degradación y la impotencia del sistema del que son producto y el nivel al que han caído los políticos del capital.

Es apropiado el verbo "reflejar". Los candidatos del capital –y no sólo ellos- espejan el fenómeno más relevante hoy en Argentina: la fragmentación, desorientación y virtual parálisis de la gran burguesía. La clase dominante no tiene instrumentos para ejercer su dominio. Sin partidos ni líderes de envergadura, intenta paliar su escualidez con la unificación del también fragmentado y aún más desprestigiado movimiento sindical, que en este momento histórico no es tal sino una casta corrupta, ajena y contrapuesta a los intereses de la masa trabajadora y de la nación en su conjunto. Cuenta con la anuencia de prácticamente todas las fracciones de ese aparato descompuesto, en acuerdo con la UIA para escenificar un nuevo "pacto social".

Con este objetivo, días atrás se realizó un así llamado Congreso, de la así llamada Central de Trabajadores Argentinos – de los Trabajadores (la denominación misma indica la ausencia de brújula). Es una de las fracciones en que se hundió la antigua CTA. El encuentro estuvo presidido por Fernández, el hijo de la ex presidente y actual candidata a vicepresidente Cristina Fernández, más el presidente del club Independiente y secretario general del sindicato de Camioneros, Hugo Moyano. Como se ve, la CTA… "de los trabajadores".

El encuentro fue para santificar la desaparición de la CTA-T y subsumirla en la CGT. Muchos años atrás fue previsto este destino para quienes por arte de birlibirloque transformaron el CTA (Congreso de Trabajadores Argentinos), en la CTA (Central de Trabajadores Argentinos). No hace falta agregar una palabra a lo escrito para enfrentar aquella maniobra, cuyo verdadero sentido se vio en la operación para llevar al Frepaso al gobierno en 1999 y ahora para dar aliento a otro gobierno burgués, el de AF y CF, supuestamente alternativo al de Macri, cuyo candidato a vicepresidente presidió el Senado bajo las órdenes de Néstor Kirchner y su esposa: Miguel Ángel Pichetto.

Aún se ignora qué hará la otra fracción de la ya extinguida Central: la CTA-Autónoma. También fragmentada, tiene igualmente como cuña la presión para impulsar un voto por FF, aunque algunas tendencias propugnan un Voto Protesta, opuesto sin distinción a todos los candidatos capitalistas.

Bitácora de la corrupción sistémica

Tras este panorama hay un factor imprevisto: los llamados "cuadernos de la corrupción". Todavía no está suficientemente analizado el papel de ese alud de denuncias sólidamente fundadas que llevó a decenas de altos empresarios a declararse "arrepentidos" y confesar fechorías multimillonarias en dólares, todas las cuales tienen como figuras principales al fallecido Kirchner y su esposa. 174 grandes empresarios y funcionarios de primera línea de los gobiernos Kirchner están procesados. Para causas principales ya está definido el juicio oral. Se trata de un tsunami descargado sobre el empresariado argentino. Ya se ha dicho que Paolo Rocca, titular de Techint, la mayor empresa privada en el país, debió viajar apresurada y furtivamente a México para evitar la cárcel en prisión preventiva. No tuvo la misma suerte su principal gerente y portavoz. Como así tampoco el ex titular de la Cámara de la Construcción, Carlos Wagner, o el propietario de la poderosa constructora Roggio, entre tantos otros nombres impensables (entre ellos familiares

de Macri), que pasaron a ser "testigos arrepentidos" e hicieron fila para denunciar al gobierno anterior.

Es un terremoto sistémico. En su discurso de apertura de sesiones del Congreso Nacional, Macri puso el juicio "de los cuadernos" como una de las tres causas a las que atribuyó la debacle económica. Las otras eran sequía e inundaciones que frustraron la cosecha 2017-1018 (se perdieron más de 8 mil millones de dólares), y los problemas financieros del primer mundo, que provocaron una fuga masiva de divisas (flight to quality llaman a esta carrera demencial por la tasa de ganancia). No erró quien escribió el discurso del Presidente. Los cuadernos cayeron como una bomba de acción retardada sobre el Fab. Primero contribuyeron a frenar el giro económico; luego llegaron las consecuencias políticas. Pero es apenas el comienzo.

Hay una poderosa operación en curso para acabar con estos juicios. Son potencialmente más graves que la calamitosa situación económica, puesto que hieren de muerte a un sector clave del poder político y a 7 de cada 10 grandes empresarios del país. Fernández ya ha exculpado a su compañera de fórmula. Pero se mantiene ambiguo frente a los demás inculpados. Si en caso de ganar lo espera un cataclismo económico apenas asumir, este problema es más grave aún en la coyuntura dramática que vive Argentina.

Hay que repetirlo: ninguna justicia verdadera puede esperarse del sistema judicial argentino. Por definición, por naturaleza de clase, su función no es la Justicia, sino la defensa del poder del capital. El problema es que la disputa e stáen este caso en la elite del capital mismo. Como en el caso del juicio a los militares, una primera intención parcial de un sector de las clases dominantes por preservarse, derivó en un alud imparable que acabó con las fuerzas armadas tal como eran antes de 1983. Ahora el caso es análogo, aunque diferente: tal como están hoy los juicios no derivan de la voluntad de una fracción del capital, sino de un encadenamiento imprevisto y, actualmente, inmanejable. Es más que improbable que el próximo gobierno pueda desarmar

esta bomba. Incluso si ganare Fernández y el juicio llevara al estrado a la vicepresidente. Pero al margen las figuras políticas, el problema mayor siguen siendo los empresarios.

Ese proceso, además, se desenvolverá sobre una base de descontrol económico crecientemente acelerado. Sería contrario a toda experiencia histórica que en este clima no aparezca una vanguardia capaz de condenar al unísono a las variantes partidarias, sindicales, religiosas, periodísticas, empeñadas en salvar el sistema y saltando de Macri a Fernández al compás de sondeos en los que nadie confía.

Tiar: la prueba ácida

Mientras lanza golpes desesperados en una campaña de "30 días – 30 ciudades", con discursos cada día más demagógicos y contrapuestos a lo actuado en tres años y medio, Macri volvió a sumarse a las exigencias de Washington y apoyó la activación del Tratado de Asistencia Recíproca (Tiar) para utilizarlo contra la Revolución Bolivariana de Venezuela, acosada por los cuatro costados. Fernández no ha dicho una palabra al respecto. No deja de ser lógico: Argentina se sometió al Tiar en 1947 con la firma del entonces presidente Juan Perón. El doble discurso no tiene por qué cambiar ahora, cuando el país afronta, como en aquella oportunidad, una crisis mundial del capitalismo y el riesgo de que en su transcurso se conforme un movimiento revolucionario de masas.

De manera más translúcida que nunca, el peronismo se verá obligado a jugar el papel de defensor de última instancia para el capitalismo. Sus múltiples fracciones actuales no podrán convivir en ninguna hipótesis. No faltan fascistas confesos en el Partido Juticialista y en varias de sus corrientes, incluidas algunas consideradas "de izquierda". Fernández se ha declarado Liberal. Es conocida la frase según la cual el peor fascista es un liberal asustado. Hay muchos con miedo en este momento. Y habrá más. Las tendencias internas comprometidas con una

perspectiva antimperialista y latinoamericanista deberían saber esto y actuar en consecuencia. Desde ahora mismo.
5 de octubre de 2019

Antes de las elecciones

A cuatro días de la elección presidencial, Argentina discurre hoy por caminos muy diferentes a los de Chile, aunque la crisis que la aqueja sea mayor que la del país transandino.

Sometidas a una variante particularmente retrógrada del peronismo, las izquierdas pequeño-burguesas entregaron las clases medias a los representantes del gran capital. Más significativo aún, peronistas sumados a antiguos y neo-reformistas, entregaron el control de la calle.

Ése es el significado de la oleada de marchas con las que Mauricio Macri culmina su campaña electoral. Cientos de miles de defensores de Cambiemos aclamaron a Macri en 30 actos a lo largo del país, en los últimos 30 días. No hubo un solo acto masivo de la fórmula peronista.

En esta interminable campaña electoral, ajena a la sociedad, el peronismo unificado se replegó y abandonó la apelación a las masas y a la movilización. En tanto, el neo-reformismo sectario depuso incluso su lenguaje infantoizquierdista y asumió una versión más acentuada aún del cretinismo parlamentario.

Con Macri como figura señera, Cambiemos pudo así intentar el lanzamiento de un "conservadurismo popular" renovado, basado en los despojos todavía poderosos de la Unión Cívica Radical y restos dispersos del peronismo.

En paralelo, señores feudales de provincias y sindicatos obligaron a Cristina Fernández a deponer su candidatura. Con Alberto Fernández como candidato, el Partido Justicialista asume la continuidad de la política económica actual, como se comprobará con elevado costo a partir de 2020, o incluso antes. El discurso clásico del peronismo se desplaza a la mendaz y

vacilante prosa de Macri, salpimentado con pizcas de republicanismo y encolumnado tras la estrategia contrarrevolucionaria continental de Washington.

Clases medias movilizadas por Cambiemos, atonía peronista, ausencia de propuesta revolucionaria, parálisis del movimiento obrero. Tal el cuadro de la coyuntura política argentina horas antes de la elección presidencial.

Dada la hondura de la crisis económica, destinada a agravarse en cualquier hipótesis luego de los comicios, el poder establecido conseguiría una ventaja estratégica si lograra poner en pie una estructura política reaccionaria con fachada republicana, mientras se dispone a entregar el gobierno a un conjunto variopinto, hegemonizado por sectores y dirigentes tanto o más reaccionarios que el actual elenco.

Una nueva fase

Sólo en sordina y para oídos entrenados se refiere el gran capital al despeñadero económico por el cual ya rueda Argentina. De un modo u otro, con los juegos retóricos que sea, el próximo gobierno deberá resolver desequilibrios estructurales que impiden la sobrevivencia estable de un capitalismo exhausto, como lo prueba la impotencia de Macri, Cambiemos y el frente amplio burgués que sostuvo este intento de saneamiento a medias logrado.

Las expectativas del conjunto social de una mejoría en la situación económica, sin costo para las mayorías, se estrellará contra la realidad. Si como todos anuncian el 27 de octubre gana la fórmula peronista, deberá completar la tarea de saneamiento dejada inconclusa por Macri. El gobierno crujirá y sus partes componentes se reacomodarán, en detrimento de cualquier ensueño reformista, siquiera tenuemente antimperialista. Pero es el único camino que les resta. Y las izquierdas sumadas a esa fórmula habrán consumado su estrategia de sumisión al capital.

En tanto, continuará el intento por afirmar una fuerza neoconservadora que ya unifica a liberales, desarrollistas y fascistas de diferente pelaje. Los ejecutivos sindicales, más cerca de las palancas del poder y respaldados por la dirigencia de un Partido Justicialista en manos de fuerzas ultra-reaccionarias, buscarán yugular cualquier intento de los trabajadores por trazar un camino propio. Sólo con un marcado crecimiento en votos del neoreformismo infantoizquierdista se podrá evitar un estallido interno en el círculo sectario. Por el contrario, un desencanto electoral mayor a los sufridos en pasadas elecciones agravaría la división y aislamiento de ese sector.

En suma, el panorama muestra preeminencia de fuerzas disgregadoras y entre ellas, la dinámica de convergencia intentada por Cambiemos y otras corrientes para conformar un nuevo partido Radical-Peronista-Liberal en explícita defensa del capitalismo.

Esta dinámica puede ser trastocada. Es posible federar fuerzas anticapitalistas, dispersas pero en cualquier caso potencialmente poderosas en número y en peso social, que democráticamente centralizadas presenten al país en turbulencia un programa de honda transformación social.

23 de octubre de 2019

Argentina a la luz del resultado electoral

Hay diferentes maneras de leer la elección presidencial del 27 de octubre. Desde una perspectiva de clase el saldo es inequívoco: 95 de cada 100 electores votaron por representantes orgánicos del sistema capitalista (Alberto Fernández 48,10; Mauricio Macri 40,37; Roberto Lavagna 6,16). Dos aerolitos perdidos en el espacio captaron no obstante el voto de tres ciudadanos más de cada 100 (Juan Gómez 1,71; José Espert 1,47).

El mecanismo electoral no contempla votos en blanco o anulados para obtener porcentajes. De todos modos, sobre un

total de 26.595.460 votos emitidos (80,8% del padrón total), sólo hubo un 1,5% de sufragios en blanco y 0,87% nulos (diferentes formas de voto Protesta).

Dicho sin rodeos: ante la crisis más grave de la historia nacional, 98 de cada 100 ciudadanos optaron por soluciones capitalistas. Imposible disimular la derrota ideológico-política de la única fórmula alegadamente antisistema, que perdió la mitad de los votos alcanzados en las presidenciales de 2015 y recibió el 2,1%. Otros 2 votos de cada 100 fueron excluidos por el tramposo método de conteo. Se lo admita o no, un revés de tal magnitud atañe igualmente a todo el activo anticapitalista y antimperialista del país.

Para transformar estos resultados en una "victoria popular" es preciso negar la perspectiva de clase, como lo han hecho las izquierdas sumadas al elocuentemente denominado "frente de todos". Argucias aparte, la clase trabajadora, las juventudes y el conjunto del pueblo, habremos de pagar esta victoria de la burguesía local e internacional, en esta oportunidad bajo el rótulo de un gobierno peronista.

Este es el resultado de un prolongado reflujo de la clase obrera y las juventudes, combinado con la defección sin precedentes del reformismo tradicional y el parlamentarismo infantoizquierdista. La clave, en última instancia, remite a la impotencia de la militancia revolucionaria, determinada a su vez por el repliegue histórico del proletariado a escala mundial.

Replanteo del frente amplio burgués

Con la ciudadanía como masa de maniobra en la pugna electoral interempresaria, Macri pagó su intento de consumar el plan de saneamiento capitalista. Alcanzado a medias, insuficiente para la sustentabilidad del sistema, le costó a Cambiemos el rechazo rotundo en sectores de la clase obrera, buena parte de las juventudes, las clases medias bajas y la masa de desocupados y excluidos. Como se verá, eso no completa el balance. Aun así, Fernández fue el inesperado beneficiario del traspié

político del frente amplio burgués (Fab), que torció el rumbo a mitad de camino y ahora, aunque victorioso, cabalga sobre dos monturas frente a la tormenta económica.

A Fernández le cabe una de dos opciones: afrontar el abismo económico del capitalismo local mediante una revolución social, o continuar con la labor iniciada por su contrincante, arbitrando entre el sector burgués que reclama proteccionismo y el otro que exige librecambio. Esperanzados sinceros y consumados sinvergüenzas sostienen la primera posibilidad. El presidente electo, con el respaldo explícito de la Unión Industrial Argentina (UIA), durante su campaña se confesó liberal y aunque sin precisiones, prometió afrontar la crisis desde la defensa del sistema capitalista. De hecho, no presentó un programa económico.

Es significativo cómo llegó Fernández a la candidatura y la victoria. Frente al debilitamiento vertiginoso de Macri desde mediados de 2018, un ala del Fab se propuso crear otro instrumento electoral con los mismos objetivos, esta vez basado en gobernadores y otras figuras del peronismo tradicional. Un detalle resultaría decisivo para el resultado final: acosado por procesos judiciales fuera de control, el empresario de mayor envergadura local creó su propio candidato y rompió toda posibilidad de plan conjunto. Como reflejo nítido de la debilidad de las clases dominantes, eso chocó incluso con el plan de articular el llamado Consenso Federal sobre la base de los gobernadores.

Sin firmeza en los mandantes, los encargados perdieron el rumbo y el proyecto se frustró. Una mayoría de gobernadores y ejecutivos sindicales tomaron entonces por otro camino: exigir un paso atrás a Cristina Fernández. La ex Presidente optó por garantizar su situación judicial por esa vía y entregó la candidatura presidencial a Alberto Fernández. Así se unificó electoralmente el Partido Justicialista (PJ), arrastró fracciones disidentes del peronismo y restos diversos de la izquierda reformista. Es el bloque vencedor en los comicios del 27.

Ahora bien: fueron límites objetivos del sistema en crisis los que pusieron barreras infranqueables a Macri. Esos mismos límites acosan desde ya a Fernández, en condiciones agravadas. Como su antecesor, éste contará a su favor con el respaldo del Fab y los ejecutivos sindicales, más la hasta ahora pasiva desorientación de la masa trabajadora. Para contar con el sostén del Fab el futuro presidente deberá dar continuidad a la labor de Macri. Si lo hace, la pasividad de los trabajadores se transformará gradualmente en lo contrario, obligando al componente sindical del Fab a tomar sus recaudos.

Antes de esto, sin embargo, pesará el hecho de que Fernández no contará con crédito exterior ni interno a menos que acepte sin condiciones ni dilaciones las exigencias del FMI. De modo que el déficit fiscal -recrudecido con las medidas adoptadas por Macri tras las Primarias- será un incentivo para la inflación. Eso no esperará al traspaso del mando, el 10 de diciembre. Ya se ha desatado una carrera de remarcación de precios, mientras la mesa de transición integrada por dos ministros de Macri y cuatro representantes de Fernández ponen fin a la astringencia financiera y reinician la política de afrontar pagos con emisión de dinero. La amenaza de hiperinflación está latente.

Sin dejar de mostrar los colmillos, el FMI se ve dispuesto a refinanciar la deuda por vencer en 2020: 55 mil millones de dólares, sumando obligaciones con ese organismo y fondos privados, en dólares y pesos. El viernes 1 Fernández recibió un llamado de Donald Trump, apenas horas después de que en una universidad hiciera una sesuda crítica a Bugs Bunny: "Felicitaciones por la gran victoria" dijo el mascarón de proa de la reacción mundial, según hizo trascender a la prensa el equipo del presidente electo. "Usted va a hacer un trabajo fantástico. Espero poder conocerlo inmediatamente", agregó, antes de entrar en materia: "He instruido al FMI para trabajar con usted. No dude en llamarme". (Entonces… ¿el FMI recibe instrucciones de la Casa Blanca?).

Habrá que ver cómo se traduce esta presión extrema en las

próximas semanas. Venezuela seguramente estuvo en el saludo, aunque esto no trascendió. Hay quienes, por el contrario, cifran expectativas en la ayuda de China y Rusia. El cuadro internacional, sin embargo, deja un estrecho margen a esa perspectiva. La pinza socialdemócrata-socialcristiana se manifiesta esta vez en el grupo de Puebla, intento del centrismo recalcitrante favorecido por el desgajamiento del grupo de Lima. No por nada un visitante destacado en las celebraciones de Fernández fue el ex presidente español José Rodríguez Zapatero, quien sigue los pasos de su desprestigiado antecesor, también del Psoe, Felipe González.

Mientras tanto, la fractura del Fab se manifiesta ya dentro del Frente de todos. Una parte de la gran burguesía local se ha manifestado públicamente a favor de Fernández. El resto, presiona y espera definiciones.

Números de un nuevo panorama político

Durante el mes previo a los comicios ocurrió un fenómeno singular: el Frente de todos se retrajo, confió en los resultados de las Primarias, postergó sus insalvables contradicciones mediante la pasividad y abandonó el recurso de movilizaciones y actos de masa. Cambiemos hizo lo contrario. En 30 actos a lo largo del país, coronados con una concentración de más de medio millón de personas para el cierre de campaña, en el centro de la Capital Federal, Cambiemos dio vuelta el clima político reinante.

Esto redundó en resultados para muchos inesperados: Macri remontó 7 puntos y Fernández cayó dos el 27 de octubre, en relación con las Primarias (de hecho una mera encuesta) del 11 de agosto, cuando la fórmula del Frente de todos aventajó por 15 puntos a la de Cambiemos. Ahora Macri obtuvo 2.400.000 votos más y Fernández sólo 200.000, con un aumento de casi el 6% en la concurrencia de votantes.

Más significativo que los meros porcentajes, es la distribución de los votos. Fernández obtuvo prácticamente la totalidad de

la diferencia que le dio la victoria en un sector del conurbano bonaerense donde se concentra la pobreza y la exclusión. Macri Ganó en todos los centros urbanos e industriales. Su fórmula aventajó a Fernández en las provincias de Mendoza (50,02 a 37,83), Santa Fe (43,50 a 42,64), Entre Ríos (44,49 a 44,32) y Capital Federal (52,38 a 35,63), línea transveral al centro del país, coronada con un resultado excepcional en Córdoba, centro industrial y estudiantil con bien ganados laureles en las luchas sociales durante el siglo XX: 61,3 a 29,27.

En la provincia de Buenos Aires, Fernández ganó por 52,13 contra 35,93 de Macri. Como se ha señalado, el Frente de todos se impuso a gran distancia en La Matanza y Florencio Varela. Pero es altamente signficativo que Cambiemos ganara en la capital, La Plata, y con las excepciones ya señaladas, en las ciudades más pobladas: Mar del Plata, Bahía Blanca, Tandil, Junín, Rojas, Pergamino y otras.

Esta fractura geográfica y social tendrá consecuencias de todo orden para el futuro nacional. Una fórmula identificada con tradiciones del llamado "conservadurismo popular" se impuso en la franja central del país, desde los Andes al Río de la Plata. En esa zona están las mayores riquezas y el enclave de exclusión y pobreza extrema del conurbano bonaerense.

Es por demás significativo que los resultados señalados se hayan dado en un contexto de aguda recesión y elevadísima inflación. En el clima creado por 10 años de estanflación (6 de Cristina Fernández y otros 4 de Macri) y varias décadas de decadencia y degradación en todos los órdenes, más de 10 millones de personas desecharon retornar al peronismo como solución para la catástrofe que vive el país y optaron por otro discurso vacío, igualmente manipulador y mentiroso, probadamente incapaz no ya de resolver, sino siquiera de acometer la solución de los problemas que están demoliendo a la nación.

Sólo la parálisis del proletariado, de alcance mundial e histórico, combinada con la deformante esclerosis del pensamiento político dominante hoy en todo el mundo, explica que el empuje

arrollador de la crisis no abriera espacio para una propuesta racional, genuina, ajena y contrapuesta a la irrespirable corrupción del sistema institucional en todas sus expresiones.

Es una evidencia que trabajadores y jóvenes son en esta etapa refractarios a la idea de transformación anticapitalista y a la teoría científica del devenir social. Sólo una parte de ese rechazo puede ser explicado por las características intelectuales y las conductas de quienes representan institucionalmente al ideario socialista. El meollo radica en otro lado: el pensamiento y la acción emancipadora no están a la altura de las exigencias que la crisis del sistema capitalista mundial les pone delante. Es un hiato en la historia, comparable sólo a la oscuridad de la baja Edad Media. Se abrió la oportunidad de un "Renacimiento del socialismo" en la Venezuela de Chávez (1). Pero el subdesarrollo, las fuerzas combinadas de la contrarrevolución mundial y la señalada insuficiencia de la teoría revolucionaria, se combinaron para poner un freno que aún no se ha soltado.

La sombra de 2001

En apariencia, con el resultado electoral Argentina ha vuelto al bipartidismo. En la realidad no. Cambiemos es ahora más heterogéneo que en su nacimiento. Tiene la primera minoría en Diputados y poder de veto en el Senado. En la provincia de Buenos Aires prácticamente controla el Congreso. Como resultado del 40% obtenido por Macri, ese lugar de la oposición puede obrar como fuerza centrípeta. Pero hay un conflicto de múltiples raíces entre la Unión Cívica Radical (UCR) y el Pro de Macri. A su vez, cada una de estas fuerzas está fragmentada y la dinámica de cada componente y del conjunto llamado, por ahora, Juntos por el Cambio, tiende a la disgregación. El punto de unión fue la estrategia de saneamiento económico, el salvataje del capitalismo, la quimera de un retorno a la Argentina del desarrollo, la modernidad y la estabilidad, sin base ideológica común y sin otro programa que el de resolver con criterio empresarial las urgencias económicas y políticas y, en

el transcurso, crear un nuevo partido de gobierno con marbete republicano. Es pueril desconocer lo alcanzado en estos cuatro años en materia económica desde el punto de vista del capital. Sólo pueden calificar este período como fracaso de Macri quienes ignoran el funcionamiento del sistema y rehúyen la lucha de clases, inventando el conflicto de por o contra el "neoliberalismo". Menos serio es pensar que del actual Cambiemos puede nacer un partido burgués con principios republicanos, programa de desarrollo, ideología "conservadora popular", con capacidad para remontar la crisis y afirmar un país equitativo en crecimiento. No obstante, Cambiemos puede durar y convertirse en alternativa, en la misma medida en que no aparezca una opción real.

Otra cosa es el Frente de todos. Surgió, como queda dicho, del fracaso de un "Consenso Federal" con base en restos inconexos del PJ y fracciones sindicales, todos en desesperado remolino porque la apuesta de convivencia con Macri amenazaba llevarlos al desastre y todos mortalmente enfrentados con Cristina Fernández y su grupo.

La misma rigidez política que analistas superficiales le endilgan a Macri como causa de su derrota electoral la tuvo a comienzos de año Roberto Lavagna frente a los señores feudales del PJ. Y por las mismas razones: es imposible crear una fuerza política consistente y con futuro a partir de dos decenas de camarillas corruptas, ensimismada cada una en la defensa de intereses propios, a menudo entrelazados con mafias de todo tipo, incluido el narcotráfico. Los promotores de Lavagna exigían otra cosa. La intransigencia (debería decirse consecuencia, inteligencia) provocó el estallido. Y de allí, con la condición de un paso atrás de Cristina Fernández, nació un proyecto electoral definido por su propio nombre: frente de todos. De esta alquimia surgió Alberto Fernández, hasta poco antes pública y duramente enfrentado con su ahora vicepresidente.

Las irreconciliables diferencias de este panperonismo de ocasión se vieron durante la campaña, pero estallaron la noche

de la victoria. Tras la admisión de Macri del resultado electoral, en un acto y un discurso sorprendente por su seriedad, precisión e inusual hondura conceptual, en el cual felicitó a Fernández y lo invitó a desayunar en la Casa Rosada al día siguiente, en otro escenario todos demostró que ni siquiera es un frente. La vicepresidente electa y el vencedor en la provincia de Buenos Aires dieron un espectáculo con discursos tan vacíos como agresivos, exageraron el histrionismo conocido mientras Alberto Fernádez observaba descompuesto un adelanto de lo que puede ser su gobierno. Antes de eso, se había prohibido subir al escenario a los gobernadores presentes, en una muestra también de cómo se entienden y manejan las relaciones de fuerzas internas.

Al día siguiente Fernández se reunió con Macri y, si bien no informaron lo convenido, está claro que acordaron un plan conjunto para la transición, doblemente difícil por la amenaza de descontrol económico y el extremadamente prolongado período hasta la transmisión del mando. Hecho esto, en contradicción flagrante con las exigencias de la vicepresidente y el gobernador electos en la noche anterior, 24 horas después Fernández reunió en Tucumán a todos los gobernadores -los mismos impedidos por Cristina Fernández de subir al estrado- con motivo de la asunción del segundo mandato del gobernador de aquella provincia. Allí estaba, además, la mayoría de los ejecutivos sindicales, intendentes y la vicegobernadora electa de Buenos Aires. Una foto tenebrosa. La anécdota es necesaria porque ambos escenarios son la radiografía de la dramática flaqueza, el explosiva mejunje que asumirá el próximo gobierno. Para colmo, en su discurso Fernández repitió que al país lo gobernará "1 Presidente, 24 Gobernadores".

Inimaginable una fórmula más absurda, en un país presidencialista en crisis, y a la vez más beligerante: ¿nada para la vicepresidente? Sumado a esto la designación de los negociadores para la transición por parte de Fernández, donde hay dos nombres odiados por la vicepresidente, se bosqueja un cuadro de serios conflictos desde ahora mismo.

Es previsible que ninguna ruptura ocurrirá de inmediato. Es seguro, en cambio, que todos no evolucionará hacia la construcción de una fuerza política coherente y unificada en medio del maremoto que afronta el país en los próximos años. Se prefigura en el posible futuro gabinete un desplazamiento de operadores sionistas dominantes en el gobierno de Macri en favor de figuras directamente asociadas al Vaticano. Lejos de llevar estabilidad a Fernández, esto augura la multiplicación de los conflictos causados por la intervención directa del Papa en la política nacional.

En suma: el frente amplio burgués (incluye, recuérdese, a las empresas sindicales), no tiene ni tendrá partido en este período histórico. La fuerza que trabó los pies de Macri e impidió no sólo su reelección sino la consumación de su tarea, que además del saneamiento implicaba la construcción de un partido capaz de gobernar establemente a Argentina, será más poderosa de aquí en más y encontrará enfrente un gobierno más débil. Habrá fugas de un bloque a otro y aparecerán nuevas siglas. Pero en los hechos la burguesía no habrá superado ni en la economía ni en su capacidad política, el devastador resultado del colapso de 2001.

Desafío inminente

Hasta el momento Fernández no ha podido pronunciar una palabra de un programa económico. Allí la disputa entre facciones es más dura, porque no responde simplemente a divisiones políticas, sino a sectores del poder económico, nacional e internacional, abiertamente involucrados. El vacío implícito en las pugnas internas lo llenan operadores del gran capital. Argentina paraíso de agentes socialdemócratas y enviados especiales del Vaticano.

Fernández repite que su llave maestra es un pacto social por seis meses. Un acuerdo patronal-sindical para congelar precios y salarios y prohibir despidos. UIA y CGT responden positivamente. La Asociación Empresaria Argentina, calla.

Cada empresario, mientras tanto, se lanza a subir precios antes de diciembre, para que el "pacto" no los pille descolocados. También adelantan despidos. Con la misma lógica algunos sindicatos buscan obtener aumentos salariales antes del congelamiento. Macri y Fernández actuarán de consuno para impedir la carrera hacia el descontrol. Está por verse hasta qué punto lo conseguirán. Ambos exorcizan el fantasma de la hiperinflación, aunque en las filas del futuro gobierno hay quienes propugnan una debacle económica que derive en cesación de pagos y un largo período de gracia para que las nuevas autoridades pongan en marcha la recuperación económica.

En cualquier caso, las penurias de la población se multiplicarán. Es previsible que proliferen demandas económicas. Los ejecutivos sindicales, según el momento y el bloque que integren, promoverán/acompañarán esas demandas. El activo sindical y político no puede sino estar al lado de jóvenes, trabajadores, desocupados, que eventualmente se movilicen contra los efectos devastadores de la crisis capitalista.

El punto es si la acción reivindicativa de aquel 98% de electores que favorecieron soluciones empresarias a la crisis del sistema, puede o no ser canalizada por quienes recibieron los votos. Evitarlo es el principal compromiso de quienes asumen el enorme desafío en este momento dramático de la historia argentina.

1.- Luis Bilbao, Venezuela en Revolución: Renacimiento del socialismo. Capital Intelectual, Buenos Aires 2008, ISBN: 978-987-614-134-5
2 de noviembre de 2019

Ley de salvataje capitalista: "¡Arriba las manos!"

Hay euforia y temor en filas liberales. En sus primeros diez días de gobierno el presidente Alberto Fernández logró

el respaldo legislativo a una ley que le da poderes especiales, sanciona suba de impuestos y, sobre todo, elimina la norma de movilidad previsional para los jubilados.

Con estas medidas se espera disminuir en dos puntos el déficit fiscal y continuar con rápida eficacia la labor de Mauricio Macri. Los bonos argentinos salieron del subsuelo y están al alza, al igual que la Bolsa. Fernández anunció que en pocos días llegaría una delegación del FMI. Pasó a segundo plano el riesgo inmediato de cesación de pagos. También la amenaza de hiperinflación.

Congelamiento, impuestazo y succión de poderes al legislativo se denominan "Ley de solidaridad social y reactivación productiva en el marco de la emergencia pública". La solidaridad es principalmente de trabajadores activos y pasivos. Para pagar la deuda. Bella en todos los sentidos, esta palabra de la lengua castellana, solidaridad, adquiere ahora significado de estafa.

Un bono de 10 mil pesos pagaderos en dos meses (120 dólares tras la devaluación camuflada del 30%) para las jubilaciones mínimas intenta enmascarar que se elimina la movilidad, ley que en 2020 debía reponer la pérdida provocada por la desenfrenada inflación de 2019. Ese bono involucra a unos 4 millones de personas que cobran hasta 15 mil pesos. Para el resto, algo menos de tres millones de jubilados, el 95% de los cuales cobra entre 15 y 40 mil pesos, el congelamiento es total y futuros aumentos quedan a discreción del Presidente. Esa traslación de recursos es parte principal de los 6 a 10 mil millones de dólares que, junto a las retenciones al agro y una colección de otros impuestos, el Ejecutivo busca ahorrar para cumplir con los acreedores. Es probable, como se verá, que esa cifra sea inalcanzable.

Quienes acostumbran a condenar estas políticas con el marbete de "neoliberalismo" han enmudecido. El capital, en cambio, celebra con apenas disimulo. Sus intelectuales orgánicos hacen inelegantes contorsiones para explicar que esta exacción a ancianos políticamente inermes es imprescindible.

Sin discusión previa aunque con mucho espectáculo en los recintos de diputados y senadores, ambas cámaras votaron en 48 horas a favor de una ley de graves consecuencias futuras. Antes Fernández se había reunido con dos agrupamientos que dan la tónica de la burguesía, la Unión Industrial Argentina (UIA) y la Asociación Empresaria Argentina (AEA). Esta última es la exclusiva estructura del gran capital, hegemonizado por un puñado de empresas, algunas de las cuales están también en la UIA. La principal es Techint, cuyo presidente, Paolo Rocca, encabezó el apoyo al ex presidente Macri hasta que la detonación involuntaria de un proceso judicial terminó con el procesamiento por corrupción de altos ex funcionarios y una cuarentena de empresarios de primer nivel, entre ellos Rocca.

Naufragio de un plan estratégico

El titular de Techint debió viajar de urgencia a México para evitar su detención. Su venganza fue la invención de la candidatura a ultranza de Roberto Lavagna, lo cual en última instancia y pese al ridículo desempeño electoral, derivó en la derrota de Macri.

Luego de las Paso del 10 de agosto Rocca apareció como el principal impulsor de Fernández. La UIA se comprometió en la campaña del Frente de todos más allá de lo imaginable (y más allá de la prudencia empresarial, lo cual tendrá efectos antes de no mucho tiempo). En la AEA, Techint parece ser el mascarón de proa del apoyo al nuevo gobierno. Si arrastró a todos en la UIA, en AEA encuentra dudas y resistencias, lo cual transforma al frente amplio burgués dominante durante el período Macri en una coalición de miedos frente al amenazante cuadro de la economía nacional.

Con todo, Rocca exige más de lo que objetivamente puede conceder Fernández. Algo de eso se hizo evidente en la reunión del 18 de diciembre en el almuerzo de la AEA a la que asistió como invitado el Presidente. Fernández confesó en su discurso:

"Recién Paolo Rocca me preguntaba por Vaca Muerta (N de la R: se comprenderá que el verbo para explicar la actitud de Rocca no era preguntar). Claro que Vaca Muerta para nosotros es algo primordial, si sabemos que allí hay fuentes de recursos para el futuro y hablábamos también de minería y claro que la minería también es un tema primordial. Hablaba, días atrás, con Gerardo Morales y le decía: 'quiero ir a Jujuy a un yacimiento de litio' y tenemos que hacer el esfuerzo de construir una empresa de baterías de litio para que al litio lo dejemos de vender como materia prima y empecemos a venderlo como un producto elaborado. Y lo mismo tenemos que hacer con el silicio. Y en Mendoza hemos logrado que salga una ley para que Mendoza, también, se involucre en la explotación minera; y en Chubut hemos logrado que, en la zona de la meseta, podamos explotar oro y plata. Allí está nuestra riqueza y eso es abrirnos al mundo con inteligencia".

Poco duró la alegría del mandatario. En consonancia con sus deseos peronistas y radicales "hemos logrado", dice Fernández, "una ley para que Mendoza también se involucre en la explotación minera". Apenas 48 horas después la capital de la provincia cuyana fue escenario de la más grande movilización popular en su historia, en choque frontal con la intención oficial de "abrirnos al mundo con inteligencia". Insospechadas mayorías se rebelaron contra el permiso para utilizar cianuro y otros venenos ambientales para la explotación minera a cielo abierto y mediante fracking, que requiere prácticamente toda el agua que baja de los glaciares y de la cual depende Mendoza. Un rechazo inesperado a lo que parece ser la estrategia oficialista para abrirse al mundo con más inteligencia que Macri. Adelanto de las dificultades con las que chocará Fernández, incluso antes de que el ala izquierda del Frente de todos se alce contra lo que en otras circunstancias denominaría "neoliberalismo".

En otro párrafo de su discurso ante adustos empresarios de AEA Fernández hizo una confesión más significativa aún: "Le hemos pedido al Fondo Monetario cambiar la lógica, que nos

dejen construir un plan que sea sustentable y, sobre la base de este plan, nosotros resolver cómo pagar la deuda. El Fondo ha aceptado esta lógica de trabajo, no estamos improvisando. Tenemos un plan que silenciosamente hemos construido durante dos meses". Pedir permiso al Fondo para poder pagar. Raro modelo de soberanía.

Nada diferente podía venir de esos mandantes para encarar la renegociación de la deuda: una prueba de disposición al ajuste impiadoso. Allí está la ley de "solidaridad", silenciosamente preparada. La soga se ajustará más cada día. Parafraseando a los ultra liberales que condenaban al gobierno anterior por no llevar a fondo las medidas de saneamiento, calificándolo como "kirchnerismo con buenos modales", el nuevo elenco es "macrismo sin modales".

Del plan a los manotazos

No se trata sin embargo de un mero cambio de formas. Aquello que denominamos frente amplio burgués (Fab), prolongado hoy con sus mismos componentes, incluso y en lugar más relevante las cúpulas sindicales, culminó un ciclo en el que un bloque social con hegemonía real acordó un plan y creyó contar con programa y equipo aptos para sanear la descompuesta economía nacional, en función de un plan estratégico de crecimiento y estabilidad. En la cabeza de algunos pocos empresarios con ambiciones de refundadores y economistas con sentido de la historia, Cambiemos acabaría con 80 años de sistemática decadencia, acelerada hasta el paroxismo en los últimos 40. Argentina volvería a ocupar un lugar destacado en el concierto internacional. Se conformarían nuevos partidos y el país se lanzaría hacia sus grandes destinos.

Quienes redujeron ese intento al adjetivo "neoliberal", compraron y vendieron la teoría del helicóptero, según la cual Macri huiría en pocos meses como lo hizo Fernando de la Rúa en 2001. No comprendieron cómo Macri arrolló al peronismo en las elecciones de 2017 y, en consecuencia, no saben por qué

el panperonismo recuperó el poder dos meses atrás y mucho menos por qué Macri obtuvo el 41% de los votos tras un mes de impresionantes manifestaciones con neto sigo de derecha en todo el país. No pudieron digerir que Macri transmitiera la banda y el bastón presidencial a su sucesor. Y no comprendieron que este hijo de la decadente burguesía argentina transpasaba mucho más que símbolos: entregaba un sistema a punto de colapso del cual debía hacerse cargo el peronismo. Poco importa que estuviera mejor apuntalado para la burguesía en comparación con lo recibido cuatro años antes. Ésta bien podría ser la involuntaria obra maestra del ex presidente.

En sus cúpulas dirigentes el amplio espectro peronista se dio por bien pagado con la perspectiva de usufructuar otra vez de las riquezas a las que da acceso el control del Estado. Los epígonos no han asumido todavía que el denominado "neoliberalismo" es una superchería, un comodín vacío, útil sólo para taparse los ojos ante la crisis capitalista. En la etapa agónica del capitalismo tardío el plan de Cambiemos era rotundamente inviable, como sostuvimos desde el primer momento (Ganó un presidente protofascista con base socialdemócrata, 23/11/2015) y acabaron por demostrar los hechos. Suponer que en este momento histórico, a partir de despojos legados por sucesivos gobiernos impotentes y corrutos, es posible construir desde la perspectiva capitalista una Argentina próspera, justa e igualitaria, es una quimera lindante con el desvarío.

Argentina transita de un Fab con proyectos de restauración capitalista a un mejunje inestable de azorados burgueses desvelados por el ejemplo de Chile. Sus perplejos componentes imaginan, correctamente, la conmoción trasandina multiplicada hasta dar lugar a una situación revolucionaria en Argentina. El cuadro se completa con ventajistas prontos a toda oportunidad de buenos negocios o al menos un cargo oficial.

Dicho de otro modo: las clases dominantes no tienen un programa de acción estratégica frente a la crisis más grave jamás vivida por el país.

Por su parte, la génesis del actual elenco, más lo visto en los primeros diez días de gobierno, confirma caracterizaciones previas (Antes de las elecciones; Argentina a la luz del resultado electoral). Se formó un Ejecutivo con remate de espacios entre facciones peronistas sin programa, sin organización ni ideas comunes. La disciplina para alinear semejante conjunto la puso el FMI. Pero la camisa de fuerza no resistirá.

Contradicciones inmanejables

Mientras en Diputados se discutía la "Ley de solidaridad", sondeos de opinión inmediata llegaron a manos de Fernández. Señalaban el rechazo a las medidas en sus propias filas y el descontento general provocado por el aumento a las retenciones y el congelamiento de las jubilaciones. Por eso hubo cambios de última hora y anuncios relativos a una segmentación de la base agraria para cobrar el impuesto, más anuncios de que las jubilaciones serían incrementadas a partir de marzo, según decida el Ejecutivo. Otro tanto pasó con el anunciado propósito de suspender las negociaciones Paritarias por 180 días, a cambio de un aumento único y a cuenta, también definido por el Ejecutivo. Esta intención, avalada por la mayoría de los CEOs sindicales, fue sin embargo postergada en silencio.

En tanto, por las costuras de esta colcha de retazos derramaba el descontento de gobernadores, cúpulas sindicales y estructuras barriales. A los primeros el gobierno los calmó borrando de un plumazo la reforma impositiva -logro fundamental de Macri para el reordenamiento burgués- que privaba a los señores feudales del cobro de impuestos fuera de toda lógica capitalista, como ingresos brutos y otros cánones inventados por gobernadores e incluso intendentes. La idea de una reactivación económica sufría un golpe más con esta decisión. Ya la gobernación de Buenos Aires, supuestamente progresista, emuló a otro progresista en la Capital Federal y multiplicó por su cuenta el paquetazo impositivo hasta niveles confiscatorios contra… propietarios de una vivienda. Será difícil en adelante

ganar confianza para este género de progresistas.

En sendas reuniones luego del triunfo electoral Fernández aseguró que su gobierno sería "de los 24 gobernadores". Frente a los sindicalistas dijo en tono elevado que el gobierno sería también de la CGT. Enseguida juró a titulares de estructuras barriales que también ellos serían factores de decisión en su Ejecutivo.

Todos se encuentran ahora en situación de avalar las exigencias del FMI. El trago de votar y apoyar la "Ley de solidaridad" es demasiado amargo; pero un buen estómago lo soporta. Diferente es afrontar las consecuencias que vienen.

Es probable que un conjunto de artilugios en el manejo económico permita una reactivación mezquina y por tiempo limitado (en mayo se debería acordar la renegociación de la deuda con el Fondo). Pero es descartable la posibilidad de iniciar un período de crecimiento productivo y baja sostenida de la inflación. El paquetazo impositivo y la devaluación apenas disfrazada que lleva el dólar oficial a $82, aventan en lo inmediato el riesgo de hiperinflación. A la vez lo agravan a partir de pocos meses, puesto que, además de trasladar ese aumento a los precios, el gobierno deberá emitir dinero para asumir el pago de aumentos nominales de sueldos y jubilaciones, más los desesperados requerimientos de los señores feudales endeudados también ellos con bonos locales y extranjeros. Por el momento y durante un largo período no habrá crédito de ningún tipo. Emisión y ajuste serán los únicos recursos.

Por supuesto a partir de enero se multiplicarán las demandas de aumento salarial y, al cabo de poco tiempo, la CGT deberá hacerse eco de ese clamor, lo que introducirá una poderosa cuña en el heterogéneo gabinete. Ya se ha dicho que la señora Cristina Fernández debió ceder su lugar de candidata presidencial por decisión inapelable de los gobernadores. Estos volverán a la carga a corto plazo para recuperar los espacios que un pequeño núcleo arrebató circunstancialmente en el Ejecutivo. Como complemento, un enviado del FMI, de origen venezolano, ya está en Buenos Aires para celebrar navidades

con su familia argentina. Difícilmente Fernández tenga un verano apacible, pese a la bendición impartida por Francisco a su enviada como primera dama.

Sin Partidos

Es por demás evidente que no hay un Partido de gobierno. Tampoco el oficialismo anterior conforma en la oposición algo semejante a una estructura partidaria. Por su parte el gran capital, como queda dicho, carece de un proyecto común y está librado a la competencia interburguesa. No hace falta insistir acerca de la situación de las izquierdas.

Un esfuerzo de inteligencia y voluntad, impulsado por movilizaciones de masas contra los efectos devastadores de la crisis capitalista, podría cambiar el estado y la dinámica de cientos de miles de militantes socialistas. Eso está por verse y, vale repetirlo, subordinado a la conducta espontánea de las masas y al combate para que su voluntad no sea desviada una vez más por estructuras del sistema ocultas bajo diferentes disfraces.

Construir una fuerza antisistema es misión difícil. Recomponer una estructura peronista es redondamente imposible. El llamado Justicialismo sufre un proceso de creciente y sistemática fragmentación desde la Resistencia de fines de los 1950. Sólo ha podido converger para ganar una elección. No para gobernar: después de 1989 Carlos Menem puso como jefe a Álvaro Alsogaray, un discípulo de Von Hayek que rechazaría con displicencia el calificativo de neoliberal y cuya conducción estratégica produjo el más grave daño jamás sufrido por el país, en directa continuidad con la última dictadura militar. Luego vino, por imperio de la crisis y el azar, Néstor Kirchner, quien definiéndose como keynesianoy sosteniéndose como pelota de ping-pong, gracias a golpes de derecha e izquierda, completó el desbarajuste estructural legado por el Frepaso, una suerte de padre no reconocido de Cambiemos. Discípulo zigzagueante de Domingo Cavallo, Fernández no torcerá esta lógica histórica, en primer lugar porque afronta una coyuntura nacional

e internacional que impide cualquier medida no apuntada directamente al salvataje capitalista, a expensas de trabajadores y sectores medios.

A eso apuesta Cambiemos, en la esperanza de que no haya recomposición genuina del movimiento obrero y las filas revolucionarias. Con la UCR como estructura todavía superviviente -se rompe y se dobla, pero aun así sus hombres lograron la votación de la ley de minería en Mendoza. Sumada esa arquitectura tambaleante al supuesto fortalecimiento de Macri, quien obtuvo el 41% de los votos en las presidenciales, aspiran a recrear un liderazgo conservador, recomponer una estructura para rescatar el capitalismo, sanearlo y modernizarlo. Confían en que ese saneamiento lo completará Fernández y les pasará el testigo. Apuntan ahora a las legislativas de 2021 y confían en engañar otra vez a las masas en 2023. Cuando no hay pensamiento teórico sólido ni acción política con base material y sentido estratégico, cualquier dislate es defendible.

No habrá, por tanto, salvataje capitalista. Al menos si por esto se entiende un sistema productivo en funcionamiento consistente, sostenido y estable. Lo contrario se verá a partir de 2020. Atracadores de diferente signo tendrán su oportunidad, con leyes o sin ellas.

Resta la ingente tarea de apelar a las vertientes sanas de la sociedad, a los trabajadores y las juventudes, para crear la fuerza política de masas capaz de señalar un rumbo en medio de la tormenta.

Para "Poner a Argentina de pie", según su consigna, Fernández exige que levantemos las manos en señal de rendición. Eso no ocurrirá.

26 de diciembre de 2019

Ominoso balance tras dos meses de gobierno panperonista

Primero se consumó el ajuste sobre los jubilados. Luego, diputados y senadores votaron sin fisuras una ley para autorizar la renegociación de la deuda externa. Con esas dos victorias en la maleta, el presidente Alberto Fernández emprendió una sucesión de viajes internacionales.

Recorrer el mundo para pedir ayuda. Pedir ayuda para pagar deudas. Pagar deudas para recuperar la actividad y desarrollar el país. Oprobio e irracionalidad.

Demasiado semejantes, los viajes internacionales con que Alberto Fernández inauguró su gobierno son muy diferentes de los realizados por Mauricio Macri al comienzo de su mandato, en 2016.

Entonces había un frente amplio burgués (Fab) y un plan de saneamiento capitalista. No podía tener éxito. Y no lo tuvo. Aterrorizado por las posibles consecuencias de ese nuevo fracaso, el Fab fugó a tropezones en respaldo de Fernández, como indeseada tabla de salvación. Ni aquél ni éste tienen un plan. No pueden acordar un camino a tomar. Carecen de un programa para salir de la parálisis y la decadencia que despedazan al país. Se limitan a vocear su voluntad de pagar deudas para no quedar fuera del entramado mundial dominante. Recién cuando hayan llegado a ese objetivo dirimirán qué fracción del capital queda en la cúspide y qué retazos del botín se entrega a aliados de otro origen. Ésa es la situación actual del Fab, que incluye además a prácticamente la totalidad de las cúpulas sindicales, a sectores antes considerados de izquierda y, notoriamente, a la cúpula eclesiástica.

Fracasarán en el alegado propósito de pagar deuda para estabilizar la economía e iniciar un ciclo de crecimiento. Algunos, pocos, se preguntan qué sobrevendrá cuando este intento desesperado llegue a su fin.

Con tarifas y precios congelados la inflación de enero superó el 3%. Sin reacción ante los estímulos para la reactivación económica, la recesión continuó. Febrero y marzo no serán mejores. En tanto, el gobierno nacional tomó nueva deuda por 12 mil millones de dólares. (Sí, 12 mil millones más de endeudamiento en el primer mes de gobierno; volveremos sobre este punto).

Con ese trasfondo, Fernández se lanzó a una carrera de apretones de manos, sonrisas y regalos, fotos con presidentes, primeros ministros y hasta el Papa. Sobre todo muchas sonrisas. Mandatarios con gestos exultantes que apuntan el dedo índice hacia algún lugar. No sabemos cuál es. Ellos tampoco. Pero queda bien para la foto. Como telón de fondo, el sonsonete de Fernández: Argentina está "en terapia intensiva".

Preguntado en una exposición pública en París, Fernández explicó: "No es verdad que no tenemos plan. Es verdad que no lo contamos. Y no lo contamos porque estamos en plena negociación. Sería descubrir las cartas. Estamos jugando al póker y no con chicos". Justificó así el silencio respecto del plan de la coalición panperonista que preside.

Ocultar a el plan para salir del marasmo en el que agoniza el orden político argentino y jugar al póker al lado del moribundo. Nadie escribe una oración completa sin denunciarse, decía Thomas Mann.

Tenaza sionista-católica

Hubo también definiciones más explícitas. Como cuando en Israel, tras fraternal almuerzo y declaración de prensa conjunta con el primer ministro Benjamin Netanyahu, Fernández explicó a sus seguidores en las redes digitales cuánto valora el papel de Tel Aviv en la región.

Dos coincidencias hicieron más difícil la participación del novel mandatario argentino en la conmemoración del 75 aniversario de la liberación del campo de concentración en Auschwitz. Donald Trump aprovechó la oportunidad y anunció su "plan

de paz" para Medio Oriente (llamado "acuerdo del siglo", en realidad un intento más para la definitiva anexión de Palestina). Simultáneamente el fiscal general Avichai Mandelblit, presentó una petición de procesamiento por corrupción contra Benjamín Netanyahu. Fernández no comentó estos hechos. Tiene entrenamiento para lidiar con problemas de este género.

No pocos defensores de la causa palestina se comprometieron con el llamado a votar por Fernández. Ahora expresan en privado su desazón. Demasiado tarde.

El sionismo y la Casa Blanca utilizaron con descarada vileza una fecha cara para todo ser humano consciente, con el objetivo de apuntalar a Netanyahu y avanzar en la estrategia imperial en Medio Oriente. Aunque no todos ocultaron la afrenta con loas y sonrisas, Fernández no fue el único mandatario entrampado. Sufrió, en cambio, un desaire inesperado: Vladimir Putin, el presidente ruso, al final del homenaje anunció a la delegación argentina que no podría reunirse con Fernández, tal como estaba previsto. Había decidido viajar a Belén para encontrarse con el titular de la Autoridad Palestina, Mahmud Abbas. "Hay golpes en la vida, tan fuertes, yo no sé", escribió César Vallejos décadas antes, sin imaginar las vicisitudes de un vicario peronista. (En tiempos de mafias y narcotraficantes conviene aclarar que está escrito vicario, no sicario).

Tanto sacrificio tuvo premio: tras designar a Jorge Argüello como embajador argentino en Washington, Trump le dio como primera tarea enviar un mensaje público al gobierno: "Dígale a Fernández que puede contar con este presidente". Un respaldo tan enfático como el que ofreció horas antes al títere reconocido como "presidente encargado" de Venezuela. Los mensajes secretos de Trump a su par argentino están también asociados con la coyuntura de Venezuela. La Casa Blanca intenta utilizarla como herramienta electoral para las presidenciales del 3 de noviembre próximo.

Como sea, el periplo por Israel, Vaticano, Italia, Alemania, España y Francia, rindió su fruto. A través de Kristalina Geor-

gieva, ultracatólica titular del FMI, quedó acordada en Roma la postergación de tres a cuatro años para la devolución del capital adeudado al Fondo, el no pago de intereses durante al menos dos años y la quita de un 30% para la deuda con privados.

Francisco fue la bisagra para este acuerdo. Tras los muros del Vaticano, reunido con Georgieva y el ministro de economía Matías Guzmán, el Papa bendijo la demanda del gobierno argentino. El acuerdo fue luego discutido en detalle en un restaurante. Tres horas duró la cena asimétrica entre el ministro y la representante del Fondo. Tiempo al parecer requerido para establecer la contrapartida correspondiente a la generosidad del FMI. ¿Diplomacia no tradicional o desesperación que obliga a transgredir normas?

Romper reglas para obtener el objetivo no es ajeno a la doctrina jesuítica. Aunque también aquí hay vericuetos: pese a que Jorge Bergoglio pertenece a las huestes de Ignacio de Loyola, como jefe de Estado vaticano adoptó el nombre del fundador de una "orden mendicante", según la denominación canónica. Parece haber descubierto que a las falacias con las que Fernández ganó votos de jubilados y trabajadores, prometiendo aumentos durante la campaña electoral, debía sumar la condición de gobierno mendicante para mantener la estabilidad capitalista en su país de nacimiento.

No es sólo para Argentina. El Papa tiene mirada global, insisten sus acólitos. De hecho, Bergoglio utiliza la inconsistencia de la coalición gobernante en Argentina para encaminar al país según las necesidades de los representantes políticos del gran capital financiero internacional y, muy particularmente, a sostener la estrategia contrarrevolucionaria del Vaticano en América Latina, a medias fracasada durante los primeros siete años de su papado.

Significado geopolítico de la gira

Fernández visitó a tres integrantes del G-7 y se prepara para viajar a Washington a reunirse con el cuarto. Cada uno

de ellos afronta en su país los graves sacudones de la crisis estructural del capitalismo desarrollado. Y entre ellos sólo tienen acuerdo para expoliar más a las economías subordinadas. La supuesta ayuda a Argentina consiste en buscar el camino más propicio para que desde nuestro país continúe fluyendo la riqueza hacia fuera.

Todos los jefes de Estado o de gobierno visitados reconocen en Venezuela a un fantochesco "presidente encargado". La excepción es el Papa, que al mejor estilo jesuítico dice querer la negociación con Nicolás Maduro y lanza al episcopado venezolano a demandar públicamente la intervención militar estadounidense para acabar con la Revolución Bolivariana. Si esto último finalmente ocurriera el Papa peronista podría asumir el papel de gran pacificador y plantarse finalmente como líder político latinoamericano. Georgieva contribuye diligente a ese plan, que en última instancia tiene a Washington (con o sin Trump) como verdadero arquitecto. No hay nada nuevo aquí, excepto que ahora el Papa es latinoamericano y, para mayor detalle, de la misma nacionalidad y filiación política de Fernández, con matices ideológicos fácilmente salvables.

En suma: el gobierno surgido de las últimas elecciones en Argentina se ha alineado ya con el gran capital financiero internacional en cuestiones claves: el plan imperialista en Medio Oriente, el pago de la deuda y la línea de acción apuntada a ahogar y derrocar al gobierno de Venezuela.

Más allá de palabras y personajes, se trata de una continuidad de la política del gobierno anterior: Argentina a remolque de la ofensiva mundial del imperialismo; encolumnada con Washington y haciendo malabares para sostener el frente interno y las relaciones económicamente insustituibles con China, Rusia e Irán.

Qué es la deuda externa

Fernández visitó a los acreedores para mendigar tiempo y dar la posibilidad al país de producir riquezas. De otro modo,

explica en su lógica, "¿cómo podríamos pagar?". Macri lo había hecho para implorar inversiones. La diferencia entre uno y otro indica el curso del país. También muestra la mudanza de expectativas de las clases dominantes.

Es revelador el cambio en la composición del frente patronal. De Macri a Fernández hubo una suerte de desmoralización en sus componentes, completada con la reticencia de un sector clave del gran capital. Hubo otro cambio además: franjas de una izquierda descompuesta se sumaron al frente patronal e incluso votaron la ley que protegió a Fernández y sus ministros para encarar la renegociación de la deuda. Junto a peronistas, radicales y macristas, sindicalistas y reciénllegados de diferente pelaje, respaldaron el viaje mendicante de Fernández. Sólo dos diputados del Frente de todos se abstuvieron (¡votar en contra hubiera sido excesivo!). Es uno de los actos más vergonzosos de la historia parlamentaria argentina, al que el voto negativo de dos diputados de izquierda sólo cubre con un barniz de supuesta democracia y pluralidad.

Habrá que repetir, una vez más, la cuenta fatídica de la deuda eterna: cuando el calamitoso gobierno de Isabel Perón y las 3A fue derrocado por el golpe militar de 1976, Argentina debía 5 mil millones. Militares y civiles secuestradores dejaron al país endeudado en 43 mil millones. Siempre en dólares y en cifras redondas, Raúl Alfonsín hizo todos los esfuerzos por pagar lo mínimo, y tras desembolsar más de 10 mil millones, dejó una deuda de algo menos de 60 mil millones. Carlos Menem vendió todo para pagar; en una década derivó más de 100 millones a las fauces de los acreedores, mientras la deuda crecía en otro tanto y rondaba los 150 mil millones al fin de su capitanía. Fernando de la Rúa pagó casi 50 mil millones y huyó con el monto adeudado acrecido hasta 180 mil millones. Eduardo Duhalde pago poco: apenas algo menos de 20 mil millones (o sea cuatro veces lo que el país debía en 1976). Pero, para compensar, entregó el poder con casi 220 mil millones de deuda. Supuestamente antimperialistas y defensores de la

soberanía nacional, los cónyuges Kirchner pagaron más de 200 mil millones y tras 12 años de falso relato dejaron una Argentina endeudada en mucho más de 220 mil millones. Llegó entonces lucifer y en sus 4 años pagó más de 100 mil millones y dejó la deuda acrecida en otro tanto: 310 mil millones.

Pero si Macri fue el demonio que entregó al país ¿qué fueron sus predecesores? Argentina pasó de una deuda de 5 mil millones en 1976 a una de 323.177 millones a comienzos de 2020, tras haber pagado en ese período casi 600 mil millones. Y ¿por qué Fernández sumó en apenas un mes 12 mil millones a esa escalada fatídica?

Cualquiera que tenga un poco más de 40 años puede, sin estudiar ni leer nada, comparar el país al momento del retorno de la constitucionalidad con el actual. Los más jóvenes, tendrán que leer, estudiar, constatar en registros oficiales la veracidad o falsedad de las cifras resumidas más arriba. O seguirán pagando, mientras la deuda eterna aumenta cada día a mayor velocidad. Nadie podría defender a ninguno de los presidentes mencionados, pero está claro que esa progresión asesina no resulta de la voluntad de cualquiera de ellos por esquilmar y degradar de esta manera al país, sino de un sistema que impone su propia lógica. Quienes dijeron ser la alternativa, por ignorancia o cinismo son cómplices de la hecatombe nacional. Lo mismo vale para el actual gobierno y quienes lo apoyan.

A fines de los 1980 publicamos un tabloid mensual titulado Deuda Eterna, en cuyo logotipo una X se superponía a la t, para dar desde el inicio una idea del significado del endeudamiento. Varios sindicalistas contribuyeron para alcanzar una difusión masiva de este periódico, en el que por supuesto ninguno de los colaboradores cobraba por su trabajo. Uno de los sindicalistas comprometidos en aquella empresa fue Julio Guillán, secretario general de Telefónicos, quien a poco andar cambió de opinión y se sumó al robo descomunal de Entel, articulado por Menem y Alvaro Alsogaray, a través de la hija del prócer liberal, Julia, todos acompañados por el bravo di-

rigente sindical comprado por las transnacionales.

Pero otros sindicalistas persistieron. Por ejemplo Omar Gorini, de Judiciales, entre los muchos que persistieron en denunciar las calamitosas consecuencias de pagar una deuda injustificable e impagable. El periódico contó con el apoyo del por entonces todavía existente Partido Comunista y agrupamientos marxistas con escaso desarrollo organizativo. Tres décadas después, todas las siglas resultantes de la imparable cariocinesis pseudocomunista –incluidas las de grupos juveniles camuflados hasta el momento crucial- llamaron a votar a Fernández y el 29 de enero ordenaron a quienes ubicaron como diputados en el Frente de todos, que se inmolaran ante la historia y apoyaran la Ley de sostenibilidad de la deuda externa.

Como para sumar burla a la afrenta, algunos de ellos convocan ahora a cortes de calles céntricas para recibir a una delegación del Fondo, que viene a sancionar lo que Guzmán aceptó en la afrentosa cena con Georgieva.

La deuda externa es entonces más que la succión interminable y creciente de la riqueza nacional. Es también la corrosión de la moral y la conducta de organizaciones e individuos dispuestos a negar una historia de lucha contra el saqueo, dispuestos a negar el sacrificio de decenas de miles de militantes que trataron de impedir la sumisión, la degradación, la corrupción, que han llevado al país a la situación actual.

De hecho, la conducta de sucesivos gobiernos frente a la deuda, la complicidad sindical, la incapacidad de la militancia revolucionaria para torcer ese rumbo fatal, son factores esenciales en la desmoralización de la clase obrera, el desvío de las juventudes, el generalizado "sálvese quien pueda".

Cambiar las relaciones de fuerza

Si bien el frente amplio burgués ha reducido sus expectativas y no logra restablecerse con coherencia, tiene todavía la fuerza que le otorga la situación de confusión y parálisis de las víctimas del sistema, ausentes por completo del escenario político.

El gobierno de Fernández es resultado de ese extravío. Pero es también la causa: quienes con el argumento del mal menor hicieron campaña para la fórmula peronista, son responsables directos de que el actual Ejecutivo pueda llevar al país en la dirección indicada por el periplo de Fernández. Para revertir ese rumbo es preciso encarar el conjunto de tareas que conduzcan a un cambio en las relaciones de fuerza entre las clases, hoy volcadas exclusivamente a favor de la burguesía.

Parece una tarea titánica. Y lo es. Más aún cuando América Latina está en una situación de balance entre reacción y revolución y la teoría científica de la lucha social no acaba de recomponerse y avanzar. Sin embargo esto ocurre en un contexto de crisis capitalista mundial, un gobierno sin la más mínima cohesión interna, sin verdaderas raíces en ningún sector de la sociedad y enfrentado por un bloque conservador-tradicional dispuesto a hacerse del poder.

Pero hay también grandes sectores de la sociedad asqueados de la corrupción del sistema y acosados más y más por la inhabilidad del mecanismo capitalista para responder a sus necesidades. La aparición de una fuerza antisistema coherente, teóricamente afirmada, integrada por una militancia seria, aguerrida, honesta, conocedora de los grandes hitos de lucha de nuestra historia y aferrada a ellos, puede concitar la confianza y la participación de esas mayorías hoy no representadas por nadie.

Explicar hechos tan incontrastables como el papel de la deuda externa puede ser una palanca poderosísima para iniciar el camino de recomposición y dar un paso que, en un cuadro de grandes conflictos sociales que necesariamente sobrevendrán, detone un cambio fulminante en las relaciones de fuerzas. Claro que eso no se logrará cortando calles, sino golpeando puertas, promoviendo reuniones de discusión en todo lugar posible. Se trata de volver a la práctica histórica de la militancia anticapitalista para explicar incansablemente el funcionamiento del sistema. No hay otro modo de sembrar conciencia social e impedir que la burguesía continúe conci-

tando el apoyo electoral de sus víctimas.

Vienen tiempos de agudización de las penurias para las mayorías y de divisiones y creciente impotencia para las instituciones del capital. En dos meses, el gobierno panperonista ha mostrado que lleva al país en el rumbo que marcan Washington y demás potencias menores, a la vez que en lugar de resolver siquiera uno de los gravísimos problemas económicos, los ha agravado a todos. Surgirán voces para sostener que es la traición de Fernández. La verdad es que todos se aunaron para hacerse del poder, a cualquier costo, sin reparar en que ahora están obligados a gobernar sin recursos. Eso augura divisiones, inestabilidad y crisis política. En medio de esa tormenta habrá que luchar por alcanzar la unidad social y política de las masas, tras un programa para la transición al socialismo.

8 de febrero de 2020

Coronavirus, crisis global y coyuntura regional

Una recesión global sobrevendrá tras el colapso desencadenado el 9 de marzo con la explosión bursátil, reveladora de la fragilidad estructural del capitalismo mundial. Incluso antes de que se desarrollen las tendencias tan abrupta y violentamente desatadas, urge un resumen de la nueva situación a partir del vuelco estratégico en el panorama internacional.

Analistas interesados atribuyen al Covid-19 (coronavirus) la sideral destrucción de valor sufrida entre el 9 y el 13. Sin duda este factor -cuyo origen no está claro- contribuye al terremoto financiero y lo hará aún más con las penurias del período que viene. Pero la causa está en la feroz lucha por el control de los mercados a escala planetaria.

La puja entre Arabia Saudita y Estados Unidos en torno al precio del petróleo no sólo revela la gravedad de la competencia interburguesa en todas las áreas. Más significativo,

muestra a Washington sin capacidad arbitral. Con la baja del precio del petróleo provocada por Riad la producción de shale oil en Estados Unidos –y por supuesto en otras latitudes, muy especialmente en Argentina- será inviable. Esto implica un conjunto de conflictos. En primer lugar, a corto o mediano plazo detonará una cadena de quiebras de grandes petroleras y de bancos asociados, con las obvias consecuencias económicas y sociales en todo el mundo. También provocará escasez de petróleo en Estados Unidos, cuyo abastecimiento depende de ese tipo de explotación, así como el consecuente aumento de sus necesidades de importación, lo cual a su vez alimentará la presión intervencionista sobre Venezuela. Si esta dinámica se verificara, daría lugar en última instancia a un conflicto de incalculables proporciones de la Casa Blanca con América Latina. Simultáneamente, se ahondará el conflicto entre los imperialismos europeo y estadounidense. Washington tiene al presidente adecuado para tomar las líneas de acción fascista contra sus enemigos, que ahora incluyen al resto del planeta. El mundo asiste al comienzo de una situación que sólo puede parangonarse con la aparición de Hitler y su eje en los años 1930. Sólo que de acuerdo con las votaciones cruciales de la ONU, Trump no puede construir su eje más que con un Israel irremediablemente dividido más unas pocas islas sin peso significativo. La Casa Blanca ya no podrá volver a encubrir su apetito desenfrenado por mercados con una defensa de la democracia. Todo lo contrario, se mostrará tal como es.

De esta manera reaparece, corregida y aumentada, la crisis de 2008. Desde entonces, la sistemática caída de la tasa media de ganancia multiplicó la especulación financiera y produjo una burbuja bursátil aún mayor de la que explotó en aquella oportunidad. En ausencia de una contraparte antisistema con fuerza suficiente en el terreno internacional, el gran capital pudo evitar entonces que la recesión se transformara en depresión. Se verá si otra vez puede hacer lo mismo. La resultante de dos fuerzas contrapuestas determinará el curso al que se verá sometida la

humanidad: mientras la crisis es mayor y la capacidad de Estados Unidos ha menguado, ahora la resistencia antisistema está más desarticulada y confundida que doce años atrás.

En 2008 Hugo Chávez presidía una Venezuela todavía a la ofensiva, con enorme gravitación en la región y proyección a todo el mundo. Existía Unasur. El Alba se mostraba aún vigorosa e incluso, aunque con reticencias injustificadas –e injustificables- asumió la estrategia de crear una moneda común, el Sucre, para enfrentar el colapso mundial del dólar.

En ese cuadro catastrófico para el capitalismo mundial, Washington tomó medidas drásticas para frenar la marcha a la depresión y revertir la dinámica política que lo acorralaba. Una clave de ese contraataque fue la reactivación y reformulación del G-20. Era el ariete contra la crisis en general, pero muy particularmente contra la dinámica de convergencia antimperialista en América Latina.

Brasil, México y Argentina acudieron al llamado de Washington. El temor burgués a la perspectiva de una revolución sepultó gestos y discursos embusteros. El frente antimperialista continental se frustró, Chávez fue aislado y Estados Unidos recuperó la iniciativa en términos tácticos y estratégicos. Es innecesario subrayar que la principal responsabilidad de este brusco giro en la región cae sobre los gobiernos de Brasil y Argentina, institucionalmente encabezados a la sazón por Lula y el matrimonio Kirchner.

Allí está el origen del posterior retroceso -para muchos inexplicable- de América Latina. Allí reside la causa verdadera de la asfixiante situación de Venezuela en este momento. Sólo una severa confusión política –para no aludir a debates ideológicos- pudo llevar a que las autoridades del Alba apoyaran la candidatura de Alberto y Cristina Fernández en diciembre pasado y se solidaricen acríticamente con Lula y el PT.

Inicio de una nueva coyuntura

Hasta el momento Estados Unidos no ha esbozado un plan

análogo al que contrapuso al colapso capitalista en 2008. La lucha interimperialista se ha agudizado desproporcionadamente y Washington tiene al mando un personaje que difícilmente podría encabezar una contraofensiva. La presencia de Donald Trump en la Casa Blanca es más dañina para el capital global que la caída en un tercio de Wall Street. Rusia, China e Irán podrían eventualmente avanzar en la conformación de un bloque –y una moneda común- que trocara el actual ordenamiento económico mundial. Está por verse si existe la voluntad política para acometer semejante objetivo.

En América Latina, con un nuevo giro inconsistente la Casa Blanca volvió a su opción estratégica por Brasil. De manera que Argentina queda boyando en el limbo. Cálculos todavía imprecisos prevén que la conjunción de la crisis bursátil y el impacto del Covid-19 harán caer el Pib mundial entre 1 y 2 puntos porcentuales. En la región el impacto será mayor, dado que se sumará su propia dinámica de retracción. Para el equilibrio político brasileño ese resultado podría resultar mortal. Pese a la parálisis del PT y su propensión a una alianza con el Psdb de Fernando Henrique Cardoso, esto podría redundar en ingobernabilidad para Jair Bolsonaro, por grande que sea su disposición a poner a Brasil como muleta de Washington.

El Grupo de Lima es un esqueleto errabundo. México y Argentina no encuentran lugar en este diseño regional y no son capaces de crear una alternativa. Las burguesías de ambos países, involuntariamente adosadas a la brasileña, no pueden oponerse a la gravitación comercial de China y Rusia, pero tampoco osarían sumarse a estos dos países para oponerse a Washington. Sus gobiernos, sin otra definición que servir de tabla de salvación al sistema capitalista, están destinados a languidecer hasta la inanición.

Difícil prever si la intelectualidad que encontró una diagonal oponiéndose a lo que denominó "neoliberalismo", descubrirá a tiempo la dinámica arrolladora de la crisis capitalista y romperá su complicidad con las burguesías supuestamente nacionales y

falsamente progresistas. Como sea, ese pensamiento acomodaticio y estéril está impedido para hablar de futuro.

Sólo una enérgica recomposición de fuerzas anticapitalistas podría revertir la dinámica determinada en este panorama y proponer una perspectiva diferente al desarrollo lineal de las clases dominantes en la coyuntura: su marcha hacia diferentes gradaciones del fascismo. Esto implicaría a su vez una drástica y tajante confrontación con el doctrinarismo vacío de las formaciones sectarias, que tergiversan e inhabilitan la teoría científica de la revolución social.

El Alba podría esgrimir, en los plazos perentorios exigidos por la aceleración de la crisis, el basamento social para elevar a la vista de cientos de millones una estrategia antimperialista y anticapitalista. Es impensable el cumplimiento de tal misión histórica para esa instancia de unidad revolucionaria creada por Chávez, sin el concurso de las fuerzas antisistema aunadas en un profundo proceso de recomposición, para hacer frente a la reaparición dramática de la crisis capitalista.

15 de marzo de 2020

Pandemia y Revolución: pantallazo sobre Argentina y el mundo

A finales de marzo, diez días después de decretado el aislamiento obligatorio en todo el territorio nacional, Argentina muestra síntomas de agotamiento y creciente malestar en todos los estratos de la sociedad.

Noticias provenientes de los centros metropolitanos tienen sobre ascuas a la población informada: con excepción de China, la pandemia no cede y provoca un cataclismo humano, mientras las Bolsas sufren un derrumbe sin precedentes y adelantan una caída catastrófica de la economía mundial. Se pronostica una disminución del 20% en el producto interno bruto estadounidense.

Abril será un mes crucial. Según el ministerio de Salud, el pico de la pandemia en Argentina sobrevendrá a mediados de mayo. Datos de otro orden indican que la crisis de la deuda tendrá su punto culminante también a mediados de mayo, momento cuando el gobierno asumirá una renegociación con los acreedores o, como todo indica, se declara en cesación de pagos. También para ese momento, según adelantan econometristas locales, la extensión de la cuarentena pondrá al aparato productivo-comercial del país en situación de colapso tanto más extenso e incontrolable cuanto más se prolongue la parálisis ordenada por el Ejecutivo. Mayo es entonces un límite señalado por todos como punto de imposible continuidad para el orden socioeconómico vigente.

De modo que el país afronta a plazo fijo el riesgo de una tremenda convulsión, con base en la desarticulación del aparato productivo, con raíces estructurales llevadas al paroxismo por la cuarentena, combinado con un colapso sanitario. Ambos aspectos serán considerados más abajo, luego de exponer con el máximo de simplificación, temas imprescindibles para interpretar la situación actual y su proyección desde una perspectiva diferente a la preponderante en los medios de difusión.

La sociedad frente a la crisis

Hay alarma en las clases dominantes y en todos los niveles de gobierno. Se multiplican signos indicadores de dos fenómenos inseparables: falta de autoridad central y aparición de aspirantes a minicaudillos, que desde sitiales mínimos obran contra las decisiones del Ejecutivo nacional, rompen descaradamente el orden constitucional e instauran el reinado del capricho y la arbitrariedad. Una impensable “dictadura de concejales”. De allí hay apenas un paso a la violencia. La ya añeja dinámica de disgregación nacional alcanza nuevos e inesperados límites: intendentes de minúsculos distritos desafían a gobernadores y a la Casa Rosada.

Mientras tanto, aterrorizadas ante la amenaza del Covid 19

las clases medias urbanas han producido otro milagro argentino: se aferran al balbuciente y desencajado presidente Alberto Fernández, quien sólo alcanza fluidez en el lenguaje cuando insulta a ciudadanos indisciplinados ("idiotas", "imbéciles", los llama, desde el sillón de Rivadavia y con la bandera nacional detrás). Pocos admiten que esa indisciplina social es, aparte razones culturales de las que nadie podría enorgullecerse, un rechazo a quienes ejercen cargos ejecutivos: "¿qué autoridad moral tienen estas personas para decidir qué hago con mi vida?", se preguntan explícita o calladamente millones de jóvenes. En las franjas arrojadas a la marginalidad o la miseria, ni siquiera existe la pregunta: nadie toma en cuenta a los funcionarios. En las clases medias, sin otro parámetro que el individualismo, la respuesta oscila entre la aceptación temerosa y el desacato irracional. Aun así, una mayoría parece respaldar las medidas oficiales que obligan a reclusión dispar, a menudo caprichosa.

Esas mismas clases medias girarán en redondo mañana, cuando la extensión del encierro se les haga insoportable. Pero está en su naturaleza social votar ayer a Alfonsín, después a Menem, más tarde a De la Rúa, luego al matrimonio Kirchner y después a Macri, para volver enseguida a lo que supusieron un refugio, del que ya comienzan a renegar.

Otro es el clima en la gran burguesía. Ésta comprueba la imposibilidad para cualquiera de sus fracciones de imponerse a las demás, como resultado de lo cual, a más de cien días de gobierno, Fernández no tiene plan económico ni equipo que pueda siquiera diseñarlo y proponerlo. Si para grandes sectores de la sociedad la irrupción del coronavirus es por ahora un atenuante que ayuda a soportar la incertidumbre económica mientras todo se agrava a ritmo descontrolado, el capital hegemónico discute con vehemencia la así denominada "opción por la salud", en detrimento de "la economía". Y observa, con temor cercano al pánico, hechos a la vista de todos: parálisis del equipo económico, caída vertical de la producción y el comercio, ausencia de un Ejecutivo nacional con capacidad

de mando, desesperación y eventual explosión de sectores marginalizados que en situación de cuarentena no tienen posibilidad de cumplir con el aislamiento y a la vez quedan sin el acceso a tareas informales que le permiten sobrevivir día a día. En otras palabras: se paraliza el giro económico, pero no la contaminación masiva.

Ya los grandes medios de prensa han virado su orientación; comienzan a cuestionar el recurso de la cuarentena casi total y a buscar un punto intermedio entre "salud" y "economía". En pocos días más ese alineamiento se trasladará a las atribuladas capas medias, confinadas en un departamento de 60, 80, 100 o 200 metros, según el estrato al que correspondan, situación en cualquier caso insoportable para una conciencia moldeada en el individualismo y la ventaja personal.

Imposible medir con instrumentos ciertos la conducta de la clase trabajadora. Convencida una gran parte de que es "clase media", tenderá a comportarse como los sectores más bajos de aquéllas. Otras franjas, presumiblemente, tomarán distancia del gobierno y reclamarán sus reivindicaciones económicas, como le propone, con rara unanimidad por el suicidio, el infantoizquierdismo. Hasta la fecha no se conoce una sola declaración –ni hablar de un documento conceptual con orientaciones estratégicas- de las cúpulas sindicales, algunas de las cuales ofrecen caritativamente hospitales sindicales para atender la emergencia. Será difícil reaparecer con ropajes de dirigentes después de esta omisión vergonzosa. La mano de obra excedente, o "ejército de reserva" -como se denominaba a la masa de desocupados y subocupados cuando las palabras no eran empleadas para ocultar y engañar- estará más que nunca a la merced de maniobras políticas. No ya para votar en una elección, sino para volcar el peso de la sociedad hacia una revolución o el fascismo.

En este panorama social, el país ingresa a una segunda fase de resistencia a la pandemia mientras el mundo ilustra, con la inmediatez de nuevos medios de telecomunicación, un

panorama de enfermedad y muerte.

El jueves 26 desembarcaron tropas del Ejército en La Matanza, el distrito bonaerense de mayor concentración de habitantes, máxima pobreza y rampante marginalización de seres humanos. Llevan comida a los desesperados y promesa de orden al gobierno y las franjas sociales con mucho o poco por perder. Aunque imperceptible, éste es el hito indicativo de una nueva etapa en la crisis argentina. Pero no conviene sacar conclusiones apresuradas: nadie entre estos actores, en primer lugar el gobierno, tiene la posibilidad de trazar un curso de acción. Sin base de sustentación propia, el de Alberto Fernández es un Ejecutivo librado exclusivamente a cambiantes resultantes de relaciones de fuerza interburguesas, sólo marginalmente determinadas por el elenco oficial. En medio de la tormenta internacional y nacional, Argentina navega al garete.

Teoría y política

¿Priorizar la salud o la economía? En las últimas horas se oye una y otra esta pregunta. Compelidos por las exigencias de una pandemia devastadora, la repiten todos quienes llevan la voz cantante en los medios masivos.

Al decir salud refieren a la sociedad como conjunto. Economía alude a un arcano al que entienden como la manera de obtener dinero, de pagar o recibir salarios u otras formas de ingreso monetario.

En ese esquema, optar por la salud es un camino recto y breve para obtener galardón de progresista. Es lo que hizo el gobierno. Poner la economía en primer lugar, en cambio, es prueba del más rancio espíritu reaccionario o, como gustan decir ahora, "neoliberal". Con el transcurrir de las semanas, autores alarmados ante las perspectivas ya palpables han llegado a la conclusión de que es necesario combinar ambos términos. No se ve que den un paso más allá.

Si se trata de optar entre salud y economía, está claro que una no propende a la otra. Nadie ha cuestionado hasta el momento el absurdo de semejante dicotomía. Esto no ocurre por la torpeza de quienes incurren en ella sino porque esa es, efectivamente, la opción en un sistema capitalista. Ni tirios ni troyanos pueden admitir que, al límite, optarán por la defensa del sistema, es decir, en contra de la salud.

Hace algo más de dos siglos la nueva ciencia nacida como Economía Política, perdió el apellido y, junto con él, la condición de disciplina científica. Pasó a ser apología. En lo que acaso fue la más cruel ironía de la historia, el naciente sistema capitalista, que produjo un salto gigantesco de la humanidad y con él impulsó la aparición de una ciencia que lo explicaba, a poco andar la desmanteló hasta convertirla en su contrario: un instrumento que impide incluso a sus más lúcidos intérpretes comprender el fenómeno que tienen delante. Adam Smith, quien por supuesto no era economista y como filósofo comenzó a desentrañar las leyes del capitalismo, fue negado por sus acólitos, no antes de que cantara un gallo, sino cuando el sistema ya consolidado comenzó a tener convulsiones que amenazaron su continuidad.

La Economía Política es la ciencia que estudia la relación entre los seres humanos en el esfuerzo por extraer de la naturaleza lo necesario para vivir y hacerlo cada vez en mejores condiciones.

Por el contrario, la disciplina ahora denominada Economía, impartida en las universidades de todo el mundo, enseña a garantizar la obtención de plusvalía. Cuando la inexorable ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia reaparece con inusitado vigor, la encomienda es encontrar los mecanismos para torcer la curva y sostener así el edificio tambaleante. Según la sensibilidad (y otros rasgos, a considerar más adelante) del profesional de esta función, esa masa de plusvalor será destinada en mayor o menor proporción al Estado o a manos privadas. Furibundos "estatistas" y acérrimos "neoliberales" coincidirán sin embargo en negarse a cuestionar el sistema de producción, incluso si lo ven balancearse al borde del abismo.

En otras palabras: la apología impartida en las universidades como Economía, impide comprender la realidad en todo aquello que no sea maximizar la tasa de ganancia del capital. Por eso la buena gente licenciada en esa pseudo ciencia ahora se debate entre prolongar la cuarentena para evitar muertes en escala probablemente muy elevada, o reiniciar cuanto antes la actividad para recuperar la cotidiana extracción de plusvalía y sostener así la continuidad del sistema. Está excluida en esa diatriba la posibilidad de entender que "la economía" (es decir, la producción, el trabajo manual e intelectual realizado por toda la sociedad, en la salud y la enfermedad) es la base de cualquier forma de inmunidad para la especie humana. Está igualmente excluida la evidencia de que el capitalismo enferma psíquica y físicamente a la inmensa mayoría y sólo cura a una porción para quitarle también por esa vía una parte de su trabajo, mediante la medicina privada, las así llamadas "obras sociales" de empresas sindicales o la desatención pública.

Vacuna anticapitalista o epifanía keynesiana

Estados Unidos acaba de aprobar el vuelco de 2,2 billones de dólares al mercado, en desesperado intento por frenar el descenso hacia una depresión universal. Son 2.2 millones de millones de dólares (2.200.000.000.000.000.000). Si usted asimiló el número, tendrá una idea del dislate. Si no pudo hacerlo, su idea será más precisa.

Cifras más modestas, aunque igualmente desmesuradas, debate la Unión Europea para evitar que además de la depresión, sobrevenga la invasión económica estadounidense. En latitudes menos favorecidas por la acumulación primitiva de capital, presidentes convenientemente coucheados propusieron en la reciente reunión virtual del G-20 que los más afortunados proveyeran a sus países fondos suficientes para relanzar, también al Sur del Río Bravo, economías ahorcadas por la fatídica combinación de crisis propia, coronavirus y desmoronamiento de las grandes metrópolis. Un hallazgo de intrepidez política.

Años atrás, en coincidencia con el inicio de la contraofensiva estratégica de Estados Unidos, comenzó a penetrar en franjas de la intelectualidad la idea de que para enfrentar a lo que dio en llamarse "neoliberalismo", lucifer postmoderno, era preciso aferrarse en la coyuntura al keynesianismo. Si alguien supone que cambiar capitalismo por neoliberalismo y marxismo por keynesianismo era una operación estratégica de los ideólogos del capital, está parcialmente errado: no todos eran intelectuales comprados al contado por universidades prestigiosas. Un número considerable sucumbió a la engañifa como resultado de la debacle teórico-político universal, acentuada al extremo desde el derrumbe de la Unión Soviética. Como quiera que será muy difícil diferenciar a unos de otros, lo cierto es que desde la socialdemocracia internacional esa noción penetró en todo el mundo, en América Latina con eje en el PT de Brasil y en el peronismo a la sazón gobernante en Argentina. Funcionarios importantes de muchos otros gobiernos de la región, algunos por entonces impensables, sucumbieron a ese coronavirus ideológico que devastó direcciones partidarias, centros de estudios y equipos asesores de alto nivel. Quienes por entonces declaramos la pandemia, no tuvimos eco. Hasta cierto punto, es nuestra responsabilidad.

Ahora toca a quienes, para afrontar la crisis, eligieron como enemigo al denominado "neoliberalismo" y propusieron "fortalecer el Estado" (sin apellido, por supuesto), declarar su lúgubre error estratégico o… ¡¡sumarse a Donald Trump como paladín del neoliberalismo!! Los más progresistas pueden aferrarse a Macron o Sánchez ("que no es lo mismo, pero es igual"). No hay duda de que muchos lo harán.

Obrar con seriedad requiere, sin embargo, apartarse de todos ellos. La inyección de dólares o euros en cifras siderales a la economía mundial puede –y no es para nada seguro- posponer la depresión, pero en modo alguno logrará revertir la aceleración de la competencia interimperialista, la dinámica de desagregación y confrontación bélica entre las principales potencias y

de éstas con los países subordinados, sobre todo con aquellos ricos en energía y alimentos.

El mundo ingresa a un período de crisis económica en cadena. En última instancia está el cuello de botella representado para el capitalismo por el excedente inmanejable de mercancías. Si se asume que en este sistema el trabajo humano es una mercancía y que ésta sobreabunda en volúmenes inmanejables, quienes se burlan del ínclito Trump, de Boris Jhonson o Jair Bolsonaro, deberán reconsiderar su actitud: ellos representa el ala menos hipócrita del capital, consciente de que o bien elimina a millones de excluidos del sistema, o bien serán excluidos por estos.

Quedó afirmado que el colapso bursátil provenía inicialmente de la pugna intercapitalista, que llevó a Arabia Saudita y aliados en la ocasión, a chocar de frente con las petroleras estadounidenses, especialmente aquellas productoras de shale oil. Era obvio que esta nueva situación empujaba a Washington a acelerar su embestida contra el gobierno de Venezuela. Así se explica la descarada violación de las leyes internacionales por parte de Estados Unidos al denunciar a Nicolás Maduro como narcotraficante y poner precio a su cabeza. El riesgo de una invasión militar contra la Revolución Bolivariana es mayor al de otras oportunidades. Y la necesidad de actuar según una estrategia de frente único antimperialista, más urgente que nunca. Que Trump actúe según el guión de malas películas del Far West no excluye una lógica consistente en su conducta: es el acorralamiento económico y estratégico del imperialismo lo que guía los pasos del funambulesco presidente estadounidense, consagrado ahora como el keynesiano más prominente de la historia.

Un mundo post-coronavirus

Otra noción de moda es que habrá una Argentina y un mundo diferentes cuando concluya esta coyuntura sin precedentes, en la que más de dos mil millones de habitantes del planeta aceptan de buen grado permanecer en confinamiento.

Eso es verdad, puesto que si en rigor nada es igual a sí mismo,

tanto menos lo será tras atravesar situaciones como la actual. Pero la idea de que el sufrimiento y las inexorables pérdidas que dejará como saldo la pandemia, pondrán automáticamente a la humanidad en un escalón superior, carece de fundamentos.

Es altamente probable que se produzcan, a término, grandes choques políticos y sociales en todos los planos. Sólo está excluido –hasta el momento y no por mucho tiempo- la confrontación de clase contra clase. Pero esto es harina de otro costal, que habrá de cernirse en otro momento.

En tanto, la lucha social espontánea y sin fronteras previsibles se incrementará. Y se abrirá un espacio extraordinariamente grande para avanzar en la conciencia y la organización de las masas. En Argentina, no sólo las clases dominantes, sino los propios sectores medios, han necesitado esta pandemia para descubrir la dimensión inabarcable de la pobreza y la marginalización a que han sido arrastradas millones de personas en los arrabales de todas las grandes ciudades del país. Ahora la burguesía despliega un esfuerzo más parecido a la desesperación para evitar que esas masas despojadas de todo descubran, por ejemplo, que las clases dominantes les temen; descubran que les llevan comida, les dan dinero le hacen promesas vacías, para que tengan el mínimo imprescindible y no se lancen a la calle.

Los de arriba todavía tienen instrumentos para ganar o al menos salir bien parados de la primera batalla. Y los de abajo todavía no rechazan abiertamente vivir como hasta ahora. Pero aquéllos en hipótesis alguna podrán ganar la guerra sin destruir por completo el entramado institucional que hoy sujeta a la sociedad. Si lo hacen, por decisión consciente o fuerza ciega de los acontecimientos, completarán el desmantelamiento del sistema político-social que viene llevando a cabo la crisis, como silencioso topo. Si el mundo tiene como primera referencia para la situación actual el colapso de 2008, en Argentina ese punto está en el estallido de 2001. A eso tiende la crisis actual, sólo que en un cuadro incomparablemente más grave que entonces.

La imagen de diputados huyendo despavoridos por las inmediaciones del Congreso para que no los alcanzara la turba, no es una fotografía del pasado.
29 de marzo de 2020

Atención a la deriva de las autoridades

¿Es sólo asnidad burocrática? Una resolución del gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) obliga a personas mayores de 70 años a pedir permiso a un centro de llamados para salir de la casa. Si quien otorga el salvoconducto llega a la conclusión de que corresponde, emite el permiso, lo registra con una validez de 24 hs y transmite al demandante un número y una palabra clave, para que éste presente a la policía cuando lo interroguen e intenten frenar su amenazante travesía hasta la esquina. Al otro lado del teléfono el peticionante tendrá un/a milenial con entrenamiento en call center.

Nadie defendería la inteligencia de funcionarios capaces de semejante disposición. Pero hay algo más que estupidez e indolencia. Hay desprecio por el bien más preciado del ser humano, en cualquier edad: la libertad; el accionar por imperativo de conciencia y no por dictámenes autoritarios. Por eso la medida y quienes intentan aplicarla no son sólo ignorantes: son dientes de un engranaje fascista, impulsado por una crisis frente la cual el gobierno está paralizado.

Avergüenzan el silencio y las contorsiones de periodistas, columnistas y analistas políticos al uso para evitar la condena a esta medida desesperada de Rodríguez y Fernández, que nada tiene que ver con las exigencias para resolver aquello señalado como contradicción irresoluble entre "salud y economía". Rechazarlo no implica disputar una posición ideológica. Alguien tan distante de un pensamiento revolucionario socialista como Angela Merkel, la canciller alemana, dijo en un discurso de notable precisión: "Encerrar a nuestros mayores para volver

a la normalidad es inaceptable desde el punto de vista ético y moral". Alemania no impidió en ningún momento a sus ciudadanos salir a caminar, hacer compras básicas, tomar aire y sol. Sólo explicó la necesidad de mantener el confinamiento y evitar las aglomeraciones. Merkel dijo al comienzo, además, que se nacionalizaría todo lo que fuera necesario para garantizar el funcionamiento de la economía y se daría toda la ayuda requerida por las empresas para sostener su funcionamiento. Alemania comienza ya a superar la parálisis. Argentina se hunde minuto a minuto en ella y el gobierno no atina a dar un paso, en el sentido que sea, mientras la baja clase media ingresa a un estado de desesperación.

Un alud de protestas y denuncias cayó de inmediato sobre el decreto del führer pelón. El rechazo tuvo una magnitud inesperada. Azorado, tras una noche de rebelión cibernética, radial y televisiva, el edil mayor instruyó a su secretario de salud para explicar la medida y, sin admitirlo, modificar su contenido. Fernán Quiroz argumentó que no se trataba de control ni, mucho menos, negación de derechos elementales del ciudadano. "Es para proteger a los y las mayores de 70 años", repitió vacilante. Luego el jefe de gobierno retomó ese argumento y horas después lo consagraría el propio presidente de la nación, todos empeñados en "proteger a los abuelos".

Dicen abuelos como quien se conduele por la alegada fragilidad y minusvalía de tal condición. Ni ternura, ni consideración: es la arrogancia del ignorante con poder.

El secretario de salud de la CABA argumenta en materia médica con cierta solidez. En las entrevistas televisivas y radiales –acaso un tanto excesivas para un funcionario necesariamente ocupado- parece relativamente joven. Por tanto no cae en las generales del decreto y está habilitado para seguir actuando, a diferencia del ministro nacional de Salud, quien debería pedir permiso a un call center cada 24 hs.

No sería adecuado atribuir a su juventud el desconocimiento de hitos cruciales de la historia. Hay jóvenes estudiosos y cul-

tos. Alguno de ellos podría haber asesorado a Quiroz para que tomara en cuenta la historia de líderes protectores. Heinrich Himmler, por ejemplo, quien conducía las SS del régimen nazi. Por pura casualidad, SS es la abreviatura de Schutzstaffel. Esta palabra de difícil pronunciación para los hispanohablantes, significa "cuerpo de protección".

Más que discriminación

Para quien estaba al tanto de este pequeño detalle, fue difícil digerir la reiterada apelación a los 30 mil voluntarios dispuestos a "proteger a los abuelos". La primera versión de esta disposición establecía que quien no cumpliera con la exigencia, sería penado con trabajo comunitario obligatorio. Inimaginable más protección a los "abuelitos" que obligarlos a cumplir tales tareas. Todo el contenido profundo de la medida se resume en esa amenaza.

Desde luego sería injusto calificar de nazi a Quiroz. Se trata de señalarle que acaso él no está tan elevado en la escala del conocimiento como para autoerigirse como protector de todos quienes tienen (tenemos), más de 70 años. Debería considerar que una buena parte de esa franja puede tener capacidades para asumir las orientaciones de autoridades sensatas -e incluso dictarlas, como ocurre con su propio jefe a nivel nacional- y colaborar en muchos terrenos, sin tener que humillarse a pedir permiso para cruzar el umbral de su puerta. Ubicar a cada mayor de 70 años como si fuese un ex vicepresidente convicto por repugnante corrupción, al que se le da casa por prisión al socaire del coronavirus, es una afrenta inaceptable.

Eso sin considerar que el plan de llamar al 147 para solicitar autorización es impracticable. Pretender que un adulto mayor encerrado por semanas pase horas intentando comunicarse con un número que no responde, no es exactamente una buena manera de proteger el sistema nervioso de las y los "abuelitos". Demostración adicional de que el funcionariado está conducido por personas seleccionadas mediante una escala de

mérito invertida. Hace tiempo se sabe que la salud física no está escindida de la salud psíquica. Vienen retrasados unos 25 siglos los funcionarios del poder en Argentina.

La disposición sigue vigente pese a las protestas. No se aplicará. Seremos cientos de miles quienes no acataremos semejante discriminación. El propio Presidente, comprometido con esta aberración, sufrirá el efecto de una letal demostración de falta de autoridad, que se extenderá de los "abuelitos" a las juventudes y pondrá de manifiesto que las autoridades formales no tienen respaldo moral en la sociedad. Esa certeza es, por estas horas, un factor más en la fuerza centrífuga que divide el frente amplio burgués y deja sin base a Fernández.

Prioridades

Para quien no practica el así llamado periodismo de investigación, no interesa la biografía de Quiroz. Repetido un millón de veces por radio, televisión y diarios, es sin embargo imposible desconocer por estos días que proviene del Hospital Italiano. Allí –como en muchos otros lugares- ha habido una cantidad inusitada de médicos y personal de salud contagiada por el coronavirus. Enfermeras comprometidas en la actividad sindical denuncian que eso ocurre por falta de material de protección para estos trabajadores a quienes todas las noches se homenajea con un aplauso.

Cabe sugerir entonces: ¿y si Quiroz se ocupa de que la base del sistema de salud, el ejército a su cargo que debe librar esta batalla, esté convenientemente equipado y preparado para semejante desafío? ¿Y si en lugar de inventar mecanismos ridículos para oprimir a sus semejantes se involucra para que en su propio lugar de trabajo no ocurra el desastre que se ha producido? ¿Y si en lugar de justificar lo injustificable le explica a su jefe que un ejército adicional "de abuelitos y abuelitas" podría colaborar en mil tareas para ir al combate como sociedad consciente y organizada, en lugar de implorar "protección" por teléfono para salir a la vereda?

Sin mengua de esa responsabilidad, es injusto cargar sobre el secretario de salud de la CABA. Hay un cerrojo de corrupción, mediocridad e incapacidad que hace imposible poner en marcha el único mecanismo que podría enfrentar la pandemia con un mínimo de bajas, no sólo contabilizables como muertes por el Covid-19, sino como todas aquellas provocadas por la angustia de vivir en un país donde los principios de la vida en comunidad libre se avasallan con displicencia, como si no tuvieran la más mínima importancia. Todo en función de una ciega, insensata carrera, que en medio de un cataclismo mundial ordena cada paso con los ojos en la próxima disputa electoral.

No sería menos incorrecto personalizar en el jefe de gobierno, quien firmó el decreto, o en el Presidente de la nación, abrazado a este desatino fascista con sorprendente vehemencia. Es un sistema en situación de colapso el que exige conductas irracionales y contorsiones vergonzosas. Un sistema que catapulta a personajes inversímiles, funambulescos, incapaces, incultos e ignorantes hasta la desesperación, a los máximos sitiales de la República, los condena a ser títeres de una decadencia arrolladora que los lleva a cualquier exceso sin que siquiera tomen conciencia de lo que hacen. Pero si ellos no tiene conciencia, los hechos son evidentes y trazan la dinámica del país hacia el autoritarismo extremo.

El sistema político es víctima de un conjunto de fuerzas destructivas que no comprende. Puesto que personas con manifiesta falta de valores y condiciones como Menem, De la Rúa, Duhalde, el matrimonio Kirchner, Macri y ahora el vicario Fernández, han podido sentarse en el sillón de Rivadavia, es natural que Rodríguez –o incluso, peor, un payasesco animador de horrendos programas de televisión- sientan que pueden y proclamen que quieren ser Presidente.

Enajenación

Al titular de la CABA le han explicado que si logra un relativo control sobre la pandemia en la ciudad, podría competir

con ventaja con el actual mandatario o con algunos de los que buscan destruirlo para ocupar su lugar. Si se pone a "abuelitos y abuelitas" en campos de concentración domiciliaria, presumiblemente morirán menos y así, junto con ciclovías y metrovías (extraordinarias conquistas para el futuro nacional), se pavimenta el camino a Balcarce 50.

Desde otra sede, la residencia presidencial de Olivos, Fernández se rige por las mismas indicaciones, mientras libra batalla contra un virus muy diferente al Covid-19, que carcome su gobierno. Nada hay que agregar a lo expuesto el 29 de abril (Pandemia y Revolución: pantallazo sobre Argentina y el mundo). La contraposición entre "salud y economía" no es sólo una enunciación del Presidente, inmediatamente rectificada, sino una imposición del sistema capitalista de producción. Tal como era previsible, se agolpan ahora las voces para optar por "la economía". Allí están presos gobierno y oposición. A casi cinco meses de gestión Fernández no ha podido presentar un plan económico. Las pugnas internas en el ya desleído panperonismo lo paralizan todo. La oposición se muestra incapaz para presentar una alternativa. La burguesía ocupa la totalidad del escenario, pero no puede actuar. Las medidas anunciadas para contrarrestar la pandemia en sus devastadoras consecuencias económicas se aplican en menos de una tercera parte. La corrupción se expande a todos los niveles del oficialismo y la oposición. Diputados y senadores se niegan a cumplir su tarea por temor al virus, a la vez que rechazan cualquier intento de reducir sus escandalosos salarios.

Pocos dan señales de percibir la enajenación de la institucionalidad capitalista y la ira creciente en la sociedad. La unidad de oposición y oficialismo, la desaparición de voces sindicales, la cooptación de las que en otra era geológica se llamaron "organizaciones sociales", el silencio aquiescente de demasiadas personas dominadas por el miedo y la confusión, llevan a confundir paraplejia con estabilidad. Ante la imposibilidad de conducir una sociedad convulsionada por la crisis, oficialismo

y oposición la paralizan. Y creen que gobiernan.

En las últimas semanas reportes desde diferentes lugares del planeta informan que en calles vacías aparecen animales habitualmente ajenos a esos lugares. Un jabalí, por ejemplo, recorría con paso tranquilo el centro de Madrid. La burguesía sabe que hay una especie más temible que ocupará las ciudadelas de su poder si no actúa con presteza y eficiencia. El primer requisito lo cumple la disposición del gobierno porteño rápidamente avalada por el presidente de la nación. Pero la eficiencia es otra cosa, a distancia astronómica de una casta parasitaria, ignorante e incompetente, formada en décadas de decadencia capitalista y probadamente incapaz de conducir al país. Resta saber si la clase trabajadora, las juventudes –y lo viejos, hoy en la picota- tienen la capacidad y el coraje para hacerse presentes.

19 de abril de 2020

Apéndice

Foro de São Paulo

Ideología y política en la reconfiguración del poder continental

Tuvo lugar en Caracas, entre el 25 y el 28 de julio (2019), el XXV encuentro del Foro de São Paulo (FSP). Inmediatamente antes se reunió, también en la capital venezolana, el Movimientos de Países No Alineados (Noal), presidido hasta ese momento por Nicolás Maduro.

Ambas fueron oportunidades para que la población venezolana, castigada por el acoso permanente de Estados Unidos y la Unión Europea, pudiera contrarrestar siquiera en parte la campaña que muestra una Venezuela aislada y ya definitivamente condenada. La ciudadanía pudo comprobar cuántos países, con los gobiernos más disímiles, cuántos partidos y organizaciones políticas de diferente signo, se ubican en la línea contraria a la ordenada por la Casa Blanca.

Más allá de señalamientos críticos respecto de ambas reuniones, el esfuerzo del gobierno venezolano responde a una política de frente único antimperialista, teorizado y lanzado como eje de acción por la IIIª Internacional en sus inicios, bajo el comando de Lenin y Trotsky. Fuera de toda duda, en esa tradición teórico-política debe afirmar sus pies la Revolución Bolivariana para hacer frente a la escalada capitalista que intenta no sólo ahogarla, sino -acaso en primer lugar- usarla para desprestigiar ante las masas del mundo cualquier intento de transición al socialismo. Cuidar este último aspecto, que comienza por defender la propia revolución, es una tarea trascendental para el Psuv y la dirección político-militar en Venezuela, a la que debiera contribuir cada militante comprometido/a con el socialismo en cualquier punto del planeta.

Washington y Bruselas utilizan las flaquezas de la economía venezolana, agravándolas mediante infinitas herramientas a su alcance, para convencer a América Latina de que el capitadlismo es la única solución a la multiplicación de desocupación, pobreza, exclusión y violencia en nuestra región; que hay diferentes formas de capitalismo y el único debate posible es por cuál de ellas optamos. Semejante perspectiva ha calado hondo en la gama cada día más estratificada de las izquierdas latinoamericanas.

La Declaración final del XXV encuentro

El cartel de prensa internacional condenó el encuentro del FSP calificándolo de terrorista o, en la versión más leve, como mero recurso para legitimar a Maduro. Como se verá enseguida, esto tuvo consecuencias inmediatas.

Al margen de diferencias respecto de caracterizaciones sobre la coyuntura hemisférica, cabe un señalamiento de otro orden al texto final asumido por el XXV encuentro. El texto apoya explícitamente candidaturas para las próximas elecciones en Uruguay y Argentina (también lo hace respecto de Bolivia, pero éste es un caso diferente, porque Evo Morales ha sostenido y sostiene desde el poder posiciones antimperialistas).

Propone la declaración: "apoyar la fórmula de Daniel Martínez para presidente y Graciela Villar para vicepresidenta de Uruguay"; y también "apoyar al movimiento popular de Argentina que ha logrado conformar una alianza unitaria en el Frente de Todos, que lleva como candidato a presidente a Alberto Fernández y como candidata a vicepresidenta a Cristina Fernández de Kirchner".

El mismo día en que se votaba la declaración final, primero José Mujica y luego el candidato presidencial del Frente Amplio condenaron al gobierno de Venezuela calificándolo como dictadura. Con apenas tiempo para respirar, Alberto y Cristina Fernández sostuvieron que hay en Venezuela un régimen autoritario y la ex presidente abundó, en claro gesto

electoralista y asociándose a la campaña de calumnias comandada por Macri contra la Revolución Bolivariana: "Sorry, en cuestión de alimentos, Argentina está como Venezuela". Para ganar votos frente a Macri comparó sus resultados con los del gobierno venezolano.

No fue por azar que semejante embate tuviera lugar al fin de la reunión en Caracas: según sus objetivos y en función de la concepción que los mueve, Mujica, Martínez, Fernández y Fernández debían tomar distancia de ese apoyo del FSP, para evitar comprometerse con esta organización en medio de sendas campañas electorales. El falaz informe de Michelle Bachelet fue utilizado como excusa por unos y como exigencia por otros para emitir estas declaraciones. Antes de ellos, y antes de las elecciones que perdió frente a Jair Bolsonaro, el ex candidato del PT Fernando Haddad había tomado el mismo camino, condenando al gobierno de Venezuela por ser "una dictadura".

En otro párrafo la declaración llama a exigir "la libertad inmediata de Lula, víctima de un abusivo, ilegal e indignante ejercicio del poder judicial contra él". E inmediatamente condena "hechos graves de persecución política y violación de los derechos humanos en Ecuador, Brasil, Argentina. La prisión de Lula y Jorge Glas así lo demuestran, como también la persecución judicial contra Cristina Fernández de Kirchner, Rafael Correa y Ricardo Patiño. Y exigimos la libertad de todas y todos los presos políticos".

Es correcto calificar la prisión de Lula como "abusivo, ilegal e indignante ejercicio del poder judicial". Sólo faltaría explicar que se trata de justicia de clase, finalmente aplicada al fundador del PT, por mucho que él mismo se empeñara en no considerarla como tal cuando fue presidente. Pero si es correcto condenar la prisión de Lula, es contrario a la más elemental verdad de los hechos comparar su caso con el de Cristina Fernández.

Antes de continuar con este punto, vale subrayar que el documento menciona sólo una vez al Alba. Lo hace cuando propone fortalecer "los proyectos de integración soberana como

la CELAC, el Alba-TCP, el Mercosur y otras iniciativas integracionistas populares y autonómicas". Sin haber participado del encuentro, se puede afirmar que tal omisión ocurre porque las delegaciones de Argentina, Brasil y Uruguay, se oponen de modo tajante a ser parte del Alba o siquiera respaldarlo. Desde su fundación rechazaron el único instrumento actuante de frente único antimperialista en América Latina. En cambio, esas mismas dirigencias no vacilan a la hora apoyar la carrera presidencial de quienes califican como Dictadura a la Revolución Bolivariana: Martínez en Uruguay, Alberto Fernández en Argentina (quien dicho sea de paso, se define como liberal e inició su carrera como seguidor de Domingo Cavallo, ex ministro de economía de Carlos Menem).

Corrupción desenfrenada

Ni la persona más desinformada ignora que durante los 12 años entre 2003 y 2015 hubo en Argentina casos de corrupción sin precedentes. Involucran a funcionarios del gobierno anterior y muy específicamente a los ex presidentes Néstor y Cristina Kirchner. Esto iba a la par de gestos y palabras sin ninguna correspondencia con la realidad, enderezados a presentarse como parte de la propuesta antimperialista continental encabezada por Hugo Chávez. Mientras tanto se negaban a ingresar al Alba, a la moneda regional, al Banco del Sur… Una estafa política que aún tiene efecto sobre buena parte de la militancia, en especial jóvenes.

No lo decimos ahora, cuando el sistema judicial del capital se ha lanzado contra ellos. Quedó registrado en innumerables textos publicados en los últimos diecisiete años. Va de suyo que hubo también infinidad de denuncias de otros autores, muchas de ellas ampliamente documentadas.

Atribuir los juicios en curso contra Cristina Fernández a "persecución judicial" es comprometer la firma de organizaciones revolucionarios con un caso de enriquecimiento ilícito de enormes proporciones. Es, también y en primer lugar, dar

crédito, aunque sea por la negativa, a la justicia burguesa. Una perspectiva anticapitalista no puede basar sus juicios en el sistema judicial del Estado burgués y por lo mismo jamás avalará como parte actuante los procesos que éste lleve a cabo. Eso es muy diferente a exculpar delincuentes porque los condenan jueces de la burguesía. En Argentina hay un precedente muy claro: la justicia que cerró los ojos ante los crímenes inenarrables de la dictadura entre 1976 y 1982, dos años después produjo un juicio sin parangón en el mundo: procesó y condenó a los miembros de las juntas militares gobernantes en ese período: 12 comandantes de las 3 fuerzas fueron expuestos en su accionar criminal y enviados a la cárcel.

¿Por qué lo hicieron? Porque había un poderoso movimiento popular que lo exigía y porque la burguesía comprendió que sin curar esa herida no había posibilidad de recuperar el equilibrio del sistema capitalista en el país. Hoy el cuadro es totalmente diferente. No hay un movimiento de masas exigiendo castigo a los ladrones, aunque sí hay conciencia de la magnitud de lo robado y de los efectos que esto tuvo en la vida económica de la sociedad. La declaración del FSP choca con ese sentimiento extendido en toda la sociedad y muy particularmente en el proletariado más avanzado, que huérfano de verdadera alternativa en alto porcentaje votó a Macri en 2015. A cambio de fuerza política que la acose, la burguesía afronta una hecatombe estructural en la economía y la consecuente bomba social que esto inevitablemente provocará si el sistema no es saneado. Uno de los aspectos de ese saneamiento ha llevado a la realización de estos juicios.

Confusiones

En Argentina no hay presos políticos. Hay sí ladrones en prisión. No será negando la realidad como podremos vencer la escalada del gran capital. La causa de los Cuadernos (episodio de inteligencia que explotó y produjo una cadena incontrolable de denuncias) lleva a la fecha 174 procesados. Esta cifra in-

cluye al menos un familiar y socio del Presidente. 71 de estos procesos –entre los cuales está uno de los 13 que acorralan a Cristina Fernández- han sido confirmados por tribunales superiores y están a un paso del juicio oral. Sólo por sus fueros como senadora no está presa la ex presidente, como sí lo está Julio De Vido y una docena de sus funcionarios. De Vido fue ministro de planificación durante los 12 años de gobierno del matrimonio Kirchner. Desde 2016 el país vio una y mil veces innumerables pruebas fílmicas de la corrupción de ese régimen. Una cascada de los denominados "arrepentidos" corroboró ante fiscales y jueces los hechos de robo desenfrenado al erario público. El propio contador de Néstor y Cristina Kirchner aportó como arrepentido pruebas documentales del fabuloso enriquecimiento ilícito del matrimonio. Aunque se trate de una cifra mínima en comparación al botín total, en la población impactó el hallazgo de 4 millones de dólares de imposible justificación en una caja de seguridad a nombre de la hija de Cristina Fernández. Durante el período en el que estuvieron en el gobierno Néstor y Cristina Kirchner multiplicaron su patrimonio por un número todavía desconocido, pero sin duda elevadísimo. Una parte de esa incalculable fortuna se puede ver en Hoteles y departamentos lujosos, a nombre de la ex presidente y sus hijos. El cartel de prensa, por supuesto, hace un festín cotidiano de esta tragedia nacional. Pero no por esto los hechos dejan de ser reales, comprobados y a la vista de todos.

En la rebatiña participaron también decenas de altos empresarios. El propio Paolo Roca, titular de Techint, fue acusado y estuvo a punto de ir preso. Se refugió oportunamente en México y en cuestión de meses su nombre salió del proceso judicial, porque los hechos de corrupción sobradamente comprobados… habrían sido responsabilidad de uno de sus gerentes.

No es que ahora se esté "haciendo justicia". Es que hay una feroz lucha interburguesa. Desde hace años calificamos al elenco en torno a Kirchner como advenedizos. Llegaron al poder y decidieron que a la pseudoteoría de la "burguesía nacional"

le faltaba, precisamente, un poderoso sector identificado con ese presupuesto. Y se abocaron a llenar el vacío sin reparar en métodos (como, por otra parte, hizo siempre la hoy llamada burguesía tradicional, en cualquier país del mundo). Por tanto, no se trata de creer en el Poder Judicial del capitalismo y mucho menos en el gobierno de Macri. Se trata de comprender que el capital arraigado encontró en el actual equipo gobernante un punto de apoyo para procurar el saneamiento profundo de un régimen que, de otro modo, se desploma. En el curso de ese proyecto imposible apareció la necesidad/posibilidad de recuperar cientos de miles de millones de dólares escamoteados durante estos años. A eso se refiere Macri cuando, en plena campaña, repite que "hay que recuperar lo robado".

Al condenar del modo que lo hace la "persecución judicial" contra ex presidentes, por omisión la declaración quita carácter de clase a los sistemas judiciales en cuestión. Al comparar fenómenos incomparables, confunde a la militancia. Al ocultar la responsabilidad de consumados corruptos como en el caso argentino, choca de frente con una columna fundamental de cualquier proyecto genuinamente revolucionario y socialista. "Moral y luces" decía Bolívar y repetía Chávez.

Si esta descripción no fuera bastante, hay algo de otro orden que debería haber convencido a algunos partidos del Foro a no firmar esta declaración: la defensa del capitalismo por parte de Cristina Fernández (del candidato a presidente nada hay que decir, puesto que él mismo se define como liberal capitalista).

No hace falta recordar las declaraciones de la ex presidente cuando su esposo le pasaba el testigo en 2007 y ella afirmaba defender a Alemania como modelo para Argentina. Ahora, después de dos períodos de gobierno, como propuesta para un tercero, con su elevado estilo Cristina Fernández da una clase de economía política y sociología: "Los buenos capitalistas quieren que la gente gane bien y tenga trabajo, porque si no, ¿quién corno compra las cosas de ellos? Estos (los macristas) se dicen capitalistas y no te podés comprar nada, no podés viajar,

no te podés comprar ropa ni ir al supermercado". Y agrega para que no haya lugar a dudas: "Yo soy mucho más capitalista que ellos. Conmigo en Argentina había capitalismo y la gente se podía comprar lo que quería. Que no me jodan más con lo del capitalismo. ¡Por Favor! Conmigo había capitalismo".

Macri eligió como candidato a la vicepresidencia a Miguel Pichetto, quien durante 12 años fue jefe del senado para Néstor y Cristina Kirchner. Él explica su salto al oficialismo del siguiente modo: "Macri es un verdadero defensor del capitalismo". Gracias a él, entonces, ahora está en discusión el sistema y no lo que antes llamaban "el modelo". Cristina Fernández se vio obligada a hablar claro y sepultar la retórica progresista: "¡soy mucho más capitalista que ellos!".

Aunque por razones diferentes, exigencias semejantes de definiciones netas ocurren en otros países del área, Brasil y Colombia entre ellos. En Argentina, tanto como en estos países, las masas están entrampadas por opciones burguesas, vacilaciones reformistas y aun expresiones del infantoizquierdismo. De allí la importancia de las posiciones asumidas por el texto del XXV encuentro del FSP. Es a esas masas desorientadas a quienes debería dirigirse la declaración.

Si acaso en las elecciones de octubre –o en la segunda vuelta en noviembre- ganara la fórmula apoyada por el FSP, aplicaría la política de salvataje capitalista, con apenas matices respecto del intento de saneamiento procurado por Macri. Si algo necesitan los trabajadores y las juventudes en Argentina son orientaciones claras para salir de la trampa impuesta a la nación por los candidatos del sistema.

Desde hace años el FSP no es ya ámbito apropiado para defender el socialismo ante los pueblos de América Latina. No por acaso Chávez llamó a construir una V Internacional, tarea todavía pendiente. Eventualmente este FSP podría ser válido para contribuir a un frente antimperialista. Eso está por verse. Pero apoyos electorales que dividen a las masas entre falsas opciones, desorientan y confunden a la militancia y dificultan

la labor de las organizaciones revolucionarias, como ocurre dramáticamente en el caso argentino, no es algo que pueda pasarse por alto. Aquellas corrientes que, sin desconocer las enormes dificultades en la coyuntura mantienen inalterable su compromiso con los esfuerzos de transición al socialismo en Venezuela, Cuba, Nicaragua y Bolivia, pierden base de apoyo para contrarrestar las calumnias de la derecha y el reformismo cuando los partidos gobernantes en estos países apoyan a los mismos que los repudian, sumándose a las calumnias contra Venezuela para reivindicar el capitalismo.

La reconfiguración del poder en medio de la crisis capitalista requiere la afirmación programática, organizativa y política de millones de seres humanos en torno a ideas claras y estrategias inequívocas, todo tras el objetivo de una sociedad que niegue y supere al capitalismo. No se trata de una discusión abstracta. La estructura de la economía capitalista mundial cruje y se resquebraja. Desde el poder, las burguesías tienen como último recurso la violencia de los Estados imperialistas y el fascismo que germina en nuestros países. Ésa es la batalla planteada.

Argentina, 4 de agosto de 2019

P/S: Como delegado de uno de los 47 partidos y organizaciones que asistieron en 1990 al llamado del PT en San Pablo, el autor fue miembro fundador de lo que a partir del II encuentro se llamaría Foro de São Paulo. Asistió a numerosos encuentros, hasta que la hegemonía del reformismo se impuso y participar en ellos dejó de ser tarea estratégica. Sobre el nacimiento y definiciones iniciales de este bloque publicó en 1990 un pequeño libro, titulado "La Izquierda Latinoamericana Frente a la Crisis Mundial (Ensayo de interpretación marxista de la realidad contemporánea, a partir del Encuentro de Partidos y Organizaciones de Izquierda de América Latina y el Caribe)". Luego publicó en Crítica de Nuestro Tiempo propuestas y análisis de sucesivos encuentros.

Epílogo

La Argentina que viene

Por estos días Argentina sale de la recesión para ingresar en la depresión. No hay datos todavía para afirmarlo con rigor metodológico. Hay en cambio información suficiente para observar la dinámica de la economía nacional y combinarla con la perspectiva política.

Depresión se diferencia de recesión por la hondura de la caída y el tiempo durante el cual se prolonga. Sólo que la recesión en Argentina lleva ya una década: desde 2011 y con apenas breves períodos de mínima recuperación. Y ahora ensambla con una brutal caída de la economía internacional. Un solo ejemplo: en seis semanas el colapso arrojó al desempleo a 30 millones de trabajadores estadounidenses.

Si se piensa el futuro como continuidad lineal de la actualidad, la década de 2020 consumaría un derrumbe económico jamás vivido. Quiebra en masa de pequeñas y medianas empresas industriales y comerciales, desocupación, pobreza y miseria se multiplicarían. La existencia misma del país estaría en juego. Se potenciarían fuerzas centrífugas que tienden a fragmentarlo, así como su contraparte: propuestas de ultraderecha enarbolando argumentos pseudo nacionalistas. Ya se ven aspirantes a caudillos. También el respaldo mediático que reciben. La pandemia acelera pero no origina esta dinámica. La decadencia argentina no comenzó con la cuarentena. Lo sabe hasta el más desprevenido.

Como sea, es posible quebrar esa línea de siniestro encadenamiento. El punto de partida, sin embargo, ha de ser reconocido sin ambages: descontrol de la macroeconomía, inédita fragmentación y probada incapacidad del elenco gobernante, septicemia de la corrupción en el aparato del Estado a todos los niveles (con peso creciente del narcotráfico), ausencia absoluta de la clase trabajadora en la escena nacional, iniciativa política

sostenida en manos del capital pese a no contar con partidos, inexistencia de una alternativa con fuerza teórica, raigambre social y estrategia consistente para encarar la transición del capitalismo agónico a un socialismo del siglo XXI, cualitativamente superior a los sacrificados intentos inconclusos del siglo XX.

Habrá de ser tajante y radical la acción política destinada a resolver este empantanamiento. No queda espacio para negociar con los corrompidos aparatos políticos mediante los cuales el capital ejerce el control social, ni con los sindicatos convertidos en empresas. No queda espacio para el reformismo tradicional, el juego movimientista del peronismo o el neoreformismo infantoizquierdista.

En sus Versos del caminante León Felipe expresaba un anhelo: "Ya vendrá un viento fuerte, que me lleve a mi sitio". Es seguro hoy anunciar vendavales. No lo es esperar que lleven a la resolución de la tragedia nacional. Hoy la Historia misma está sacudida por fuerzas acumuladas durante décadas. El viejo topo de las contradicciones intrínsecas del sistema se combina con las demandas primarias de millones de dolientes del capitalismo. Encauzar la fuerza latente que inexorablemente explotará, evitar que la desesperación lleve a confrontaciones entre las propias víctimas, supone construir una instancia de amplia unidad social y férrea determinación política. Programas de acción, mecanismos para avanzar desde la disgregación a la convergencia, estrategias organizativas y de lucha política, existen y son compartidas por decenas de miles, una y otra vez engañados y entrampados por agentes encubiertos del capital. Es preciso rearmar esa fortaleza y ponerla en marcha.

Tal objetivo es inseparable de la recomposición estructural de la clase trabajadora. Sin ese factor no hay eje en torno al cual poner en marcha la fuerza estratégica necesaria para sacar al país del marasmo.

Hoy, por tanto, no está definido cuál será la Argentina que viene. Si la que se disgrega al ritmo demoníaco de la crisis, o

la que en torno de una clase asumida como tal y levantando un faro para toda la sociedad, rompe con las concepciones de conciliación entre explotadores y explotados, se ve a sí misma como parte de una fuerza internacional que en cada país pugna por las mismas necesidades, genera y escoge a sus vanguardias en función de la capacidad y la honestidad, se fortalece en los hitos insignes de su historia y, con la vista en el horizonte, emprende la transición hacia una sociedad superior.

Esfuerzo en el estudio para alcanzar una interpretación científica del sistema que se derrumba y de las condiciones para reemplazarlo; generosidad de quien repudia la corrupción y se desprende de todo interés individual, excepto el de ser digno ante su gente y su historia; coraje para asumir las exigencias de la hora. Tales las condiciones de mujeres y hombres de todas las edades necesarias para cambiar el rumbo de catástrofe por el cual la burguesía y sus gerentes arrastran a nuestro país.

La Argentina que viene depende del accionar político que emprendan -o no- cientos de miles de hombres y mujeres conscientes de la situación y dispuestos a librar la batalla por el futuro.